



DOMINANT

BOMERAUHL

COVER BY JBISMYSEXYIDOL

Advertencia: Esta obra está llena de errores y horrores dignos de la adolescencia. Empecé ésta historia el 28 de agosto del 2015, coincidiendo con un largo verano lleno de amor y también de miedos hacia mis monstruos internos...

Ese monstruo tomó forma en Dominant... Hoy soy libre de él, pero su legado me persigue, y por eso, te invito a que leas ésta historia tomándola como plena ficción plagada de monstruos, brujas y fantasmas que procurarán asustarte hasta que tú puedas liberarte tal y como lo hice yo.

DOMINANT I

Sinopsis.

Si la concepción de la vida de un psicópata es hacer daño, lo hará, y mucho.

Justin Bieber sólo está cegado por su obsesión con las muñecas, la perfección, el orden y la obediencia. En cambio ella sólo tiene demasiado miedo como para huir.

Maniático, magnate, perfeccionista, posesivo, muy agresivo, impulsivo y muy dominante son algunas de las cualidades del hombre que tratará de convertirla en la perfecta para él, en una muñeca de porcelana dominada y domesticada a la manera de él, de el Dominante.

Aunque ella no entendía cuál era el propósito y la razón de tantos golpes y tantas normas, sólo sabía que él era demasiado imponente como para huir, sintiendo que su única obligación era cumplir sus reglas.

Y la primera era tan corta, como tétrica y escalofriante:

"Muñeca, yo soy tu único dueño. Tu dominante".

Regla 1.

No hablarás

Justin caminaba desde su garaje con esa escalofriante elegancia, con la seguridad, autoestima y ego tan característicos en él. Justin adoraba ser admirado y envidiado por el resto de personas. Adoraba ser el centro de atención y obviamente sentirse superior a la demás prole barata que lo rodeaba, porque, hay que ser sinceros:

Él era mil veces superior a toda esa escoria.

Para Justin no existían las limitaciones. Para Justin el mundo estaba a sus pies. Para Justin no había ningún punto, sino que sólo comas estúpidas que se pasaban con una buena cantidad de dinero.

Se mordió el labio al recordarse por enésima vez la suerte que tenía el mundo al haber nacido él.

Al pasar por su lujoso garaje y luego tomar las escaleras para encontrar el camino a su lujosa habitación, sonrió otra vez recordando la enorme "entrega" que dio hoy a uno de sus anexos en el "negocio".

Y es que sí, el negocio era en contra la ley. Justin Bieber era un proxeneta. Traficaba con mujeres jóvenes en todo el mundo para prostituirlas y a costa de ellas, hacerse millonario. Y adoraba ese maldito trabajo, tanto que se volvió un adicto de mucho cuidado a los negocios ilegales y al dinero fácil.

Justin encendió la luz de su salón y tal fue su sorpresa al ver a una pequeña criatura arrodillada ante un estante de la cocina, que instintivamente tomó su arma apuntando a lo que se movía.

—Joder —masculló apretando la mandíbula y temblándole los labios queriendo soltar una sarta de insultos pero conteniéndose. Se acercó con grandes zancadas a la pobre criatura que se alejaba de él, con auténtico terror en la mirada.

Cuando estuvo enfrente de ella, la tomó del pelo con tanta fuerza, que ella juraba que le iba a arrancar la cabeza con sus propias manos. Sin ningún esfuerzo, la subió a la lujosa encimera de su cocina. Ahí la tomó del cuello con mucha fuerza e hizo que lo mirara.

—¿Qué hacías aquí? —gruñó apretando más el agarre.

—Te... Tenía hambre —musitó ella sin voz, extrañada de oír su propia voz.

Justin asestó una puñalada en la mejilla de ella y tomándola del pelo, la bajó a la fuerza de la mesa, para llevarla a rastras hasta la habitación. Ahí la empujó con agresividad hasta caer de rodillas enfrente del enorme corcho, donde estaba "La Lista".

—Lee la segunda —ordenó sin soltarla del pelo. Apretando muchísimo la mandíbula. Mirándola como un asesino, con infinitas ganas de matarla. Justin odiaba con toda su negra alma la desobediencia.

—No hablarás.

Ella gimoteó ante otro golpe fuertemente atestado a su mejilla, haciendo que en sus labios empezaran a abrirse pequeñas brechas con sangre.

—Te dije que lo leyeras, pero no en voz alta —dijo muy enfadado, casi gritando en su oído,

Ella lloraba a mares, rompiendo otra de las normas, pero no emitía ningún sonido por miedo a que él la siguiera golpeando... O peor, que acabara en uno de sus castigos.

—Ay pequeña, ya te lo dije... Vas a comer la comida que yo te dé. A tu hora.

Ella quiso decir lo poco que era y lo hambrienta que estaba. Lo mucho que había disfrutado ese pequeño trozo de pan que había robado... Pero no tenía fuerzas para hablar y mucho menos aguantar otra sarta de golpes fortuitos pero no tantos porque no llegaban a matarla.

—Solo de pensar que lo has podido hacer más veces, me pone histérico —apretó los dientes, siendo consciente de que perdería los papeles, pero suspiró, se acomodó el pelo, la corbata y volvió a mirarla—. Pero voy a hacer como si no he visto nada.

Justin se quitó la chaqueta del traje y el cinturón lo mantuvo entre sus dedos. Ella al oír la hebilla, entró en un miedo tan profundo que la obligó a cubrirse el rostro con las manos en un intento nulo por protegerse.

—Ahora, por ser una nena mala, vas a recibir tu castigo —ella negó rápidamente con la cabeza—. Sí, sí, sí. Has sido muy muy mala, pequeña. Y ya te dije que me mires cuando te hablo.

Odiaba los castigos de "El maestro" como exigía que lo llamara, así que en un intento desesperado por encontrar piedad, se arrodilló a sus pies abrazando sus piernas, rogando con la mirada ya que sus labios estaban prohibidos de pronunciar disculpa alguna.

Justin se sintió tan poderoso en ese momento, al tenerla de rodillas enfrente de él que no pudo evitar erguirse y que se le escapara una pequeña sonrisita de triunfo. Qué bien se sentía.

Ella se inclinó para besarle los pies. Ella al subir la mirada, se topó con sus ojos mieles, que la miraban fijamente, pero que también tenía prohibidos ver. Ojos tan cálidos para un ser tan frío. Así que desvió la mirada hacia sus labios. Justin estiró las manos y le acarició el rostro. Ella se aferró a ese pequeño milagro, a ese pequeño gesto de piedad y de cariño por parte de su maestro.

Cuando Justin quitó las manos, ella inclinó la cabeza hasta ponerla a sus pies, en símbolo de total sumisión. Justin sonrió de lado. Amaba ser el superior en la cadena. Amaba ser el macho alfa y que sus muñecas le correspondieran de la misma manera.

Él estiró las manos y tomó las de ella para levantarla, ésta vez con muchísimo cuidado, cambiando totalmente la fuerza por la delicadeza.

—Pequeña mía —sonrió besando sus labios—. Vas a seguir contándome esa historia.

La guió hasta la cama, donde ella se abrigó del invierno que había en la habitación. Justin hizo su extensa rutina nocturna: la ducha tan larga, escribir otra regla. Pero en vez de marcharse como acostumbraba, se acostó a su lado.

Le gustaba oír a su muñeca. Era como si todas las mujeres con las que fantaseaba tener sexo violento en una noche fría, mujeres poderosas, como presidentas o primeras ministro de un gran país, se unieran en una, y de esa unión... Saliera la voz y la memoria de la muñeca que tenía al lado.

Ella contaba la historia de Eros y Psique. Así era con todas las mujeres con las que se quedaba. Le duraban unos días, por muy guapas que fuesen, ya que las ponía a contarle historias, pero cuando ya se quedaban sin nada que contar, ni le quedaba otra opción que devolverlas a la red de prostitución o las matarlas.

Así de simple era su vida. Pero con la dulce muñequita, fue distinto desde el principio, ya que contaba las historias con tanta dulzura y tanto corazón, que ya llevaban veinte días juntos, y eso lo más que le ha durado una chica en casa.

"La casa de las muñecas" decía la pequeña _____ cuando estaba sola y no tenía otra opción que pensar. La mansión de Justin era tan perfecta en todos los aspectos, hasta el dueño se esforzaba por mantenerse perfecto que le recordaba a una casa de muñecas.

Con respecto a las historias, ella era muy aficionada a la cultura clásica y en su adolescencia había leído muchísimo sobre mitología griega, romana, hindú y nórdica por lo que tenía historias para contar. Y a Justin le gustaba escucharlas porque era una persona plenamente espiritual y para contrarrestar el sentimiento de la culpa y estar en el lado del cosmos, se preparaba espiritualmente, desarrollando su alma a base de lo que podía sacar de cada una de sus chicas.

A ella la encontró paseando en un hospital psiquiátrico. Al verla, fue un flechazo, y sin pensarlo más, la secuestró a pesar de que tenía junta con otros amigos del negocio. La ató y la metió en el maletero. Pocas horas más tarde, en las noticias hablaban de la pobre muñeca, que se había "escapado" del hospital psiquiátrico y que era una mujer muy peligrosa como para andar suelta.

Con el tiempo, se fueron olvidando de ella y ningún familiar reclamó que apareciera, ¡Era perfecta! No tenía pasado, ni un presente, ni siquiera un futuro.

Ella seguía contando la historia mientras Justin miraba hacia el techo y jugaba con las manos de ella. Otra cosa que agradecía de ella era que nunca contaba la historia completa, sino que la cortaba y seguía contando otro día, dejándolo picado absolutamente todo el día pensando en cómo terminará.

En el tema del sexo, sólo habían tenido sexo un par de veces ya que Justin prefería pagar cantidades terriblemente enormes por una prostituta carísima que satisficiera solo sus necesidades. Con ella, iba más allá, ya que no era para satisfacer necesidades, era para mostrar quién mandaba.

Muchos se pensarán que a Justin le encanta el sadomasoquismo, pero no, él iba más allá.

Justin Bieber era fan de las auténticas palizas en la cama.

Él decía que el sadomasoquismo era una práctica infantil, porque, según él, ¿Por qué golpear a alguien con un látigo cuando lo puedes hacer con tus propias manos?

Cuando Justin tenía ganas de golpear a alguien y encima tener sexo, la mantenía más de media hora arrodillada en el suelo desnuda esperando que él estuviera listo. Después, de rodillas también, le leía todas y cada una de las reglas que habían sólo para cuando tuvieran sexo.

Luego empezaba suave, la besaba, tiraba de su pelo, mordía su cuello, pero luego, Justin descargaba toda su furia en ella.

No era raro que después de acostarse con él acabara con la nariz sangrando, a la mañana siguiente el ojo morado, varios moretones en las clavículas, y hasta heridas. Pero él, estaba completamente intacto, tal vez algunas diminutas heridas en los nudillos, pero nada más.

Él tenía que estar perfecto para sus socios y sus extravagantes fiestas.

Pero volviendo al tema de las historias, normalmente cuando terminaba de contar la historia, Justin se daba la vuelta para reflexionar sobre ello, dándole la espalda pero esta vez, la tomó de la cintura casi agresivamente y la pegó a él.

—¿Por qué estás tan fría? —preguntó acariciando sus brazos—. ¿Tienes frío?

Ella asintió. Justin se levantó y del armario sacó una enorme manta, se puso encima de los hombros y la volvió a abrazar. Ella agradeció ese gesto y atrevidamente lo besó en la mejilla.

—No te va a valer con un beso en la mejilla —dijo Justin—. Esto significa una hora más de sexo.

No era de extrañar, como siempre, todo lo que hacía él era un medio para llegar a un fin. Justin se acomodó bien y en pocos minutos, se quedó dormido. Ella le siguió, no sin antes pensar en lo desafortunada que era.

Pero como siempre, Justin decía que era una afortunada porque tenía un sitio donde "pulirse y volverse perfecta".

En la madrugada, Justin se despertaba como de costumbre para meditar, y todas las noches la despertaba para susurrarle al oído un siniestro y desgarrador:

—¿Estabas soñando con tu maestro, muñequita?

Regla 2

Obedecerás en todo lo que yo ordene.

A la mañana siguiente, Justin tomaba café mientras la observaba dormir. ¡Qué café más bueno!, pensó mientras que no podía apartar la vista de ella. Consideraba que desde la primera vez que la vio, fue un flechazo.

Ella estaba sentada en uno de los bancos en el parque de enfrente del hospital psiquiátrico. Los locos iban a ese parque porque no tenían presupuesto para agrandar las instalaciones.

La vio tan frágil, tan pequeña, tan pálida, que fue una oportunidad que no iba a dejar pasar por absolutamente nada del mundo.

Así que envió a dos de sus gorilas para atraparla y meterla en el maletero. Ella opuso resistencia, chilló, pateó pero con una buena bofetada, se quedó callada.

Recordó con una sonrisa lo poderoso que se sintió y lo fácil que sería someterla. Había pasado seis horas encerradas en el maletero y paso otros seis días encerrada en la habitación.

Domarla fue muy fácil, aunque ahora de vez en cuando fallaba, fue demasiado fácil como para ser verdad.

—Despierta —ordenó haciendo retumbar las paredes. Ella se incorporó jadeando del susto, mientras Justin, enfrente de ella, la miraba impasible, sin soltar su café.

Justin hizo una seña con el dedo, hacia sus zapatos, ella, adormilada, con la cara hinchada y los miembros dormidos, se arrodilló ante él, con ambas manos en las piernas de él.

—Muñeca, hoy voy a dar una de mis grandes fiestas —sonrió—. Te llevaré conmigo, y vendrán a ponerte a mi altura. Así que vete a dar una ducha y a las cuatro y diecisiete, ni un minuto más, ni un minuto menos, vendré a verte, ¿Entendido? —le dio un golpecito en la barbilla. Ella asintió—. Contéstame.

—Sí —dijo con mucho miedo.

—¿Sí, qué?

—Sí, maestro.

Justin sonrió acariciando la mejilla de ella.

—Así me gusta, muñeca. Y ya sabes, vestidos largos. No quiero que nadie te mire, ¿de acuerdo?

Ella volvió a asentir y Justin la acarició en el pelo como si fuera un perro. Justin se alejó mientras ella se mantenía cabizbaja mirando el suelo, como Justin decía que tenía que ser.

Y era verdad, después de un rato, llegaron empleadas de Justin y maquilladoras profesionales.

Recuerda que se pasaron como una hora en sus ojos con el único propósito de hacerlos aún más grandes, ¿Por qué? Porque Justin lo quería así.

Justin estaba obsesionado con las muñecas. Y estaba obsesionado para que ella luciera como tal: piel de porcelana, ojos de anime, labios pequeños, pálida...

Y lo peor estaba en la ropa. Justin la obligaba a ponerse vestidos de auténticas muñecas. Con sus zapatitos pequeños y medias con bordados, falditas color pastel, de niña buena, lazos en la cabeza y dos coletas como peinado.

Pero en las fiestas se relajaba un poco, y aunque todavía de cara parecía una Barbie de lo irreal y desproporcionada que lucía, con la ropa, la dejaba ponerse vestidos de algodón largos y de un solo color, de corte griego para que no perdiera esa esencia de muñeca angelical.

Y si, a las cuatro y diecisiete Justin Bieber estaba caminando por la habitación mientras las empleadas de Justin la terminaban de peinar.

Justin ordenó que la giraran para poder verla mientras que él hablaba por teléfono. Sonrió al verla.

Y sí, parecía una muñeca. Con el cabello tan largo por las extensiones, la piel de porcelana, y

esos ojos. Un tic en los labios de Justin lo delató. Sí, las muñecas lo excitaban sexualmente.

Miró a todas las criadas y ellas asintiendo, se marcharon. Justin se sentó en la silla que usaba para leer y la miró fijamente. El sol se estaba poniendo y reflejaba en la ventana, y ese reflejo de sol... Iba directo a los ojos de Justin.

—Muñeca, camina hacia mi. Modela para mi —dijo con la voz ronca, sin dejar de verla.

Ella se levantó muy tímida con las piernas temblando, pensando en lo patética que se vería. Justin sonrió de lado y apretó con sus manos el sofá.

—Date la vuelta —dijo con la voz muy ronca—. Así nena, así.

Ella se quedó enfrente de él. Justin la tomó de las piernas y la atrajo hacia él. Justin pegó el rostro en el vientre de ella, besándola encima de la ropa, subió la mirada y sonrió.

—Hueles tan bien —sonrió, para besar otra vez su vientre por encima de la ropa.

Justin sonrió mirándola para luego soltarla.

—De rodillas, muñeca —sonrió.

Ella se arrodilló mirándolo a los labios, Justin la tomó con delicadeza del rostro y dejó que la cabeza le descansara entre las rodillas de él. Justin se mordió el labio y acercó su rostro al oído de ella.

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de meterte la polla hasta la garganta —susurró en el oído de ella—. Pero te arruinaría el maquillaje y yo me mancharía el traje.

Ella dio un suspiro mientras Justin se levantaba, quedando enfrente de ella.

—Muñequita, vamos, levántate.

Ella se levantó, mirándolo asustada, como siempre. Justin extendió su brazo como un caballero y ella lo tomó. Justin salió de la habitación y fueron interrumpidos por una horda de gente trabajando aquí y allá para organizar la fiesta de Justin, a paso de hormiga.

Justin daba esas fiestas para mostrar su poder y que tenía dinero de sobra para derrocharlo en maravillosas fiestas. Los invitados tenían que venir, obligatoriamente, con vestimenta elegante y ya luego podrían desmadrarse todo lo que quisieran.

Justin la llevaba del brazo, mostrando su poderío, como todos trabajan para él, y como obedecían y estudiaban minuciosamente cada movimiento que él daba.

—Hola, Sr. Bieber —saludó uno de los empleados inclinándose como si él fuera un rey—. Señorita —la saludó—. Acaba de llegar la pirotecnia, saldrán solo fuegos artificiales azules y pensamos lanzarlos por detrás de la piscina para que nadie vea de donde salen...

El chico en cuestión, se encogió mirando al suelo cuando Justin levantó la mano, ella abrió mucho los ojos creyendo por un momento que Justin iba a pegarle... Pero no. Justin le dio tres palmaditas en el hombro y sonrió.

—Gran trabajo. Recuérdame tu nombre, por favor.

—Me llamo Liam, señor.

—Liam, ya sabes, te subiré el sueldo.

—Gracias, señor, es usted muy amable —dijo el muchacho sonriendo, hasta los ojos empezaron a brillarle.

—No tan deprisa, chaval. Si los fuegos artificiales no me gustan o no gustan a mis invitados... No seré tan amable, ¿entendido?

—Sí, señor. Hemos puesto cronómetros en todos lados para recordar la hora exacta para lanzarlos, señor.

—Estupendo —sonrió Justin dándole otra palmadita—. Sigue trabajando.

—Sí, señor. Gracias, señor. Adiós, señorita.

Ella inclinó la cabeza siendo amable. Justin la llevó a dar una vuelta por toda la casa en completo silencio. Justin estaba asegurándose que todo estaba en orden, quería que todo estuviera en orden y perfecto para cuando sus invitados llegaran, supieran quién era superior.

—Muñequita —la llamó Justin—. ¿Quieres ir a...?

Pero se fue quedando callado a medida que fruncía el ceño y se fijaba en el cuello de ella... Maldita sea, tenía una marca de los dedos de él que el maquillaje no había cubierto.

—Mon cherie, espérame aquí —sonrió alejándose para luego dar un grito que dejó a todo el mundo inmóvil en su sitio—. ¡Quiero a todas las que han arreglado a mi muñeca aquí mismo!

Como hormiguitas —o humanos en apuros— desfilaron hasta ponerse en medio círculo. Todas se miraron aterradas, con el corazón latiendo, mientras Justin se paseaba por el centro.

—¿Quienes se han encargado exclusivamente del cabello? —preguntó Justin mirándolas agresivamente a cada una.

Unas cuantas dieron un paso hacia adelante. Justin las miró y sonrió.

—Marchaos.

—Sí, señor —dijeron al unísono y en fila, se marcharon.

—Ahora las que se encargaron de la ropa —dieron un paso al frente—. Marchaos.

—Sí, señor —corrieron despavoridas, muertas de miedo.

—Ahora me quedan las del maquillaje —miró a las cuatro chicas que quedaban, aterradas, temblando de pánico—. ¿Tu... A qué te dedicaste?

—A los ojos, señor —dijo con un hilo de voz, a punto de llorar.

—Largo de aquí.

—Gracias, señor —dijo corriendo de ahí.

—¿Tu? —se colocó enfrente de ella.

—Ayudé en los ojos e hice los labios, señor.

—Venga, márchate.

—Sí, señor.

Justin las miró a una por una.

—Nena —sonrió Justin dándose la vuelta para ver a su muñeca—. ¿Quién te ha maquillado el rostro, bebé?

¿Hace falta tanto espectáculo? Pensó ella mirando a las chicas temblar de pánico.

—Nena, te pregunté algo, respóndeme.

Ella abrió mucho los ojos y negó varias veces con la cabeza.

—Oh, vamos, pedi mou —sonrió Justin—. Sólo apúntala y yo haré el resto —al ver que dudó,

la miró agresivamente—. Te lo estoy ordenando, pequeña.

Ella, aterrada por su imponente mirada, subió suavemente la mano y apuntó a una de ellas. Lo que ella no sabía es que señalándola, la había condenado a muerte. Y todo fue muy rápido. Justin sonrió mirando el suelo para luego sacar un arma y apuntarla.

Los demás gritaron aterrados y ella fue mucho más rápida, tomándolo del brazo y rompiendo unas cuantas normas.

—¡No, Justin! —dijo tirando de su brazo—. No hace falta, tal vez fue mi culpa... Nada que no se puede arreglar con un poco de maquillaje. No.. No te preocupes, ya lo arreglaremos.

Justin apretó los dientes al ver que había roto como mínimo siete reglas. Ella, se acercó a él para besarlo en los labios y de ahí, tomó a la chica de la mano y se la llevó de vuelta a la habitación.

Al llegar a la habitación, la chica no pudo más y rompió a llorar. Ella no lloró, porque sabía que si arruinaba el maquillaje, habrían más problemas...

—Ya, no llores... —la abrazó—. Yo también tengo mucho miedo.

—Démonos prisa, a ver si puedo arreglarte rápido para largarme de aquí. Tengo un hijo y un esposo que mantener.

La chica asintió y la sentó en una enorme silla donde le retocó el maquillaje, asegurándose de dejarlo perfecto. Mientras la maquillaba, le contó que su hijo se llama Joan, y su marido era paralítico por un accidente en el trabajo. Justin entró a los pocos minutos, como era de esperar.

—Muñeca —dijo mirándola fijamente mientras la tomaba del rostro con suavidad para no correr el maquillaje—. Que te quede claro que no vuelves a hacer conmigo eso en público, ¿quedó claro? —ella asintió—. Hoy te esperan muchos castigos, nena. Así que ve preparando tu trasero.

Y sin previo aviso, disparó cuatro veces en el vientre de la chica que la había maquillado hace treinta segundos.

La mujer se tomó el vientre mientras empezaba a salir sangre de su boca.

—Yo... Joan.

Justin, sin remordimiento alguno, le disparó en la cabeza acabando con su vida totalmente.

—Y la próxima serás tu si sigues desobedeciendo mis normas —gruñó acercándole el cañón caliente al cuello.

—Justin —susurró al borde de las lágrimas.

—¡Ya te he dicho que no hables, no llores y mucho menos digas mi nombre! —bramó casi perdiendo los estribos.

—Lo siento... Lo siento. No lloraré, lo prometo, pero tienes que escucharme —dijo muy nerviosa acomodando el traje de Justin aunque no hacía falta—. No puedes ir matando a todo el mundo, Justin... Ya la oíste, acabas de dejar a un pequeño sin su madre, ¿Cómo te sientes al respecto?

—¡No siento nada, joder! ¡Y me importa una mierda ese bastardo! —gruñó—. Sigues rompiendo mis normas y eso no me gusta nada de nada.

Justin cada vez perdía los estribos, y ella había estado presente en un brote psicótico de antes pero tenía la corazonada que éste sería peor.

Así que lo más inteligente fue seguir contando el cuento de Psique y Eros.

Justin al principio frunció el ceño, pero luego, engatusado por la voz de su muñeca, fue directo a sentarse con ella encima de su regazo. Cuando hubo terminado la parte que correspondía hoy, Justin habló:

—Hasta aquí, seguiremos esta noche. Pero no creas que se me ha olvidado. Has roto varias reglas y más de una vez, y encima deseo tener sexo contigo, así que te espera una noche muy agitada.

—

—Hola muñequita —sonrió Justin tomándola de la cintura por detrás. Ella dio un saltito pero se relajó al sentir los labios de él en su cuello—. Dentro de unos minutos se lanzará los juegos artificiales, ¿vienes conmigo?

Obviamente lo preguntaba pero no tenía otra opción. Justin la tomó de la mano abriéndose paso entre la locura que había dentro de la casa. Unos bebían locamente, bailaban, gritaban, se estaban volviendo locos... Pero al parecer, Justin amaba que se volvieran así de locos.

Justin la llevó hasta la terraza. La terraza era enorme y desde ahí podía ver todo, pero absolutamente todo el jardín, donde estaba la gente estaba bebiendo, fumando, besándose o teniendo sexo detrás del enorme laberinto que Justin mandó a plantar, ya que cuando tenía tiempo libre, lo dedicaba a aprenderse de memoria el camino bueno de el laberinto.

Justin la abrazó por detrás. Ella apoyó la cabeza en el pecho de él, casi escuchado su corazón.

—Es precioso, ¿no? Parece que el horizonte nunca termina —dijo Justin. Ella asintió.

La noche estaba un poco fría pero de igual manera, estaba despejada.

—Joder —masculló Justin al tener que separarse de ella porque su teléfono estaba sonando—. Bieber —contestó muy agresivo.

A partir de ahí, empezó a hablar en francés. Ella solo lo miraba fijamente. En lo que llevaba con Justin lo había oído hablar una docena de idiomas a la perfección. Ya no le sorprendía nada de él.

—Que pesados joder —masculló volviendo a su lado—. Se quejan porque una de las chicas estaba embarazada, ¿Y a mi qué? Como si me importara...

—¿Y qué has hecho?

Ella sabía que probablemente ese era un grandísimo error. Justin la miró como asimilando que había hablado sin que él le diera permiso. Justin la giró agresivamente tomándola del cuello, haciendo que ella jadeara agresivamente.

—¿Quieres saber lo que hice? —dijo en tono amenazador—. Ordené que se deshicieran de ella lo antes posible, ¿y sabes que pasa ahora? Que hacerlo me ha hecho muy triste porque fue una pérdida de tiempo y espacio cuando podría estar otra en su lugar, tú, tal vez. ¿Y sabes qué pasa cuando tu maestro se pone triste? Que tiene muchísimas ganas de matar y de hacer mucho daño.

Justin la soltó casi empujándola. Ella casi se atraganta con su propio corazón latiente y lleno de pánico.

—Pero ahora, mi muñeca preciosa, veremos el maravilloso espectáculo que preparé para mis invitados, y para ti, obviamente.

Pero Justin ya no la tocaba, sino que él se apoyó en el delicado muro de piedra a esperar que salieran y a ella la dejó a un lado. Justin dio un vistazo rápido a su reloj y cuando la manilla de los segundos llegó a marcar un nuevo minuto, empezaron los fuegos artificiales. Se hizo un vacío ya que la gente que estaba volviéndose loca, bebiendo y bailando, se quedó completamente en silencio.

El rostro de Justin estaba iluminado por la pirotecnia y sus ojos reflejaban ese azul que estallaba en el cielo. Ella suspiró.

—¿Puedo abrazarte? —preguntó ella con la voz baja. Justin apartó un rato la mirada del cielo y asintió. Al parecer no le había molestado que hablara.

Ya se lo habían dicho en el hospital psiquiátrico, un psicópata está constantemente necesitado de muestras de cariño, aunque nunca las devolverá porque para él, solo existe él y nadie más.

—Muñequita, termina esto y te llevaré a mi habitación de juguetes.

Ella se giró para mirarlo. Estaba aterrada, pero vaya, los fuegos artificiales le daban un aspecto más romántico. Frunciendo el ceño y negando varias veces con la cabeza, rogó en silencio.

La habitación de juguetes no era otra cosa que el sótano con varios instrumentos de tortura. Había una camilla, pero no cualquier camilla... Una de hospital psiquiátrico, con ataduras en todos lados para que la víctima no pudiera escapar, mordazas, cuchillos, anillos con alfileres para que se le clavaran en el dedo, pulseras que cortaban el pulso... Ella, de las tres veces que había estado ahí, había podido ver que tenía hasta una cierra eléctrica.

Pero la peor tortura para ella fue cuando Justin la dejó metida en una jaula de hierro para perro y ahí echó cinco cubos de agua congelada.

Tembló al recordar las torturas de Justin. Otra de ellas, de la cual él había advertido era tatuar con un cuchillo. Un día casi lo hace pero ella rogó y rogó y terminó rompiéndole una costilla mientras se acostaban por primera vez.

—Has sido una nena muy muy mala —sonrió maliciosamente tomándola de la cintura—. Tal vez me lo piense y no te haga daño y al final solo me acueste contigo.

Justin devolvió la vista a los fuegos artificiales y sonrió al bajar la mirada y ver a su público embobado mirando al cielo.

—Tengo que subirle el sueldo a ese chico... ¿Cómo se llamaba?

—Liam.

—Eso, Liam, Liam —repitió para memorizarlo—. Muñeca, vayámonos.

Ella cerró los ojos y empezó a caminar detrás de él... Justin la llevaba hasta el sótano. Ordenó a una empleada que no dijera a nadie dónde estaban.

Las empleadas de Justin tenían que ser todas mujeres, guapas y jóvenes. Los únicos hombres eran los que trabajaban en cosas más peligrosas. Por ejemplo, los guardias eran todos hombres altos, robustos, muy fuertes, musculados y además muy guapos. El único que cumplía con todas las características menos con la altura, era el guardia personal de Justin. Apenas era un poco más alto que _____, pero eso sí, tenía el pelo largo y los ojos muy azules. Era un antiguo Ranger que era especialista en lucha de cuerpo a cuerpo.

Justin al llegar al sótano, la sentó en la camilla como si fuese una niña pequeña.

—Ahora escúchame bien... Esto lo hago por tu bien, lo sabes, ¿no?

Ella asintió queriendo llorar del pánico que le daba estar aquí. Justin sonrió de lado y la ató a camilla. Tomando una mordaza, ella empezó a quejarse.

—Oh, nena, ¿Por qué pones esa cara? —la besó en la punta de la nariz.

Justin puso una mano encima de las medias de ella, sonrió al verla atada, solo para él. Tomando un cuchillo, ella empezó a removerse en su sitio sin poder salir ni gritar.

—Oh, muñeca... No voy a matarte... Solo voy a hacerte daño —la besó en la mejilla mientras deslizaba el filo del cuchillo por su brazo—. Mucho, mucho daño.

Regla 3

No llorarás

Estaba completamente a oscuras. Solo podía escuchar su respiración mientras luchaba por librarse de las ataduras de Justin. Sus sentidos le estaban dando malas jugadas porque oía los pasos de Justin de norte a sur, de este a oeste.

Parpadeó fuertemente intentando distinguir algo, pero no... Sólo oscuridad.

—No hablarás —bramó Justin haciendo que ella diera un saltito en su sitio—. No llorarás. No dirás mi nombre a menos que yo lo diga. Nunca contradirás mi palabra. Me llamarás maestro. Y sobretodo, nunca me desobedecerás. Has roto todas esas reglas, ¿sabes? Debería matarte pero quiero saber como termina la historia de Psique y Eros. Y si te mato... No podría hundirme en ti esta noche.

Ella sintió una mano en su pierna derecha que subía con suavidad acariciando todo su lado derecho hasta su cuello. Ahí, sintió los labios de Justin sobre los suyos.

—¿Algunas palabras, muñeca, antes de que empecemos? —susurró muy cerca de su cara, olía a tabaco.

—Piedad —musitó a punto de llorar—. Por favor.

Y es que, Justin estaba diciendo que no habían empezado cuando minutos antes ya la había torturado. Había hecho cortes en sus brazos, luego la había amordazado y le había echado agua con hielo por toda la cara, casi ahogándola y haciendo que su piel se volviera más pálida y transparente. La había mordido, había golpeado su rostro y había apagado la luz dejándola completamente aturdida y asustada.

—Muñeca —susurró Justin—. ¿Crees que en el infierno se tiene piedad?

—¿Acaso eres el diablo?

—No, no, nena. Yo soy Dios.

Y hundió, lo que parecía ser, un destornillador en la palma de la mano de ella haciéndola gritar de dolor.

Arriba, en la casa de Justin, las empleadas recogían todo en súbito silencio, mirándose entre ella con los ojos muy abiertos al escuchar los gritos. El guardaespaldas de Justin, Eliot Spencer, se quedó mirando las escaleras que llevaban al sótano... Pensando en que, comparado con otros, él tiene mucha suerte de ser un simple guardaespaldas.

Justin desprendió con agresividad el destornillador haciendo que ella gritara del dolor y que luego gimiera como un perrito herido. Justin le acarició el rostro y la besó en la frente.

—¡No ha sido para tanto! —dijo Justin encendiendo la luz, al verla, estaba pálida por el dolor y temblando mientras luchaba para no llorar.

Y cada vez que la castigaba, Justin decía al terminar:

—Muñeca, esto es para que cuando quieras romper algunas de mis reglas, recuerdes lo que puedo llegar a hacerte.

Justin empezó a quitar las ataduras, al terminar, la tomó en brazos y la llevó hasta la habitación. Ella pudo distinguir la mirada de Eliot, que apretaba los dientes al verla llena de sangre. Pero como Justin decía "no es tu asunto".

Al llegar a la habitación, Justin empezó a bañarla como si fuera una niña pequeña, luego la dejó en la cama mientras él le vendaba la mano donde había clavado el destornillador.

Ahí, empezó a desvestirse sin quitarle la mirada encima. Justin tenía que aceptar la realidad.

Se empezaba a obsesionar con ella. Decían que solo hacían falta 21 días para obsesionarte con algo o con alguien, y ese algo y ese alguien era ella, su muñeca.

—Muñeca, abre las piernas para mi.

Ella obedeció mientras lo miraba quitarse la ropa a su lado. Justin notó que cuando él la miró a los ojos, desvió la mirada al instante, así que le acarició el rostro con suavidad.

A diferencia de las sumisas y los amos, es que un amo buscaba una sumisa para cuidar de ella y la sumisa buscaba no solo la fuerza bruta... Y obviamente todo lo que Justin le hacía no era para nada consentido, sino que era obligado a través de amenazas y sí, Justin después de casi mutilar su cuerpo, podía tener dos reacciones:

Cuidar mucho de ella.

O seguir mutilando.

Normalmente pasaba la segunda, así que ella ya estaba mentalizada de que iba a sufrir mucho si Justin tenía esa necesidad sexual fuerte.

Y es que, Justin no es un psicópata común, sino que era un psicópata con una necesidad sexual fuerte, lo que lo llevaba a tener sexo extremo y violento para intentar desahogar esa energía hostil.

Justin se colocó a los pies de la cama y la incitó a que se acercara.

—De rodillas, muñeca.

Ella se bajó de la cama con mucho cuidado y se arrodilló en el frío suelo. Ya las paredes se habían enfriado así que ella se estaba congelando de rodillas.

Miró al frente, a Justin, que le tomaba el rostro para poder mirarla. Repasó con sumo cuidado las heridas del rostro, de ese rostro tan bonito. Él sabía de cortes, ya que cuando tenía 16 años, se hacía daño a sí mismo cortándose al no poder hacer daño a más gente porque era ilegal. Y obviamente lo sigue siendo, pero ya es un hombre hecho y derecho muchísimo más inteligente que cualquiera que trabaje en la CIA o inteligencia naval.

Ella lo miró detenidamente cuando él se giraba para leer algo en la lista. Justin Bieber se cuidaba muchísimo, se mata en un gimnasio para lucir perfecto, compra la ropa más cara y la que le sienta mejor. Si cualquiera que no conociera a Justin, diría que es un hombre plenamente perfecto, sin dudar, porque posee una belleza increíblemente abrumadora, unos modales impecables y una capacidad de persuadir a cualquiera implacable.

Justin le puso una manta encima para que no se muriera de frío. Ella lo agradeció con la mirada y se quedó sentada en el suelo mientras esperaba que él estuviera listo.

Justin tenía que mentalizarse e imaginarse lo que quería. Tenía que tener muy claro dónde la iba a golpear, cuanto tiempo iba a durar y si la iba a dejar correrse o no. Justin reflexionaba sobre esto porque era muy analítico con absolutamente todos los aspectos de su vida, preguntándose porqué, y qué pasará en el futuro si escoge una cosa u otra.

—Nena, no llorarás, no gritarás ni gemirás a menos que yo lo pida, no dirás mi nombre, solo puedes tocarme el pecho, los brazos y la espalda, obedecerás en todo lo que yo te diga, me besarás cada vez que yo decida besarte, si te digo que estires el cuello, lo harás y por último, más te vale dejarme satisfecho.

Justin la tomó del pelo para tirarla a la cama. Ella jadeó mientras retrocedía a medida que él se acercaba. No había nada más peligroso como un hombre con esa necesidad sexual fuerte, porque Justin no buscaba satisfacer su cuerpo, buscaba satisfacer su mente y demostrar quién mandaba.

Justin inclinó la cabeza dejando un suave beso en su pierna, luego subió hasta sus senos, de los cuales tiró haciéndoles mucho daño, la besó en el cuello y para luego tomar su labios. Ella fue incapaz de seguir el beso así que Justin se separó y la golpeó en el rostro. Ella jadeó haciendo la cara a un lado pero Justin volvió a tomarla con fuerza para besarla salvajemente.

Los besos de Justin no solían ser tiernos, sino dominantes y muy salvajes, casi agresivos. Ella tomó esos labios intentando seguirlo y al parecer lo estaba consiguiendo porque él no se separaba de ella.

Justin, sin dejar de besarla, le abrió las piernas con agresividad. Se separó para mirarla.

—Sube la rodillas.

Ella lo hizo.

—Más —gruñó mientras tiraba de su pierna haciendo que ella jadeara sabiendo que no podía más—. Vamos muñeca, mi lema es que cuando tu sientas que no puedes... Es que todavía puedes muchísimo más.

Justin empujó sus piernas hasta dejarla completamente abierta para él. Ella respiraba entrecortadamente mientras lo miraba acomodarse encima de ella, sintió su miembro, maldita sea, estaba duro como una roca.

Justin la miró y sonrió de lado.

—Muñequita —la besó en la mejilla—. No pongas esa cara. Te lo dije, no voy a matarte, solo voy a hacerte daño, mucho, mucho daño.

Ella lo miró a los ojos, mientras jadeaba cuando él se acercaba suavemente al cuello de ella, y cuando ella cerraba los ojos con fuerza esperando que él la mordiera o algo, Justin la besó suavemente mientras la abría de piernas para él. Ella respiraba entrecortadamente muy alerta ante Justin.

Ahora podía ser bueno, en un segundo hacerle mucho daño. Y si, Justin se separó bruscamente después de morderla en el cuello para luego con su mano, apretar su cuello, donde antes la había besado con tanto cuidado. La reacción de su cuerpo fue espontánea e inevitable, haciéndola jadear. Justin gruñó ante su desobediencia y apretó más el agarre, casi rompiéndole el cuello, asfixiándola.

—Justin —jadeó ella a su vez, apretando las manos de Justin intentando que la soltara—. No eres consciente de la fuerza que tienes —suspiró ella cuando él la soltó.

Y ahí ella entendió algo. A Justin no le satisfacía el sexo, le satisfacía el poder de poseer a alguien.

Justin volvió a acomodarse entre las piernas de ella y mientras observaba las marcas de sus dedos en la piel de ella, se hundió como animal.

—Muñeca, eres totalmente mía —gimió mientras ocultaba su rostro en el cuello de ella—. Completamente mía.

La primera vez que Justin le había dicho que era de su propiedad fue cuando la secuestró, ella había gritado que eso era falso porque no tenía dueño, así que lo que hizo Justin fue que la tatuaran en la nuca con su nombre. Y sí, tiene un tatuaje con el nombre de él, y ahí había dicho:

—Ahora mi nombre está en tu piel, ya puedo decir que eres de mi propiedad.

Ella cerró fuertemente los ojos cuando Justin la embistió con fuerza. Eso sí que le había dolido. Ella no podía apenas tocar a Justin porque él no podía tener nada de nada, si al día siguiente tenía una marca de las uñas de ella, por muy pequeña que fuese... La golpeaba.

—Auch —musitó por lo bajo cerrando los ojos, hasta desde donde estaba podía sentir la fuerza con la que Justin apretaba las sábanas.

—No te quejes —advirtió.

Ella suspiró porque Justin le daba una advertencia. Normalmente, la golpearía con fuerza sin más y nunca daba advertencias, así que suspiró y cerró los ojos esperando que terminara... Porque algún día iba a terminar, ¿no?

En el piso de abajo, estaban las hormiguitas recogiendo todo lo de la fiesta y los que habían terminado con sus tareas, ayudaban a los demás a terminar y dejarlo todo perfecto para el Mr Bieber.

En cambio Eliot estaba sentado en las escaleras sin poder dejar de escuchar el golpeteo constante de la cama contra la pared. No oía nada, ni gritos, ni fuertes gemidos, pero sabía lo que pasaba ahí.

¿Cómo es que una chica se someta a tales torturas por solo miedo?

Eliot analizó la situación: pasaba bastante tiempo sola, y podía escaparse perfectamente, pero no lo hacía, ¿Por qué? ¿Por miedo? No, alguien con miedo intentaría huir y no se mostraría tan sumiso, ¿O sí? ¡Maldita sea! No, por mucho miedo que se tiene, no se aguanta un mes sin saber qué será de su futuro.

Y además, ¿No tenía familia que la echara de menos? Él estuvo cuando la secuestraron, iba conduciendo y Justin le prohibió decir palabra, así que pensó que la metería en la prostitución y ya, ¿Pero por qué ha durado tanto tiempo?

En la habitación, Justin se corría dentro de ella. Y sin poder más, se derrumbó en el pecho de ella.

No había ido tan mal como la primera vez que lo habían hecho, se dijo para intentar consolarse. La primera vez ella no entendía nada y había sido golpeada brutalmente hasta casi dejarla inconsciente.

—Buen trabajo muñeca —la besó en el hombro y se quedó inmóvil—. Tendrás tu recompensa, lo prometo. Hoy estoy muy generoso.

Ella le acarició el pelo para que le quedara claro que estaba agradecida.

—Ya puedes dormirte —dijo Justin bostezando pero levantándose para ir a decirle a los demás que se podían marchar.

Cuando volvió, la encontró completamente dormida. Sonrió porque la miró tan adorable. Le encantaba la muñeca sexual que tenía en su casa.

Sólo había que pulirla un poco más y sería completamente perfecta.

Justin se mordió el labio mientras se sentaba en el borde de la cama y con una mano le tocaba una pierna. Siguió subiendo tocando su piel.

Ella despertó con un saltito mirando a todos lados. Justin se acercó a su oído y ahí susurró:

—Muñeca, ¿Creías que había terminado contigo?

Regla 4.

Prohibido huir

A la mañana siguiente, Eliot corrió hasta la habitación de Justin. Ahí entró estrepitosamente para encontrarse a Justin poniéndose la chaqueta del traje.

La vista de Eliot fue directo a la cama, donde estaba _____ tendida. Estaba cubierta por unas sábanas blancas pero desde donde estaba podía ver perfectamente las marcas en el cuello, los moretones en la cara y en los nudillos de Justin unas pequeñas heridas.

El labio le tembló al ver tremenda escena.

—¿Qué ocurre, Eliot? —preguntó arrogante sin dejarse de mirar al espejo.

—Ya están aquí.

Justin miró su reloj y faltaban treinta segundos para la hora en la que quedaron.

—Están enfadados porque dicen que vamos muy tarde —dijo Eliot caminando al lado de Justin. Éste, de pronto se detuvo.

—Mi querido Eliot, voy a explicarte una cosa y espero que nunca la olvides: los reyes nunca llegamos tarde, son los plebeyos que llegan temprano.

Justin se giró para darle un último vistazo a _____.

—Es preciosa, ¿verdad?

A Eliot le dio más tiempo de repasar heridas. En el cuello tenía de dedos, de labios y de dientes. Tenía la mano completa vendada, y cada vez veía más marcas en las clavículas, el rostro, los hombros...

—Pues follar con ella es aún más precioso —rió Justin—. Vamos.

Justin caminaba con escalofriante elegancia hacia el salón. Ahí, estaban sus socios. Justin tenía unos modales de Dios por lo perfectos que eran.

Cuando era pequeño, su madre trabajaba limpiando casas y en una de ellas, vivía un señor multimillonario, Justin tenía solo 8 años y lo llamaba cariñosamente "Tío Sam". Sam le había enseñado a tocar el piano, como saber qué traje te favorece, a cuidar de su cuerpo y cuando estuvo mayor, le enseñó modales.

Justin tenía procedencia italiana y su madre, huyendo de un padre maltratador, vinieron a los Estados Unidos, a vivir el sueño americano. Al principio era complicado porque pasó de vivir bien, a vivir en la miseria.

Su madre apenas comía para darle la comida a él, sufrían constantes humillaciones, ella en el trabajo y él en el colegio, también vivían huyendo de la policía porque no tenían casa así que tenían que vivir en edificios sin habitar, ilegalmente. La infancia de Justin fue dura pero el tío Sam le dio un gran regalo: la perspicacia de poder persuadir a cualquiera con su impecable encanto.

Al morir el tío Sam, Justin vio una oportunidad con la herencia, así que se hizo pasar por hijo de Sam Nicholson, tuvo varios juicios y una prueba de ADN truncada y ganó la mitad de sus bienes porque la otra mitad irían para la odiosa de la otra hija, Victoria o Vicky.

Mientras Justin se sentaba notó que uno de ellos tenía la mano en su arma sin quitarla de ahí. Sonrió porque sabía que Eliot le rompería la cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

Eliot era un gran amigo para él. Confiaba mucho en él a pesar de no sentir empatía.

—Justin —susurró Eliot.

La vista de todos había ido a la chica golpeada que bajaba las escaleras envuelta en una sábana blanca manchada también de sangre. La escena era muy perturbadora. Justin suspiró apretando la mandíbula y se levantó.

—¿Qué ocurre, muñeca? —preguntó Justin.

—En la herida de la mano han salido estas costras extrañas —dijo ella enseñándole la palma de la mano, donde él había clavado el destornillador.

—Está infectada —dijo Eliot por detrás de los tres—. Yo la puedo curar.

—Ya hablaremos —dijo mirándola fijamente.

Justin inmediatamente llamó a tres de sus guardias y les informó de las armas. Eliot y ella se fueron a la cocina donde ella tenía puesto el desayuno, que era una simple tostada y un vaso de leche. Ella suspiró y se sentó en la mesa con Eliot enfrente. Una de las empleadas le trajo un botiquín, Eliot sacó su navaja del bolsillo y la desinfectó con alcohol.

—Te va a doler.

Ella le extendió la mano y se la dio a Eliot.

—Vaya, es muy profunda —dijo Eliot mirando la herida. Él sabía perfectamente que era de un destornillador—. Voy a tener que ponerte alcohol y luego con la navaja quitarte todo lo infectado hasta que quede limpia. ¿Quieres morder algo?

Ella asintió con una mueca de dolor, con tan solo imaginarse el dolor que iba a pasar.

—Toma —dijo Eliot pasándole su pañuelo rojo. Ella había visto bastantes veces ese pañuelo, Eliot se lo ponía en la cabeza para retener su cabello cuando cocinaba—. No te preocupes, está limpio.

Eliot intentaba romper el hielo pero ella tenía prohibido hablar y con los nervios del momento, las palabras estaban atascadas en su garganta.

—Qué mano más pequeña —dijo tomando un algodón con alcohol.

Ella suspiró y mordió el pañuelo de Eliot lo más que pudo mientras cerraba los ojos.

—Dame la otra mano.

Eliot tomó su mano a medida que él ponía el alcohol en la herida. Ella casi se desvaneció del dolor, pero aguantó.

—No voy a soplarte porque sería meter más gérmenes —dijo Eliot sintiendo lo fuerte que ella le agarraba la otra mano—. Aquí voy.

Eliot acercó la navaja y empezó a limpiar la herida. Se encontró fibras de metal diminutas, casi invisibles, y ahí confirmó que le habían clavado un destornillador. Él la observó, tenía heridas de hace una semana y de hace un día. Ella abrió los ojos al sentir que Eliot no hacía nada.

—Puedes hablar conmigo —susurró para que Justin no los escuchara—. No se lo diré.

Eliot bajó la mirada y terminó de limpiar la herida. La piel le quedó limpia, sin rastro de sangre.

—¿Cómo te lo has hecho?

Ella separó los labios para hablar, iba a contarle a Eliot que Justin...

—Eliot —dijo Justin en la puerta mirándolos a ambos—. Ya me encargo yo.

Eliot se levantó sin dejar de mirarla. Seguía sin entender cómo es que no escapaba. Hubieron varias chicas de Justin que huyeron, ¿por qué ella no?

Eliot se marchó cuando Justin se sentaba enfrente, con una sonrisa. Oh, no. No era una sonrisa verdadera, era una sonrisa muy peligrosa.

—Que no vuelva a enterarme —advirtió Justin presionando la herida haciendo que ella jadeara del dolor—. Que le digas algo a Eliot. Ni se te ocurra bajar cuando tenga mis reuniones y muchísimo menos hables con Eliot de lo que pase en nuestra habitación y en el sótano.

Ella asintió varias veces a medida que se retorció. Justin la soltó y volvió a sonreír mientras tomaba el vendaje.

Ella estaba al borde de las lágrimas pero no iba a llorar. Justin siguió vendando su mano con suavidad. Al terminar, la besó en la palma de la mano y sonrió mientras se levantaba.

—Mon cherie, come —ordenó señalando el plato—. Ya sabes que tienes que pesarte a las 11.

Ella asintió. Para Justin, el peso perfecto para una "muñeca" es 50 kilos. Y ella no iba a comer hasta pesar eso.

Justin repasó con la mirada los golpes en su pálida piel y sonrió porque sentía que la había marcado como de su propiedad.

Justin se levantó y se sentó justo al lado de ella, colocó su mano entre las piernas de ella y la miró atentamente con esa falsa sonrisa de amabilidad.

—Come —fue lo único que dijo.

Ella obedeció muy nerviosa sintiendo la mano de Justin entre sus piernas.

—Nena, tengo ganas de...

Agresivamente, le tomó el rostro y en un segundo la estaba besando salvajemente. Ella apretó los ojos intentando seguirlo pero Justin la besaba muy deprisa y con mucha ansiedad.

—Justin —musitó ella separándose—. ¿Te encuentras bien?

Justin la miró fijamente sin ninguna expresión en el rostro. Ella lo había preguntado porque Justin no solía besarla así en público. Y simplemente Justin no sabía cómo explicar lo obsesionado que estaba con ella.

—¿Justin? —ella lo tuvo que retener cuando se iba hacia atrás—. Siéntate.

Justin apartó las manos de ella para restregarse los ojos. Pero fue inútil porque volvió a marearse y casi caerse.

—¡Eliot!

Eliot la escuchó desde lejos y empezó a correr creyendo que les había pasado algo. Al llegar a la cocina, Justin estaba con la cabeza apoyada en el regazo de ella.

—Se desmayó, así sin más.

A Eliot le tembló el labio y corrió al salón a coger el vaso de agua que había estado ahí... Probó un poco para asegurarse de que no era veneno.

—Alguien sedó a Justin —dijo Eliot acercándose a ellos—. Les voy a reventar la cabeza si se cruzan en mi camino —dijo con mucha rabia.

—¿Por qué lo harían?

Lo descubrieron al oír el grito de una empleada. Eliot corrió hacia la oficina de Justin. La oficina de Justin era una biblioteca masiva, con un escritorio que era una replica exacta de la mesa que hay en la Casa Blanca, también tenía cuadros carísimos, ya fueran replicas exactas y algún que otro Goya autentico, también poseía una preciosa escultura de crisoelefantina de Dafne y Apolo de Bernini. Y justo... Debajo de esa estatua, estaba la caja fuerte de Justin.

Justin cuidaba esa caja fuerte con su vida, ya que poseía la herencia en joyas de el tío Sam, y también varios recuerdos personales.

Oh, y también varios fajos de billetes.

Eliot al entrar miró a los hombres intentando abrir la caja fuerte. Habían cortado la alarma y también las cámaras de seguridad.

—Hoy es mal día para meterse conmigo —dijo Eliot haciendo sonar sus dedos.

Ellos reaccionaron sacando las armas. Eliot hizo los ojos en blanco.

Abajo, ella estaba con la cabeza de Justin en el regazo, acariciando levemente su cabello. De pronto, se sobresaltó al oír disparos, y luego silencio.

—¿Eliot? —llamó ella aterrada.

—¿Sí? —salió del despacho sin ni siquiera despeinarse.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Eliot era el mejor, se había entrenado tanto y toda la vida que solo podía dedicarse a esto: a matar.

—Tenemos que llevarlo a la cama —dijo Eliot.

Ella se levantó con mucho cuidado para que no se golpeará con la cabeza. Eliot, sin esfuerzo si quiera, lo levantó como si no pesara nada a pesar que Justin lo doblaba en estatura y envergadura.

—No pesa nada —explicó Eliot—. Los músculos que tiene son solo de gimnasio, no tiene nada de fuerza y mucho menos de peso.

Ella asintió hasta que llegaron a la habitación. Eliot se fijó más en la escena. El vestido que llevaba ayer, estaba en el suelo y tenía marcas de sangre, la ropa de Justin todavía no había sido recogida y lo lejos en la cama, pudo ver, lo que sin duda sería, sangre y semen. Eliot lo dejó en la cama y la miró.

—Puedes contármelo todo, hasta si quieres te puedo ayudar a huir.

Ella tembló negando con la cabeza. ¿Y si Justin se enteraba y la buscaba por mar, aire y tierra?

—No puedo, Eliot —dijo sentándose en la cama—. Justin se deshace de sus chicas muy rápido y si yo he durado tanto... Es que se ha obsesionado conmigo y huir sería un pasaporte a la muerte.

Eliot frunció el ceño y la observó mejor. Para él, ella era preciosa. No sabía porqué pero le recordaba a alguien de la realeza. Era muy pálida, estaba muy delgada, tenía unos ojos verdes

oscuro brillantes preciosos, parecían joyas, y una carita de eso... De muñeca. Además de que la manera de comportarse, hacían pensar que era muy delicada y demasiado frágil.

Eliot, se tomó el atrevimiento de tomarla del rostro, acariciando suavemente las heridas. En el labio, el ojo, una brecha en la frente pero lo peor estaba en el cuello.

—¿Cómo es que Justin pueda golpear algo tan bello?

Ella retrocedió quitando sus manos de encima. Por lo que sabía, Eliot no tenía novia porque era muy mujeriego y el trabajo no le permite tener nada serio, y entró en pánico, no por lo que le decía, sino porque cosas como esas, hacían que Justin la golpeará.

—Si quieres huir —dijo mirándola a los ojos. Ella observó fijamente sus ojos azules—. Yo tengo un buen lugar para esconderte.

Eliot se dio la vuelta y se marchó. Ella, inconscientemente, giró la vista a "La Lista". Y ahí estaba escrito: "Puedes esconderte, pero no huir".

Ella suspiró y miró a Justin. Todavía seguía inconsciente. Así que ella decidió darse una ducha. Se quitó las molestas sábanas de encima y fue al baño.

En la planta de abajo, Eliot arrastraba los cadáveres de los hombres a los que había asesinado.

A medida que los arrastraba, notó algo que golpeteaba con el suelo desde la chaqueta de uno de ellos. Al registrarlo, sacó un teléfono de prepago, y al ver las últimas llamadas, decidió marcar.

—¿Habéis terminado el trabajo? ¿Bieber está muerto?

Eliot al oír esa voz, colgó inmediatamente. Le tembló el labio recordando al hombre que había hecho de él un asesino. Guardando el teléfono para tirarlo lejos, siguió arrastrando cadáveres mientras las empleadas corrían de un lado a otro limpiando la sangre esparcida por el suelo.

Arriba, ella se limpiaba con mucho cuidado las heridas. En un momento dado, se dio la vuelta para tomar el acondicionador pero dio un saltito de susto al ver a Justin de pie enfrente de ella.

Estaba serio, sin ninguna expresión, ni siquiera una sola marca de piel que delatara sus intenciones.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó muy asustada y usando sus manos para cubrirse de Justin.

Justin, sin decir nada, se quitó la chaqueta del traje y la ropa en general para meterse a la ducha con ella. Jadeando, retrocedió para que no la tocara, porque Justin era jodidamente impredecible.

—Nena —sonrió de lado—. ¿Por qué estaba sedado? —dijo acariciando peligrosamente su mejilla.

Justin colocó ambas manos en la pared, acorralábase mientras la mirada con esos ojos de tiburón a punto de cazar a su presa. Ella jadeó queriendo salir de ahí.

—Te sedaron —pudo contestar a pesar de lo nerviosa que estaba. Justin seguía con esa mirada y cada vez más cerca de su rostro.

—¿Quién?

—Los hombres con los que estuviste antes. Eliot dijo que fue por el agua.

—¿Y Eliot dónde está?

—No... No lo sé —dijo muy nerviosa recordando lo que Eliot había dicho con Justin a pocos centímetros.

Justin la empujó para quedar muy cerca de ella.

—Nena, si me entero que has sido tu... Ya sabes lo que soy capaz de hacerte, ¿Verdad? —ella asintió frenéticamente.

Justin sonrió de lado y se pegó a ella, acercándose, aspiró el aroma de su pelo recién lavado y la empezó a besar en el cuello. Ella quiso salir de ahí, pero Justin no la dejaba escapar.

—Ni se te ocurra —advirtió Justin mientras la levantaba pegándola a la fría pared del baño, oh no.

Justin la empujó con fuerza mientras la mordía en el cuello. Ella cerró los ojos fuertemente no queriendo hacer ningún ruido.

—Nena —musitó mientras dirigía su pene hacia ella—. Mi muñeca —la besó en la mejilla hasta mirarla de frente—. Solo mía.

Pero fueron interrumpidos cuando la puerta se abrió. Justin reconoció los pasos de Eliot casi inmediatamente. Así que se apartó de ella y se puso una bata.

Al ver a Eliot, él suspiró porque tenía el presentimiento de que no sería nada bueno... El rostro de Eliot lo decía absolutamente todo.

—Fueron hombres de él.

Ella miró desde el fondo a ambos y frunció el ceño.

—¿De quién? —se atrevió a preguntar.

—De Demien Moreau —a Justin le tembló el labio al oír su nombre.

Ella miró confusa a Eliot.

—¿Quién es Demien Moreau? —preguntó mirando a Eliot.

—Nuestra peor pesadilla —dijo Justin girándose para mirarla—. Y me quiere muerto.

Regla 5.

Saldrás hasta que yo lo diga

—Demien fue mi mejor amigo —explicó Justin con la taza de café entre las manos—. Nos conocimos en un golpe en Venecia... Pero me traicionó —dijo mirando a la nada.

—Yo conocí a Justin para ese entonces —dijo Eliot—. Yo trabajaba para Demien y él me estaba obligando a asesinar a Justin, pero no pude hacerlo... Y desde entonces, trabajo para Justin.

Ella miró a Justin. Estaba con la mirada fija a un punto del suelo mientras apretaba la

mandíbula.

—¿Y qué hace Demien? —preguntó inocentemente.

—Es el mejor estafador y ladrón del mundo. Ahora se dedica a la política corrupta —contestó Eliot.

—¿Y es peligroso?

Eliot y Justin asintieron al mismo tiempo, pero fue Justin el primero en fruncir el ceño y mirarlos a ambos.

—¿Por qué quiere matarme ahora? —preguntó retóricamente con la vista perdida al suelo.

Ella miró a Eliot que negaba con la cabeza repetidas veces.

—Ni idea, hermano —dijo muy bajito. Justin la miró a ella.

Se levantó y la acarició en el rostro con suavidad.

—Ya sabes a quién tienes que proteger —dijo Justin mirando a Eliot—. Demien es un hijo de puta, y es muy inteligente. Ten mucho cuidado, muñequita. Recuerda que estamos ante un estafador que pasará a la historia como el mejor.

Ella asintió mientras lo miraba al rostro.

—Ve a vestirte. Tienes que seguir contándome esa historia —ordenó Justin.

Ella asintió mientras se metía otra vez al baño.

—¿Qué historia? —preguntó Eliot.

Justin solo sonrió.

—

—¡Maldita sea! —bramó Demien golpeando la mesa con brutal fuerza—. ¡Yo mismo lo hubiera hecho mejor!

—Señor... Lo sabemos, pero creo que ahora deberíamos centrarnos en encontrar los cadáveres... Sabemos como es Eliot Spencer, el mejor en su trabajo —dijo su fiel acompañante Freud.

—Que se encarguen los del veintiséis —dijo encendiendo un puro—. Yo me encargo de Bieber y de ella.

—Pero señor... Sabe que Justin Bieber prefiere matar a los de su alrededor. Tal vez ya está muerta...

—No lo está. Uno de mis hombres la vio en la fiesta de Justin —explicó Demien mientras expulsaba el humo por su nariz—. Tengo que tenerla conmigo, ¿Lo entiendes? Estoy dispuesto a pagar millones con la condición de que no la lastimen.

Nathan Ford tragó saliva al no saber la reacción de su jefe al comunicarle lo que vio en la fiesta. Tomando aire y fuerzas, entró en la habitación.

—Sr Moreau —dijo muy formalmente—. Tengo que contarle algo más...

Demien asintió prestando toda su atención en él.

—En la fiesta de Justin Bieber corrían rumores de que él la maltrataba físicamente pero no solo eso... En el sótano de la casa de Bieber, hay una cámara de tortura... Y estoy muy seguro que

ella ha pasado por ahí más de una vez.

Demien apretó los dientes y asintió.

—Vale, mi razón para romperle los dientes y la cara, era que se había robado lo que es mío... Ahora tengo una razón mejor.

Demien miró la foto que tenía en su escritorio y tomándola entre sus manos, la observó con detenimiento.

—Pequeña, ya volveremos a encontrarnos y a consumir nuestro amor, te lo prometo.

—

Eliot la miró fijamente mientras ella apartaba la mirada y masticaba un trocito pequeño de pan. Eliot con atrevimiento, deslizó su plato hasta ponerlo casi enfrente de ella.

—Come —dijo.

Ella al ver el plato enfrente de ella, jadeó y negó varias veces con la cabeza retrocediendo. Sabiendo que si Justin los descubría, ella iba a pagar las consecuencias.

Así que cuando iba a levantarse para alejarse de la mesa, Justin apareció. Si algo saldrá mal... Saldrá jodidamente fatal.

Justin entrecerró los ojos y suspiró mirando al suelo, pensando "nunca aprende".

—Muñeca, a la habitación —ordenó apuntando las escaleras. Ella, lo más rápido que pudo, se levantó, pero Eliot la tomó del brazo.

—Justin, vuestra habitación no tiene cámaras, ¿Y si pasa algo? —dijo muy rápido intentado que se quedaran.

—Eso es lo que tu crees. Y si pasa algo, ella gritará, mucho. ¿A que si, Mon chérie?

Ella asintió mirando al suelo y avanzando a la habitación. Justin, subió detrás de ella. Cuando llegaron, ella se sentó en la cama mirando sus pies.

—¿Qué estabas haciendo, nena? —susurró colocándose enfrente de ella—. No has probado la comida de Eliot, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza repetidas veces. Justin sonrió tomando su rostro con suavidad entre sus manos.

—No te creo, convénceme.

—Pu... Puedes ver las cámaras... —titubeó intentando apartar la mirada pero Justin no soltaba su rostro.

—¿Y por qué tengo que ver una cámara? ¿Acaso no puedo creer en tu palabra? Ay, muñeca. Primer error.

Justin le dio una bofetada que hizo que mirara hacia otro lado. Luego la tomó del pelo y le hizo que lo mirara.

—Puedo oler tu miedo, muñeca —sonrió mientras se acercaba a sus labios y la besaba con tanta agresividad, que ella ya casi no podía seguirle tremendo beso tan agresivo.

Justin se colocó encima de ella y una de sus manos se introdujo dentro de el pijama de ella. Esa

era otra regla, ella no iba a ponerse ropa interior durante el día excepto cuando tenían una fiesta o algún evento.

—¿Por qué estás tan seca? —preguntó mientras introducía dolorosamente dos de sus dedos—. ¿Acaso no te excito? —tomó una de sus manos y las dirigió al pene de él—. En cambio mira como me pones.

Justin volvió a tomarla del pelo con fuerza haciendo que ella quedara sentada sobre sus dos dedos. Ella gimió mirando hacia arriba por el dolor que provocaba.

Justin la usaba como si fuera una muñeca de plástico. Justin era como un niño, porque los niños son crueles con sus juguetes ya que los muerden, los golpean, los empujan, les quitan un brazo... Y si ella no escapaba, Justin terminaría cercenando su brazo.

Gracias al cielo, fueron interrumpidos por el móvil de Justin. Éste gruñó sonoramente mientras lo sacaba de su bolsillo.

Se quedó inmóvil al ver el número. Y contestó.

Justin lo puso en altavoz, lo dejó en la mesita de noche para empezar a atar a su muñeca en la cama.

—Demien —dijo Justin—. Tanto tiempo sin oírte.

—Bieber, seamos breves. ¿Dónde están mis hombres?

—Muertos, quizá. Si quieres te envié a Eliot para que también te haga desaparecer a ti. Eres un hijo de puta —bramó mientras le ataba las muñecas en el cabecero de la cama—. Tu intento de asesinato no quedará impune, Demien.

—No será un intento de asesinato. Lo conseguiré... Pero, tu y yo podemos hacer un acuerdo como adultos que somos.

—No me interesan tus acuerdos de mierda, Demien.

—¿Seguro? —rió—. Mi querido Bieber, éste te encantará.

Justin empezaba a atarle los tobillos y se detuvo para escuchar atentamente.

—Entrégame a la chica, y nadie saldrá herido. Tienes nueve días.

Y colgó. Justin frunció el ceño y fue directo al teléfono para llamar a algunos de sus socios.

—Qué raro... Seguiré buscando —dijo en voz alta.

Ella abrió mucho los ojos al ver que Justin se iba distraído en sus asuntos y la dejaba completamente sola atada en la cama.

Justin caminó hasta el piso de abajo, tomando su abrigo de algodón desteñido, sus llaves y salió. Los guardaespaldas sin preguntar, lo siguieron como de costumbre. Vaya... Hacía mucho frío hoy en Oregon, pensó mientras marcaba un número.

—Hey, Alec. ¿Tienes un listado de las chicas que han entrado este último mes?

—Sí, aquí mismo.

Alec era por poco, el mejor hacker del mundo. Él era el que borraba cualquier huella de Justin en la red. Desde la página de la Interpol, hasta de una mafia China.

—Te lo pasaré todo al móvil. ¿Quieres que investigue algo más?

—Sí, por favor. Si alguna tiene relación con Demien Moreau.

—¿Ese Demien Moreau?

—Ese mismo.

—Está bien... Aparece que solo hay una... Se llama Victoria Timothy. La secuestraron la semana pasada y al parecer está en la caja negra porque no quiere cooperar.

A Justin casi le da un infarto en ese momento.

—¡Sois todos gilipollas! —gritó—. ¡Es mi hermana! —bramó mientras se subía al coche—. ¡Maldita sea Hardison!

—Oh, no.

—¡Sacadla de ahí inmediatamente! Enviadla a mi casa, ahí estaré a eso de las ocho.

—Está bien, Justin. Ya envíe la orden.

—Qué raro... Me da la sensación de que se me olvida algo... —se encogió de hombros—. No debe de ser nada.

—

Ella luchaba para librarse de las ataduras. Ya empezaban a hacerle daño las muñecas...

—¿Justin? —lo llamó pero cerró los ojos al oír el coche de Justin marchándose de su palacio.

Gruñó mientras se retorció.

—¿Eliot? —lo llamó—. ¡Eliot!

Eliot subió a paso lento, con cautela, por si había que atacar a alguien por la espalda. Cuando entró con mucho sigilo, solo consiguió ver a una pequeña chica atada en la cama.

Entró corriendo y empezó a desatarla. Hasta hizo una mueca de dolor al ver las marcas que se le quedaron en los tobillos.

—Gracias —murmuró frotando su muñeca mientras Eliot se sentaba al borde de la cama, analizando su piel, mirando cada herida—. ¿Y Justin?

—Fue a buscar a su hermana. Al parecer entró en la red de prostitución.

—¿Justin tiene una hermana?

—Justin la considera una hermana. La desprecia pero igualmente... Creo que va mucho con la personalidad de Justin: proteger a lo que considera indefenso.

Eliot le contó la historia de la herencia pero ella seguía sin entender un detalle:

—¿Pero por qué Justin va a buscarla? ¿Acaso no quería librarse de ella?

—Es que Demien es lo que pide. Al parecer tienen algún tipo de relación.

—Pobre chica... Entre dos locos.

Suspiró ella levantándose mientras Eliot la miraba pensando que estaba de broma, pero al parecer iba en serio, ¿Acaso no se daba cuenta del daño que le hacía Justin?

—

Ella estaba sentada en la cama, leyendo un libro sobre mitología hindú cuando irrumpieron en la tranquilidad de su habitación, Eliot y Justin.

Ella se incorporó inmediatamente sintiendo como su corazón se aceleraba al ver a Eliot acercarse velozmente a ella. Pero su mirada se desvió a Justin. Estaba despeinado y desde donde estaba, podía ver el enorme bulto en su pantalón.

—Y que no salga toda la noche de ahí —ordenó Justin a Eliot mientras él la tomaba de la mano. Al avanzar unos pasos, había una mujer, era muy guapa y estaba también despeinada y muy agitada.

Justin y ella intercambiaron miradas por un segundo pero se rompió cuando Justin invitaba a la extraña a entrar a la habitación.

Y ella no supo más cuando la puerta se cerró y Eliot siguió llevándola hacia las escaleras. Subieron al ático, el cual Eliot utilizaba de habitación.

Ella al entrar y ver todo lo que tenía... Era como un pequeño cuartel general. Por lo que sabía, Eliot fue un gran estratega hasta que tuvo que decidir entre él y su país. Así que decidió por él asesinando a dueño de seguros.

—Tengo una huerta —dijo llevándola hacia una pequeña puerta, que daba salida a un jardín minúsculo pero tan acogedor—. Hago mi propia comida. Creo que es mucho mas sano...

Ella volvió a entrar por el frío y su vista fue a la cama. Era diminuta. Justo para una persona.

—En realidad no la uso —dijo Eliot—. Estoy entrenado para no dormir casi nada. Duermo dos horas y media por día.

Ella abrió mucho los ojos queriendo preguntar qué hacía todo ese tiempo.

—Cocino de madrugada, patrullo la casa, hago ejercicio y leo bastante. Te quedarás aquí hasta que Justin lo decida.

—¿Por qué?

—Esa mujer es Vicky, y al parecer se acostaron en el pasado y no quieren perder las costumbres del pasado.

Ella frunció el ceño al ver a Eliot ir a un armario diminuto del cual sacaba unas mantas bastante grandes.

—Toma —se las pasó—. Yo ya me voy, cualquier cosa... Gritas mi nombre y estaré aquí enseguida.

—Gracias Eliot.

—De nada, que tengas buena noche —sonrió mientras se alejaba.

—¿Dónde dormirás?

—No lo haré, no te preocupes por mi. Adiós —se marchó.

—

Un fuerte golpe hizo que ella se incorporara brutalmente. Fue instantáneo que su corazón se acelerara y en la garganta se le hiciera un nudo tremendo. Era Justin. Volvió a cerrar la puerta con brutalidad.

—Muñeca —murmuró—. Te... Echo de menos.

Oh dios mío, Justin, ¿Acaso estaba borracho?

—A Vicky no le gusta que le digan que lo que tiene que hacer... No se deja dominar como tu, por eso... Tu me gustas más que ninguna otra —dijo cayendo en la cama mientras la besaba en el cuello—. Mi cosita pequeña —murmuró besándola en el cuello—. Me encanta poder hacer contigo lo que se me salga de la polla y tu no me dices nada —rió.

Ella retrocedió todo lo necesario pero era imposible librarse de Justin.

—Me encanta poseerte, dominarte, hacerte mía una y otra y otra y otra vez. Me encanta que seas tan pequeña —dijo metiendo la mano entre las pierna de ella—. Para poder reventarte con mi polla. Eso es nena, tócame —sonrió mordiéndose el labio mientras tomaba la mano de ella y la dirigía su pene—. Muchas desearían tener una polla así en casa, disfrútala.

Justin se bajó en bóxer y tomando la mano de ella, hizo que lo empezara a tocar.

—Me encantas —sonrió—. Mucho, muñeca, no tienes ni idea de cuánto.

Justin empezó a besarla en los labios mientras ella lo tocaba tímidamente. Justin gruñó tirando del pelo de ella para mirarla.

—Más fuerte —ordenó con los dientes apretados. Ella lo hizo más fuerte haciendo que Justin cerrara los ojos—. Se siente tan bien.

Justin sonrió de lado para mirarla.

—¿Pero sabes qué se sentiría mejor?

Ella negó varias veces con la cabeza a medida que Justin le quitaba la pijama y se colocaba encima de ella.

—Me encanta estar encima de ti —rió—. Me gusta mucho —susurró besándola en el cuello y comenzó a entrar en ella.

Normalmente, Justin utilizaba algún tipo de lubricante porque no había manera de que ella se mojara o lubricara por su cuenta pero esta vez... No. Por lo que fue lo más doloroso del mundo.

Ella se arqueó e instintivamente retrocedió, Justin lo evitó tomando su caderas atrayéndola a él.

—¿Quieres que vaya más profundo?

Ella negó varias veces con la cabeza pero fue acallada con la risa malvada de Justin.

—Sí, sí, sí —dijo de manera burlesca para luego hundirse con tal fuerza que la dejó sin respiración.

Justin la miró mientras sonreía mordiéndose el labio cuando ella cerraba los ojos con fuerza intentando patalear o librarse.

—Ay, muñeca... Sólo te lo diré una vez. Si no te quedas quita, visitaremos el sótano y no te gustará lo que tengo preparado para castigarte.

—

A la mañana siguiente, Justin acompañaba a Victoria a la puerta.

—No dejes entrar a nadie y cuídate mucho. Demien es un cabrón y te puede hacer mucho daño.
—Ya... Pero algo curioso... Es que, ¿Demien me está buscando?

Justin asintió mirándola de hito a hito.

—Es que... Los meses en los que me acosté con él, nunca le dije mi verdadero nombre —dijo encogiéndose de hombros—. Si me relacionaron con él fue porque una vez lo busqué en Google, pero nada más... En fin. Adiós Justin.

Pero Justin se había quedado mirando el suelo. Miró a Vicky subirse al coche e irse... Pero él, sólo pensaba en alguien...

Con paso lento, bajó hasta el sótano. Ahí estaba su muñeca, atada, desnuda y por la mañana él había lanzado sobre ella tres cubos de agua con hielo, y ahí la había dejado.

Ahora tenía los labios morados y temblaba agresivamente. Justin tomó un bate de béisbol.

—Vas a contarme todo sobre Demien Moreau, o si no... Te mataré tan lentamente que desearás nunca haber nacido.

Regla 6.

No me mentirás.

—¿Qué? —preguntó incrédula para luego abrir mucho los ojos al ver que Justin elevaba el bate—. ¡No tengo nada que ver con él!

—¿Y por qué te está buscando? —suspiró—. ¡No soporto que me mientan y lo sabes, maldita sea!

—¡No lo sé, Justin! ¡No es a mí! Te lo juro...

Se quedó callada cerrando los ojos con fuerza intentando protegerse, esperando el golpe con el bate. Pero no llegó... Con mucho cuidado, giró la cabeza hacia Justin, él la miraba... Como esperando que terminara de hablar.

—Te estoy diciendo la verdad... No lo conozco y probablemente no me esté buscando a mi.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro, Justin. No sabía quién era hasta ayer.

Justin dejó el bate a un lado haciendo que ella suspirara de alivio. Pero luego se quedó completamente en silencio... Porque Justin seguía teniendo algo muy peligroso: sus manos.

—Sabes que investigaré sobre tu pasado, ¿no? —ella asintió—. Si encuentro cualquier cosa, lo más mínimo... Date por muerta.

Ella asintió varias veces. Justin se quitó el abrigo para desencadenarla y cubrirla con éste. Justin la llevó en brazos hasta la habitación.

—Me voy a trabajar, muñeca —la besó en la frente.

Justin caminó hasta la puerta, donde Eliot lo esperaba.

—Vigíla —ordenó apretando los dientes—. Probablemente ahora sí quiera huir.

—¿Por qué lo crees? —preguntó Eliot.

—Porque la investigaré. Y estoy seguro que hay relación con Demien, y ella huirá para no morir. Así que ten cuidado y por ningún concepto la dejes escapar. D'accord?

—Entendido.

Justin se marchó. Eliot subió las escaleras en silencio, pensando en que debería escapar porque no quería verla morir ni mucho menos... A manos de Justin, que sería una muerte lenta y dolorosa.

Abrió la puerta y su casi inexistente corazón se rompió al verla en el suelo, al lado del radiador, cubierta con una manta y aún así... Temblando de frío.

Eliot suspiró y se acercó. Tendió su mano, ella la tomó con mucho cuidado. Eliot la llevó hasta la sala de las calderas, ahí había vapor de agua y podía entrar en calor en pocos minutos.

Eliot y ella entraron. Ella suspiró de alivio abrazándose a si misma mientras cerraba los ojos.

—¿Qué te hizo?

Ella abrió los ojos mirando a Eliot. ¿Iba a hablar sobre ello? ¿Justin lo iba a permitir? ¿Y si se daba cuenta?

—Me... Me echó tres cubos de agua con hielo encima —dijo con la voz casi apagada, tan extrañada de oír su propia voz.

Eliot la observó. A medida que pasaban los segundos, al menos recuperaba el color.

—Escúchame. Yo puedo ayudarte a huir... Sé que tienes miedo a que él te encuentre, pero soy yo el que te ayudará, le daré pistas falsas y no te podrá encontrar... Lo prometo, pero tienes que confiar en mí y tener el valor de irte, te está matando lentamente.

Ella miró a Eliot y empezó a negar con la cabeza varias veces.

—No puedo... No puedo... Es Justin, y si me encuentra... Tu...

—Yo sé cuidarme —tomó su mano—. Vete, ahora que puedes... Si Justin encuentra algún pequeño indicio de que entre Demien y tu existe relación... Te matará.

—No lo hará —dijo apartándose de Eliot—. Porque no hay relación entre Demien y yo.

—¿Cómo que no hay?

—¡No hay! No sabía quién era hasta hace dos días. Te lo prometo...

Eliot la tomó de la mano para salir de ahí.

—¿Estás segura?

—Sí, completamente.

Eliot asintió. Al menos así, estaría segura. No del todo ya que Justin era un asesino nato, pero si de verdad quería que ella permaneciera a su lado... No le haría grave, ¿verdad?

—Justin es mi amigo. Y le tengo mucho aprecio... Pero si se pasa y te hace mucho daño... Me lo dices y le rompo la cara, ¿Me oíste?

Ella asintió entrando en la habitación. Ahí, se sentó en la cama como acostumbraba hacer y miró a Eliot.

—Algo no me encaja... —dijo Eliot—. ¿Cómo es que Demien te está buscando si tu no lo conoces?

—Es que tal vez no me está buscando a mí...

Eliot frunció el ceño.

—No sé... Estoy rezando para que sea otro capricho de Demien.

Pero Eliot, al darse la vuelta... Miró su teléfono y marcó un número.

—Hey, Hardison... Necesito un favor. Todo lo que encuentres de la chica de Justin, pásamelo a mi primero y si encuentras relación con Demien, no se lo digas a Justin, por favor.

—

Eliot esperaba a Justin en la puerta de su palacio. Miraba y remiraba su teléfono mientras pensaba.

Sabía que la chica estaría en la habitación, dormida, como siempre, quizá.

Cuando vio el coche de Justin llegar, inexplicablemente su corazón empezó a latir con fuerza. Justin se despidió de los guardaespaldas y entró quitando su abrigo. Al parecer... Estaba muy normal, feliz, se atrevería a decir. Era justamente lo contrario de lo que debería estar.

—Justin... —dijo Eliot—. He investigado sobre ella y...

—No me interesa —dijo caminando hacia la cocina.

—¿Por qué? ¿Acaso sabes quién es ella en realidad?

—No me interesa —repitió arrogante—. Solo me interesaba saber si tenía relación con Moreau.

Y era verdad, ella no tenía nada que ver con Demien Moreau.

—Pero independientemente de eso... ¿Sabes quién es? ¿Sabes si quiera su nombre completo?

¿Acaso sabes por qué estaba en un hospital psiquiátrico? ¿Sabes su edad al menos?

—La respuestas a todas es un no, y sigue sin llamarme la atención.

—Su madre es gobernadora de Nashville. Mi ciudad —dijo Eliot—. No se llevaban bien... Y ella acabó en el hospital psiquiátrico porque está muy enferma de la cabeza, Justin. Esa niña necesita ayuda.

—¿Niña?

—Tiene solo diecinueve años. ¡Y tu tienes treinta y tres!

—¿Y a que soy muchísimo más sexy que uno de veinte? —bromeó, pero en trasfondo, Justin sí pensaba eso.

Eliot suspiró exasperado mirando como se hacía un sandwich, con toda la paciencia del mundo.

—Justin... Es sólo una niña. Tienes que dejarla ir...

—¿Y perder a la única que no protesta cuando le meto la polla hasta la garganta? Já —dio un mordisco a sandwich—. Eliot... No me interesa su edad, me interesa que ella es mía, completamente mía. Además, yo pensaba que tendría menos.

Eliot abrió mucho los ojos y suspiró conteniéndose.

—Es... Tiene trastorno de la personalidad... Y tiene un leve nivel de esquizofrenia. Necesita ayuda.

—Yo soy la ayuda que necesita, Eliot. Y ya te he dicho por enésima vez que no me interesa nada de lo que me estás contando.

A Eliot le tembló el labio y se giró para marcharse.

—Cuando le de un brote psicótico e intente matarte... No me llames para que venga a salvarte el

cuelo.

—No lo hará. No puede tocarme.

—Eso es lo que piensas tu, Justin. Recuerda la metáfora del vaso con agua. Gota a gota van llenando el vaso... Pero no es infinito y un día... Se derrama. Y ahí será cuando se haga el infierno en esta casa. No me digas que no te lo advertí.

Pero Justin ya no escuchaba. Estaba demasiado contento como para escuchar las calumnias de Eliot. Su chica no tenía relación con Demien, sonriente, se dirigió a la habitación.

La encontró dormida como un ángel. Preciosa, pensó. ¿Y esta criatura tenía diecinueve años? Extrañamente eso lo excitaba muchísimo más.

—Muñeca —susurró muy cerca de ella arrodillándose en el suelo para verla mejor—. Ya he vuelto... Y tengo tantas ganas de follarte hasta que no puedas caminar.

Ella frunció el ceño y abrió lentamente los ojos mirando a Justin. Parpadeó varias veces acostumbrándose a la luz.

—Soñé contigo —dijo sin pensarlo—. Una terrible pesadilla.

—¿Soy tu peor pesadilla? —sonrió.

—No... Te intentaban asesinar... Hmmm —se le atoró la garganta ante el pensamiento de que alguien asesinara al gran Justin Bieber.

—Nena —le tomó el rostro, observándola fijamente—. Mírame —ordenó—. Yo no le temo a la muerte... No tengas miedo por mi, preciosa.

Ella lo miró y cerró los ojos ante la caricia tan fría de Justin.

Cuando iba a abrir los ojos, no lo hizo porque Justin ya la estaba besando.

—Hoy te dejaré descansar porque tengo que terminar unos papeles. D'accord, Mon chérie? —la besó en la frente.

Y se marchó. Ella abrazó la almohada preguntándose qué nueva historia le contaría.

Ay Justin, pensó, ¿Te cuesta tanto ser amable conmigo?

—

—No puedo sentir nada. Desde que tengo memoria... —gruñó apagando la grabadora.

A Justin se le había metido una idea muy loca en la cabeza... Para alimentar su ego, iba a grabar sus memorias, para en el futuro, la humanidad tuviera constancia del proxeneta más grande de la historia.

Suspiró mientras cerraba los ojos para concentrarse. Iba a hablar de su muñeca y le estaba costando muchísimo porque no sabía cómo y qué decir.

Así que sentándose y tomando un poco de whisky, se relajó y decidió que las palabras salieran... Sin pensar... Sin tener algún límite.

Por Dios, es Justin Bieber en su mundo no existen los límites.

—No... No puedo sentir nada —dijo después de volver a poner a grabar—. Desde que tengo memoria... Nunca he sentido nada. Me acuerdo cuando era más joven pretendía ser normal cuando estaba alrededor de más personas... Pero por dentro, no sentía nada.

No es tan malo como suena... Sé que estoy jodido pero como que no me importa. Pero... —suspiró y dio un sorbo—. Todo cambió cuando la vi a ella —volvió a suspirar con la mirada perdida—. Mi muñeca.

Por la primera vez sentí algo... Fue como un fuerte deseo, un anhelo, una gran ambición, una ansia terrible. Ahora, por fin, entiendo lo que significa ser humano... Estar... Vivo. Me estoy volviendo adicto a la manera que me hace sentir —dijo negando con la cabeza—. No me importa nada más porque ella lo es todo para mí... Y... Ahora... Alguien la está intentando quitar de mi lado.

Dijo apretando la mandíbula con la mirada completamente perdida, apretando el vaso y levantándose movido por su fuerte frustración.

—Él la quiere. ¡Pero no de la manera que yo la quiero! Él nunca podrá apreciarla de la manera que yo lo hago. Él no la merece porque me pertenece solo a mí —dijo intentando contenerse—. Y casualmente él me dio una nueva sensación... Rabia.

La respiración de Justin iba en aumento a medida que hablaba, volviéndose completamente histérico pensando en Demien.

—Quiero detenerlo... Quiero hacerle mucho daño... Quiero matarlo.

Justin tiró a un lado su chaqueta carísima mientras caminaba de un lado a otro.

—No hay nada que no haría por ella. No dejaré que nadie se interponga entre nosotros porque no me importa lo que tenga que hacer, no me importa a quién tenga que herir, no me importa la sangre que deba derramar. No voy a dejar que nadie se la lleve. Ya nada importa. Nadie importa.

Justin miró a la luz de la lámpara fijamente.

—Porque ella siempre será mía —sonrió mirando a la luz—. No tiene otra opción.

—

Eliot daba su vuelta nocturna mientras vigilaba la casa y pensaba en todo lo que le había dicho Hardison. No tenía relación con Demien pero joder, algo se le revolvía dentro por el mal presentimiento. ¿Y si tenía relación con Demien y estaba infiltrada?

Ya lo llevaba pensando todo el día pero era ilógico porque Justin la vio en un hospital psiquiátrico, ¿Como se premedita eso?

Pasó por la habitación de ella. Hace cinco minutos escuchó a Justin dar gritos en italiano, inglés, francés y ruso así que pensó que no vendría. Abrió la puerta lentamente y la miró.

Parecía como si estuviera posando para la cámara. La luz de la luna la iluminaba dándole un aspecto abrumador. Tembló al pensar qué también daba un poco de miedo... Muchísimo miedo.

—¿Qué estás haciendo?

Eliot se dio la vuelta y casi golpea a Justin. Así eran los reflejos de Eliot.

—Estaba viendo si estaba bien... Si seguía respirando —dijo empujando a Justin—. Buena suerte.

Y se marchó. Justin entró y empezó a quitarse la ropa. Ella, como si dormida fuese consciente

de que Justin estaba ahí, se hizo a un lado para darle espacio. Justin se acostó mirando la espalda de ella.

—Muñeca, ¿cuántos años tienes? —susurró sabiendo que estaba dormida. Ella se giró un poco confundida.

—Veintidós, ¿Por?

Justin frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—¿Segura?

—Obvio... Es mi edad, ¿Cómo no voy a estar segura?

Justin se acomodó mirando hacia el techo mientras suspiraba.

Tal vez Eliot tenía razón y algo muy raro estaba pasando.

Regla 7.

Gemirás sólo cuando yo lo diga.

Justin la embistió contra la pared mientras ella jadeaba de dolor apenas pudiendo emitir algún sonido.

Eliot escucho el golpe contra la pared desde el piso de abajo. Miró hacia el techo y suspiró caminando hacia el jardín para patrullar los alrededores.

—Eso es nena, ¿Lo sientes? —gruñó embistiéndola—. ¿Sientes lo profundo que estoy? ¿Ah? ¿Quieres más?

Ella retuvo el aire mientras Justin la tomaba del cuello y gruñía a medida que la follaba con fuerza, con muchísima fuerza.

—Muñeca, gime... Gime más fuerte —ella lo hizo—. Eso es. Así me gusta.

—

—Demien —dijo Justin con el teléfono en la mano mientras se acomodaba la chaqueta.

Mirando hacia atrás, vio a _____ en la cama sollozando. Acaba de follársela tan brutalmente, que sabía que no iba a poder caminar bien dentro de unos días.

—¿Ya decidiste qué hacer? —escuchó a Demien al otro lado de la línea.

—No te encapriches con mi chica. Ella es solo mía, ¿Te quedó claro?

—Yo la tuve primero —dijo Demien, Justin se giró para mirarla.

—Eso es mentira, Demien. Tu solo quieres lo que es mío. Te voy a pedir que sigas con tu vida y yo con la mía.

—Como no me la entregues por las buenas, será por las malas, ¿Me oíste, Bieber? Ella es mi novia.

—¿Qué cojones te has fumado? Ella no te conoce.

Demien parpadeó varias veces... Tal vez fue que...

—Tu y yo nos veremos, Bieber. Y ya te contaré qué pasó en realidad.

Y colgó. Justin suspiró intentando contenerse. Ese sentimiento de rabia era tan poderoso que sentía hervir su sangre por el simple hecho de pensar en su nombre.

Justin tomó del pelo a su muñeca e introduciendo agresivamente dos dedos dentro de ella, la miró amenazante.

—Cada paso que des... Te recordará a mi. Mírame —tiró más fuerte de su pelo mientras ella soltara pequeños sollozos y diminutos 'Auch, auch'—. Te quiero adolorida.

Y la dejó en paz. Ella inmediatamente se hizo una bolita mirando como él se marchaba. Lo sabía... Hoy era un hombre muy caballeroso y a la hora la podía matar.

Eliot miró a Justin bajar secándose las manos y tomar su abrigo.

—Ya sabes... Vigíla. Ya llegó al peso ideal, así que ya puede comer mucho más. Pero asegúrate de que coma. ¿Entendido?

Eliot asintió mientras veía a Justin marcharse. Acto seguido, subió a la habitación de ella.

Justin había dejado abierta la puerta en un descuido. Se asomó con cuidado y la miró llorando ante el espejo de Justin. Ella se estaba quitando la sangre de la nariz mientras lloraba frenéticamente.

—¿No sé quién es Demien Moreau! ¿Por qué no me dejan en paz? —gritó sollozando tirando la servilleta llena de sangre.

Su mirada fue hacia el espejo, a la esquina. Donde estaba Eliot mirándola fijamente.

—Oh, Eliot —gimió—. Lo siento... No... No tenías que haber oído nada de esto —se levantó secando sus lágrimas haciendo un enorme desastre de sangre y lágrimas.

—No pasa nada, ven... Voy a curarte la nariz. Pero cálmate, por favor.

Ella asintió sollozando y haciendo el intento de secarse las lágrimas pero Eliot lo evitó.

—No te preocupes... Yo te creo, ¿vale? —le sonrió—. ¿Quieres que les saque las vísceras a Justin?

Ella negó con la cabeza sonriendo por las tonterías que decía Eliot.

—Vamos... Voy a limpiarte la nariz.

Ella intentó levantarse pero se retorció por el dolor. Las piernas las tenía completamente dormidas y adoloridas.

—¿Qué te hizo?

Ella miró a Eliot y negó con la cabeza queriendo no contestar a su pregunta.

—He estado en la guerra, he visto cosas que ojalá pudiera olvidar, he visto la peor faceta del ser humano, ¿Qué tiene Justin que te hace tenerle tanto pánico?

—No hables de maldad si nunca has estado una noche en nuestra habitación o en el sótano. Lo que pasa ahí cada noche, es pura maldad. Justin es un demonio.

—
Demien estaba en su terraza admirando el amanecer. Inhaló aire puro y frío mirando al cielo. Bajó la mirada al ver a uno de sus guardaespaldas con la mirada un poco aterrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Demien desde lo alto de su balcón.
—Sr. Moreau. Justin Bieber envió una caja...
—¿Y qué tenía esa caja?
—Una bomba —se le cerró la garganta—. La hemos ido a tirar al campo...

Demien se dio la vuelta mirando a su habitación. Su preciosa esposa estaba dormida en su cama king size, como una reina.

—Ese hijo de puta... —murmuró—. ¡Llama a todos los hombres que puedas! ¡Sacaremos a esa chica por las malas! Justin Bieber quiere guerra y le daremos el infierno.

Ella estaba sentada mirando a Eliot sanar una herida en la pierna que se hizo cuando Justin la estampó contra la pared y sin querer, se golpeó contra una mesa carísima auxiliar.

—Ya está —susurró Eliot mientras le tendía la mano para ayudarla a bajar de la encimera del baño—. Ahora tienes que comer.

Ella asintió y lo siguió a paso lento.

—Oye —dijo Eliot—. ¿Por qué tu madre no te busca?
—¿Mi madre? Ella murió junto con mi padre en un accidente aéreo, ¿Por?

Eliot frunció el ceño. ¿Acaso Hardison le había mentado?

—¿No está viva?
—No Eliot, yo no tengo familia... Lo más cercano que he tenido a una familia es Justin...
—¿Por qué lo dices? ¿Nunca has tenido a nadie?
—Mis amigas eran tontas... Aparecieron muertas en el baño del instituto y nunca he tenido novio porque no me gustan los chicos.
—¿No te gustan los chicos?
—No lo sé.

Eliot cada vez estaba más confundido mirándola.

—¿Quién eres?
—Ojalá lo supiera, Eliot.

—
Justin iba en su coche privado atendiendo llamadas aquí y allá intentando que acabara ya su jornada.

Traían a dos chicas strippers que al parecer eran bastantes solicitadas y sus hombres las secuestraron. Así que ese cargamento lo estaban cuidando con si vida porque en él estaba la vida completa de Justin.

—¿Qué cojones quieres Eliot maldita sea! —dijo muy rápido.
—Justin... A esta chica le ocurre algo muy extraño Justin... Creo que es muy grave.
—¡No le pasa nada hombre! Mira, si quieres te la presto. Hoy estoy generoso y tu necesitas divertirme. Si quieres follar, la tienes a tu disposición, solo tienes que darle unas cuantas

bofetadas y las tendrás de rodillas.

Justin colgó y él se apartó muy enfadado caminando hacia la habitación de ella, donde estaba leyendo.

-Huye ahora que puedes —dijo mirándola—. Tengo un muy mal presentimiento, pequeña y puede acabar muy mal...

—Pero es solo eso... Un presentimiento, ¿No?

—Por favor, te lo estoy rogando... Justin acabará matándote y...

Ella se levantó cojeando hacia el armario de Justin.

—No se lo digas a Justin que la robé...

Ella reprodujo el discurso de Justin de ayer por la noche.

—Esa, mi querido Eliot, es la prueba de que no me hará daño.

¿Tu crees? Lo dudo. Pensó Eliot.

Regla 8

Tienes prohibido moverte.

Justin caminaba de un lado a otro en la habitación y si tenía algo a mano, lo lanzaba con fuerza contra el suelo o la pared.

Ella estaba en la cama abrazándose las piernas y mordiéndose las uñas siguiendo con la mirada a Justin.

—¿Eliot? —llamó por teléfono—. ¿Ya aparecieron?

—Sí... Están bien pero están sedadas.

Justin suspiró apoyando la cabeza en una mano ya que empezaba a dolerle.

—Menos mal... —susurró Justin.

—Hay algo más... Vicky está aquí.

Justin apretó el teléfono con fuerza.

—Justin... Es la única que parece haber sido violada.

—Llévala a un hospital.

—Ya va de camino.

Justin gruñó colgando el teléfono dándose la vuelta para verla.

—No entiendo cómo pudieron entrar y secuestrar a tres de mis empleadas... —susurró—. Tendré que doblar la seguridad o matar a Demien.

Justin se sentó en la cama restregando sus ojos con los dedos.

—Maldita sea... —masculló intentando destensar los músculos de la espalda.

Ella lo miró fijamente. Llegó demasiado alterado, tanto que empezó a golpear la pared hasta abrirse un par de heridas en los nudillos.

Ella se acomodó entre las sábanas mirando a Justin y suspirando.

—Es que te pudo haber llevado a ti... —susurró Justin quejándose y girándose un poco para verla—. Promete que si ves a Demien gritarás como nunca para Eliot venga y le rompa la cabeza.

Ella asintió mirándolo. Justin todavía parecía bastante tenso. Sus músculos no se relajaban y su rostro todavía denotaba un poco de frustración.

Justin era así... Sabía que había momentos en los que tenía que parecer inexpresivo, implacable.. Pero normalmente era bastante expresivo. Tenía los ojos grandes y mieles, y esos ojos dejaban ver cuando estaba enfadado o cuando simplemente estaba aburrido.

Ahora no estaba enfadado, solo estaba tenso. De pronto, sonrió de lado mirándola y ella por alguna extraña razón se sintió muy intimidada.

No era una sonrisa normal, era una sonrisa cargada de malas intenciones. Ella retrocedió por instinto cuando él se movió un poco para mirarla mejor.

"¿Por qué tienes los ojos tan grandes? Para verte mejor.

¿Por qué tienes la nariz tan grande? Para olerte mejor.

¿Por qué tienes la boca tan grande? Para comerte mejor".

Esa fue la descripción de Justin sobre lo que pasaría entre ellos. Ella lo recordó cuando él colocó una mano en su pierna, por encima de las sábanas que la cubrían.

—Muñeca —sonrió—. Tienes prohibido moverte.

—

—Convénceme —dijo mirándola fijamente.

—Me... Me duele muchísimo, Justin.

—Maestro —la corrigió.

—Maestro, me duele muchísimo, no creo que pueda... Que pueda soportar el dolor —dijo temblando de miedo.

Justin estaba encima de ella, con su pene repasando de arriba a abajo su vulva. Ella temblaba mientras respiraba con fuerza queriendo librarse de él.

—¿Y por qué te duele? —susurró muy cerca de su rostro.

—Por que me... —jadeó cerrando los ojos cuando Justin se acercó mucho a su entrada.

—¿No podías caminar? —sonrió besándola en el cuello—. Me encanta.

—Te lo estoy rogando —musitó—. Por favor.

—No llores, ni se te ocurra llorar. Odio las mariconerías.

Ella cerró los ojos asintiendo, aguantando las lágrimas, tragándose las ganas de gritar.

—Nena, seré bueno y no te haré nada —sonrió apartándose de ella. Un suspiro de alivio salió de sus labios para ser opacado por un jadeo de sorpresa—. Solo bromeaba, obvio voy a follarte.

Ella se arqueó al sentir como entraba brutalmente en ella. Se quejó con sollozos y murmullos pero Justin ya empezaba a moverse brutalmente.

—Para —musitó—. Por favor.

Ella jadeaba de dolor cada vez que Justin se movía dentro de ella.

—No, muñeca —susurró—. Hoy vas a correrte para mi.

¿Qué?

Justin comenzó más fuerte. Ella se arqueó aguantando la respiración ante la fuerza de Justin.

—Auch —se quejó intentando retroceder.

Justin gruñó porque estaba muy seca y no se sentía bien ya que tiraba de la piel de su pene.

—¿No vas a correrte para mi, nena?

Ella negó con la cabeza mientras retrocedía empujándolo.

—No, no, no, no, muñeca —la retuvo—. Vas a correrte, ¿Me escuchas? ¿Quieres que vaya más rápido? —ella negó con la cabeza varias veces—. Si, nena. Claro que quieres.

Justin fue mucho más fuerte y rápido. Ella se arqueó en un nulo intento de librarse.

—Maldita sea, ¿Por qué sigues tan seca? —la miró y tiró de su pelo al verla soltar lágrimas—. Córrete para mi —la tomó de las caderas—. Córrete.

Ella abrió mucho los ojos al oír ese sonido. Fue como de algo rompiéndose, una cuerda partida a la mitad. En mitad del silencio, ella lo miró a tiempo para ver la leve cara de dolor de Justin. Él la miró un poco confundido y luego miró ahí donde estaban unidos.

Sí, él observó que ella estaba igual de confundida pero no mostraba ningún signo de dolor... Solo él. Y fue a más cuando se dispuso a salir de ella, y el dolor se extendió por todo, por absolutamente todo su abdomen.

Justin salió de ella jadeando al ver la cabeza de su pene ensangrentado. El dolor empezaba a ser insoportable, tanto, que mantenía los dientes apretados cuando tomó su pene entre sus manos y se levantó de la cama.

—Oh, mierda —musitó corriendo al baño—. ¡Llama a Eliot y dile que me lleve al hospital!

Ella empezó a correr tomando una sábana o lo que pudo para salir corriendo buscando a Eliot.

—¡Eliot! —gritó.

Eliot, se levantó de la biblioteca tirando el libro al suelo para encontrarla muy aterrada.

—Prepara un coche que lleve al hospital.

Eliot gruñó porque al ver que ella estaba bien... Sin duda el herido era Justin.

Corrió hasta la habitación de ambos. Quedándose en el marco de la puerta al escuchar a Justin gritar órdenes.

—¡No entres, maldita sea! —gritó Justin desde el baño.

Eliot miró la cama, en la cual había sangre. Sin pensarlo, hizo algo que la dejó completamente helada.

La tomó del cuello, pegándola en la pared haciendo que la sábanas se cayeran. Pero Eliot no veía su cuerpo, veía su rostro fijamente, con una mirada tan intimidante que la dejó sin palabras.

—¿Qué le has hecho? —preguntó con tono amenazador.

—No me ha hecho nada —dijo Justin saliendo del baño. Estaba vestido pero al parecer había estado llorando porque tenía los ojos rojos.

Eliot la soltó y ella corrió para tomar las sábanas para cubrirse rápidamente. Justin tenía una expresión de tal dolor, que hasta a ella le dio mucha pena.

—Date prisa por favor, creo que me voy a desmayar del dolor —susurró Justin.

—¿Qué pasó, Justin? —preguntó Eliot.

—No te interesa —dijo retorciéndose del dolor—. Vámonos ya.

Eliot y Justin se fueron. Ella todavía tenía el corazón latiendo con fuerza. Miró la cama, a la sangre. ¿Qué acababa de pasar?

Ella se puso el pijama y caminó hasta la biblioteca, donde había estado Eliot. Ahí, se sentó y miró el libro en el suelo. Estirándose lo tomó.

"Un extraño a mi lado. Ann Rule. Basada en hechos reales". ¿Esto era lo que le gustaba leer a Eliot? Al darle la vuelta para leer la pequeña sinopsis, lo entendió.

Era basada en hechos reales sobre un asesino serial. Suspirando, se abrazó las piernas ante la inmensidad de la biblioteca.

Y pensó. Eliot es un asesino, Justin es un asesino, ¿Y por qué seguía aquí? ¿Por qué no escapaba y volvía al hospital psiquiátrico?

—Creí que Justin no sería tan tonto como para dejarte sola en una noche tan lluviosa y fría, mon chérie.

Ella se giró agresivamente a punto de gritar, tal y como lo había dicho Justin.

—No, no... No grites. No te llevaré conmigo, y mucho menos te haré algo. Soy incapaz de lastimar algo tan bello y delicado. Aunque... —miró su hombro descubierto—. Creo que alguien si es capaz.

Ella se levantó la ropa cubriendo ese hombro lastimado. Demien se acercó, solo un poco para verla mejor. Ella se quedó paralizada.

—Sabes quién soy, ¿no?

—¿Demien? —se le cerró la garganta.

—Te han hablado de mí, ¿no? —sonrió.

Ella se vio abrumada e inevitablemente atraída por Demien. Era extremadamente precioso, parecía un Ken real. Con su pelo, castaño chocolate, sus ojos azules, casi grises, esa estatura, envergadura, sus modales...

—¿Me puedo acercar más? Quiero verte mejor.

Su cerebro decía: "no, tonta, no te acerques. Es una trampa". Pero ella avanzó dejando un metro de distancia entre ambos. Demien sonrió mirándola, repasando con sus ojos su rostro entero.

—Eres tan mona —sonrió—. Eres como una princesa.

Su corazón seguía latiendo más y más. Tomando un fuerte respiro, se quedó paralizada cuando él se acercó aún más.

—Espero no estar violando tu espacio. Es sólo que quería tocarte.

Maldita sea. La mano de Demien fue directo a su mejilla. Ella no pudo respirar mientras él la acariciaba.

—Tenía muchas ganas de conocerte —susurró acariciando su labio inferior con el pulgar—. Me tengo que ir, quiero que vayas y descanses. Dejo a tu elección que se lo cuentes a Justin o no.

Ella asintió mirándolo a los ojos.

—Diablos, tienes los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

Y sus mejillas se tornaron rojas. Demien sonrió al ver su reacción y se fue alejando progresivamente de ella.

—Nos volveremos a ver —susurró.

Y se marchó en la oscuridad del palacio de Justin.

Ella suspiró apoyándose en un estante mientras intentaba controlar su corazón.

Ay dios, se iba a volver loca.

—

Estaba dormida cuando se sobresaltó escuchado la puerta de la habitación. Era Justin. Ella se levantó inmediatamente para ayudarlo a caminar, ya que lo hacía cojeando. Como si el dolor se hubiese pasado a las piernas.

De reojo, miró a Eliot en la puerta. Ella giró la cabeza resentida por lo de antes. Y con una pierna, empujó la puerta cerrándola en su cara.

Ella ayudó a Justin a acostarse con suavidad.

—¿Qué ocurrió? —preguntó inocente ayudándolo a quitarse la ropa.

—La fricción hizo que se me cortara parte del prepucio, no era nada grave. Solo que es extremadamente doloroso. Así que tenía dos opciones, coserlo o cortarlo completo... —dijo cerrando los ojos por el dolor—. Me metieron al quirófano y me lo cortaron completo. Ahora estoy circuncidado.

Ella se mordió el labio porque se sentía culpable. Justin, sonrió mirándola.

—Me dijeron que la próxima vez hubiera más lubricación.

Ella suspiró. Acaban de cortarle la piel del pene a Justin. Tenía que sentarse y hacerse la idea.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó ella.

—Sí, busca en el bolsillo de mi chaqueta las pastillas y me das una.

Ella corrió y las buscó, pero nada.

—Las debe de tener Eliot. Ve a buscarlo.

Quiso protestar, pero de mala gana, fue. Al encontrarlo en la cocina, ambos se miraron.

—Las pastillas de Justin —susurró ella evitando su mirada.

—Oye... Lo siento por lo de antes —dijo acercándose—. Lo siento mucho... Es mi deber proteger a Justin.

—¿Y pensaste que yo le haría algo y después iría corriendo a pedirte ayuda?

—Entiende que es mi trabajo y mi forma de actuar. Haría lo mismo si Justin llegara a llamarme diciendo que te llevara a un hospital. Te lo prometo.

Ella miró a Eliot. Sus ojos eran muy azules y le recordaban a un tiburón asesino a punto de devorar a su presa. En cambio los de Justin eran mieles, como el León alfa, dominante y asesino. En cambio Demien recordaba a lobo, con esa elegancia y letalidad.

—Por favor —susurró tomándola del rostro, justo como Demien había hecho—. ¿Te hice daño? —reparó su cuello con la mirada—. Lo siento mucho. Me caes muy bien, y no me gustaría llevarme mal contigo porque quiero ayudarte... ¿Me perdonas?

Ella asintió evitando su mirada y su corazón se aceleró al sentir los suaves labios de Eliot en su frente.

—Toma —le dio las pastillas—. Al menos tendré la tranquilidad de que no te tocará durante un par de meses.

Ella tomó la pastillas y se alejó.

—Es Justin Bieber... No solo necesita un pene para hacer daño.

Y se marchó rápidamente para darle las pastillas a Justin.

Cuando Justin se las tomó, ella se acostó a su lado, mirándolo, que apenas podía moverse.

—¿Por qué no te quedaste en el hospital? —susurró acariciando su pelo.

—Soy Justin Bieber. Alguien iría a matarme. Si esto me hubiera pasado de día... Probablemente ya estuviera muerto porque me hubiera desangrado.

Ella pensó en Demien... Siendo de noche, entró de igual manera. ¿Y si se lo había imaginado?

Ella se acostó a su lado, y lo miró. Justin suspiró cerrando los ojos. Le dolía toda la zona del abdomen, las piernas y la espalda.

Ella se acercó a él y lo besó levemente en el cuello.

—Muñeca —advirtió—. No vayas de calientapollas ahora, porque todavía tengo los dedos y esos si tienen hueso, y están duros las veinticuatro horas, los siete días de la semana. Así que no me provoques. Date la vuelta.

Ella lo hizo, y a su vez Justin también le dio la espalda. Y ella sonrió porque por primera vez se alegraba de la desgracia ajena. Me alegro Justin, me alegro que te hayan tenido que circuncidar el pene.

Eliot, al otro lado de la puerta, el cual lo había oído absolutamente todo, negó con la cabeza mientras se alejaba. ¿Por qué Justin la despreciaba así y ella seguía quedándose?

Suspiró pensando que si él tuviera a alguien tan leal y buena como ella... Le haría de todo menos daño.

Caminando a la biblioteca, miró el libro. No estaba en el suelo e inmediatamente se incorporó al sentir un fuerte perfume masculino que obviamente no era de Justin y no era el propio. Eliot olfateó una vez más intentando asociar ese olor a alguien...

Pronto, ese alguien apareció en su mente: un hombre, alto, castaño, ojos azules y muy hijo de puta. Nada más y nada menos que Demien Moreau. ¿Qué estaba haciendo aquí?

Regla 9.

Si ves a otro hombre, date por muerta.

Ella despertó sintiendo los brazos de Justin a su alrededor. Al moverse ella, Justin se despertó inmediatamente.

La cara de dolor fue desgarradora. Se quejó mientras estiraba la mano buscando las pastillas

para aliviar ese dolor. Tenía una erección enorme que hacía que le doliera absolutamente todo.

Ella, muy adormilada, se levantó rápidamente dándole una pastilla. Justin cerró los ojos con fuerza quedándose quieto en la cama, aguantando el dolor.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

—Muérete —gruñó Justin. Ella se alejó tomando aire y se volvió a sentar a su lado de la cama, dándole la espalda.

—¿Cuándo te curarás?

—Dentro de un par de meses —dijo sin respirar aguantando el dolor—. ¿Me buscas hielo?

Ella se levantó y corrió a la cocina a buscar hielo. Eliot estaba en la cocina. La miró sin dejar de beber de su taza de café. Ella tomó el hielo y se marchó.

—¿Cómo está Justin?

—Mal... Tiene una erección gigante, los puntos le molestan y está sangrando, ¿Contento?

—No... No te enfades conmigo. Lo siento —susurró. Ella se alejó y volvió a la habitación.

Justin estaba sentado en la cama y respiraba profundamente intentando calmarse.

—Ven, ayúdame —dijo Justin.

Ella se acercó al momento que él se bajaba los bóxers. Ella se mordió el labio haciendo una mueca de dolor. Efectivamente, Justin tenía puntos en el pene, sangraba un poco y al parecer era muy doloroso.

—Ponme hielo para que me baje —dijo cerrando los ojos cuando ella tomó un cubo pequeño de hielo, se sentó en el suelo, enfrente de él y acercó el hielo—. De... Despacio —tartamudeó.

Ella lo hizo con mucho cuidado. En unos minutos, la erección y el dolor de Justin se había aliviado.

—Odio esto —gruñó—. Quiero dormir más.

Ella asintió cuando él se daba la vuelta dándole la espalda. Ella, tomando una chaqueta, salió de la habitación.

Volvió a encontrarse a Eliot en el mismo sitio que antes, pero ya no comía, sino que estaba mirando a la nada, pensando.

—Escúchame —susurró Eliot—. En el momento en el que te cogí del cuello, solo pensé en una cosa... Si habías hecho algo a Justin, fingiría que te mataría pero te llevaría a mi casa, donde te quedarías todo el tiempo que hiciera falta para que Justin se calmara... Mi intención nunca fue hacerte daño.

Ella lo miró fijamente, casi sin expresión. Eliot se levantó y al acercarse pudo percibir que en ella había ese olor de la otra noche... Ese perfume...

—Lo siento —estiró una mano y la colocó en la mejilla derecha de ella—. ¿Me perdonas?

Ella asintió. Recuerda cuando Justin no tenía con quién hablar y le contaba todo a ella. Decía que Eliot odiaba el contacto humano, pero era así de delicado con las chicas. Y Justin concluía con un: "Es un campeón mujeriego".

Eliot esbozó una media sonrisa y la guió a la cocina para que comiera.

—¿Y Justin? —preguntó.

—Se ha vuelto a dormir...

Eliot asintió y frunció el ceño.

—Oye... ¿Te puedo hacer una pregunta?

Eliot la miró fijamente, ella, inocente... Asintió.

—De casualidad, ¿Has visto a Demien Moreau por aquí?

Y ya, no hacía falta que dijese nada porque Eliot reconoció esa cara de que sí, había visto a Demien Moreau.

—¿Es un hombre alto de ojos grises? —Eliot asintió—. En la noche, yo vine a beber agua y me miró... Iba vestido como uno de los guardaespaldas de Justin. Así que no le di importancia pero luego me puse a pensar que la mayoría de guardaespaldas estarían con vosotros si que... Tenía la duda.

Eliot vio algo raro en esa historia. Si solo se vieron de lejos, ¿Cómo es posible que en su pelo se quedaran restos de ese perfume y cómo es posible que ella haya visto sus ojos?

—

Justin se había pasado todo el día dormido a base de pastillas. Decía que no quería sentir dolor, y si estaba sintiendo dolor... Se ponía de malas así que prefiera dormir todo lo que el cuerpo le permitiera.

Ella, por su lado, había acompañado a Eliot todo el día. Lo había ayudado a recolectar verduras de su huerta personal, había recorrido el laberinto mientras él le explicaba cómo lograr no perderse en el. Luego, habían recorrido todas las habitaciones, como él siempre hacía, y por último, se quedó horas mirando a Eliot entrenar.

Por la noche, ella no pudo entrar a la habitación porque Justin la había cerrado con llave para que nadie lo despertara. Eso también, según Eliot, era una manera de poner peligro a su vida, si le daba un infarto... Se podía morir y nadie estaría ahí para darse cuenta.

Pero como terco se es siempre, dejaron que se quedara solo toda la noche. Ella, se metió en una de las habitaciones más pequeñas del palacio de Justin. Ahí, después de leer y ducharse, se durmió.

Pero esa calma del sueño fue interrumpida cuando se despertó a mitad de la noche. Parpadeó varias veces muy confundida al sentir suaves besos en su hombro, un brazo que la acercaba a ese cuerpo. Supo al momento que no era Justin porque Justin no podría acercarla así a su entrepierna porque lloraría del dolor.

Dándose la vuelta un poco asustada y todavía intentando despertarse del todo, lo primero que vio fue esos ojos grises... ¿Demien? Sí... Demien.

Demien la besaba en el cuello atrayendo su cuerpo con tremenda ferocidad. Ella jadeó un poco aterrada porque no era normal.

—Tenía tantas ganas de volver a besarte, a probarte, a olerte —susurró contra la piel de su cuello—. Ese no es un hombre... Puedes tener a cualquiera a tus pies pero ese no te merece.

Ella gimió cuando sintió la mano fría de Demien introducirse en su camiseta, acariciando su espalda para atraerla hacia él.

—No te haces la idea de las ganas que tengo de devorarte.

—No... No... —susurró alejándose—. Esto está mal, yo soy de Justin y... Y...

Fue acallada por un beso de Demien. No eran como los agresivos de Justin, eran muy tiernos, muy suaves.

—Demien... No —dijo suspirando—. Yo soy de Justin —repitió convenciéndose a si misma.

—No eres un trofeo como para decir que le perteneces.

—Sí... Soy un trofeo... —tartamudeó.

—Justin te ha hecho mucho daño —susurró mientras se levantaba—. Algún día te mostraré lo que un verdadero hombre es capaz de hacerte sentir, ahora... Descansa —susurró acercándose a su oído—. Recuerda, soy un éter, una esencia, un átomo, un ser, un fantasma, una virtud, sólo tu puedes verme.

Y se marchó a paso lento. Ella, en su interior rogó para que Eliot no lo viera y pudiera salir sano y salvo porque eso significaría que volvería a verla.

En la madrugada, se despertó por un fuerte golpe. Supo al instante reconocerlo. Fue la caída de una replica de bronce del David de Miguel Ángel en la habitación de Justin.

Ella corrió muy adormilada intentando espabilarse pero no estaba lista para ver lo que pasaba.

La puerta seguía cerrada, y a los pocos segundos llegó Eliot. Ella lo miró rogando que abriera la puerta y él sin pensarlo, le dio una patada que partió la cerradura.

Al entrar estrepitosamente, Justin respiraba con fuerza, estaba de pie, dándole la espalda, en total tensión, parecía que intentaba controlarse pero no podía. Ella corrió hacia él cuando lo vio tomar unas tijeras.

—¡Déjame! —gritó empujándola cuando ella se colgó de su brazo.

—¡Dame eso! —dijo ella saltando como podía para quitarle las tijeras. En un intento, se cortó la palma de la mano pero le dio igual. Justin estaba demasiado alterado como para pensar.

—¡Me quiero matar! —gruñó—. ¡Ya no soporto este maldito dolor!

Eliot redujo a Justin en cuestión de segundos. Así que ella pudo quitarle las tijeras y verlo de frente... Se le partió el corazón.

Justin era eso, nunca mostraba sentimientos a menos que fuesen fuertes impulsos. Pero ahora, tenía ojeras, y estaba llorando y eso hizo que ella se quedara sin respiración.

Eliot lo dejó de rodillas en el suelo y la miró. Ella tomó las pastillas de la mesita de noche, y se arrodilló ante él.

—Todo va a estar bien, Justin —susurró quitándole el pelo de la cara. Justin tenía un pelo largo y precioso, tan suave y tan cuidado... Era como su marca personal—. Abre. ¿Te has puesto hielo y las pomadas?

Justin, más tranquilo, negó con la cabeza.

—Eliot, puedes irte, creo que puedo sola.

Eliot asintió.

—Si pasa algo, grítame y vendré, ¿De acuerdo?

Y se marchó con el inútil intento de cerrar la puerta destruida.

—Ven, acuéstate —susurró ayudándolo a levantarse. Él hizo una mueca de dolor y cojeando se acostó con mucho cuidado en su cama—. ¿Qué sientes?

—Me... Me duele todo el cuerpo —musitó cubriéndose la cara con las manos.

—Aliviaré tu dolor, pero tienes que ser tolerante, ¿Lo harás? —Justin asintió.

Ella, buscó en la mesita de noche las pomadas de noche, tomó un poco de papel, y lo miró. Él le devolvió la mirada, pero ella sonreía intentando calmarlo.

Con mucho cuidado, le bajó la ropa interior y miró su miembro. Estaba muy hinchado y sangraba en los puntos, era muy poco pero parecía ser demasiado doloroso.

—¿Qué sientes? —susurró a modo de pregunta.

—Se supone que el pene es una de las zonas con más terminaciones nerviosas en el cuerpo... Imagina como me siento.

Ella, tomando un poco de pomada antiinflamatoria, empezó a masajear con muchísimo cuidado su pene.

—¿Estás bien?

Justin asintió. Cada vez, las pastillas empezaban a hacerle efecto por lo que se iba calmando, casi hasta dormirse.

Cuando ella miró una mejora en la hinchazón, lo miró a los ojos.

—¿Estás bien? —susurró ella cuando le puso la ropa interior otra vez.

—Sí —susurró acomodándose en la cama. Tenía las mejillas rosas, dándole un aspecto pueril.

Si ella nunca lo había negado. Justin Bieber era un ser sumamente bello. Y él se aprovechaba de ello ya que siempre lucía bien, sabía cuándo mirar intensamente, sabía cuando mirar un segundo y dejar a la otra persona con ganas de más miradas, sabía cómo y cuándo sonreír de una determinada manera u otra, ya sea sexy o tierna. Parecía haber sido tallado por los mismos dioses, los cuales tallaron el rostro de Hermes, Apolo o Alejandro Magno. Sus ojos, regalados por la misma diosa Niké, esos labios... Hechos con tanto amor por las ninfas, su personalidad, interviniendo desde Ares hasta alguien tan virtuoso como Aristóteles. Pero sobretodo, su capacidad de mandato, de macho alfa, líder innato, era claramente y simplemente Zeus.

Ella, le acarició la mejilla después de haberlo arrojado con las sábanas. Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Quédate —susurró al sentir que se marchaba.

Ella suspiró y se acostó a su lado. Donde él le daba la espalda.

—No —susurró—. No me quiero mover, ponte aquí, a mi lado.

Ella lo hizo, quedando de frente con él. Justin la miró y la besó en la mejilla.

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de hacerte mía —susurró—. Quiero que pasen estos

meses ya para volver a hundirme en ti. Así que nena, ve preparándote.

—

Eliot daba su última vuelta nocturna por la casa. Pero quedó inmóvil al entrar en la habitación donde había estado ella, y olía a ese perfume.

Tomando una almohada, pudo sentir más fuerte y claro el perfume.

—¿Qué está pasando?

Decido, fue hacia la habitación adicional a la biblioteca de Justin: la sala de cámaras.

Pero, en un segundo se le olvidó al ver que tenía total acceso a la cámara de la habitación de Justin y el sótano.

Eliot empezó con la primera cinta. Hace casi un mes, cuando Justin la secuestró y la dejó encerrada en la habitación. Se veía a Justin empujándola. Daba muchísimo miedo al ir vestida de blanco, con la bata del hospital, el pelo largo, bastante despeinado.

Justin la tomó del pelo y la obligó a arrodillarse enfrente de él. Obviamente no había audio, pero podía ver como que Justin le ordenaba quedarse callada, ella gritó algo y él la golpeó en la mejilla para luego marcharse y cerrar la puerta. Ella corrió y golpeo la puerta hasta quedarse en el suelo.

Los siguientes días, ella daba vueltas, lloraba, golpeaba la puerta, miraba a la ventana, dormía muchísimo.

Y luego no pudo seguir viendo porque Justin era un sádico cuando estaba con ella así que mejor quitó el vídeo.

Por su bien y por el de todos, eliminó esos vídeos para siempre. Y justo cuando iba a dar ver los vídeos de la biblioteca y la habitación... Se quedó en silencio mirando a la puerta.

—Spencer —dijo el lobo saliendo de la oscuridad para mirarlo.

—¿Cómo has llegado a entrar, maldita sea? —gruñó intentando lanzarse a su cuello.

—Si te acercas, Eliot Spencer, te mataré, así que ni se te pase por la cabeza tocarme. He venido a hablar contigo.

Eliot lo miraba a punto de matarlo con sus manos.

—Vamos al punto —sonrió—. Quiero a la chica, y tu vas a ayudarme.

—¿Por quién me has tomado?

—Todas las personas tienen un precio. Además, ¿Quieres seguir viendo esto? —sacó de su bolsillo unas esposas ensangrentadas—. Estuvo atada durante cuatro días, con estas esposas.

—Ella no quiere irse. Obviamente no quiero verla sufrir, maldita sea Demien. ¿Es que no lo ves? ¡Es ella!

Demien se acercó a Eliot pero él retrocedió.

—Si te acercas, te daré tal paliza que les dolerá a todos los que se te parecen —advirtió Eliot.

—Nunca cambias, Spencer —rió Demien—. Tu piénsate lo que te propongo: Que ella se venga conmigo, yo la haré feliz.

—¿Y tu esposa? —gruñó Eliot—. ¿Acaso Tara no te complace y necesitas la chica de otro?

—Es mi chica —susurró Demien.

—Te has vuelto loco. Vete de esta casa antes de que yo mismo te saque a patadas.

Demien sonrió y retrocedió.

—Nos volveremos a ver porque no hay seguridad que me pare.

Demien se marchó y Eliot gruñó porque ahora si le quedaba confirmado al mil por cien que ella y Demien habían estado juntos.

No quería contárselo a Justin...

Pero ella ya era chica muerta.

Regla 10.

Si estás en peligro... ¡Grita!

Ella caminaba suavemente por el pasillo yendo directo a la cocina. Justin estaba completamente dormido que cuando ella se levantó, ni se inmutó ni nada.

Mientras bostezaba, escuchó unos pasos venir corriendo hacia ella desde la espalda. La tomaron del pelo y tiraron de ella hacia atrás cubriéndole la boca para que no pudiera gritar.

Ella pataleó todo lo que pudo... Pero fue inútil cuando le taparon la cabeza con un pañuelo negro.

Sentía como la arrastraban y por lo que podía oír, era más de uno. Haciendo un esfuerzo sobrehumano para librarse del único que no la soltaba, pataleó intentando retrasar la huida.

Cuando el sujeto se despistó un segundo quitando el guante de la boca de ella, obviamente gritó:

—¡Eliot! ¡Justin!

Ese grito fue sumamente desgarrador... Y más para el sujeto que la llevaba por detrás... Eliot Spencer.

Durante la noche decidió no decirle nada a Justin sobre Demien pero a cambio ella soltaría todo lo que supiera sobre él. Y se le ocurrió un falso secuestro.

Ella pataleaba, lloraba, mordía su mano con el guante, podía oír su ritmo cardiaco... De verdad estaba muy aterrada.

Llegaron a una furgoneta donde le quitaron el pañuelo negro y la empujaron dentro de una caja de madera, en la cual solo había un pequeño hueco donde podía ver.

Lo último que vio fueron a unos intimidantes tipos con pasamontañas que la miraban con mucho desprecio... O eso creía ella.

—¿Eliot? —susurraba en el interior de la caja—. ¿Justin?

Estaba tan aterrada que no pensaba con claridad y lo único que hacía era temblar como un perrito pequeño.

A los minutos, se detuvieron y la sacaron otra vez a la fuerza pero poniendo el pañuelo negro evitando que pudiese ver algo.

Ella volvió a patear pero era inútil. Escuchó que se abría una puerta y la tiraban a una cama.

"Ahora sí, me violarán y me matarán", pensó llena de pánico.

Le quitaron el pañuelo, y lo primero que vio fue a un solo hombre con un arma apuntándola de frente.

—¿Qué sabes de Demien Moreau?

Paralizada por el miedo, no fue consciente de esa voz tan conocida y esos ojos también muy conocidos.

—Yo... Yo...

—¡Habla! —bramó haciendo que en su interior temblara.

—No sé nada... Yo no lo conocía hasta que... Hasta que lo vi en casa de Justin —musitó.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que no quería llevarme con él, que sólo quería conocerme más a fondo. Lo siento tanto —musitó echándose a llorar.

—¿Os habéis acostado?

—No, lo prometo —susurró—. Él lo insinuó pero yo... Yo soy de Justin.

—¿Cuántas veces lo has visto?

—Dos veces.

Ella jadeó cuando él colocó el arma en su frente. Pero al segundo la quitó.

—Quiero irme a casa, por favor.

Eliot se quitó el pasamontañas y la miró fijamente, volvió a apuntar con el arma, y disparó dejando ver que era de juguete. Ella, raramente, se sintió aliviada y hasta contenta de que fuese Eliot.

—¿Eliot? —susurró y se lanzó a sus brazos—. Dios mío, tuve tanto miedo —sollozó en su hombro.

—O me contabas todo por las malas o se lo contaba a Justin y él te podía llegar a matar.

Ella lo abrazó como si su vida dependiese de ello. Había sido tan terrorífico volver a repetir la historia.

—Te... Tenía miedo... Demien no es malo pero sentía que no podía contarle...

—Demien es un gran actor. Cariño, te está manipulando, es el mejor estafador del mundo.

Ella bajó la mirada con el corazón todavía latiente. Eliot le tomó el rostro y la miró a los ojos.

—Pequeña, ¿Qué escondes?

—

Para cuando llegaron otra vez a casa de Justin, él estaba leyendo. Ella había tomado la decisión que contárselo todo.

—Voy a quedarme cerca por si intenta hacerte algo —susurró Eliot.

Ella entró y lo miró fijamente, pero Justin ni siquiera se fijó en ella.

—Vas a explicarme dónde estabas —dijo sin apartar la vista del libro.

—Tengo que contaste algo.

—¿Sobre qué? —suspiró arrogante mientras pasaba página, como si no le interesara mucho.

—Sobre Demien.

Justin rápidamente apartó la vista del libro y lo dejó a un lado.

—Ven aquí —susurró—. Arrodíllate.

Ella lo hizo, descansando el rostro entre sus rodillas. Lo miró con suavidad y suspiró buscando las palabras.

—¿Qué ha pasado con Demien? —preguntó Justin mirándola fijamente, casi intimidante.

—Demien ha venido dos veces a verme —susurró—. La primera fue en la biblioteca... Y la segunda anoche...

—¿Cuándo estabas sola en la otra habitación? —Justin se tensó.

—Sí...

—Oh —el tono irónico se notó de aquí a la luna—. No habrás hecho nada, ¿Verdad?

—M... Me besó —titubeó—. Pero te juro que era yo la que lo paraba diciendo que soy solo tuya, Justin.

—Qué inocente eres —dijo con mucho desprecio—. A Demien no le importa de quién seas, él va a follarte sí o sí. ¿Me escuchas? ¡Todos los hombres buscan alguien con quien follar fácil! Y si es por venganza... Muchísimo mejor. Ahora, llegados a este punto, vas a decirme con detalle qué te dijo.

—Me dijo que iba a enseñarme lo que era capaz de hacer un hombre de verdad. Me dijo que no quería llevarme con él, sólo quería conocerme...

—Qué ingenua eres. ¿No lo ves? ¡Te estaba manipulando!

Justin estaba pensando tantas cosas en ese momento... ¿Cómo entró hasta dos veces? ¿Por qué dice que la conoce? ¿Por qué ella cuando él tenía una esposa preciosa?

—¿Y qué se supone que puede hacer un hombre de verdad? —dijo muy dolido, justo en el ego.

—No lastimarme —dijo mirándolo a los ojos—. Y darme placer.

—¿Acaso no te da place cuando te golpeo?

Oh, vaya... Él era el único al que le gustaba.

—Pero yo también puedo ser un hombre que haga que te corras, ¿Verdad?

Ella lo miró fijamente y al no contestar... Justin suspiró.

—Vete de aquí —ordenó—. Y cierra con llave. No por Demien, sino por mi. Tengo unas ganas terribles de estrangularte y no quiero hacerlo. Así que quédate encerrada hasta que yo lo diga, ¿Entendido?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, maestro.

Ella se levantó dispuesta a marcharse, pero Justin fue más rápido al tomar su mano y tirar de ella tan fuerte, que la atrajo hacia él casi con agresividad. Solo para juntar sus labios con los de

ella.

Fue un beso tan suave, tan delicado... Pero a la vez tan raro en Justin, que como ella no se hubiera separado, ambos se hubieran dormido con los labios encajados en los del otro.

—¿Lo ves? Yo también puedo ser un hombre de verdad y complacerte.

Ella se separó un poco y se dio la vuelta para marcharse definitivamente. Afuera, estaba Eliot.

Este asintió contento de que ella haya dicho toda la verdad. Sin decir nada, se metió en la habitación cerrando con llave.

Y se durmió... Un poco más tranquila al saber que la puerta estaba cerrada con llave y que ni Justin ni nadie podría entrar.

Pero como siempre: si algo va a salir mal... Saldrá fatal.

Así que cuando ella estaba en un profundo pero inquietante sueño, fue apartada brutalmente de los brazos de Morfeo para encontrarse de cara con Demien. La besaba repetidas veces, en el cuello, las clavículas, sus manos acariciaban su cabello, su trasero...

—Demien, vete, por favor —susurró ella apartándolo no queriendo que alguien se diese cuenta—. Demien...

Pero Demien ya estaba encima de ella. Jadeando, se vio callada por el bulto que chocaba contra su pierna.

—No me iré hasta que te haga mía, cosita pequeña —susurró metiendo la mano fría entre sus piernas.

Ella jadeó intentando alejarse pero Demien sacó sus manos y atrapó las de ella imposibilitando su movimiento.

—Justin lo sabe todo, si no te vas... Gritaré —advirtió ella.

—Gritarás por todo el placer que te haré sentir.

La mano de Demien dejó las de ella para bajarle la ropa interior. Y ahí ella se vio atacada y empezó a gritar.

—¡Eliot! ¡Justin! ¡Ayuda!

Fue acallada por la mano de Demien que se ponía en su boca... Pero ella logró morderle uno de los dedos.

Lo siguiente fue que Demien la tomó del cuello hasta dejarla inconsciente.

Justin y Eliot se incorporaron velozmente y corrieron hacia la habitación.

Seguía cerrada con llave. Eliot le dio una patada, pero al entrar... No había absolutamente nadie.

Se quedaron paralizados un momento al ver sangre en las sábanas. Justin ya lo tenía claro... Se la había llevado.

Eliot miró posibles lugares de escape y al ver por la ventana... Fue un momento de shock al

verla tirada sobre el césped húmedo y frío.

Justin y él corrieron hacia ella, bajando escaleras tan veloz como el cuerpo les permitía.

—¡Muñeca! —gritó Justin arrodillándose a su lado.

—Está solo inconsciente —dijo Eliot. Le abrió la boca y suspiró de alivio—. No hay hemorragia interna. La caída pudo haber sido peor —dijo mirando la altura—. Tiene sangre en los dientes... Pero es superficial —dijo examinando sus encías y lengua... Pero no había nada—. La sangre no es de ella —susurró—. No veo ningún hueso roto... A ver... Empezó a acariciar sus costillas e hizo una mueca de dolor... Tiene una fractura en las costillas derechas... Pero es ilógico a menos que alguien se la haya hecho.

Justin la miró en el rostro. Estaba pálida y el cuello tenía marcas de dedos. Su instinto protector fue acurrucarla con mucho cuidado entre sus brazos.

—La caída ha sido muy grande —dijo Eliot mirando la distancia desde la ventana al suelo—. Si está herido, no puede estar muy lejos.

Eliot corrió a los jardines perdiéndose en la oscuridad mientras Justin se giraba con ella en brazos. Mirando a los guardas que se acercaban intentando ayudar pero Justin negó con la cabeza para que se alejaran.

Justin caminó entre suaves pasos para no hacerse daño. Al llegar a la habitación, tomó la decisión de que ahora iba a dormir con ella día y noche, la tendría a su lado todos los días para protegerla.

Justin la dejó en la cama suavemente, para después empezar a desvestirla totalmente. ¡Dios santo! ¡Es una preciosidad de chica!

Era tan frágil y delicada que había momentos en los cuales le picaban las manos queriendo romperla pero ahora... Se sentía tan relajado al ver su cara, apacible.

—Eso es muñeca —dijo para si mismo mientras la cubría con las sábanas y mantas, con mucha delicadeza. Se alejó un poco para subir la temperatura de la habitación y pudiera seguir durmiendo a gusto.

Se volvió a acercar para besarla en la frente y acostarse a su lado. La abrazó con mucha fuerza, y al poco rato... Las pastillas siguieron haciendo efecto para quedar completamente dormido.

—

Eliot encontró un rastro de sangre en el suelo y lo siguió pero solo pudo ver a Demien en el suelo con la pierna completamente destrozada. Tenía una desgarradora expresión de dolor en el rostro.

—Hijo de puta —dijo Eliot a punto de golpearlo.

—No, Eliot... Espera. Yo no quería hacerle daño. Gritó y me asusté así que la dejé inconsciente... Me la quería llevar pero... Pero... Al saltar con ella, tuve que dejarla. Eliot... Deja que me vaya...

—¿Y que vuelvas a molestarla?

—¡Quiero que se venga conmigo! ¡Quiero librarla de un asesino como Justin!

—¡Ella estará bien mientras yo esté vivo!

—No lo entiendes... Eliot... Ella está aquí para...

Se quedó en silencio al quedarse pálido al escuchar los perros. Sin duda los guardas los soltaron.

Eliot corrió a ayudar a que se levantara para que huyera.

Mientras corrían, Demien llamó a uno de sus hombres que lo estaba esperando para que lo recogiera y lo llevara a su clínica privada.

Eliot lo ayudó a cruzar la valla y meterlo en el coche.

—¿Por qué está aquí? —preguntó urgente.

—Busca a tu padre y lo sabrás...

¿Qué?

Eliot se vio tan confundido que dejó inconscientemente que se fuese. ¿Su padre? ¿Qué tenía que ver su padre?

Eliot había tenido una infancia terrible. Al principio era buena pero luego, su padre volvió de Afganistán parálítico por una bala... Su madre se divorció de él diciendo que su vida no estaba en cuidar a un vegetal... Así que alguien tenía que hacerse cargo de él y eso fue lo que Eliot hizo durante los últimos años de instituto hasta que pudo ir a los rangers.

Su padre ahora estaba siendo cuidado por su hermana, la cual ha dedicado su vida entera a él.

Eliot, sin poder esperar más por saber la verdad... Tomó su coche y se tiró a la incertidumbre de un viaje tan largo...

—

Por la mañana ella despertó con un terrible dolor de cabeza, casi ahogándose por los brazos de Justin. Gimiendo, él también despertó con el pene doliéndole tanto que empezó a quejarse.

Ella, al darse la vuelta, su dorso empezó a doler como el infierno. Justin la miró retorcerse y contra su voluntad tomó el teléfono y llamó a su médico personal.

Eliot por su parte, volvía de estar con su padre... Completaste en shock... Se quedó en el coche mirando el reloj hacer tic tac y contemplando esa posibilidad...

Ahora sí que no entendía nada.

—Eliot... Yo la envié para que hiciera lo posible para protegerte, llevarte por el buen camino. Cuando recibió una bala por ti... Me di cuenta que me había equivocado completamente.

Había dicho su padre entre lágrimas mientras él le tomaba esa mano que no podía sentir ni mover.

Eliot miró a la ventana pero no se bajó... Se quedó pensando y pensando... Horas y horas de reflexión.

—¿Qué escondes? —preguntó mirando hacia la nada buscando una respuesta que tal vez nunca llegaría.

Regla 11.

No nombrarás al que no puede ser nombrado.

Ella corría despavorida subiendo escaleras como loca sintiendo ya casi encima las manos de Demien.

—¡No quiero hacerte nada!

Gimiendo, se libró de que Demien la atrapara, pero su perdición fue cuando se topó con una pared de hormigón. Jadeando, se quedó inmóvil.

—Quiero hablar contigo —dijo Demien acercándose lentamente—. No quise matarte... Quería llevarte conmigo pero al saltar desde la ventana... Me rompí la pierna y no podía contigo. No iba a matarte, ¿Cómo voy a matar a algo tan bello?

Habían pasado los meses, donde Justin había seguido recuperándose, ella también y Eliot se había evadido totalmente del mundo.

—Eres tan bonita —dijo acariciando su rostro y ella apartándose—. No te alejes de mi...

Ella respiraba entrecortadamente mirando a un lado buscando la salida pero no había... Y Demien la tenía entre su cuerpo y la pared.

—No me hagas esto —susurró acercándose para besarla, justo cuando Demien cerraba los ojos, ella corrió escabulléndose por el costado derecho de Demien.

Corrió tan rápido como pudo sintiendo a Demien detrás de ella. Dándose la vuelta... Miró la enorme casa de Demien... Jadeó al darse cuenta que tendría que saltar por la valla para poder cruzar el otro lado del río y por fin huir.

Corriendo, se lanzó sobre la valla, haciendo que el gran danés de Demien, Cerbero, se acercara corriendo a ladrar alertando a todos de su presencia. Cuando saltó la valla, cayó mal... Se hizo daño en el tobillo pero sabía que no era momento de quejarse, sino de correr como pudiera.

La adrenalina permitió que el dolor no fuese tan fuerte, pero al caer la noche y llegar al río... El dolor se intensificó.

Ahora sí que estaba jodida. Sola, de noche, al lado de un río, con el tobillo hinchado, con Demien buscándola al igual que Justin...

¿Cómo había llegado aquí?

Demien se la llevó en la noche, mientras dormían todos profundamente. Al despertarse, estaba siendo abrazada por nada más y nada menos que Demien.

Se quedó sentada a la orilla del río detrás de un pequeño arbusto para no llamar la atención. Con sus manos frías acarició su tobillo y suspiró de dolor al sentirlo tan hinchado.

Tomando fuerzas, se levantó y divisó las piedras del río. Cuando era pequeña, solía cruzarlo con su madre cuando hacían picnics, pero ahí estaba de día a plena luz, aquí era de noche... Terrible y oscura noche.

Con mucha cautela, cruzó piedra por piedra, buscando la manera más segura de cruzar. Cuando estuvo a punto, casi pierde el equilibrio al oír a Cerbero ladrar desde atrás.

Ella, dando un último salto, se libró y siguió corriendo buscando el seto donde estaba el enorme

portón de acero y ahí ya estaría a salvo...

Pero estaba muy equivocada al caer en una trampa para osos. No era mortal, sino que una simple red que la dejó completamente inmóvil en el suelo.

Escuchó a Cerbero así que no le quedó otra opción que gritar con todas sus fuerzas como loca.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Por favor!

Eliot y Justin patrullaban de casualidad las afueras de la propiedad de Demien buscando señales de ella.

Al oír su grito, se quedaron paralizados. Completamente inmóviles. Eliot sacó la cabeza por la ventanilla cerrando los ojos. Escuchó al perro, luego más gritos.

—¡Intenta seguirme con el coche!

Eliot salió disparado de dirección a ella mientras que Justin hacía lo posible para esquivar los árboles.

Justin estuvo verdaderamente aterrado al ver que no estaba a su lado cuando despertó. La buscó por toda la casa y estaba convencido de que había huido básicamente porque ya él había puesto fecha para follársela otra vez.

Decidió ver las cámaras y ahí se dio cuenta que fue Demien. Uno de sus hombre entró en la habitación haciéndose pasar por un guardaespaldas de Justin. Ambos dormían pero aún así, les inyectó algo en el cuerpo para que no despertara.

A ella se la llevaron y encima Demien saludó a la cámara con esa jodida sonrisa burlesca, como si de verdad hubiera cumplido su objetivo... No contaba con que ese objetivo se escapase.

—¡Dispara al cielo! —gritó Eliot a Justin mientras escuchaba cada vez más cerca al perro.

Justin lo hizo haciendo que todo se sumiera en un silencio estremecedor. Pues... No dejaba de ser una pequeña varada en el medio de la nada, ya casi con poca luz y con una chica gritando atemorizada.

Eliot, de pronto, sintió ese fuerte olor. Abrió mucho los ojos aumentando la velocidad.

—¡Escúchame! ¡No inhales! ¡Ya voy a por ti!

Ese era un somnífero gaseoso para los osos cuando quedaban atrapados, para un osos... Era una siesta, para un humano podría significar la muerte.

Ella al escuchar a Eliot, sintió el alivio más grande del mundo. Intentó no inhalar pero los párpados le pesaban cada vez más.

Escuchó un coche... Las luces la cegaron momentáneamente. Ella abrió mucho los ojos al darse cuenta que era Justin el que se bajaba.

Estaba guapísimo. Llevaba unos jeans azules y una camiseta blanca que le sentaba tan bien... Y su pelo...

Era tan bonito y se veía tan suave. Escuchó su nombre mientras Eliot caía de de rodillas ante ella y empezaba a quitarle todo tipo de ataduras con la navaja.

Cuando pudieron, la sacaron de ahí y Eliot, sus reflejos lo obligaron a tirar la navaja lejos, clavándola en un árbol.

Demien, sabiendo de esos reflejo, caminó lentamente hacia ellos.

—Vete de aquí si no quieres que te rompa la puta cara, Demien —amenazó Justin mientras la cargaba en sus brazos.

—En realidad, estáis en mi propiedad, rodeado de miles de francotiradores a punto de asesinaros a todos antes de que podáis decir nada.

—No me subestimes —dijo Eliot.

—Mas te vale no amenazarme, Eliot.

Justin miró su pecho lleno de puntos rojos. Jadeando... Miró con pánico a Eliot. Pero este, se agachó, tomó una piedra y la tiró contra la punta de un árbol.

De ahí, una pequeña maquinita que era como un puntero láser, cayó totalmente al suelo y con ella, los puntos rojos del pecho de Justin.

—Los círculos de francotiradores son mucho más pequeños que los de un puntero láser, Demien.

Demien masculló maldiciendo.

—Si nos dejas irnos, y no te vuelves a meter en nuestra vida... No te mataré. Pero a como intentes algo otra vez, te lo juro Demien, te haré la vida imposible —masculló Eliot.

Justin sintió como ella fue soltando su cuello con menos fuerza, cada vez más debilitada por el dolor y el somnífero y al parecer a él también le estaba haciendo cierto efecto.

—Dedícate a buscar a tu perro y déjanos en paz —dijo Eliot tomando a ambos para dirigirlos al coche. Demien frunció el ceño—. Con el ruido del disparo se debió de haber asustado mucho, yo de ti... Los buscaría antes que algún bicho de aquí le pique o algo.

Eliot tomó el volante dejando a ambos detrás.

—Necesito que no te duermas, Justin. Mírala, quiero que le levantes la camiseta y me digas que ves.

Justin, muy somnoliento contestó;

—Tiene... Tiene varias marcas en el vientre... Y...

—¿Qué forma tienen? —gruñó acelerando.

—Son... Como rasguños que te hace un gato.

—Eso es que él intentó quitarle la ropa pero no pudo porque ella forcejeó. ¿Qué más ves?

Justin suspiró intentando ver algo pero su vista estaba demasiado nublada.

—Eliot... Estoy muy cansado y apenas puedo ver... Que lo vea un medico después...

Eliot dio un golpe al volante mientras frenaba de golpe dándose la vuelta para verlo, amenazador.

—Si se muere, luego no me digas que no te lo advertí, o espabilas o se muere.

Fue como una bofetada que hizo que Justin se despertara inmediatamente.

—Tiene el tobillo amoratado —dijo cuando Eliot se puso en marcha—. Marcas dedos en los brazos. Está muy pálida, Eliot. Todavía respira pero le cuesta muchísimo.

—No te preocupes... Llegaremos a tiempo.

—

Justin la admiraba dormir profundamente entre sus sábanas, donde siempre debería estar. Se veía tan angelical, tan preciosa y tan... Muñeca.

Se mordió el labio sabiendo que dentro de tres días la iba a poseer porque ese era el tiempo que le había puesto a ella.

Y ahora saber que otro hombre había profanado su cuerpo, lo estaba volviendo loco. Quería hacerle de todo para que supiese quién es su hombre y quién es su dueño.

Justin suspiró quitándose de la puerta dejando de mirarla. No quería despertarlas porque ella era muy susceptible a la mirada de los demás, era como un instinto, y se despertaba con que la miraras un poco.

Justin caminó por el pasillo suspirando, con las manos en los bolsillo. Él, se consideraba un romántico.

No por el sentido anglosajón de la palabra, de alguien que es muy detallista y cursi. No. Sino... El movimiento literario.

Lo afirmaba porque un día se sentía genial, el mejor del mundo, pero llegaban momentos en los que se sentía una cucaracha y necesitaba a alguien que le subiera el ego. Esta era la montaña rusa romántica, hoy estaba muy bien, y mañana podía caer en picado hasta destruirse a si mismo.

Y sí, hoy era ese día que se sentía una cucaracha.

No supo defender lo que era suyo, y encima sentía que su chica había sido poseída por alguien más y él no pudo hacer nada.

No sabía la palabra exacta para definir lo que le pasaba... Sentándose en la mesa de la cocina, inmediatamente las empleadas corrieron que atenderlo cual rey.

Pero ahora quería ser atendido solo por una... Su muñeca.

Sin contestar a las empleadas, corrió subiendo las escaleras porque esa necesidad fuerte volvía a invadirlo y necesitaba saciarla.

Abriendo la puerta, la encontró mirando su tobillo vendando, como si no recordara nada de lo que pasó.

—Hola muñeca —susurró acercándose a ella.

—¿Y Demien?

Eso encolerizó profundamente a Justin. ¿Por qué tenía que preguntar sobre Demien teniendo a Justin enfrente que era diez mil veces mejor?

¿Es qué todavía no quedaba claro que él era el único en su vida y nadie más?

—No vas a volver a decir ese nombre —dijo levantándose para escribir otra regla: "no nombrar al sin nombre".

Ella bajó la cabeza al ver que Justin seguía igual de egocéntrico que siempre.

—¿Es que no entiendes que soy tu único hombre? Me pone de malas que hables de Demien o de Eliot cuando tu, eres solo mía. No te quiero volver a oír a preguntar por esa escoria. ¿Eres consciente de lo que te hizo?

Justin, al ver su expresión, hizo que su rabia aumentara.

—Al parecer no eres consciente y no tienes ni idea de todas las cosas no tan agradables que me gustaría hacerte para que cada vez que intentes acercarte a alguien que no sea yo... Te acuerdes de mi y te arrepientas. Pero no, querida. Hoy no... Me voy a contener para enseñarte algo.

Justin se levantó quitándose la camiseta y tirándola al suelo. Ella se quedó sin respiración, inmóvil.

—¿Recuerdas que te dije que dentro de tres días iba a hacerte mía? —susurró gateando en la cama hasta quedar muy cerca de ella—. ¿Y también recuerdas que dijiste que un verdadero hombre te haría sentir placer y no te lastimaría? Pues, adivina... Ahora mismo te haré mía como nunca nadie lo ha hecho y lo hará... Vas a saber lo que un hombre de verdad podría hacerte y lo mejor de todo, es que te lo demostraré ahora.

Ella retrocedió un poco asustada. Justin le tendió la mano y a ella no le quedó otra que tomarla. Justin se levantó y la guió hasta su habitación estrella.

Él, había estado en esa habitación solo un par de veces y eso era cuando caía alguna Miss o alguien muy importante entre sus brazos y obviamente para impresionarla, tenía la "habitación estrella".

Al abrir la puerta, ella, colgada de su brazo, jadeó. Era una habitación enorme, con una cama preciosa, grande y que se veía tan suave. Se imaginaba que en esa cama se vería diminuta.

—No tienes ni idea de todo lo que quiero hacerte, muñeca. Quiero... Quiero hacerte tantas cosas que dudo que la noche me de tiempo para acabarlas y satisfacerlas todas.

—¿Me harás daño? —susurró.

—No... No... Todavía no lo has pillado. Hoy quiero hacerte disfrutar como ninguna. Hoy vas a ser mía, tu cuerpo será mío, te llevaré a la cama, te haré sudar, temblar y te dejaré postrada en esa maldita cama durante días. ¿Sabes por qué? Porque mis ganas de ti no se esfumaron... Se acumularon. Ahora vas a ir a esa cama y te quitarás toda la ropa.

Ella obedeció soltando el brazo de Justin para meterse en la cama. Justin, por su parte, se cruzó de brazos mirándola fijamente. Ella empezó a quitarse la ropa con suavidad, con mucha cautela evitando la mirada depredadora de Justin.

La miraba como si a un León le ponías un trozo enorme de carne y la miraba a punto de devorlarla, como si a un hombre le ponías algún videojuego y se moría por usarla. Era como si a Apolo le ponías a Dafne enfrente, como si a Hades le ponías a Proserpina y la tentación de llevarla era tan fuerte que su cuerpo era atraído como un imán hacia ella.

Justin se colocó enfrente de ella y suavemente la besó en los labios con mucha delicadeza. Ella, cerró los ojos ante el beso.

Justin se subió encima de ella para poder besarla mejor. Con mucha delicadeza y tanta pasión. Justin se colocó entre sus piernas y la miró a los ojos mientras ella le quitaba el pelo de la cara para que no interfiriera en esa mirada.

—Dijiste que no podía complacerte cuando en realidad solo con un beso, te tengo a mis pies — dijo Justin dirigiendo su mano hacia su entrepierna. Al sentir que estaba húmeda quiso exclamar sobre el bendito néctar de los dioses pero solo la miró a los ojos intensamente mientras ella se tensaba al sentir sus dedos acariciándola.

Justin sonrió mientras la seguía acariciando y ella seguía tensa, muy tensa apartando la mirada de él.

—Ay, muñeca —susurró—. No te resistas, pareces un gato. ¿Sabías que los gatos duermen en tensión? Ahora pareces un gatito, mi gatita —susurró besándola en la mejilla.

Ella jadeó cuando Justin quitó sus manos de encima de ella para quitarse el jean. Ella intentó relajarse para cuando Justin se puso encima de ella.

Besándola en el cuello, empezó a deslizarse dentro de ella ya que tenía un poco de miedo al utilizar su pene otra vez. Pero Justin estaba jodidamente ansioso por ir rápido, follarla tan fuerte que no pudiese ni caminar, saciar esa necesidad, reducir esa tensión pero no...

Prometió que iba a darle placer así que lo iba a cumplir. Fue tan suave haciéndola gemir de vez en cuando, sus uñas enterradas en su espalda y las piernas alrededor de él.

En el piso de abajo, las empleadas limpiaban la cocina con las mejillas muy sonrojadas al escuchar todo lo que pasaba arriba. Eliot estaba desarmando una pistola mientras pensaba que si nunca hubiera sabido lo que sabe sobre ella... Probablemente estarían ambos teniendo sexo.

Justin la empezaba a embestir con fuerza. Se sintió frustrado pues su cuerpo le pedía ir más rápido pero no podía evitarlo. Ella hacía los ojos en blanco, jadeaba, susurraba su nombre, se arqueaba hacia él y si... No podía negar que le gustaba pero no era suficiente.

Cuando Justin terminó, se empezó a vestir porque necesitaba saciarse completamente. Habían sido largos meses de castidad y no había quedado satisfecho.

Echó un ultimo vistazo a su muñeca. Estaba con las mejillas sonrojadas entre sus sábanas y se veía tan preciosa.

Ella, parpadeó y lo miró con esos ojos verdes, tan brillantes y bonitos.

—¿A dónde vas?

—Iré a un prostíbulo —dijo poniéndose una cazadora militar.

—¿Por qué? ¿No te gustó?

—No es eso... Me encantó, pero nunca en suficiente, nunca lo será... Duerme bien y si pasa algo... Llama a Eliot.

—Pero Eliot no quiere hablar conmigo...

—Si te pasa algo, lo hará.

Justin se marchó dejándola a ella completamente sola en el medio de esa lujosa y enorme habitación. Abrazando una almohada, se acurrucó.

Olía a su perfume y de pronto una loca idea se pasó por su mente... Lo echaba de menos.

Eliot abrió la puerta y ella al darse la vuelta, dejó al descubierto ese hombro... Eliot apretó los dientes e intentó mirar a otro lado.

—¿Dónde está Justin?

—Se acaba de ir...

—Maldita sea —masculló—. Siempre se va sin avisarme —dijo cerrando de un portazo y marchándose.

Ella suspiró mirando su hombro... O era su idea, o el mundo estaba en su contra y se estaba volviendo loco.

Tal vez todos estaban locos y ella era la única cuerda con un poquito de juicio, ¿Verdad?

Regla 12.

Oh, no.

A ese hombre lo conocía... Sí, ese ... El que corría junto con un compañero, ¿Pero quién era?

Saliendo de la puerta trasera de un local era un hombre alto, con aspecto de mafioso y estaba a punto de sacarse el arma.

Oh... No.

Tomando impulso, corrió hacia el hombre, el cual tenía intenciones de disparar a los otros dos que corrían pero entre que ella interpuso su cuerpo entre la bala y Eliot... Esa bala hizo que ella cayese al suelo.

Al ver lo que hizo, se volvió a meter en el local y ella, con la poca fuerza que tenía, se volvió a meter en los contenedores suspirando y sollozando ante el dolor.

Eliot Spencer y el hacker Alec Hardison se giraron al oír el disparo, pero no divisaron a nadie y a nada, así que siguieron corriendo hasta llegar al edificio donde tenían el piso franco para trabajar libremente en una estafa de su jefe.

Ella, se apretaba la herida mientras buscaba con la mirada desesperadamente una forma de salvarse... Escuchó pasos mientras lloraba y sollozaba intentando no hacer mucho ruido.

Al ver a un lado, un desconocido le tendía la mano con tanta paciencia...

Y justo cuando iba a tomar esa mano para que pudiera ayudarla... Se despertó.

Justin estaba a su lado y la acurrucaba como si fuese una bebé. Ella suspiró de cierto alivio al notar que era un sueño pero la inquietud siguió vigente durante varios minutos en los cuales le fue imposible retomar el sueño.

Así que se dedicó a observar a Justin. Recordó que se había ido a un prostíbulo y creyó por un momento que nunca se había ido sino que lo había soñado.

Pero la idea fue descartada al ver que tenía uñas enterradas en el cuello. Ella frunció el ceño ya que esas heridas eran muy profundas y a él no le gustaba que le hicieran daño y mucho menos... Que le dejaran marcas tan visibles porque no podía permitir dañar su imagen de perfección.

—¿Qué ocurre? —preguntó Justin con los ojos cerrados. Ella se exaltó un poco ante el susto. Justin abrió los ojos y la miró—. ¿Qué hora es? —miró el despertador—. ¡Las ocho y once!

Justin era tan meticuloso que tenía que sentarse a desayunar a las ocho y quince... Y claro, ahora iba muy tarde. Medio desnudo, salió corriendo de la habitación pero fue interrumpido por Eliot.

Al parecer le estaba echando la bronca por algo, así que ella se levantó escondiéndose para escuchar a hurtadillas.

—Maldita sea, Justin. ¿Asesinaste a una prostituta?

—¡Ella me pegó en la cara! ¡Sabes lo mucho que odio que me peguen!

—¿Y era necesario asfixiarla con tus propias manos?

Justin asintió como si fuese lo más normal del mundo y siguió caminando. Ella se quedó helada en su sitio pensando en cómo había sido capaz de matar a alguien por tremenda tontería...

Eliot fijó su mirada en ella, haciendo que diera un saltito ya que creía que nadie la había visto. Cuando Eliot se iba a dar la vuelta, ella lo llamó.

Corriendo por el pasillo, tomó su muñeca y lo llevó a la habitación.

—¿Qué te ocurre conmigo? —preguntó ella mirando a Eliot. Este, desvió la mirada a su hombro desnudo... Ese hombro con esa inconfundible cicatriz de herida de bala.

—¿Cómo te lo has hecho? —preguntó Eliot sin apartar la vista del hombro.

—No me acuerdo... Pero me dijeron mis padres que fue cuando era pequeña e iba corriendo y en la esquina de una mesa, me dejé el hombro. ¿Por qué?

Eliot ahora sí que estaba confundido pero llegó a una sola conclusión... O bueno... Una hipótesis: La esquizofrenia hacia que ella se inventara su propia realidad como medio de supervivencia.

O tal vez estaba diciendo la verdad y el que estaba delirando era su padre... Pero no sabía qué creer. Pero no, era muy ilógico porque él conocía perfectamente una herida de bala de aquí a la luna... ¿Qué estaba pasando?

—¿Vas a seguir enfadado conmigo?

—No, pequeña. Nunca estuve enfadado —dijo atrayéndola y dándole un beso en la frente.

Raramente, ese beso le rompió el corazón porque si era verdad todo lo que le contó su padre... Probablemente le debía la vida a ella.

De pronto, ambos se miraron con el ceño fruncido al escuchar a Justin gritar en la cocina. Normalmente Justin le gritaba a todo lo que se movía pero esta vez escuchaban fuertes golpes en la mesa.

Eliot corrió y ella hizo lo que pudo con su pie vendado. Al llegar a la cocina, Justin estaba sentado en la mesa, muy tenso, con la cara cubierta entre las manos como símbolo de frustración y tenía el teléfono en altavoz.

—¡Ya te he dicho que sea anónimo! ¿Me estás escuchando? ¡Maldita sea, escúchame!
—Justin, pero tengo que... —dijeron al otro lado de la línea antes de que Justin le tirara el teléfono a Eliot, muy frustrado.
—¡Habla tu con él, que estoy a punto de matarlo con mis manos! —dijo Justin levantándose y acercándose a ella.
—Hardison, ¿Qué ocurre?

¿Hardison? ¿El del sueño?

—Tu jefe quiere entrar en la subasta del príncipe Hussein. Está subastando sus coches más lujosos y Justin quiere el más codiciado.
—¡Que si joder, que no tengo límite! —gritó Justin al fondo mientras la abrazaba, era como que le daba tranquilidad.
—Intentaré hacer algo —dijo y colgó.

Eliot, se acercó a Justin y lo tomó del brazo hasta llevarlo al garaje, ahí si estaba su verdadera colección.

—Justin, mira esto. ¿Lo ves? Es todo lujo... ¿Para qué quieres ese coche?
—¡Porque es el coche de un rey! Eso tiene ese coche y no los míos. Puedo tener miles y miles de coches... Pero ese, ese es de la realeza, digno de un rey, digno de mi.
—Pero puedes comprarte otro igual... —dijo ella.
—¡Ese pertenece a la realeza! Los demás se hacen pensando que es para la nobleza, rezando para que algún millonario los compre. Este... Se hizo pensando que un rey iba a conducirlo...
¡Es perfecto para mi!
—Pero, ¿Para qué quieres otro si ni siquiera puedes probar los que están aquí?

Justin miró a todos sus bebés. A pesar de que no podía sentir nada, los recordaba a todos con algo muy parecido al cariño. Miró al que tenía más cerca, el del Gran Gatsby, lo mandó a hacer porque cuando leyó el libro hace años, supo que ese era el estilo de vida que quería tener. Y cuando lo cumplió, con una casa, un terreno enorme, una preciosa esposa y toda una plebe a sus pies, lo mandó a hacer para que supieran quién fue y quién es y quién será Justin Bieber.

Miró el primero que compró, sus motos, otros traídos de Dubai, y suspiró mirando un hueco en blanco.

—¿No se vería perfecto ahí, mon chérie? —susurró abrazándola mirando el hueco vacío.

Ahí tendría que estar su Range Rover pero en ese estaba el cadáver de su esposa en el fondo del océano.

—Justin, pero puedes comprar otro y no gastarte tanto.

Justin se separó agresivamente de ella.

—Vete a la habitación.

Ella echó un vistazo a Eliot antes de marcharse pero no quitaba la vista de Justin, inquisidor.

Ella, al subir, fue un rato el que estuvo sola antes de que apareciera Justin.

Parecía muy enfadado pero vamos a ver... Él es el jefe aquí, nadie le puede poner limitaciones.

—Voy a conseguir ese maldito coche.
—¿Cuanto es el precio mínimo de la subasta? —preguntó ella.

—Yo que sé, como medio millón.

Ella abrió mucho los ojos pero Justin seguía pensando en que ese coche debería ser suyo. Se imaginó que lo habrían hecho a la perfección para nada más y nada menos que el futuro rey Hussein.

—Necesito ese coche —dijo mirando a la nada.

—Justin, por favor, mírame y razona. ¿Para qué vas a gastarte casi un millón de dólares en un coche de subasta?

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de tener ese coche —fijó su mirada sibilina en ella—, solo para darme el placer de follarte dentro de él, ¿te lo imaginas? Porque yo sí... Ahora mismo.

Justin se acercó peligrosamente a ella.

—No... No me lo imagino —dijo titubeando—. Un coche es para conducir, ¿no?

—Qué inocente eres —dijo riendo dulcemente mientras la tomaba del rostro con ambas manos—. No tienes ni idea de las cosas que puedo hacerte en ese coche.

Justin la fue empujando lentamente hasta la cama. Ahí, la dejó caer pero él se mantuvo en pie.

—Deja volar tu imaginación. Imagínate e imagínate en ese coche... En medio de la nada, a media noche. Una noche de invierno despejada.

Un gran detalle es que Justin era un magnífico escritor. Adoraba leer y tenía un enorme talento para escribir y esa belleza literaria le salía espontánea... El problema era que Justin era un psicópata, no sentía nada y eso no lo llenaba, sino que era algo como plenamente mecánico.

—Miras hacia arriba —dijo quitándose la camiseta—. Ves las estrellas y a pesar que estás un poco asustada, te relajas al sentir mi mano sobre tu pierna... Entonces te digo que vayamos al asiento de atrás para tener un poco de calor. Paso primero yo... Luego tu.

Justin se acostó a su lado y la abrazó atrayéndola hacia él. Ella lo miró fijamente mientras él sonreía.

—Te acurrucas a mi lado pero sigue haciendo mucho frío... Demasiado frío, tanto que metes las manos dentro de mi camiseta buscando un poco de calor. Entonces... Te susurro que todo estará bien y mañana ya estaremos otra vez en casa, pero tu sigues asustada y me dices que la noche es eterna.

Justin sonrió colocándose encima de ella.

—Pues, vamos a hacerla más eterna pero agradable —Justin empezó a besarla—. Te noto muy tensa, ¿Por qué no dejas volar tu imaginación? —volvió a besarla. A esta altura Justin empezaba a hablar con la voz ronca—. Entonces... Te quito la ropa —dijo haciéndolo—. ¿Sigues sin imaginarlo?

Justin se incorporó colocándose de rodillas entre sus piernas. Se echó el pelo hacia atrás y empezó a quitarse el pantalón. Ella no podía quitar la mirada de él, Justin era como un imán plenamente atractivo y tan varonil, tan perfecto, tan guapo... Pero tan malo...

¿Cómo es posible que el mal personificado sea alguien similar a un Dios?

—Imagina el asiento, no tan cómodo como esta cama, pero lo suficiente como para que seas mía. Eres pequeña, así que cabes perfectamente pero yo no —dijo sonriendo y acercándose a

sus labios—. Así que tenemos que estar muy juntos para que podamos hacerlo bien —y la besó. Ella jadeó cuando Justin abrió sus piernas acomodándose entre ellas—. Haces lo posible para que el corazón te vaya menos acelerado pero sabes que es imposible. Es curioso, con toda esa ropa estábamos congelados y ahora estamos tan calientes desnudos. Lo voy a hacer pero me gusta mirarte así que te quito el cabello de los ojos con suavidad. Vaya... Eres preciosa y en esos momentos donde quiero matarte... Recuerdo la primera vez que te vi y se me pasa.

Justin dirigió su miembro hacia ella haciendo que suspirara esperándolo.

—Justin —gimió ella al sentirlo entrar.

—Eso es, gimes mi nombre mientras empiezo a entrar en ti. ¿Puedes sentir el asiento crujir ante la presión de nuestros cuerpos? Abres más las piernas para mí y tu cuerpo me recibe a la perfección. Quieres esto tanto como yo.

Ella se arqueó al sentirlo dentro, muy dentro de ella.

—Imagínate nuestros cuerpos moviéndose como en una orquesta. Yo te dirijo y tu eres esa preciosa melodía de violín que cede ante mí. Imagínate los cristales empañados por tus gemidos y mis gruñidos.

Justin la miró a los ojos. Ella no pudo mantener la mirada así que cerró los ojos. Ella tenía las mejillas rosas mientras intentaba calmarse pero con Justin encima era imposible.

—¿Lo sientes? No hagas mucho ruido... No queremos llamar la atención de las fieras. Me miras suplicante, quieres más, así que yo te lo doy. Gimes, muy fuerte y yo te cubro la boca para que guardes un poco de silencio. Es decir... Es mucho más bonito escuchar como me hundo en ti.

Justin jadeó cerrando los ojos.

—¿Lo sientes? Miras a tu alrededor y los cristales están empañados, ya no hay frío... Solo calor sofocante y ese olor... Ese olor a sexo, a ti y a mí. Entonces... Siento como tu interior me aprieta —dijo Justin con poca voz—. Voy mas deprisa.

—Justin —jadeó ella apretando las sábanas.

—Te aferras como puedes al asiento de adelante... Te vas a venir y va a ser el mejor orgasmo de tu vida. Gimes más fuerte y por fin te arqueas, con fuerza, olvidando de como respirar.

Ella cayó rendida en la cama mientras Justin le daba un microdescanso.

—Ahora vengo yo. Estas agotada pero igualmente aguantas. Me acerco a ti, tu respiración no tiene nada que ver conmigo... Estas más tranquila pero aún así, gimes.

Justin se quedó callado al empezar cada vez mas fuerte. Ella jadeó cerrando los ojos hasta que sintió que se vino dentro de ella.

—Y entonces... Miras hacia afuera y ya es de día —susurró besándola en los labios—. Fue efímera pero agradable.

Justin estaba su lado mientras le acariciaba el pelo.

—Me encanta que seas tan pequeña —dijo besándola en la frente y levantándose.

—¿Por qué?

—Eso significa que yo soy el dominante —dijo sonriendo y guiñando el ojo.

Justin se terminó de vestir y volvió a acercarse a besarla en la frente.

—Ahora que sabes lo que voy a hacerte, tengo que conseguir ese maldito coche.

Justin se marchó y efectivamente... Horas después Justin ya tenía un coche mega lujoso, caro y extremadamente perfecto de camino en barco hacia la casa de Justin.

Como había dicho... No habían limitaciones para él.

Al otro lado de la ciudad, estaba Demien sentado en su escritorio mirando a Nate Ford dando vueltas.

—Actúas muy irracional cuando estás con ella —dijo mirando a Demien—. Hazte la puta idea de que eres el mejor estafador del mundo, eres el lobo en este negocio... ¿Y por qué cojones ella te hace perder la cabeza?

—Ella... Ella es diferente.

—Tienes una esposa y esa chica... Maldita sea, esa chica es de Justin Bieber... Nada más y nada menos que Justin Bieber.

—No vuelvas a decir eso —dijo Demien levantándose.

—Tienes que dejarla ir... Demien, ella es peligrosa para ti.

—Ella lo es todo para mí. La he estado buscando por tanto tiempo y la necesito para conseguir la paz, Nate. El día que la tenga en mis brazos... Podré ser mas letal que nunca.

Demien susurró volviendo a sentarse en su silla. Sonriendo... Sabiendo que algún día ella no va a huir.

—Algún día será completamente mía y juntos seremos letales, juntos... Pasaremos a la historia.

Regla 13.

Serás mi fiesta privada.

—¡Una fiesta de disfraces! —dijo exclamando por lo alto justo cuando se levantó.

Ella se incorporó también con el ceño fruncido porque no entendía nada.

—Hace una semana fuiste a una fiesta de disfraces —dijo ella.

—No era una fiesta de disfraces. Era de máscaras y además estuvo muy aburrida... Acabo de soñar con una que quita la respiración. Grande, monumental... Que pasará a la historia. Y obviamente la haré yo, Justin Bieber.

Ella suspiró abrazando la almohada mientras él miraba a la ventana imaginando esa fiesta perfecta.

—Todos disfrazados... Todos volviéndose locos en mi casa —suspiró—. ¡Que sea dentro de dos días!

—¿Dos días? ¡Eso es imposible!

—Imposible no está en vocabulario, mon cherie. Ahora ponte algo de ropa si no quieres que te azote para que aprendas que a mí no se me cuestiona.

—

Solo faltaba que se sentara en un trono bañado en oro con un látigo en la mano y sería la viva imagen de un tirano romano azotando sus esclavos.

Los empleados llevaban seis horas trabajando sin parar y él también llevaba seis horas inspeccionando sin parar. Ella de vez en cuando ayudaba a un empleado pero se detenía cuando Justin le dedicaba una mirada asesina sin otra opción que dejarlo y seguir mirando.

—¿Qué te parece? —preguntó sonriendo orgulloso del trabajo de los demás.

—Está quedando muy bien, Justin. Estas persona no pueden mas... ¿Y si los dejas descansar?

—¿Por qué debería? Se tienen que ganar el sueldo.

—Lo sé... Pero si están cansados, lo hacen todo peor. Déjalos cuarenta minutos para que coman y descansen un poco y ya verás como trabajan con las pilas recargadas.

Justin suspiró tomándola del brazo y atrayéndola a él. Justin llevaba lo que Eliot y ella llamaban los 'días buenos', ya que estaba de muy buen humor. Pero siendo Justin... Podía estar bien y al segundo matarte.

—Odio aceptar que alguien mas tiene razón —dijo acariciando su rostro con suavidad—. Pero tienes razón. ¡Descanso de 45 minutos! —exclamó. Fue un suspiro colectivo mientras algunas caían agotadas al suelo y otros buscaban donde sentarse.

Liam, el chico se la pólvora, corría hacia Justin, muy nervioso.

—Hola Sr. Acaban de entregar todas las invitaciones.

—Perfecto —dijo Justin sonriendo—. ¿Cuántas en total?

—Trescientas —dijo sonriendo—. Y... Y... Confirmaciones hay ciento cincuenta.

—Muy bien...

—Liam —dijo ella.

—Eso, Liam. Te subiré el sueldo. Buen trabajo.

—Gracias, señor.

Y se marchó muy contento. Ella se preguntó todo lo que tiene que hacer ese chico para sobrevivir.

Sintió curiosidad, así que mientras Justin se despistaba, ella fue a seguirlo.

Lo encontró en el suelo ayudando a alguien más a poner cinta aislante en los adornos del jardín trasero.

—Hola Liam —dijo ella sonriendo—. Es tu hora de descanso... ¿Por qué no vas a descansar un poco?

—Quiero terminar ya para tener mi salario extra, señorita —dijo muy entusiasmado.

—Eres muy joven, ¿Para qué necesitas el dinero?

—Para cuidar de mi mismo... Y pagar mi universidad.

—¿Vas a la universidad? —él asintió—. ¿Qué estudias?

—Una ingeniería —dijo sin dejar de colocar cinta aislante.

—¿Cuanto cuesta cada curso?

Liam suspiró mientras la miraba.

—Casi dos mil dólares.

Dos mil dólares para Justin, era como si fuesen dos míseros centavos así que ella, dejando a Liam ahí, corrió hacia la habitación. Ahí, fue al cajón de los calcetines en los que siempre guardaba dinero si pasaba algo urgente.

Tomando cuatro mil dólares, bajó corriendo hacia donde Liam.

—Toma, ya puedes pagar tu carrera —dijo ella dándole el dinero.

—No puedo aceptarlo —dijo negando con la cabeza, pálido.

—Es verdad... No puede.

Mierda. Al darse la vuelta, Eliot estaba de brazos cruzados mirándolos a ambos.

—No puedes dárselos así —dijo Eliot riendo—. Ponlos en algo, para que los lleve más seguro.

—No puedo aceptarlo... De verdad, quiero pagar la carrera por mi mismo... Y...

—Los vas a aceptar. Te quitarás un peso de encima, Liam —dijo ella sacando un guante de ferretería. Ahí metió el dinero y se lo dio a Liam. Él, muy avergonzado, lo metió en su bolsillo y sin pensarlo, la abrazó.

Ella sonrió mientras Eliot por detrás, pensaba que era la imagen más tierna que había visto en su vida.

—Ahora ve a descansar, chaval —dijo Eliot—. Yo me quedo con la chica.

—Muchas gracias, Señorita Bieber. Es usted un ángel —dijo Liam con los ojos llenos de lágrimas.

Ella sonrió mientras miraba a Eliot.

—¿Y ese dinero?

—Es de Justin... Lo tomé de su cajonera...

—Sabes que Justin lleva una cuenta estrictamente perfecta de absolutamente todo su dinero, ¿no?

—¿Qué? ¡No! ¡No tenía ni idea! ¡Va a matarme cuando se de cuenta y...!

Eliot sacó de su billetera cuatro mil dólares y se los puso en la mano. Ella negó con la cabeza varias veces.

—No Eliot... Es tu dinero... No puedo...

—El dinero no me llena, pequeña... Tómalo. Además, cuatro mil dólares son dos horas de trabajo.

Ella lo abrazó antes de salir corriendo para meterlo al cajón... Y justo cuando lo hacía, fue sorprendida por un grito que venía desde el piso de abajo... Llamando su nombre.

Obviamente el grito era de Justin Gruñón Bieber, así que salió corriendo con el corazón en la punta de la lengua.

Lo encontró de espaldas, cerrando una bolsa de trajes.

—Acaba de llegar tu disfraz —dijo sonriendo de lado mientras le pasaba la bolsa del traje...

Pero fue lo más raro del mundo al ver a la mujer entrar otra vez con otro disfraz.

Justin lo abrió con disimulo y sonrió ampliamente.

—Acaba de llegar tu disfraz —repitió sonriendo.

—¿Y este? —preguntó ella con el primer disfraz en la mano.

—Oh, es que este que tengo aquí... Es para la fiesta —dijo sonriendo con esa picardía tan común en él.

—¿Pero este? —preguntó muy confundida, pero sus dudas se disiparon al oírlo decir muy

lentamente:

—El que tienes entre tus manos, es para mi fiesta personal.

Oh dios mío.

Quitándoselo de las manos, envió a las empleadas que los escondieran para que ella no pudiese tocarlos siquiera. Al minuto, volvió la mujer con dos bolsas de traje.

Justin sonrió abriendo una. Pero ella no pudo ver porque él se encargó de guardar muy bien el secreto.

—Este es el de Eliot —dijo la mujer pasándole el segundo. Como si hubiera sido un fantasma invocado, apareció de la nada tomando el disfraz y abriéndolo.

—Mierda, Justin —gruñó—. Esto es ridículo. Ya te dije que yo no me voy a disfrazar.

—Pero si lo intenté buscar lo más realista posible...

—No, maldita sea. Si yo me disfrazo... Será a mi manera, ¿Entendiste? —dijo mirándolo amenazador.

Eliot se largó solo para tirar el disfraz dentro del cubo de la basura. Justin suspiró tomando el suyo y se fue corriendo como niño con juguete nuevo.

Ella, se quedó ahí, de pie. Esperando que se acabara la noche ya...

—

—¡Nena! —escuchó desde el despacho de Justin a pocos minutos de caer la noche.

Ella corrió tan rápido como pudo y se colocó enfrente de él. Justin, del suelo... Tomó una bolsa de disfraces. Se la pasó con mucha paciencia.

—Quería que mi fiesta privada fuese aquí y ahora —dijo sonriendo ampliamente—. Pero vamos a hacerlo más interesante —dijo levantándose sacando un pequeño y delicado pañuelo de seda del bolsillo—. Voy a vendarte —dijo lentamente—. Y voy a vestirme yo.

Justin la vendó con mucha delicadeza mientras ella solo podía quedarse apoyada en el escritorio. Justin empezó a desabotonar la blusa de denim para empezar a quitar los pantalones.

—¿Cómo crees que se vería mejor? ¿Con ropa interior o sin ropa interior?

Justin estaba tan ansioso que razonó que probablemente si la dejaba con ropa interior podría estar perdiendo mucho tiempo. Así que le quitó el sujetador con mucha suavidad.

¿Qué fue ese ruido? ¿Eres Justin cayendo de rodillas ante ella? Efectivamente. Lo supo cuando empezó a tirar de sus bragas mientras la besaba en el vientre con mucha suavidad.

Escuchó el cierre de la bolsa de trajes. Justin la obligó a enderezarse mientras el vestido se deslizaba por su cuerpo. Después, Justin empezó a meter las medias en cada pierna... Y ella se imaginó de qué sería el disfraz.

Justin, al quitar sus manos de encima de ella, se separó para admirarla, y sonrió. Ella estaba desesperada porque odiaba la privación de sentidos por parte de Justin.

Justin la guió hasta el espejo del despacho. Que raro... Un espejo para Justin. Al quitarle la venda, ella se vio afectada por la molesta luz... Pero sus ojos empezaban a abrirse con esa expresión de completa sorpresa.

Oh... Una muñeca.

Justin sonrió pegándose detrás de ella mientras ambos se veían a través del espejo. Ella sintió ahí, donde estaba más feliz. Sintiendo como la pegaba a él. Ella jadeó mientras Justin se mordía el labio y no dejaba de verla en el espejo.

—No te imaginas las cosas que me provocan hacerte...

Justin se apartó para verla de pies a cabeza, embobado. Justin sonrió y se volvió a acercarse.

—¿Sabes qué? Tendría que tenerte en abstinencia hoy... Pero ni siquiera yo puedo contenerme.

Justin la tomó del rostro para mirarla a los ojos. Sonrió. Tan ampliamente que hasta a ella le dio miedo porque era una sonrisa tan grande como tan cargada de malas intenciones.

Es como cuando dice que va a castigarla con esa misma sonrisa, que ella misma sabe que después no vendrá nada malo.

—Eres tan delicada, tan bonita, tan frágil... Y eres mía —susurró mirándola a los ojos acercándola cada vez más.

Justin, sin besarla, se apartó para sentarse en su enorme sillón de cuero. Ella recuerda con cariño ese sofá ya que ahí es donde sale el verdadero Justin.

Él lo utilizaba para leer y ahí parecía ser normal, sentir algo, imaginar y hasta emocionarse, pero muy dentro sabía que estaba vacío. Independientemente de ello, cuando Justin la quería vigilar todo el día, la llevaba con él a su despacho y ella podía observarlo durante horas y ahí ver a un Justin normal, sensible, concentrado y bastante atractivo.

Pero sabía que con esa mirada no vendría nada bueno.

Justin la repasaba de arriba abajo sin parar, sin detenerse, casi sin cansarse. Ella se empezó a sentir incómoda, postrada en su sitio.

—Acércate —dijo sonriendo de lado.

Ella se acercó con cierta torpeza a él, haciendo que sonriera al verla tan nerviosa.

—Arrodíllate, nena —dijo, y ella obedeció apoyando su rostro en las rodillas de Justin, como acostumbraba a hacer—. Ya sabes qué hacer.

Ella lo miró suspirando para que luego, tímidamente, acercara sus manos a el pantalón de Justin. De vez en cuando mirando su rostro para asegurarse de que estaba haciéndolo bien, al bajar el cierre, se miraron. Justin la incitaba a continuar pero ella estaba muy asustada, con el corazón latiendo con fuerza.

Al bajarle la ropa interior, el corazón se le aceleró tanto que ella juraba que le daría un infarto.

—Acércate —susurró tomando su rostro y poniéndolo justo al lado de su pene—. Es mas grande que tu cabeza, ¿Podrás con él?

Ella no respondió, solo lo miró al rostro porque sabía que respondiendo lo que sea, iba a pasar si o si.

—Levántate —susurró y ella lo hizo—. Ve a la cajonera al lado de mi escritorio y saca el lubricante de ahí.

Ella obedeció, Justin se dedicó a mirarle el trasero, con una necesidad de tocarlo, apretarlo, y y hacerlo suyo...

Porque eso era ella, suya.

Ella volvió y se lo dio a Justin.

—Vas a sentarte en mi regazo —dijo Justin, y ella lo hizo.

La mano de Justin fue hacia ahí, ella dio un saltito pero él sonrió.

—Vaya, vaya... Estás húmeda —sonrió—. Y resbaladiza... Lista para mi. ¿Quieres relajarte? Siempre estás muy tensa, ya verás que te gusta.

Para evitar accidentes como la última vez, Justin colocó algo de lubricante en su miembro. Al dejar el bote a un lado, ella suspiró.

—No, hoy no seré yo el que te folle. Hoy serás tú la que va a montarme, muñeca. Así que adelante, cuando quieras.

¿Justin la estaba dejando? Ella, tomó su pene con suavidad y empezó a introducirlo con bastante cuidado. Justin no la tocaba pero podía oír como apretaba con los puños al sofá. Justin sonrió al verla con los ojos cerrados, aguantando que la abriera por completo.

—Eso es nena, empieza a saltar, quiero verte saltar.

Ella empezó a hacerlo casi sin aire, sin respiración. Gimiendo, Justin apretó sus muslos sin poder evitarlo.

Habían dos cosas que lo volvían loco: las muñecas y las chicas que lo montaban. Tener a una muñeca que lo montara estaba haciendo que perdiera el sentido.

Ojalá esto durara para siempre, podía pasarse la vida aquí. Pero cuando ella se bajó, él miró su pantalón lleno de liquido blanco, y ella cayó de rodillas agotada, con las mejillas sonrojadas y la respiración bastante débil, supo que lo bueno tenía que acabar, aunque no quisiera y él como Justin Bieber, no podía ni luchar contra ello.

Regla 14.

Lo que es mío, nadie puede tocarlo.

Ella se despertó del golpe al escuchar gritos provenientes de la cocina. Muy despistada, se levantó corriendo. ¿Hoy es el día de la fiesta? Sí, sí... Es hoy. Se aseguró de estar vestida y bajó corriendo tan rápido como pudo.

Al bajar, encontró a las empleadas petrificadas, a Liam en el suelo y a Justin gritando y dándole patadas.

—¡Justin! ¡Justin! —gritó ella apartándolo de ahí. Él, con la adrenalina, la empujó pero ella volvió a insistir tirando de su brazo y colocándose enfrente de él.

Liam estaba en el suelo temblando, había sangre y solo intentaba protegerse.

—¡Un bueno para nada! —gritaba Justin lleno de rabia

—¿Qué ha pasado?

—¡Es tan inútil que no supo persuadir a los invitados para que vinieran los trescientos! —gritó—. ¡Maldita sea, joder!

—¿Y cuantos van a venir?

—¡Solo doscientos cincuenta!

Justin intentó ir otra vez a atacar a Liam pero Eliot llegó corriendo a socorrerlo.

—Justin, son suficientes —dijo ella tomándolo del rostro. Estaba caliente, sudaba y tenía la mirada llena de rabia.

—¿Y tu que sabes? No te metas, pedazo de puta.

—Mírame. A veces las personas no pueden conseguir un disfraz de un día para otro... Justin, relájate un poco... Liam no tiene la culpa.

Justin estaba cegado por la rabia, tanto, que solo la escuchaba como eco al fondo de su cabeza.

—¡Lo voy a matar! —gritó empujándola pero se topó de enfrente con Eliot.

—Sobre mi cadáver —dijo Eliot.

Por un momento, Justin quiso intentar golpear a Eliot, sabiendo que era imposible.

—Ni lo intentes Justin. Si no te relajas, voy a darte tal paliza que les dolerá hasta a los que se te parecen. Te lo advierto.

—Vamos, Justin —susurró ella tomándolo del brazo—. Vamos a intentar llamar a esos cincuenta invitados, ¿Te parece? —susurró ella dulcemente.

Justin, sin decir palabra, subió con ella. Envuelto en rabia, al llegar a la habitación, se empezó a quitar la ropa para darse una ducha de agua fría, a ver si se calmaba un poco.

En vez de una ducha de agua fría, optó por un baño con agua caliente.

—Métete conmigo —susurró Justin. Ella, sabiendo que no tenía otra opción, empezó a quitarse la ropa, tan despacio que él empezaba a moverse nervioso—. Más rápido.

Ella lo hizo y se metió con mucha suavidad. El agua estaba calentita así que no fue problema. Acabó abrazándose a si misma mientras miraba a Justin.

—Ven aquí, acurrúcate conmigo.

Ella lo hizo y cayó en su pecho con mucha suavidad.

—Eres la mejor. Acabas de evitar que me hiciera daño en los nudillos y estar perfecto para esta

noche.

Ella cerró los ojos queriendo decirle que lo hizo por el bien de Liam y ni siquiera estaba pensando en él.

Pero era Justin Bieber, y su segundo nombre era egocéntrico.

—

Ella se miraba al espejo, justo con Justin detrás. Eran doce mujeres a su alrededor arreglándola. Justin todavía no se había vestido, primero quería dar el visto bueno al disfraz de su muñeca, que hoy no estaba vestida de muñeca. Hoy era una diosa.

Literalmente.

Justin sonreía y asintió para luego darse la vuelta y empezar a vestirse.

Ella, después de esperar mucho tiempo, Justin salió.

—¿Cómo me veo? —sonrió.

Eliot llegó a su lado un poco fastidiado, vestido de policía. Y Justin... Justin estaba vestido de militar.

Ella suspiró porque estaba guapísimo. Sonrió y asintió dándole el aprobado.

—Vamos a la fiesta —sonrió Justin.

Eliot parecía muy incomodo y justo al entrar al enorme salón, Justin se perdió entre la multitud.

—Es muy raro que te disfraces —sino sonriendo ella.

—Lo sé —dijo Eliot—. Pero Justin me permitió ciertos privilegios con alguna de sus amigas modelos.

Justin al rato volvió como con trece chicas detrás.

—Elige —dijo Justin a Eliot.

Ella miró a Justin y a Eliot para luego apartarse un poco y caminar un poco entre los invitados. Levantaba muchas miradas ya que la gente sabía quién era ella: la chica de Justin Bieber.

Ella, sola y muy aburrida fue a buscar algo para comer ya que sabiendo que Justin estaría en algún rincón besando a alguna tipa.

Ella empezó a comer con suavidad y en silencio. Divisó a Justin presumiendo de abdominales con un montón de chicas alrededor de él.

Ella hizo los ojos en blanco y le dio la espalda para seguir comiendo. De pronto, sintió un algo que punzaba su cuello haciéndola gemir. Se apoyó en la mesa un poco mareada. Buscó al provocante del dolor.

Se giró buscando a Justin empujando a toda la gente para no caerse, respirando cada vez más entrecortado. Los ojos se le cerraban y no podía mantenerse de pie.

—Justin —susurró. Pero fue tremendamente empujada con fuerza hacia las escaleras de la casa.

¿Acaso nadie estaba mirando?

Ella gimió al sentir que sus pies no podían aguantar el peso de su cuerpo. El sujeto, la mantenía apresada, por detrás. ¿Y hacia donde la dirigía?

Oh, esperad. ¿Y cómo llegó hasta aquí?

Al llegar a la habitación miró en el espejo de la cómoda y pudo ver... ¿Qué había podido ver?

Escuchó la puerta cerrarse y luego la empujaban en la cama. ¿Era Justin?

El sujeto le dio la vuelta teniéndola debajo de él. Ella gimió intentando librarse. Los ojos se le cerraban pero podía verlo... Era, ¿Quién era? Ese rostro le era muy conocido... Pero era incapaz de verlo, de diferenciar su rostro. Era como que todo se le había mezclado en el cerebro y el sujeto se le hacía parecido a Justin, a Eliot, a Liam, a Demien... A todos.

—¿Me echaste de menos?

Sintió sus labios en el cuello de ella absorbiendo su piel. Ella jadeo intentando librarse de él pero no tenía nada de fuerza como para apartarlo.

—Es tan adorable que luches... Dentro de cinco minutos, no lo recordarás. Mañana no me recordarás, pequeña.

El sujeto se quitó y ella intentó levantarse pero él, como si la tocara con una pluma, la dejó completamente inmóvil en la cama.

—No, nena. No te haré nada pero haré parecer que si te he hecho mía. Porque eso es lo que eres... Mía.

Sacándose un pañuelo del bolsillo, la ató de amabas muñecas. Ella gimió al sentir la presión cortando la sangre de sus muñecas.

—Mi pequeña —susurró—. No tienes ni idea de lo encantadora que te ves hoy.

El sujeto, le bajó las bragas, ella intentó evitarlo pero estaba atada a la cama. Las bragas las sentía en los tobillos y las manos de él, en sus piernas. Gimió, queriendo apartarlo pero no podía, no podía maldita sea.

—Por favor —gimió ella.

—Te va a gustar —dijo con una enorme sonrisa.

Al sentir la lengua de él ahí, solo pudo gemir y retorcerse pero no podía librarse porque empezaba a sentir que los dedos de él, se hundían en su piel.

La mordía, introducía sus dedos, y la estaba marcando.

—Justin —dijo débilmente en un intento de querer gritar pero no le salía.

El sujeto, la dejó... La soltó y antes me marcharse, se acercó a su oído y susurró:

—Pequeña, ya que me olvidarás mañana, tu cuerpo hará mi trabajo para que me recuerdes.

Y se fue.

Para ella, la espera para que la droga le hiciera el favor de dormirla, fue eterno... Ya que intentaba descubrir quién era.

—

Por la mañana, Justin se despertó entre dos chicas. Estaban desnudas y lo abrazaban pero no recordaba absolutamente nada. Sin duda se acostó con ellas pero la resaca no permitía que recordara todo.

De pronto, Justin se preguntó que dónde estaría su muñeca. Después de levantarse, Justin empezó a buscarla con mucha parsimonia.

Habían personas en el suelo, en el sofá, en las camas... Y de pronto... Se detuvo ante una habitación. Se quedó paralizado.

La puerta estaba abierta, podía ver los tacones y el vestido blanco de ella y al acercarse más, pudo ver las bragas. Un jadeo de horror salió de sus labios porque Justin se ponía en el peor sitio, siempre, así que se imaginaba lo que podía acercar.

Al acercarse, la miró atada a la cama, pálida y con marcas en el cuello y el rostro.

—¡Eliot! —bramó Justin.

Eliot se despertó con una preciosa chica tendida en la cama. Al oír a Justin, se puso algo de ropa y corrió a ver qué pasaba.

Justin estaba paralizado en la puerta para cuando Eliot llegó. Él, sin pensarlo, corrió hacia ella.

—Está muy fría —dijo Eliot al tocar su piel, corriendo para tomar una cuchilla de Justin. Le tomó un dedo y la cortó—. Solo está inconsciente y... Por el color de la sangre y el sabor... Está drogada.

Justin se estaba mordiendo las uñas... No podía creerse que alguien había hecho eso. Eliot estuvo a punto de levantarle el vestido, pero por respeto, prefirió que lo hiciera él.

—Levántale el vestido y dime que ves —dijo Eliot repasando con sus dedos las marcas del cuello.

—Hmmm —dijo muy nervioso—. Está todo muy irritado... Hay... Hay marca de dientes... Y...

—Suficiente... Ya sé qué pasó, Justin.

Justin la cubrió con el vestido y le dio la vuelta, divisando gotas minúsculas de sangre en las sábanas.

—Mi... Mi muñeca acaba de ser...

—Violada, Justin. En tu propia casa.

Justin suspiró tomándola en brazos, y llevándola a una habitación mas caliente y más acogedora.

Eliot los seguía de cerca, con mucho cuidado.

—Iré a ver las cámaras de seguridad... No la agobies mucho cuando se despierte. Suerte.

Justin la dejó en la cama con mucha suavidad... Pensando en millones de cosas. Sin querer, estaba acurrucado al lado de ella, abrazándola con fuerza.

—No sé si me escucharás, pero quiero decirte que no es tu culpa. Nadie tiene derecho a hacerte esto, muñeca y te juro que atraparé a ese infeliz y lo mataré, con una bala que lleve tu nombre.

Regla 15.

Recordarás todo lo importante.

Justin esperaba pacientemente que se despertara, pero ya estaba empezando a desesperar. La había bañado y hasta él se había dormido pero no despertaba.

Cuando se preocupaba, llamaba a Eliot y él aseguraba que todo estaba en orden. Las cámaras de seguridad fueron apagadas media hora antes de la fiesta sin que nadie lo supiera... Así que dedujeron que sería alguien dentro de la casa que dejó pasar a los atacantes. Ahora, Eliot estaba haciendo un interrogatorio masivo a todos los empleados a ver si podía sacar información.

Él, después de darse cuenta de que había pasado muchísimo tiempo esperando que despertara, tomó una silla, la colocó enfrente de la cama y se puso a trabajar sin perderla de vista.

Parecía un ángel, pensó. Quería que se despertara lo más pronto posible para que le contara que había pasado.

Eliot, con toda la buena voluntad del mundo, le había advertido que probablemente ella recuerde muy poco. Pero él, seguía con la esperanza de que recordara aunque sea lo más mínimo posible.

Justin estaba demasiado concentrado en los cálculos de la fiesta que dio anoche... Que había quitado muy poco dinero en comparación con lo que le había quitado a ella.

De pronto, por el rabillo del ojo, pudo ver que ella empezaba a despertarse. Justin entró en pánico y aunque deseara llamar a Eliot, no lo hizo. Sabía que podía llevar la situación por él mismo.

Ella se estiró y de pronto, abrió los ojos de golpe mirándolo a él. Esa imagen si que lo aterró profundamente pero al instante, ella empezó a parpadear adaptándose a la luz.

—Oh, mi muñeca —dijo gimiendo Justin abrazádola. Ella lo quería apartar y recordó lo que le dijo Eliot: no la agobies.

Así que se separó con mucha cautela. La miró, buscando indicio de que recordaba algo y de pronto, sucedió:

Se quedó paralizada al recordar partes de lo que le habían pasado.

Recordaba estar comiendo... Justin estaba tan lejos y a la vez tan cerca... Luego, dolor... Un dolor agudo que se extendió por todo su cuerpo dejándola como la cría de un ciervo, completamente inmóvil. Después recuerda un empujón... ¿Y luego que?

—Un policía —susurró ella mirando al techo.

—¿Qué quieres decir, muñeca?

—Eso es lo que vi en el espejo... Estaba vestido de policía.

¿Eliot? ¿Qué?

Luego, al sentir que estaba encima de ella, la reminiscencia la llevó hasta un recuerdo vago, ahí, hace cosa de un año. Ella estaba en el suelo, con una bolsa de plástico alrededor de toda la cabeza... Un sujeto estaba encima de ella asfixiándola... Ya no podía respirar, ya perdía la batalla... Ya iba a morir pero escuchó un disparo, luego otro y por último... Ahí estaba Él.

Así se sintió anoche... Luego... Todo era borroso.

—¿Qué me pasó, Justin? ¿Alguien intentó matarme? —susurró ella.

—No... Hmm... Te han violado, pequeña. Lo siento mucho.

Ella al moverse para mirarlo, su cuerpo dolorido la detuvo.

—¿Estaba vestido de policía, pequeña?

—Cre... Creo que sí. Cuando me empujaba hacia la habitación, al entrar, lo vi a través del espejo.

¿Ella estaba segura que estaba vestido de policía? Porque cuando intentaba recordarlo más veces, no conseguía ver el uniforme de policía por ningún lado.

—¿Crees que pudo haber sido Eliot? —preguntó Justin apretando la mandíbula.

—No... No lo sé —dijo cerrando los ojos pero al instante los abrió—. Sí, lo sé. Eliot iba vestido mas como policía del FBI. El otro era como más stripper.

De pronto... En su cabeza, la imagen del sujeto diciendo "eres mía" se hizo muy clara, demasiado clara.

—Has sido tu, Justin —susurró.

Justin frunció el ceño negando con la cabeza sabiendo que la mente ya le empezaba a jugar malas pasadas.

—Has sido tu —repitió intentando incorporarse pero Justin lo evitó.

—No he sido yo, pequeña —susurró—. No estaba contigo... La memoria está jugándote malas pasadas. Descansa un poco.

Ella volvió a abrazar la almohada con un dolor de cabeza terrible.

—¿Crees que ha sido Demien? —preguntó Justin en voz baja.

—No veo su rostro por ningún sitio...

—No te preocupes, nena —susurró—. Descansa, lo necesitas.

Justin se iba a levantar para contarle todo esto a Eliot pero ella no lo dejó.

—No me dejes sola, Justin. Puedo oír que está debajo de la cama...

Justin frunció el ceño y se acostó su lado, con mucho cuidado.

—Justin, hueles a Él —dijo ella mirándolo a los ojos, aterrada.

—No te preocupes. Te puedo asegurar que no he sido yo. Te lo prometo...

Al quedarse dormida, Justin se levantó y fue hacia Eliot.

—¿Está bien? —preguntó Eliot.

—Está destrozada... No me gusta verla.

—¿Por qué? Al fin y al cabo tu haces lo mismo. Y me sorprende que no la hayas matado por lo que pasó.

—Te voy a explicar algo, mi querido Eliot. Ella es como un trofeo... Un envidioso que lo quería, lo ha golpeado, deformado, profanado y roto completamente. Pero si mi intención es reconstruirla no voy a golpearla más, al contrario, intentar hacerla volver a la vida con mucha delicadeza. Y yo no "hago lo mismo". Ella es mía y tengo derecho a hacerlo.

Eliot hizo los ojos en blanco y se marchó subiendo las escaleras para asegurarse de que estaba bien. La encontró dormida, abrazando la almohada. Suspiró, parecía estar todo bien así que intentó volver a marcharse pero al oírla sollozar, volvió a acercarse.

Estaba teniendo una pesadilla, sin duda. Eliot había estado en tantas guerrillas que había visto de todo y sabía de primera mano que hasta el más fuerte podía llegar a tener pesadillas.

Con mucho cuidado, la despertó, llamando su nombre con dulzura para que no se asustara.

—Es Demien —dijo al despertarse—. Es Demien —repitió intentando convencerse.

—¿Estás segura? —preguntó Eliot acariciándole una mejilla.

—Sí —dijo—. Me acuerdo de él... Antes solo veía a Justin pero creo que sí es Demien.

—Intentaremos estar seguros, pero con que me digas esto, haces mucho. ¿Recuerdas algo más?

—Sí —susurró.

Ella le agarró la mano muy fuerte a Eliot mientras cerraba los ojos intentando recordar.

—Alguien... Alguien vino por la madrugada a verme. Todavía no me había dormido y estaba dando vueltas por aquí... Se me hace muy familiar pero no sé quién es...

—Puede ser algún borracho de la fiesta...

—No lo era —dijo ella mirándolo—. Estaba con guantes y era como si... Como si intentara eliminar las huellas de Demien...

—¿Recuerdas algo más de ese sujeto?

—Hmmm... Caminaba muy raro... Y llevaba ropa normal y... No sé nada más...

—Lo has hecho muy bien —dijo besándola en la frente—. No te preocupes, pequeña. Lo encontraremos. ¿Qué más recuerdas de Demien?

—Tenía barba de tres días —dijo recordando como en la piel de su cuello lo sentía—. Estaba vestido de policía, llevaba gafas de aviador, y olía... Olía a...

Se levantó guiada por ese olor, y fue a parar al vestido de la noche pasada. Tenía gotitas de sangre por la parte de atrás, mirándolo con lástima, lo olió.

—Olía a este perfume.

Eliot olió el perfume y se le hizo muy conocido. Eliot sabía que la nariz era capaz de almacenar miles de olores así que ella tuvo que haberlo olido en el pasado...

—¿Cómo supiste el olor?

—Se me hace familiar...

—Has hecho un trabajo increíble. Has sido muy valiente. Ven aquí.

Eliot la abrazó principalmente para olerla y curiosamente olía a Justin...

Eliot, la dejó en la habitación hasta llegar con Justin. Estaba concentrado leyendo un libro de economía.

—Empiezo a creer que ella tuvo algo que ver con Demien en el pasado, Justin... Recuerda como huele.

—¿Qué me quieres decir? ¿Lo recuerda?

—Sí... Y creo que han tenido una relación bastante íntima.

—¿Fueron pareja?

—Ella es demasiado pequeña como para ser su pareja... Creo que va más allá. Podría ser su hija.

—Oh, claro... ¿Tu abusarías de tu hija?

—Es Demien —bufó Eliot—. Espera lo inesperable.

—Lo sé... Pero me parece muy raro. No se parecen en nada... Además creo que lo recordaría...

—A menos de que haya perdido la memoria —dijo Eliot sonriendo abriendo el portátil de Justin intentando buscar algo del pasado de ella.

Justin se colocó detrás para ver lo que tecleaba.

—No sé por qué me da la sensación de que no ha sido atacada —dijo Justin negando con la cabeza—. Decía que había sido yo...

—¿Qué estáis buscando? —preguntó haciendo que se sobresaltaran ambos.

—Pequeña... Deberías estar en la cama... —dijo Justin.

—No estoy loca... Me... Me violaron anoche —dijo a punto de ponerse a llorar—. ¿Por qué no me creéis?

—No llores —dijo Eliot con mucho tacto intentando calmarla—. Le iba a decir a Justin que es normal que estés conmocionada...

—Pero pensáis que estoy loca... No lo estoy... Yo no me he hecho esto yo sola —dijo enseñándoles el cuello, la mirada de Justin dudó—. ¿No me crees?

Justin bajó la mirada y suspiró.

—Justin...

—Creo que te dio un ataque de celos y para llamar la atención lo hiciste...

—Te estás pasando... —advirtió Eliot.

—Creo firmemente en que lo estás fingiendo todo... Y lo haces para tener mi atención...

—No... —susurró con la voz cortada—. No, no, no —repitió—. Maldita sea, no. Tienes que estar muy enfermo como para pensar en algo tan retorcido... Te... Te llamé antes de que me llevara a la habitación, maldita que si lo hice... Dije tu nombre, Justin. Ahí sí quería tu atención pero no me la diste... ¿Y sabes qué? No la necesito, puedes darle tu mierda de atención a los modelos o a los coches que quieras. Pero te advierto una cosa, Justin Bieber, jamás en tu vida, pongas en duda mi palabra. Y no me intentes dejar como una interesada, ¿me escuchaste?

Justin suspiró retrocediendo... Lo que ella miraba. Pero lo que no sabía, era la manera en la que las venas de sus brazos estaban a punto de estallar debido a la fuerza con la que apretaba el puño.

—A mi no me vuelvas a contestar de esa manera —advirtió de manera muy baja.

—Justin, tiene razón... La has lastimado —dijo Eliot.

—No te metas, Eliot, no te metas. Y tu, ve a la habitación, ya hablaremos y ya verás la que te espera.

—Eres un falso —masculló ella dándose la vuelta para marcharse.

—No, no, querida... —sonrió a pesar de que ella no lo miraba—. Tenía mis días buenos pero tu... Tu acabas de acabar con ellos.

Ella se detuvo y refunfuñó. Siempre la culpaba de todo.

—Te veré a medianoche —dijo Justin recuperando su libro.

Cuando ella ya había desaparecido... Eliot lo miró con cierto temor de lo que era capaz de hacerle.

—¿Por qué a medianoche? —preguntó Eliot.

—Porque a partir de las doce... Salen las verdaderas bestias —dijo sonriendo a la nada para luego, recuperar toda la atención en su libro.

Eliot, como si quiera comunicarse con ella mentalmente dijo un mas sentido y triste: date por muerta.

Regla 16.

Tu único deber es complacerme

El molesto ruido del reloj hacía eco en toda la habitación contribuyendo a un creciente nerviosismo. A medida que el reloj se acercaba a la hora, sabía que pasaría... Maldita sea, sabía que pasaría.

Su corazón se detuvo al escuchar como los pasos y el compás del reloj se unían en una tenebrosa armonía.

Ella miró a la puerta suplicante, rezando que ocurriera algo en la cabeza de Justin para que no abriera esa puerta. De pronto, ocurrió.

Todos los relojes de la casa se conjuntaron en una melodía digna de una película de terror. Oficialmente era medianoche y la bestia ya venía.

La puerta se abrió con parsimonia y ella reaccionó intentando hacerse la dormida como cuando era pequeña y cuando no quería hacer algo... Fingía dormir y todo se resolvía.

Escuchó los pasos de Justin acercarse a ella, tan despacio, tan desesperante, tan jodidamente temible.

Sintió su respiración cerca de ella. Se lo imaginó inclinándose hacia ella con los ojos cerrados para susurrar algo que no olvidaría en su vida:

—Sé que estás despierta.

Sintió como se alejó así que no le quedó de otra que abrir los ojos. Justin la miró con bastante maldad y una sonrisa muy falsa.

—¿Acaso me tienes miedo, pequeña? —sonrió. Ella asintió tímidamente ante la repentinas ganas de llorar que la invadieron—. Pues cuando me hablaste de aquella manera, no lo parecía.

Ella bajó la mirada incapaz de mantenerla. Justin se quitó la camiseta e hizo sonar sus dedos en un pútrido acto de preparación.

Ella, retrocedió en la cama por instinto, queriendo que se arrepintiera, queriendo que entendiera que no valía la pena.

—Muñeca —susurró—. ¿Puedes volver a repetir lo que me dijiste?

—No, Justin...

—Repítelo, quiero volver a oírlo.

Ella negó con la cabeza y un golpe fue asestado con fuerza en su mejilla.

—Ten las agallas de repetir lo que me dijiste.

—No, Justin yo... —susurró ella colocando una mano en su mejilla, la cual ardía y dolía demasiado.

—¿No vas a complacerme? —la abofeteó—. ¡Tu único deber en esta casa es complacerme! ¿Ni eso sabes hacer bien? ¡Buena para nada!

Justin la tomó con agresividad del cuello, asfixiándola... Ella, inconscientemente, recordó la noche anterior, cuando la estaban asfixiando.

—Por favor... —musitó con un último respiro... Y Justin la soltó dejando que el aire pasara a sus pulmones. Justin la tomó del pelo y la miró fijamente.

—Dime lo que quiero oír.

Ella, al permanecer en silencio, se fijó en como Justin suspiraba y cerraba los ojos para asestar una fuerte puñalada en su rostro. Ella sollozó cubriéndose el rostro, en un inocente intento de protegerse.

—Que ricura —suspiró Justin—. ¿Todavía crees que puedes protegerte de mi?

Y Justin empezaba a quitarle la ropa, y ella luchó, pataleó, gritó, lo mordió, pero Justin estaba descontrolado y cada pieza de ropa fue quitada con éxito.

Cuando Justin ya intentaba quitarle las bragas, ella con sus dos manos, agarró las de él, para que no siguiera. Justin, quitó la mirada de las bragas para clavarla en su rostro.

—Suéltame —advirtió. Esa advertencia fue tan amenazadora que hasta ella aflojó el agarre, pero aún así, no la soltó.

Pero Justin, con un poco de fuerza, pudo librarse y procedió a quitar las bragas con rapidez. Por un momento, Justin se quitó de encima de ella, sin duda para buscar el lubricante, y ella, se levantó tan rápido como pudo de la cama y corrió hacia la puerta.

Cuando ya estaba a punto de abrirla, temblando y llena de pánico. Justin la estampó en la puerta.

—¿A dónde crees que vas? —le susurró al oído. Ella gimió echándose a llorar. Justin, aprovechó al tenerla ahí, atarle las muñecas a la espalda y así evitar que se moviera tanto.

Cuando la levantó para llevarla a la cama, fue casi imposible porque pataleaba y gritaba evitándolo, así que como Justin no tiene nada de paciencia, la tiró al suelo y ahí mismo se colocó encima de ella.

—No, Justin... No lo hagas. Lo siento si fui impertinente, no volverá a pasar, pero por favor... No lo hagas.

—Oh, ¿la pequeña está asustada? Pues esto te asustará más. Ahora si sabrás lo que es ser violada de verdad y no las tonterías que te inventas, buena para nada.

—No me lo inventé —susurró—. Te lo juro... Solo podía pensar en ti, Justin.

—Vaya, me conmueves, que pena que no sienta nada y será igual o más doloroso lo que voy a hacerte, nena.

—Por favor —susurró ella mirándolo a los ojos, cuando escuchó el cierre, se echó a llorar.

Era imposible moverse porque Justin la tenía atrapada entre sus piernas, entre su peso. Sus manos estaban atrapadas en su espalda y sabía que ya... Iba a pasar y Justin sería una bestia.

Justin le quitó el pelo de la cara para verla mejor. Estaba lastimada, tenía el ojo izquierdo a reventar de lo morado que estaba, el labio inferior lo tenía roto por una esquina casi imperceptible, la mejilla también la tenía morada, en la frente tenía un rasguño, en el cuello seguía teniendo las marcas que hizo ella misma o como dijo... Otro sujeto.

Justin, suspiró y la miró fijamente.

—Hago esto por tu bien —susurró—. Quiero que seas perfecta y lo serás, estoy seguro. Además, si es verdad que alguien abusó de ti, pues profanó tu cuerpo. Es decir, el cuerpo que me pertenece, ha sido profanado y yo tengo que volver a apropiarme de él y volverlo a hacer puro, solo mío, ¿Entiendes? Ahora, no llores tanto y abre las piernas para mi, muñeca, ahora sí verás quién es tu dueño.

—

Demien estaba sentado en su escritorio, intentaba concentrarse en los papeles pero no podía... Maldita sea, no podía. Resulta que a solo meses de estar en el hospital psiquiátrico, Justin se la llevó... Y eso significó algo que Justin le quitó, que le pertenecía a él: su virginidad.

Solo de pensarlo, le daban escalofríos. Esa virginidad, estaba guardada solo para él, no para que Justin se la quitara a la fuerza. Él debió ser el primer hombre en estar en ella, no Justin.

Escuchó unos inconfundibles pasos andar a través del pasillo que dirigía a su despacho. Se levantó de la silla y miró atentamente la puerta esperando que apareciera.

—Eliot Spencer —dijo sorprendido Demien—. Qué grata sorpresa.
—Vengo a cobrar algo que te llevaste anoche.

Demien frunció el ceño muy confundido.

—¿Por qué a ella? —preguntó Eliot—. ¿Acaso tu mujer no es capaz de complacerte?
—No te entiendo, Eliot... ¿Estamos hablando de la misma persona?
—Lo sabes perfectamente, conmigo no tienes que fingir. Has tenido los huevos de ir a casa de Justin y abusar de su chica, de nuestra chica.
—Espera... ¿Han... Han violado a _____?

Eliot frunció el ceño, no se esperaba eso. ¿Acaso no había sido Demien? ¿Y si Justin tenía razón y ella se lo imaginó todo?

—¿Pe... Pero quién? —susurró Demien—. ¿Quién le haría eso a mi pequeña?
—¿Tu pequeña?
—Era mía antes de que me la quitara Justin —dijo perdiendo los nervios.
—¿Me lo puedes explicar?
—Era mi novia, Eliot. Era mi novia —repitió—. Me hice pasar por un profesor en la universidad donde estaba ella estudiando derecho. No pude llevar a cabo mi estafa porque me pasó algo con esa chica, Eliot... No podía dejar de verla. Y cuando tuve que irme de la universidad, creía que nunca la volvería a ver... Hasta que le dispararon por tu culpa.

Eliot frunció el ceño, ya todo empezaba a encajar y raramente su corazón se aceleró.

—Ella cuidaba de tu padre y le tenía muchísimo cariño... Tu padre mencionó que estaba un poco preocupado por ti, por tu trabajo, y ella se ofreció a protegerte. Eliot, aquel día que saliste de aquel bar por la puerta trasera con Hardison... Hubieras muerto si ella no hubiera recibido la bala por ti.

Ahora si lo entendía todo... Pero, ¿Por qué ella no recordaba nada?

—Yo la encontré en el contenedor de la basura, llorando y llena de sangre, así que me la llevé a casa. Ahí la cuidé hasta que se recuperó. Empezamos una relación a escondidas de mi esposa... Tara es maravillosa pero yo estaba completamente enamorado de mi pequeña. Hasta que pasó aquello... Fui un cobarde... Pero...

—¿Pero qué?

—Mi trabajo está antes que el corazón.

Demien se sentó en el escritorio mirando hacia la nada.

—Esa noche la iba a hacer mía —dijo suspirando—. Por primera vez para ella. Íbamos de camino al hotel cuando nos emboscaron... Eran los guardias gilipollas de Justin. Logré escapar pero fue en cuestión de minutos cuando tuvimos un accidente. Yo no podía quedarme ahí, la policía sabría quién soy, así que la dejé a ella en el sitio del conductor cuando estaba inconsciente, me llevé sus documentos y fui a la oficina de Hardison. Con una buena suma de dinero, eliminó todo su pasado y la puso como una joven huérfana, que estaba enferma mentalmente, por lo que la metieron al hospital psiquiátrico. Para mi buena y mala suerte, con el accidente, había perdido la memoria por lo que no podía recordarle y justo cuando trazaba un plan para sacarla de ahí... Justin se la llevó.

Demien suspiró mirando sus manos.

—¿Cómo puedo creerte? —preguntó Eliot.

—Hombre de poca fe —sonrió Demien caminando hasta su pared, donde tenía cuadros vanguardistas, pero al darles la vuelta, era ella. Dormida, sonriendo, desprevenida, leyendo... Vaya...

—¿Y has sido tu el que ha abusado de ella?

—No, Eliot, te lo prometo. Anoche estuve aquí con Tara.

—¿Y qué hacías con ella?

—Ya sabes... Cosas de adultos.

Eliot miró su reloj y suspiró.

—Justin no me deja entrar en casa... Está torturando a _____ ahora mismo. Así que voy a proponerte algo.

Demien asintió.

—Si es verdad lo que me dices, y mira que te estoy dando un voto de confianza, te la traeré... Esta misma noche.

La sonrisa de felicidad de Demien fue indescriptible.

—Justin es un psicópata, Demien. Debe de estarle haciendo mucho daño ahora mismo y yo ya no quiero que sufra, si es verdad que me salvó la vida... Quiero lo mejor para ella y Justin es todo lo contrario a ello, así que te la traeré para que la cuides tu.

Eliot pudo ver como los ojos de Demien se cristalizaron, pero él era todo un caballero, así que mantuvo la postura.

—Le diré a Justin que se ha escapado y le daré pistas falsas a cambio de que tu la cuides y no le hagas daño nunca más, ¿Me has oído?

—Sí, sí... Estoy sin palabras, Eliot. Al fin y al cabo, eres un hombre de bien.

—La maldad de otro hombre no te hace bueno —dijo mirándolo fijamente—. ¿Dónde te la llevo?

—Tengo este apartamento en el centro. Creo que Justin no la buscará ahí —dijo apuntando la dirección—. Por cierto... ¿Por qué Justin maltrata a sus empleados de esa manera? El pobre Liam vino hacia mí pidiendo ayuda...

Liam...

Justin golpeó a Liam...

Liam no dejó la fiesta en ningún momento pero tampoco se le vio...

El traje de policía, Eliot lo había tirado a la basura...

Liam tiene acceso a las cámaras.

Tenía un motivo para hacerlo.

—Gracias Demien —dijo Eliot—. Creo que acabo de descubrir quién abusó de la pequeña

—¿Quién? Me encantaría encargarme de esa sabandija yo mismo.

—Liam.

Eliot se dio la vuelta mientras escuchaba a Demien cargar el arma, a Justin no le diría nada porque le convenía que él siguiera pensando que ella se lo había imaginado todo.

—

Justin le cubría la boca mientras la embestía con tremenda fuerza. Había sangre, lágrimas y dolor por todos lados. Justin la miraba fijamente mientras la penetraba con tal fuerza, que ella creía que su objetivo era partiría por la mitad.

Hasta que por fin, se corrió. Ella gimió suspirando mientras Justin se levantaba y empezaba a vestirse.

—Es que ni de eso eres capaz... No puede ni complacerme —dijo dándole una patada. ¿La iba a dejar aquí atada?

Al parecer sí. Cuando lo vio marcharse, empezó a llorar pero esperó hasta oír el coche para empezar a gritar.

—¡Eliot! —gritó. Y este, acababa de entrar en la casa al escuchar el coche marcharse. Corrió hasta la habitación, y la encontró desnuda en el suelo, con las manos en la espalda.

Corrió a ayudarla. La cubrió con su chaqueta y le desató las manos. Ella lo abrazó como instinto.

—Sácame de aquí, Eliot. Quiero irme, ahora si no quiero estar con Justin.

Eliot asintió buscando ropa en el armario de ella. En cambio, ella se sentó en la cama mirando la chaqueta de Eliot, y tocándola con cuidado con mucho cariño.

—Te llevaré a un lugar donde te amarán y te cuidarán. Pero tienes que confiar en mi palabra —sonrió Eliot acariciándole la lastimada mejilla—. Yo iré a verte pero principalmente estarás con alguien te que dará todo el amor y todo lo que necesites.

Ella asintió. Vaya... Un poquito de amor sonaba como el paraíso cuando vivías con Justin.

—Gracias Eliot.

Al meter toda la ropa necesaria en un bolso de deporte de Justin, ambos corrieron hasta el coche de Eliot. Era un chevy del 89, al que Eliot quería muchísimo, con todo su corazón.

Ella no podía creerse lo que estaba haciendo... Estaba huyendo de Justin

—Eliot... Tengo mucho miedo —dijo mirando la casa de Justin quedarse cada vez más atrás y más atrás...

—Te prometo que no va a encontrarte —dijo mirándola—. Te lo prometo.

Ella asintió mirando a la ventana, a la preciosa luna llena, la cual parecía iluminarles el camino. Pensó que Justin estaría mirando la misma luna...

Lo que no sabía era que tenía a Vicky saltando encima de él ahora mismo.

Parece que estamos mirando la luna, pero es una luna distinta.

Regla 17.

Si te escondes, te encontraré y no podrás huir de mí

—Tienes que prometer que no huirás —dijo Eliot tomando la mano de ella.

—Lo prometo —dijo muy asustada.

—No te preocupes pequeña, yo no puedo quedarme contigo porque sería muy evidente y Justin te encontraría para cortarnos la cabeza a ambos... Tienes que confiar en mí. La persona que cuidará de ti, te dará todo el amor del mundo, pero tienes que dejarte llevar.

Ella asintió varias veces. Miró al edificio, ya que parecía muy lujoso y era raro porque no era nada propio de Eliot. Al salir del coche, ella se encogió por el frío, así que esperando que Eliot sacara el bolso con su ropa, empezaron a subir y a subir escaleras ya que ella no quería tomar el ascensor. Eliot abrió la puerta dejándola perpleja, ya que era tan bonito el apartamento que le daba reparo entrar y ensuciar algo.

—Aquí dormirás —dijo Eliot tomándola de la mano y llevándola a la habitación. La cual estaba llena de libros. Ella se acercó tomando uno al azar y lo olió.

—Son libros nuevos, ¿los has comprado por mí?

—No he sido yo, pequeña.

Y ella se lo pensó, es verdad. Eliot probablemente haría un libro con sus propias manos y con poquísimos materiales.

—Me tengo que ir —dijo tomando su rostro y besándola en la frente—. Toma esto —dijo dándole un móvil—. Si ocurre algo, me llamas y yo estaré aquí lo antes posible.

Ella asintió agradecida para luego darle un abrazo. Eliot era un cielo cuando quería.

—Puedes buscar algo para comer —dijo marchándose—. Oh, mira. Tienes un acompañante.

Era un pequeño cachorrillo que se había despertado con el ruido. Lo que Eliot no sabía... Era la fobia que había creado a los perros desde que estaba en el psiquiátrico. Gritando se subió encima de la cama cuando el cachorro fue a darle la bienvenida.

Eliot corrió al verla a punto de llorar y levantó al perro con una sola mano.

—¡Llévatelo de aquí! —gritó histérica.

—¿Tienes miedo a los cachorrillos? —dijo acariciando al pequeño.

Ella asintió alejándose todo lo posible de él.

—¿Por qué? ¿Te han mordido alguna vez?

Imbécil, pensó Eliot. No recuerda nada antes de el accidente.

—Cu... Cuando estaba en el psiquiátrico soñé con uno de estos...

—Bueno, lo dejaré encerrado, ¿Vale?

—¿Puede escapar? —preguntó cuando Eliot se lo llevaba.

—Lo dudo mucho. Pero si se escapa, tu te encierras.

Ella asintió muy poco convencida. Eliot se marchó y la dejó sola. Se dedicó a explorar la casa, a comer un poco y a ver todos los libros que estaban en su habitación. Habían películas, había muchísima comida y estaba muy cómoda. Al revisar el armario, había mucha ropa cómoda y al ver que era de su talla... Sonrió.

Pero algo curioso es que esa ropa no era nueva, sino que alguna estaba desgastada y olía a detergente. ¿Por qué había ropa de su talla aquí pero que ya alguien la había usado?

Se encogió de hombros. Al entrar al baño, se topó con un pijama muy bonito y cómodo. Así que se lo puso.

A esta hora debería estar dormida, así que fue directo a la cama cuando escuchó la puerta principal abrirse. Frunció el ceño y encendió la luz.

—¿_____? ¿Estás aquí?

Oh dios mío, esa voz... ¡Es Demien Moreau!

Cuando escuchó que se acercaba, entró en pánico así que se le ocurrió correr hacia la puerta de la habitación, pero era demasiado tarde, Demien ya estaba en la puerta, enfrente de ella, mirándola fijamente.

Al retroceder muerta de miedo, se enredó con la alfombra y se cayó al suelo.

—Te vas a hacer daño —dijo tendiéndole la mano. Ella prefirió retroceder y esconderse detrás de la cama—. No voy a hacerte nada, ¿puedes salir?

Ella empezaba a temblar, creía que Eliot la había traicionado. ¿Cómo se le ocurre meterla en la misma casa con Demien? ¿Es imbécil o quería que la matara?

—Pequeña —susurró acercándose cautelosamente—. Levántate de ahí, una princesa no puede estar en el suelo.

Al ver que ella estaba encogida en la pared, temblando de miedo. Él, se sentó en el suelo

enfrente de ella.

—Yo no voy a hacerte nada malo —dijo suavemente—. Dame la mano, no quiero que estés así.

Ella, con psicosis por culpa de Justin, le tomó la mano por miedo a que si no obedecía, la castigaría.

—Eso es, pequeña. Ven, acuéstate y descansa un poco.

Ella se acostó en la cama y Demien se encargó de cubrirla con las mantas. Le dio un beso en la mejilla y ella... Ese olor.

Ese olor era similar al del sujeto de anoche, el perfume era completamente igual pero la esencia no... Ahí supo que no fue Demien y automáticamente su cerebro eliminó todo parecido con Demien dejando a...

—Liam —susurró mirando al techo. Sí, lo había visto pero no había dicho nada porque ya estaba mirando a cuatro hombres en un solo momento...

—Quiero que sepas... Que no he sido yo. Y que esa sabandija lo pagará, porque no tiene derecho a hacerte algo así, pequeña.

Demien volvió a besarla en la frente y en la mejilla, queriendo besarla en los labios pero sería muy atrevido de su parte. Un caballero espera y no desespera.

—Dejaré que duermas un poco. Y también quiero que tengas claro que yo no soy Justin, si Eliot confió en mí, es por algo. Ahora tu tienes que confiar en mí. Yo no voy a hacerte nada malo, nada que no quieras, nada que te haga sentir incómoda y mucho menos que te haga daño. Soy tu sirviente desde ahora, pequeña. Que descanses.

Y cerró la puerta, dolido al sentirse rechazado por su pequeña. ¿Ahora qué? No podía dormir teniéndola al lado... No podía. Suspiró sentándose en el sofá para llamar a Eliot. El pobre decía que buscaba a Justin por todos los prostíbulos posibles pero no lo encontraba. Eliot le dijo que ella le tenía pánico a los perros, así que su pequeño no podría salir. Es gracioso porque ese cachorro lo compró y se lo regaló a ella, y a ella le encantó...

Ya, unas horas después, sin poder conciliar el sueño, fue hacia la habitación de ella. Estaba profundamente dormida, parecía que ni respiraba. Así que con mucho cuidado, se acostó a su lado, abrazándola, como en los viejos tiempos. Recordaba con mucho cariño que a ella le encantaba dormir acompañada y abrazando a alguien.

—Mi Justin —susurró ella inconscientemente abrazando a Demien para quedarse dormida.

—No soy Justin, pero soy todo tuyo, pequeña.

No obtuvo respuesta, pero no la quería tampoco. Unos minutos después, pudo dormir tranquilo, junto a ella.

—

Eliot esperaba a que entrara por la puerta. Ya había escuchado el coche y podía escuchar los pasos torpes hacia la puerta.

—Eres imbécil —escupió Eliot—. Te he estado llamando toda la noche.

—Me... Me da igual —dijo para reírse.

—¿Has conducido así de borracho?

—¿A ti que mas te da? E... Eres mi empleado, y-y... Mis empleados se callan la boca.

Eliot le dio una bofetada que se tenía muy merecida.

—¿Dónde está mi-mi muñeca? Ahora si le daré todo con todo el rabo para que vea quién es su dueño.

—Escapó. Llevo llamándote toda la noche para que lo supieras.

—¿Escapó?

Antes de que se pusiera a gritar, Eliot le dio un golpe en la cara con el puño cerrado y lo dejó inconsciente para que no se pusiera como loco a tirar todo. De eso... Ya se encargaba él mismo.

A la mañana siguiente, ella despertó muy asustada sabiendo que Demien podría estar ahí, pero no estaba. Su olor estaba en las sábanas, pero no lo escuchaba cerca ni nada. A su lado tenía el desayuno preparado, pero se levantó para ver si estaba en la casa.

Con mucha cautela, dio suaves pasos en la moqueta caliente. Al sacar un poquito la cabeza, miró a Demien. Estaba vestido solo con un pantalón de dormir, y jugaba con el cachorrillo en el sofá.

—Oh, pequeña —sonrió al verla, pero ella se escondió un poco solo dejando ver su ojo derecho—. Ven aquí, nena. No te haré nada malo.

—sonrió—. Ven aquí.

Ella negó con la cabeza y volvió a encerrarse en su habitación. Demien no volvió a molestar, lo podía oír caminar de un lado a otro pero al parecer no quería acercarse, para no molestarla.

Al rato, ella ya había desayunado, y Demien entró y sonrió.

—Has comido algo —sonrió—. Me alegro mucho. Ahora tengo que ir a mi oficina, ¿Quieres salir o que te traiga algo en específico?

Ella negó con la cabeza y miró disimuladamente de pies a cabezas, ya que estaba en un traje azul marino que le quedaba como el cielo. Recordó el primer día que lo miró en la biblioteca de Justin, le pareció sumamente atractivo

—¿Estás segura? Puedo traerte lo que quieras —se acercó y ella no se alejó.

—No, gracias —susurró ella apretando el libro de lo nerviosa que la ponía.

—Igualmente buscaré algo para ti —la besó en la frente, y ella no se alejó, solo se puso roja como un tomate.

Demien se marchó y ella suspiró pensando que tal vez no era tan malo como Justin le hacía creer.

—

Eliot estaba en la puerta mirando como Justin rompía absolutamente todo de su habitación.

—¡Tiene que aparecer joder! ¡No pudo haber desaparecido así de la nada! ¡La voy a matar porque es mía y lo mío tiene que estar en mi casa!

Eliot suspiró.

—O te calmas o ni me molestaré en buscarla por ti.

—Pero Eliot —dijo dando grandes zancadas por las cosas rotas hasta colocar sus manos en los hombros de Eliot—. Es mi muñeca y tenemos que encontrarla...

—¿Para qué quieres traerla de vuelta? ¿Para golpearla? No me agrada la idea de que esté afuera en la calle pero es que si vuelve aquí la matarás de hambre, la vas a torturar, la violarás y... La harás infeliz.

—Es que es mi muñeca —gritó perdiendo los estribos—. ¡Y al ser mía yo juego con ella como se me da la gana!

Eliot se dio la vuelta haciendo los ojos en blanco, llamando a los demás guardias de Justin. Este, iba detrás desesperado y bastante nervioso.

—¿Vas a buscarla? ¿Me la traerás? —musitó.

—Justin, solo voy a decirte algo y espero que lo recuerdes hasta el final de tus días... Los verdaderos hombres, no juegan con muñecas.

Y se marchó. Justin entró y siguió tirando todo lo que tenía a su alcance. Justin, miró a su lado, a la cocina, donde las chicas trabajaban en silencio y con miedo.

Justin, tenso y lleno de rabia, tomó a la más pequeña y la mas bonita de ellas de el pelo. La chica empezó a gritar cuando Justin la llevaba a la fuerza hacia la habitación, donde nadie hizo nada por ella.

Justin la tiró a la cama y cerró la puerta con llave mientras ella lloraba y se encogía sobre si misma, aterrada por Justin.

Él, se le lanzó encima prácticamente rompiéndole la ropa y como siempre... Justin rompía siempre corazones.

Aunque esos fuesen ajenos a él.

Regla 18.

¿Ya te dije que te encontraré?

Justin, al oír la puerta, como si se tratara de navidad, corrió como loco hasta casi chocarse con Eliot.

Este, miró de manera extraña a Justin, ya que en la cocina podía oír sollozos. Asomó la cabeza y pudo ver como una de las empleadas estaba sentada en una silla, con la cabeza apoyada en la mesa y llorando desconsoladamente. Su uniforme estaba desgarrado y en las partes blancas podía ver sangre. Estaba despeinada y lo que podía ver de su pálida piel, estaba lastimada.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Eliot.

—Me la follé y era virgen. Me enteré cuando acabé. Ahora lo importante, ¿Qué habéis encontrado de ella?

Eliot miró a la empleada una vez más y fue hacia ella ignorando totalmente a Justin. Ahí, se sentó a su lado y le habló con dulzura.

—Hey, preciosa. ¿Quieres irte de aquí?

La chica asintió incapaz de levantar la cabeza.

—Primero tienes que mirarme —dijo Eliot tomando su mano. Ella lo hizo. Tenía el rostro lastimado y le recordó a la pequeña _____, la primera vez que estuvo con Justin. O que Justin estuvo con ella.

Se levantó y la guió hacia donde las chicas guardaban sus ropas.

—¡No! ¡Hey! ¿Qué haces? Es una de mis chicas —bramó Justin.

—¡Estás enfermo! —gritó Eliot llevándosela de ahí.

Eliot la esperó hasta que se terminó de vestirse mientras que Justin estaba sentado en las escaleras muy nervioso.

Cuando salieron se levantó. Justin tomó del brazo a Eliot y lo miró fijamente.

—No puedes llevártela —advirtió.

—Obsérvame —lo retó Eliot marchándose.

—Vuelve aquí ahora mismo, imbécil.

Eliot bufó y se marchó con la chica. Justin tomó un busto de Sócrates que tenía cerca de la entrada y lo tiró a lo lejos.

—¿El no me ayuda? ¡Pues bien! La buscaré yo mismo.

Entre tanto desastre, Justin no se había percatado de algo fundamental, que probablemente era lo necesario para encontrarla. Pero estaba tan cegado por su rabia que era incapaz de recordar lo que había hecho hace cinco minutos por la rabia interior que lo estaba matando.

¿Por qué se había ido? ¿Es que acaso no le gustaba cómo la trataba? ¿Acaso a ella no le gustaba? Necesitaba encontrarla. Ella ya se volvió algo esencial en su vida y no se imaginaba llegar a su casa y no verla en su cama porque eso no es vida, es la muerte para él.

Se sentó en la cama. Ante jarrones rotos, cuadros destrozados, cortinas desgarradas y papeles hechos añicos. Negó con la cabeza ante la idea de dejarla ir... Ay, muñeca. Cuando Justin Bieber se obsesionaba, ninguna alma viviente era capaz de detenerlo porque ahí sería la muerte de ellos.

Rebuscando entre escombros, pudo ver que se había llevado algo de ropa. Pero si iba a un rumbo incierto, ¿cómo es posible que llevara ropa? Justin frunció el ceño sentado ante el armario. De pronto, se levantó. El detalle. Sí... La iba a encontrar.

Al ver que le faltaba una bolsa de deporte, sonrió. Ay, pobre ingenua. Justin se levantó tomando su teléfono y mientras le gritaba a todas las empleadas que empezaran a limpiar todo el desastre y que a partir de las 2 de la madrugada no quería a nadie... Traería a su muñeca y le daría una noche muy agitada, entre gritos, sangre, dolor y casi la muerte.

Eliot irrumpió en el departamento de Demien mientras gritaba buscándola. Ella se levantó corriendo muy asustada.

—¡Justin viene en camino!

Ella miró a Eliot aterrada incapaz de reaccionar. Eliot la empujó al armario, donde sacó un par de jeans y una sudadera. Ella se los puso mientras Eliot tomaba un par de zapatillas.

—Lo escuché salir, así que lo seguí y viene en camino. Tomaremos la escalera de emergencia,

dejé el coche por la parte de atrás.

Ella se encajó los jeans y salió corriendo con la sudadera y las zapatillas en la mano... Para que segundos después, la puerta sonara... Ella se detuvo a mitad de la escalera al escuchar balas. Sin dudas las usó para reventar la cerradura.

—Eliot... — ella abriendo mucho los ojos.

—Vamos, joder —dijo tirando de ella.

—El bebé... —se detuvo—. No podemos dejar al bebé con Justin...

—¡A ti ni siquiera te gustan los perros!

—¡Pero Justin va a matarlo! ¡Demien lo adora... No podemos dejarlo!

Ella empezó a subir corriendo, cada vez los sonidos de Justin revolviendo y tirando todo era más cercano. Escuchó al cachorrito gemir de dolor, escuchó a Eliot maldecir, no le extrañaba porque había desobedecido. Se asomó a la puerta y escuchaba a Justin gruñir y gritar...

Si la pillaba... No podría escapar, pero así salvaría a Eliot, al bebé y a Demien... Escuchó a Justin en la terraza principal, así que aprovechó para tomara aire y corrió para pillar el cachorrito que estaba bajo de la cama, y al pillarlo, escuchó que volvía. Se quedó bajo de la cama, abrazando al cachorro y aguantando la respiración. Miró los zapatos de Justin, tan cerca de ella y justo... Justo cuando iba a ver debajo de la cama, un fuerte golpe sonó en el piso de arriba.

Al Justin correr hacia arriba, ella corrió tan rápido como pudo hacia la salida de emergencia. Al ver a Eliot con piedras en la mano, e intentando que llegaran al segundo piso, sonrió.

Ambos bajaron corriendo hasta subirse al coche, temblando, llenos de adrenalina. Justin, lo único que pudo ver, fue un coche negro marchándose muy deprisa.

Eliot miró al cachorro y a ella abriendo mucho los ojos. Ella también miró su camiseta blanca ensangrentada y mientras se ponía zapatos, examinaba al cachorrito. Le había disparado en una patita. Eliot aceleró para llevar al cachorro al veterinario.

—¿Dónde está Demien? —preguntó ella—. ¿Y cómo me encontró Justin?

—Espera —dijo Eliot llamando a Demien y poniéndolo en altavoz. Segundos después, Eliot ya había contestado.

—¿Estáis bien? —preguntó—. ¿La pequeña está bien?

—Sí, hemos tenido suerte... Pero Justin le disparó a tu bebé, vamos de camino al veterinario.

—¿¡Al bebé?! ¿Y mi _____? ¿Está bien?

—Sí, fue muy valiente. Le daba miedo tu cachorro y aún así no quiso dejarlo.

—Me alegro muchísimo. ¿Es grave la herida?

—Por lo que veo no... Pero me preocupa que sea tan pequeñín...

—Muchas gracias Eliot, intenta mantenerme informado, por favor. Por cierto, el bolso ya está quemado.

—Vale, escúchame. Justin sin duda va de camino a tu casa... Así que ve y quédate con tu esposa, no te separes de ella, así sabrá que no necesitas a nadie más.

—Ya voy en camino. Pequeña, ¿me oyes? Quiero decirte que espero verte pronto, y que lo siento... Te juro que no te hará nada, te lo juro por mi vida.

Pero ella no contestó. ¿Acaso Demien estaba casado? Eliot la miró incapaz de contestar, así que siguió hablando con él.

—Es muy peligroso ir a algún sitio ahora... Dejaré al cachorro en el veterinario y nos marcharemos cerca del campamento militar, ahí pasaremos la noche.

—Vale, Eliot, cuidala por favor. Es lo más valioso que tengo.

—Aunque sea lo último que haga.

Dijo Eliot porque lo que Demien no sabía, era que ella también era más que importante y valiosa en su vida.

Después de pagar una cifra orbital para el perrito, iban de camino ya al bosque, donde pudiera ocultarse bien el coche.

—No me di cuenta que el bolso donde te traje la ropa era un bolso de intercambio...

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella.

—Quiere decir que ese bolso lo usa Justin para llenarlo de dinero ante cualquier secuestro, atentado, negocio, estafa, etc. Cuando entregan el dinero y la mercancía, el bolso tiene un chip, ese chip a su vez tiene un GPS, así que minutos después Justin y sus hombres, tienden una emboscada y así recuperan el dinero y la mercancía. Justin miró que el bolso estuvo en el departamento, luego Demien se lo llevó a su casa para traer más cosas para ti, y lo incendió en el camino, es la única manera de destruirlo.

Eliot se detuvo en un sitio muy espeso, casi lleno completamente de árboles y pequeños arbustos.

—Hemos llegado. Aquí pasaremos la noche. Estoy seguro que Justin no nos encuentra aquí.

Ella asintió mirando alrededor.

—Da mucho miedo —comentó intentando ver más allá de los árboles.

—No te pasará nada, te lo prometo. ¿Quieres ir al asiento de atrás?

Inconscientemente recordó el lujoso coche de Justin y lo que quería hacer con ella en el asiento de atrás. Asintiendo, pasó al de atrás. Eliot puso la calefacción alta, y salió del coche para buscar en el maletero.

Traía mantas. Ella frunció el ceño. ¿Es normal llevar mantas en el coche?

—He tenido que pasar más de una noche aquí, por lo que... Tengo varias. Toma —se las pasó por la ventanilla.

—Gracias —susurró ella. Olían a Eliot y a su perfume.

Cuando Eliot entró, ella ya estaba muy acomodada en el asiento atrás, solo podía verle la cabeza, y los ojos, que lo miraban con cierta inseguridad.

—¿Qué ocurre?

—¿Escuchas eso? —preguntó ella. Eliot sonrió.

Eliot era un gran amante de la naturaleza, así que le gustaba dormir en ella escuchando la armonía que podían crear un montón de bichos.

—No es nada peligroso, son palomas a punto de dormir, insectos varios y si escuchas bien... Puedes oír a una pequeña hiena.

—¿Son peligrosas?

—Si no les haces nada, pueden ser amigables. Pero... Recuerda que son capaces de plantarle cara a un puma.

Ella se ocultó un poco más entre las mantas. A Eliot le recordó a una niña pequeña aterrada por el coco.

—No te va a pasar nada —sonrió pasándose al asiento de atrás—. Quiero enseñarte algo —susurró, presionó un par de botones en el coche, haciendo que se abriera la parte de arriba, ahí quedó algo parecido al cristal cubriendo el coche—. En una ciudad, las luces no dejan ver lo maravilloso que es el cielo.

Ella suspiró mirando las estrellas, era algo tan bonito y único.
Después de tanto tiempo en silencio, Eliot habló:

—¿En qué piensas? —susurró Eliot mirándola.
—En... Justin —susurró—. Esto no es vida...
—¿No te gusta?
—No quise decir eso. Me encanta este momento pero no puedo pasarme toda la vida huyendo de Justin... Necesito un hogar.
—Pero lo puedes tener... Con Demien...
—No me gusta estar con Demien —susurró.
—¿Por qué, te hizo algo?
—No, no... No es eso... Me trata muy bien. Es como que... Es como que... —suspiró—. Es como que me conociera de toda la vida.

Eliot se mordió el labio tensando la mandíbula.

—Me hace sentir incómoda esa sensación —susurró—. Siento que ha estado toda la vida vigilándome y me conoce tan bien... Que me hace sentir incómoda.
—¿Y con Justin? ¿Cómo te sientes con él?
—Es todo lo contrario —susurró—. A Justin no le importa quién soy, ni cómo me llamo. A él solo le importa...

Ella cerró los ojos soltando un par de lagrimas. Eliot la miró y debajo de las mantas, la abrazó.

—¿Crees que debo volver a casa con Justin? Es tan raro porque... siento que él es mi hogar... Justin es mi hogar.
—Un hogar donde tu no estés a salvo, no es un hogar, pequeña.

Ella abrazó a Eliot.

—¿Y conmigo? ¿Cómo te sientes conmigo?

Eliot ya no podía negarlo. Se sentía muy atraído por ella pero tenía que aceptar que estaba prohibida, ya sea por Justin o por Demien. Era tan desgarrador para él pensar que nunca tendrán alguna oportunidad.

—No respondas —dijo cerrando los ojos—. Mejor... Haz algo por mi —susurró—. Por favor... Enséñame tu hombro.

Ella frunció el ceño. Asintió. Eliot, bajó el cierre de la sudadera, y después bajó el tirante de su sujetador. Miró la cicatriz.

Eliot suspiró. Tenía tantas ganas de agradecerle que se hubiera interpuesto entre una bala y él. Sonrió al recordar como Hardison decía que era demasiado mujeriego y Eliot, inocentemente, le contestó: El día que alguien se interponga entre mi cuerpo y una bala y sobreviva... Me casaré, lo juro.

Sin pensarlo, se acercó a ella y la besó en el hombro, en esa bala... Había perdido a tantos amigos que se habían interpuesto a balas que tenía que haber recibido él... Y ahora, una pequeña lo había hecho y estaba tan agradecido...

La besó en el hombro, luego en el cuello, para llegar a la mandíbula... No pudo, no pudo seguir, no debería, sentía sus pequeñas manos en su pelo, como sus piernas lo abrazaban pero no podía continuar. Estaba prohibida.

Volvió al hombro... La besó ahí, en el hombro, varias veces. Luego, subió el tirante del sujetador y luego subió la sudadera.

—Lo siento —murmuró Eliot.

—No te preocupes... Me ha gustado —susurró ella acercando sus labios al cuello de él. Esos besos fueron como balas. Lo quemaron.

Eliot suspiró y la abrazó mientras sentía cómo se acomodaba para dormir. Tal vez para ella esto no era vida...

Pero para él, era el paraíso.

—

Justin llegó al sitio donde el GPS registró por última vez el bolso. Estaba en el suelo, en medio de la nada, quemado. Gruñó porque sabía algo... Sabía perfectamente que alguien la tuvo que ayudar.

Ese alguien era Demien Moreau.

Huy, muñeca. A como me entere que te has ido con Demien... Ten por seguro que tu castigo no será nada amable.

Regla 19.

Te quiero solo para mi.

Eliot al despertarse, maldijo por lo bajo. Nunca... Pero nunca en una noche de vigilia se había quedado dormido. Enfadado, miró a todos lados, parecía estar todo en orden.

Y la miró, tan serena, tan angelical. Admiró su piel a la luz del día, llena de cicatrices y a la vez tan suave. Sonrió admirándola. Ella, de pronto se despertó de un salto.

—Eliot —susurró aferrándose a su brazo—. Casi... Casi...

—Shhh —susurró sosteniéndola—. ¿Has tenido una pesadilla? —ella asintió—. No es real, pequeña. No es real.

Eliot lo dijo para tranquilizarla... En realidad, las pesadillas provenían de la misma zona del cerebro donde estaban los recuerdos, en resumen... Las pesadillas son reales. Pero para no asustarla más, la abrazó hasta que se calmó.

—Te llevaré a desayunar, ¿Estás muy cansada? —susurró besándola en la frente. Ella negó con

la cabeza.

Al ver su teléfono, tenía un centenar de llamadas perdidas de Demien. Volvió a mascullar una maldición y lo llamó.

—¿Eliot? ¡Eliot! Gracias al cielo, creí que había pasado algo...

—Estábamos dormidos. Ahora iremos a desayunar y pasaremos por el veterinario a ver qué tal sigue tu cachorro.

—Se llama Greg —dijo Demien.

—¿Greg? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Se lo puso ella...

Ambos callaron. Eliot la miró doblar las mantas con delicadeza.

—¿Alguna novedad?

—Sí —respondió Demien un tanto inseguro—. Mis hombres dicen que han visto a Bieber ayer por la noche vigilar mi casa. Me quedé con mi esposa, así que creo que no hubo nada que ocultar. Y me han dicho que han visto su coche merodear cerca de aquí... Así que supongo que no podré salir. No quiero que volváis al apartamento, así que podéis ir a otro...

—¿El del sur?

—Ese mismo. Es más pequeño pero creo que estará bien ahí.

—Vale, la llevaré a desayunar y cuando la deje en el apartamento, le llevaré comida, ropa y demás.

—Gracias Eliot...

—Todo sea por su seguridad.

Eliot la miró un largo rato, ella a él también. Suspiraron.

—Te llevaré a comer algo —susurró.

—Gracias.

Se pasó al asiento de adelante. Lo que Eliot no sabía, era que ella estaba todavía pensando en la pesadilla... Y sin saber muy bien qué era, pues tal vez predijo el futuro: Era Justin, asfixiándola con sus propias manos. Y lo peor, es que no se detuvo hasta que su alma dejó su demacrado cuerpo.

—

—Nací en una familia poco beneficiada, la verdad. Aunque nos queríamos mucho. Soy hijo único así que toda la responsabilidad caía sobre mi. Mi padre era soldado, mi madre enfermera. Suena a esas películas románticas —rió—. Pero no. Cuando yo estaba en la secundaria, me iba muy bien. Estaba en el equipo de fútbol americano, en el taller de cocina y en el de canto —sonrió recordando todos esos tiempos—. Hasta que hirieron a mi padre, de gravedad... Quedó paralítico. Ahí fue cuando mi mundo idealizado se vino abajo... Mi madre dijo que no se iba a hacer cargo de él, ya que decía que era demasiado joven como para ocuparse de un vegetal... Así que dejé la escuela y me hice cargo de ambos.

Ella mantenía la mano de Eliot debajo de la mesa mientras lo escuchaba. Eliot suspiró.

—La vida militar es algo que he amado siempre. Empecé con 17 años en los Ranger's de Texas. Me gradué con honores pero fue cuestión de tiempo que me fuese por el mal camino... Ya sabes, asesinatos a sueldo, conspiraciones, atentados... Estaba a punto de caer hasta que apareció Demien. Él no es el mejor pan del circo, pero fue lo suficientemente bueno como para purificar mi alma... Las peores cosas que he hecho... Han sido por Demien Moreau.

—¿Qué hiciste? —preguntó ella. Eliot fijó la mirada en ella.

—No me preguntes eso... Porque si me preguntas, te lo diré... Así que por favor no me preguntes.

Ella asintió mirándolo a los ojos.

—Luego... Hay otra persona que quiere purificarme definitivamente —la miró intensamente—. Nunca nadie se había preocupado así por mi.

Ella se imaginó que sería Justin, así que sonrió alegre porque él estaba cada vez más cerca de sentirse bien consigo mismo.

—Demien me ha dicho —dijo mirando su teléfono—, que te pregunte que si necesitas algo.

Ella negó con la cabeza. Eliot apretó su mano y se levantó.

—Es hora de irse —susurró—. Vamos, tenemos que ir a por Greg.

—¿Greg?

—El cachorro.

—Ya... Es curioso. Cuando escuché el nombre lo relacioné con el perrito.

Ella se levantó y Eliot detrás. Al llegar al nuevo apartamento con el cachorrillo en brazos, se percataron de algo... Había un perfume en el ambiente, solo podía ser de Demien.

—¿Habéis llegado? —salió de la cocina. Con su perfecto traje azul, y un delantal.

—Demien, te dije que no salieras de tu casa —gruñó—. Justin pudo haberte seguido.

—No te preocupes. Volvió a su casa, tengo a uno de mis hombres informándome —dijo incapaz de quitar la vista de ella.

—Mierda, ¿Ya está en casa? Joder, Demien —masculló Eliot saliendo otra vez.

—Gracias por cuidarla —dijo Demien al ver a Eliot en la puerta—. Te subiré la paga.

—¿De verdad crees que lo hice por el dinero?

Eliot se marchó cerrando la puerta tras de sí y Demien fue directo hacia ella.

—¿Has dormido bien? —preguntó acercándose mucho a ella, casi intimidándola.

—Sí —respondió con la mirada baja.

—No bajes la mirada. Conmigo no... Yo solo quiero cuidar de ti —susurró Demien besando su mejilla.

—Claro, por eso me secuestraste una vez y la otra vez me tiraste por una ventana.

Auch. Como cuchillos directos al corazón. Demien cerró los ojos dolido.

—Tengo que explicarte una cosa. Intenta entenderme —dijo tomando sus manos y besándolas como si de manos sagradas se tratasen—. Me... Me gustas mucho —confesó—. Tanto, que cuando estoy a tu lado... El lobo estafador desaparece, me vuelvo tan irracional que quiero hacer todo lo posible para estar a tu lado. Ahora que lo veo, fui muy estúpido. No debí llevarte a la fuerza ni mucho menos saltar de una ventana contigo... Lo siento, espero que me perdones porque tu perdón significa que por fin podré dormir en paz.

Ella, en shock total lo miró a los ojos. Parecía muy sincero y lleno de buenas intenciones. Así que ella asintió levemente.

Demien sonrió ampliamente y la besó en la mejilla atrayéndola hacia él.

—No tienes por qué tener miedo... Cuando estoy a tu lado, me vuelvo tan inofensivo como un cachorro.

Ambos abrieron los ojos... ¡El cachorro! Miraron a través de la caja donde lo habían traído. Estaba dormido todavía y tenía la patita delantera vendada, así que parecía estar bien.

—Lo veo bien —susurró Demien—. Vamos a dejarlo tranquilo... Su recuperación será larga.
—Tienes razón —susurró ella.
—Mira, te he traído películas por si te aburres.

Ella fijó su mirada en Demien ante la primera... Lo miró fijamente a los ojos, mirando el título. Y él hizo lo mismo ya que deseaba de verdad que pasara...

"Recuérdame".

—

Eliot irrumpió en la casa de Justin, la cual estaba en completo silencio. No entendió por qué hasta que lo vio con sus propios ojos. No había absolutamente nadie y Justin muy solo en su despacho, concentrado.

—¿Dónde rayos estabas? —preguntó Justin.
—Mejor responde tu. He estado buscándote toda la maldita noche. De prostíbulo en prostíbulo.
—¿Qué te hace pensar que iría a un prostíbulo sabiendo que mi muñeca está extraviada? —lo miró fijamente.
—Siempre lo haces sabiendo que la dejaste en la cama rota en pedazos.

Justin hizo los ojos en blanco mientras seguía buscando entre papeles.

—Estoy seguro que está con Demien —masculló—. Había ropa de ella en el departamento.
—He ido a casa de Demien. Ha estado todo el día follando con su esposa. Creo que no está ahí, Justin. Si ha escapado... Probablemente ya esté fuera del estado.

Justin frunció el ceño mirándolo fijamente.

—No te creo —dijo—. Fui al hospital psiquiátrico y tampoco estaba ahí.
—¿Me quieres escuchar? Ella es de Nashville, tal vez va de camino...
—Es que no lo entiendes. Da igual a dónde se vaya. Volverá conmigo y ya verás lo que le tengo preparado.

—

Ella estaba mirando por la ventana mientras Demien cocinaba y la tenía en vista. Era tan bonita, tan perfecta y tan soñadora.

—Nena, ¿Qué quieres hacer? Dentro un rato estará lista la comida... ¿Quieres algo en particular?
—No, gracias Demien —sonrió.
—De nada, cosita pequeña —sonrió también.

Demien volvió a la cocina y ella frunció el ceño al ver que alguien se bajaba del coche que llevaba horas aparcado ahí.

—Demien —dijo llamándolo—. Ven por favor.
—¿Pasa algo?
—¿Es ese Justin?
—No... Justin es más alto —dijo alejándose de la ventana, pero se detuvo al verla a los ojos—.

¿Sabes? Te ves preciosa —sonrió.

Ella frunció el ceño y lo miró también. Si supiera que él también se veía precioso ahí, con la luz tan cerca... Esos ojos.

—¿Qué ocurre? —susurró—. ¿No te gusta que te digan cumplidos?

Ella negó con la cabeza levemente mirando a Demien fijamente. Y sí, Demien se iba acercando a ella, con suavidad, queriendo que no se marchara. Iba a besarla, iba a besarla...

—Me encantas —murmuró, pero no la besó en los labios para no asustarla, así que la besó en la mejilla.

Demien sonrió besando la punta de su nariz, para luego salir corriendo a la cocina.

Estaba tan contento. Se sentía como un adolescente hablando con su amor platónico. Sonrió quitándose el delantal pero para cuando se dio la vuelta, estaba ella en la puerta mirándolo.

—No juegues conmigo —susurró ella acercándose, a Demien se le borró la sonrisa, pero fue ella la que se puso de puntillas y lo besó levemente en los labios.

Ella salió corriendo, y Demien sonrió ampliamente. Corriendo, la siguió por la casa, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. La besó en la mejilla.

—Me encanta jugar contigo —susurró Demien.

Ella se libró y continuó corriendo. Demien volvió a atraparla.

—¡Te voy a empujar!

—¡No! —jadeó ella intentando librarse.

—¡Ya verás, pequeña! —la empujó a la cama.

—Ay —suspiró ella cuando Demien cayó en la cama a su lado.

Ella lo miró a los ojos, lo abrazó con fuerza.

—Mi Demien —susurró abrazando su cuello y cerrando los ojos.

—Todo tuyo —la besó en la mejilla para luego besarla en los labios.

Por fin. Cuanto tiempo había ansiado besarla en los labios y verla tan contenta, tan feliz con ella misma y con él a su lado.

Demien la tomó de las caderas y la subió encima de él. Ella gimió en sus labios. Estaban tan embelesados que no se percataron que Eliot entraba por la puerta.

—Hmmm... Lo siento —dijo Eliot interrumpiendo—. Perdón que interrumpa. Solo... Venía a por el cachorro... Hmmm... Adiós.

Lo que más le rompió el corazón a Eliot, fue que ella empezó a reír con Demien. Eliot antes de llevarse a Greg, dio un último vistazo, y se estaban besando.

Eliot se marchó de ahí suspirando, ¿le había dolido? Sí... Y no sabía qué pensar.

Una vez lo había dicho Justin: Lo que no te mata... Te hace más raro.

—

Justin estaba en el ordenador observando las cámaras de seguridad del apartamento de Demien. Pobres ingenuos.

Ella descansaba sobre su pecho, y él la abrazaba. Justin sonrió mirando la imagen. ¿Creían que se iba a rendir tan rápidamente? Já.

Eso es que no lo conoces. Justin tomó un pasamontañas, unos guantes negros y con un arma en el bolsillo, se encaminó a encontrar a la muerte de enfrente.

Como había dicho... Si creían que Justin tiraba la toalla, estaban equivocados. Cuando él se obsesionaba con algo, difícilmente lo dejaba.

Y ella era su obsesión. Tenía claro que no iba a matarla... Pero si la iba a hacer sufrir un poco... Un poquitín.

Regla 20.

Yo soy tu único dueño.

—Me tengo que ir —dijo Demien acercándose a ella y besándola en los labios.

—¿Por qué? —ella lo abrazó.

—Tengo cosas que hacer para no levantar sospechas, nena —la besó en la mejilla.

—Está bien —susurró ella recibiendo sus labios e incorporándose.

Demien tomó sus llaves, su abrigo, y después de darle otro beso, por fin se marchó.

Al llevar ya unos cuantos kilómetros a solo metros de llegar a su casa, se detuvo ante la llamada de Eliot.

—¿Sí? —contestó.

—¿Estás con ella? —preguntó muy nervioso.

—Estoy cerca de mi casa, ¿por qué?

—Mierda Demien, nos han descubierto. Justin ya debe estar llegando al apartamento. Joder, joder.

—Maldita sea. Eliot... Está sola. Joder, joder, joder —dijo muy nervioso dando la vuelta y acelerando tan rápido como el motor lo permitía—. ¿Dónde estás?

—Apenas saliendo de la casa de Justin. Demien... Nos lleva muchísima ventaja, no sé si lleguemos a tiempo... Joder, joder.

—¿Y cómo sabes que nos ha descubierto? —gritó un tanto histérico.

—¡Hay cámaras de seguridad en todo el apartamento y él os ha estado vigilando! Sabe que la

has besado, sabe que ella se fue contigo... Lo sabe todo y ahora... Ahora va a matarla si no nos damos prisa, joder.

—Vale, vale... —dijo muy nervioso—. Eliot... Si le pasa algo, acabaré con él. Te lo juro.

—Primero hay que pensar en ella... Esperemos que sepa distraerlo. Voy a llamarla a ver si puede huir o algo.

Eliot colgó a Demien y llamó a la casa. Se detuvo. Sabía que Justin sería lo suficientemente listo como para cortar el suministro de luz y teléfono.

Estaban jodidos los tres.

Ella estaba en la cama, leyendo una revista ya que no había luz como para ver una película o algo... Así que se dedicaba a hojear la revista.

Estaba boca abajo, balanceando las piernas en el aire, con suavidad. Tan serena. Pensaba en Demien, en lo varonil, atractivo y atento que era. Se mordió el labio levantándose para ir al baño.

Al estar haciendo pis, escuchó la puerta abrirse. Frunció el ceño pero suspiró sabiendo que podía ser Demien, que se pudo haber olvidado algo.

Se levantó y antes de salir, escuchó las llaves... Frunció el ceño y abrió la puerta.

Se quedó paralizada al ver a Justin Bieber en la puerta principal observándola. Daba pánico su mirada. Si esa mirada la hubiera visto en otra situación, hubiera llamado al psiquiátrico o algo así.

—Hola, muñeca. ¿Me echaste de menos?

¿Qué era eso? ¿Una navaja?

Oh no. Ella, corriendo a la puerta de la salida de incendios, jadeó al darse cuenta que estaba cerrada con llave.

Justin silbó detrás de ella y le enseñó la llave.

—Te fuiste de mi lado —dijo muy sereno. Oh dios, ella sabía que no había Justin más peligroso que el sereno—. Para revolcarte con Demien.

Ella divisó el móvil, tal vez podía alcanzarlo y así llamar a Eliot o a Demien.... Si tan solo...

—¿Qué ocurre, muñeca? —preguntó mirando en lo que se fijaba—. Oh, no lo intentes. No tienes cobertura. Ups. Digamos que estamos solos, tu y yo.

Ella tragó saliva buscando la manera de esconderse, así que sin pensarlo más, corrió hacia el baño, ahí colocó seguro y se quedó ahí, quita, esperando. Escuchó sus pasos, lentos, taciturnos y muy parsimoniosos.

—Abre la puerta —endureció el tono—. O la abriré por las malas.

Ella se quedó en completo silencio. Se agachó en la estantería y empezó a recolectar desde productos para limpiar el baño, hasta enjuague bucal. Tomando un vaso, empezó a mezclar desatascador, cloro, enjuaga bucal.

—Abre la puerta —repitió—. Te doy tres segundos.

Ella, tomando el vaso con fuerza, se acercó a la puerta y tomó el pomo.

—Uno... —contó Justin—. Dos... —agarró el pomo más fuerte—. Tres.

Al abrir la puerta, le lanzó la mezcla directo al rostro. Justin fue más rápido y puso el brazo creyendo que era simple agua, pero su sorpresa fue cuando segundos después, se empezaron a abrir heridas en cuál se le quemó en pocos segundos. Eran productos corrosivos así que su piel empezó a ceder a los químicos de estos.

Gruñó. Eso sólo contribuyó a despertar a la bestia. Eso que había hecho, había sido el detonante definitivo para que ella supiera el verdadero significado de psicópata asesino. Ella corría a la puerta principal, ahí, intentó abrir pero no pudo, estaba cerrado con llave.

Justin se precipitó sobre ella, casi cayendo encima, pero ella se apartó y corrió hasta la cocina, con Justin detrás, logró escapar otra vez pero fue demasiado tentar a la suerte cuando corriendo se deslizó con los mismos productos que había lanzado a Justin.

Este aprovechó el momento de falta de equilibrio para tomarla del pelo, y tirarla a la cama. Ahí, se colocó encima de ella, sentándose en su cadera.

—Te di absolutamente todo lo que yo podía dar —gruñó tomándola del cuello fuertemente asfixiándola—. Te prohibí que fueras con Demien, ¿Y me desobedeces?

Ella, desesperada ante la falta de aire, empezaba a patallar y arañar sus brazos, su rostro, todo, pero era imposible. Cada vez sus ojos se cerraban más y más...

Justin la iba a asesinar y...

La puerta se abrió en un estruendo. Demien apuntó a Justin con el arma haciendo que la soltara.

Ella empezó a toser y a respirar con calma. Eliot entró a los pocos segundos para atenderla.

—Hey, pequeña. Pequeña. Pequeña—le acarició el rostro—. Respira. Puedes respirar. Ya hemos llegado...

—¿Tú también, Eliot? —preguntó Justin—. Traidor.

—Dame una buena razón para no matarte —masculló Demien.

—No lo harás.

Ella pudo incorporarse un tanto aturdida, pero caminó directo hacia la puerta, donde Eliot se la llevaba.

—¿A dónde te la llevas? Es mía. Dámela.

—Adonde nunca puedas encontrarla y hacerle daño.

—La encontré ahora, ¿crees que no podré encontrarla otra vez? Qué estúpidos de verdad, ¿Creíais que habíais escapado? Ingenuos. Puse cámaras en todos los apartamentos a nombre de Demien Moreau, solo hizo falta seguir tu rastro a través de las cámaras de seguridad de toda la ciudad... Y aquí estamos.

—Estás enfermo, Justin —escupió Demien con desprecio.

—Estoy enfermo por ella.

—Pues no será tuya —dijo Eliot intentando llevársela.

—Oh... Pues no puede ser mía, tampoco será tuya.

Justin, sin más payasadas, con el arma, disparó en el brazo a Demien y cuando Eliot se acercó... Le disparó, tres veces. Una en el centro del abdomen, otra en la pierna y una última en el

hombro.

—¡No! —gritó ella atendiendo a Eliot. Le acarició el rostro—. Eliot... Por favor, no te vayas. Mi Eliot... No... Eliot, mírame. Te quiero —susurró al borde del llanto—. Eliot, no puedes dejarme, no... No puedes.

Justin dio zancadas entre ellos para tomarla a ella a la fuerza. Ella pataleó, gritó pero parecía imposible.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Justin! ¡No! —gritaba intentando ir hacia Eliot, hacia Demien...

Este, con la herida en el brazo, llamó al 911 principalmente por Eliot.

—¡Eliot! ¡Tienes que quedarte! ¡Por mi! ¡No! ¡Maldita sea joder! ¡Mi Eliot! ¡Demien, por favor!

Ella, consiguió escaparse de Justin para volver a entrar. Eliot luchaba por mantener los ojos abiertos pero estaba siendo jodido para él.

—Te vas a poner bien —gimió ella acariciando su rostro y mirando como los labios de él se empezaban a manchar de su propia sangre.

—No... No me dejes morir —dijo tomándole la mano con la poca fuerza que tenía.

—Mi Eliot. Vas a salir adelante, pero tienes que ser fuerte. Siempre lo has sido. Siempre... Por favor, mírame. No... No cierres los ojos, mírame pequeño. Has sobrevivido a tantas cosas, ahora no puedes irte.

Ella lo besó en la mejilla, lo que encolerizó a Justin profundamente.

—Demien, aguanta —gimió ella yendo hacia él, le acarició el rostro pero Justin la tomó del pelo... Lo que Justin no había visto, era que cuando ella intentó acariciar a Demien, tomó el arma del suelo y la escondió en su pantalón.

—¡Suéltame! —gritó, muerta de pánico—. ¡Que me sueltes joder! —Justin la cargó y se la llevó, dejando a Eliot y a Demien a su suerte.

Demien no le preocupaba mucho, porque fue solo una mísera bala en el brazo, en cambio Eliot tenía una en el centro del abdomen.

Sin más tonterías, Justin la metió a la fuerza en el maletero, quitando toda clase de aire y de posibilidad de huir.

Ella estaba a punto de sufrir un ataque de nervios, rasgaba el techo del maletero intentando salir, haciéndose daño en una uñas, muriendo de ganas de salir y huir.

—Sácame de aquí —gimió en voz baja sabiendo que nadie iba a poder sacarla.

Minutos después, el coche se detuvo. Ella respiró con calma después de tanto tiempo. Escuchó pasos cercanos a ella. Presionó el arma con fuerza, apuntó al cielo justo cuando se abrió el maletero.

Justin retrocedió al ver el arma, para luego empezar a reír como psicópata... Es decir, reír como Justin.

—Está puesto el seguro.

Cuando ella dobló el arma para ver si era verdad, Justin le arrebató el arma y le dio un golpe con el puño cerrado que fue lo último que ella vio.

Un compañero de Justin, o su nuevo guardaespaldas miró el arma y le dio un golpe ligero en la cabeza a Justin

—No estaba puesto el seguro —dijo tirando el arma por ahí.

—Para mi sí.

Ella despertó en la cama. Se levantó de un brinco cuando miró que no estaba atada ni nada. Sentada en la cama, se abrazó las piernas... Raramente traía puesto un pijama calentito y estaba en una de las mejores habitaciones de la casa... Justin la llamaba "La Habitación Real", ya que era digna de un rey.

Miró tanto lujo a su alrededor que no sabía porqué Justin la había traído, ¿Acaso iba a destrozar una habitación tan bonita con sangre? Un escalofrío le recorrió la espalda. Se cubrió los labios al recordar a Eliot y a Demien... Con rapidez, tomó el teléfono pero lo tuvo que dejar al escuchar los pasos de alguien acercándose.

Justin abrió la puerta, por lo que ella pudo notar que no estaba con llave... Justin la miró muy serio pero luego no evitó sonreír de lado.

—Mírate, pareces un gatito aterrado —sonrió dejando la llaves en una mesa—. No voy a hacerte nada —se sentó cerca de ella—. Por fin entiendo que quiero que estés aquí y no quiero que te vayas. Pero quiero que sepas que sé lo que hiciste con la sabandija esa y a mi no se me olvidan mas cosas tan rápido... Así que quiero que seas buena porque yo seré muy bueno contigo.

Ella asintió aterrada ante la cercanía de Justin. Justin se acercó y la besó en la mejilla.

—Tu funcionas con el cariño —susurró en su oído—. Eres perfecta con el cariño —la miró a los ojos, muy cerca—. Así que te daré cariño.

Justin se alejó y al incorporarse, la miró fijamente. Se empezó enderezó y empezó a caminar hacia la puerta.

—Justin, espera... Qui... Quiero saber sobre Eliot.

A Justin se le endurecieron las facciones pero después de tomar un gran respiro, suspiró y se relajó.

—Está muerto.

Su corazón rompiéndose se escuchó de aquí a la luna. Justin tuvo que desviar la mirada al ver como la de ella se llenaba de lágrimas.

—Él... No tenía la culpa —gimió.

—¿Te parece que no tenga la culpa cuando intentó quitarte de mi lado?

—Él... Sólo cuidó de mi —dijo secando sus lagrimas con la manga del pijama—. Él no estaba a favor de Demien, solo quería asegurarse de que no me pasara nada...

—Pues está muerto —dijo muy serio—. Y no vuelvas a decir su nombre, es un traidor al igual que Demien.

—Pues entonces yo también soy una traidora, ¿Sabes por qué? —se levantó—. ¡Porque lo besé y me gustó!

—No me provoques —dijo Justin mirándola.

—¡Eres un asesino! Eliot... Eliot era perfecto —musitó—. Y... Acabaste con él.
—Muñeca, si murió ya no podemos hacer nada —dijo suspirando.
—Pero pudiste evitarlo —gimió ella.
—¿Para que te llevara con él?
—¡Eliot sabía que tu me matarías así que intentó evitarlo! —gritó empujando a Justin.

Justin gruñó suspirando y alejándose de ella para no golpearla.

—¡Eres un monstruo! —gritó ella empujándolo por el pecho.
—Para —advirtió Justin retrocediendo—. ¡Que pares! —gritó haciendo que ella retrocedía—.
¡Intento ser bueno contigo pero lo único que haces es tocarme lo cojones! ¡Sé que soy un monstruo! ¿Acaso crees que no lo sé? ¿Crees que no tengo conciencia de quién soy? ¡Mira mocosa! ¡Es que no te rompo la cara porque...!
—¿¡Por que?! —gritó ella enfrentándolo.
—¡Porque lo eres todo para mi!

De pronto, el silencio reinó en la sala. Ella lo miró a los ojos mientras él evitaba su mirada.

—Olvidalo —dijo dándose la vuelta y marchándose.
—Justin —lo llamó ella tomándolo de la mano—. ¿Qué has dicho?
—No importa... Olvidalo.

Justin siguió caminando mientras ella se quedaba mirándolo en el pasillo.

—¡Tú también lo eres todo para mi! —gritó ella secándose una lágrima rebelde—. Le dije a Eliot que tu eres mi hogar.

Justin se detuvo y suspiró. Se giró suavemente y la miró.

—Pero no quiero que nos hagamos daño, Justin. ¡Nos estamos haciendo daño, maldita sea!
—¿Y qué crees? ¿Qué yo no quiero controlarme? ¡No me mires con esa cara de corderito degollado! Sabes que es verdad joder, eres parte de mi, y cuando te hago daño, me lo estoy haciendo a mi.

Ella se acercó con suavidad para mirarlo mejor.

—Es... Es mi manera de automutilarme —susurró mirándola—. Mi muñequita —le acarició el rostro—. Sólo mía.

Y la besó con suavidad. En los labios. Con tanto cariño, que ella sintió que se derretía en sus brazos.

—No vuelvas a huir de mi, muñeca —susurró.

Ella asintió pero ahora mismo solo podía pensar en Eliot... Él la hubiera ayudado a huir.

Regla 21.

Si pasa algo, dímelo.

Había pasado exactamente un mes desde la muerte de Eliot. Desde entonces, las cosas habían cambiado drásticamente: Justin y ella se habían dado muchísimo espacio para no arruinar con la paz y no matarse entre ellos. Justin le daba libertad de poder salir por sus jardines, sus inmensos jardines que todavía tenían rincones escondidos, y ella caminaba, leía, recolectaba flores, hasta se hizo amiga de un pastor alemán que Justin utilizaba para aniquilar a quien estuviera cerca.

Demien por su parte, no volvió a dar señales de vida. Ella lo tomó como una traición ya que la había abandonado... En fin. Y luego, lo peor de lo peor tenía nombre: Chase.

Era el nuevo guardaespaldas de Justin, intentando reemplazar a Eliot. Era un ex militar, no tan Bueno como Eliot, que era alto como un rascacielos y muy fuerte. Resulta que Chase, a escondidas de Justin, robaba y utilizaba sus coches, luego violaba a las empleadas que Eliot cuidaba tanto y para concluir con la cereza sobre el pastel: Había intentado abusar de ella múltiples veces.

Tanto era el miedo que le tenían, que eran incapaz de decirle algo a Justin por miedo a la absurda idea de que él dejaba que Chase hiciera todas esas atrocidades.

Como ella no había cedido a acostarse con él, cada vez que Justin se iba, él la encerraba en el armario de limpieza hasta que Justin volvía. Y ese era el problema, Justin aveces podía tardar días ahora que estaba al mil por cien volcado en su trabajo.

Ella estaba en la cama cuando escuchó los pasos pertenecientes a dos hombres... Se incorporó a tiempo cuando Justin vino directo a besarla. Parecía muy contento. Al parecer la luna estaba de su lado.

—Muñeca, ¿Sabes qué? —la besó en todo el rostro—. Acaba de llegar mi coche, ¡Por fin! —dijo sonriendo muy radiante ella sonrió con él para luego mirar por encima del hombro de Justin a Chase—. Así que iré al puerto a traerlo. Tardaré unas seis horas.

Ella abrió tanto los ojos que a Justin le extrañó. Ella casi pudo escuchar la risa macabra que retumbaba en la mente de Chase.

—No... Justin, por favor, no me dejes sola.
—No te pasará nada, muñeca. Estarás con Chase.

Ella miró al guardaespaldas de Justin que se sonaba los dedos y sonreía en un acto de malicia.

—Y ya sabes lo que haremos en ese coche —susurró en su oído—. Adiós, muñeca.

Desde que ella escapó, Justin no la había tocado, ya que, aunque no se lo había dicho a ella, el beso de Demien seguía muy presente cada vez que la miraba o tocaba. Así que no podría tener sexo con ella porque si recuerda el maldito beso, la mata. Así de claro.

Ella se levantó colgando de su brazo, no queriendo que se fuese.

—Llévame contigo pero no me dejes aquí —gimió impidiendo que se fuese.
—¿Qué te ocurre muñeca? ¿Te encuentras mal?
—No me dejes sola —imploró—. Puede venir Demien y...
—Pues doblaremos la seguridad de la casa. Chase, avisa a los demás.

Ella cerró los ojos ya que sabía que el peligro estaba dentro de la seguridad.

—¿Puedes soltarme? —rió Justin.
—Está un poco mimosa hoy —dijo Chase tomándola de la cintura y y tirando de ella para que

soltara a Justin.

—¡No me toques! —chilló ella apartándose de su lado.

—Adiós, muñeca.

Y Justin se marchó definitivamente. Ella retrocedió cuando Chase se giró peligrosamente para mirarla.

—Un poco de diversión no te vendría mal. Además, solo has probado con Justin, tal vez hay alguien mejor que él.

—Eres asqueroso. Lárgate de aquí.

—¿Y si no quiero? —se acercó con suavidad a ella.

—Pues me iré yo —dijo ella empezando a caminar pero fui inútil ya que la tomó del pelo con fuerza.

—Mira, mocosa. Tu lo pediste y yo te lo daré.

La llevaba del pelo arrastrada hasta el armario de limpieza antiguo, donde nadie entraba porque no había nada. Daba muchísimo miedo y más cuando era de noche.

Chase la empujó y cerró con llave mientras ella golpeaba la puerta con fuerza.

—¡Sácame aquí!

Pero la única respuesta fueron los pasos de Chase alejándose. Ella, miró a un lado al sentir la presencia de alguien más.

-Hola, pequeña.

Ella, casi se cae al suelo por el susto que fue reemplazado con alegría fortuita.

—Eliot —musitó con la voz cortada y los ojos llenos de dulces lágrimas.

Corriendo, lo abrazó, él se quejó un poco por las heridas pero aún así, recibió su abrazo.

—Mi Eliot —gimió—. Creía que estabas muerto.

—Fingí mi muerte para poder venir a buscarte.

Ella empezaba a ver su rostro, lo acariciaba, haciéndose la idea de que estaba vivo, de que estaba aquí, y estaba tan bien.

—¿Qué pasó después de que yo me fuese? —preguntó ella incapaz de soltar su rostro.

—Llegó la ambulancia y me reanimaron en cuestión de minuto. Fue un golpe de suerte que la bala dio justamente en la esquina de una costilla y se alojó ahí. He sido muy afortunado. ¿Y tú, qué te hizo Justin?

—Nada. Justin ya no me hace nada.

Ahora era Eliot el que la inspeccionaba con detenimiento. Y no, ni heridas hechas hace poco o heridas hechas hace mucho.

—¿Y por qué te encierra aquí?

—No, ese no es Justin. Es Chase, el nuevo guardaespaldas de Justin.

—Sabía que te encerraba aquí pero creía que eran órdenes de Justin.

—Es un imbécil. Como no he querido acostarme con él, me encierra —a Eliot se le endurecieron las facciones—. Es un monstruo. Roba, abusa de todo lo que se mueve, se cree superior a Justin... Es horrible Eliot... Es terrible.

—No te preocupes. Nadie toca a mi pequeña, así que le daré una lección que recordará toda su

vida.

—Eres el mejor... Y no me puedo creer que sigas vivo —susurró ella cayendo en su brazos.

—Espacio, pequeña. Sigo herido —sonrió cuando ella se separó—. Quiero contarte algo pequeña.

Se sentaron en viejos cubos de pintura donde se podían tocar, ya que ella no podía soltarlo.

—Quería contarte lo que pasó con Demien... —ella asintió—. Demien está destrozado. Cree que fracasó en su plan para sacarte, así que ya no quiere saber nada de nadie. Se divorció de su esposa y ahora trabaja solo de noche para tener la tranquilidad de una casa en silencio. Él te da por muerta ya que no me deja ir a verlo y demostrarle lo contrario. Creo que está dentro de una gran depresión, y tengo miedo a que acabe en suicidio.

—¿Y qué puedo hacer? Justin y mucho menos Chase me dejarán salir.

—Puedes escribirle una carta —ella asintió—. Veré cómo me cuelo dentro de su casa y dejaré la carta en su escritorio.

—¿Podrás colarte en su casa?

—Pude colarme en esta, pequeña.

Ella abrazó a Eliot tan fuerza como él la dejaba, ya que todavía estaba herido.

—Gracias por venir a verme. Te echaba de menos —susurró a ella.

—Yo a ti, tenía muchas ganas de verte, pequeña. Salgamos de aquí.

—¿Y Chase? ¿Qué hacemos con Chase si nos lo encontramos?

—Créeme, nena —dijo yendo a la cerradura—. Lo que más quiero en este momento es encontrármelo de frente. Llevo sin golpear a alguien un mes —dijo partiendo la cerradura—. Y digamos que quiero romperle la cara por tocar a mi pequeña.

Ambos salieron, ella guiada por Eliot. Salieron a los jardines, donde debería estar Chase pero no estaba... Ella suspiró sabiendo que Chase estaría o abusando de una chica o mirando alguna película despreocupado del trabajo de cuidarla.

—Te llevaré a mi sitio secreto.

Ella asintió mientras se perdían en el laberinto. Eliot sabía perfectamente cómo salir, pero ella no. Habían siete salidas, el mágico número siete, las cuales llevaban a sitios distintos, ya sea la casa, a los rosales, la torre invertida, el pozo, la huerta, la piscina y el siete era el sitio secreto de Eliot.

—¿Cómo te aprendiste el camino?

—Por ensayo-error.

—¿Te perdiste aquí?

—Durante una semana... Desde entonces, no se me olvida qué camino debo tomar.

Al llegar a la salida, era como un sitio tan cubierto de árboles que tenía ese encanto aislado de lo demás. Era como entrar a otro sitio totalmente distinto, que no pertenecía a la casa ni al país siquiera.

Era una cabaña diminuta, rodeada de flores, árboles y hasta algún que otro conejo. Eliot la tomó de la mano y entraron. Ella se quedó impresionada.

—Es muy bonito —susurró ella—. ¿Alguien nos puede encontrar?

—El arquitecto de la mansión. Y ya está muerto.

Ella se sentó en un pequeño sofá y miró a Eliot sin todavía creerse que seguía vivo. Eliot sonrió, ella tenía las mejillas rosas y esos ojos que lo miraban con tanta dulzura, que quiso abrazarla y

llevársela con él.

—¿Quieres escapar? —preguntó Eliot. Ella suspiró.

—Me lo pregunto todos los días de mi vida —soltó otro suspiro y se levantó yendo a la ventana.

—¿Y cuál es la conclusión?

—Que no lo sé. Por ahora quiero acabar con el dictador... Pero es que Justin ahora me trata bien.

—Nena... No quiero destruir tus ilusiones pero debo recordarte que Justin es un psicópata. No tiene empatía por ti, no siente nada por ti... Te ve como una de sus pertenencias.

Cuando ella se giró, a Eliot se le destruyó el mundo... Al ver sus ojos llorosos, le dieron ganas de matarse por soltar todo eso sin anestesia. Eliot, sin decir nada, la abrazó. Muy fuerte. Le dolió hasta el alma, pero rápidamente entendió que él se iba a curar, pero probablemente ella no.

—Mi pequeña, ya, no llores, por favor —susurró—. Yo estoy aquí para ti, y te quiero, te quiero muchísimo. Todavía me acuerdo de lo que dijiste cuando estaba en el suelo a punto de morirme.

Ella levantó la mirada y sonrió. Abrazándolo otra vez consiguió calmarse pero fueron interrumpidos por un grito... Ese grito lo pudieron escuchar desde la mansión hasta la cabaña. Ambos se separaron y al unísono dijeron:

—Justin.

Ella corrió a la puerta pero se detuvo al tener al laberinto ahí, dispuesto a perderla en su brazos.

—No puedo —dijo ella.

—Claro que sí. Recuerda... Sigue a tu mano derecha.

Eliot, antes de que se fuera, la tomó del brazo, para luego acercarla y besarla en la mejilla... Pero significó la muerte para él cuando ella fue la que se acercó, tímida pero con decisión, y lo besó en los labios. Ya os habréis imaginado la cara de Eliot.

Primero abrió mucho los ojos cuando sus labios hicieron contacto, luego fue cerrando levemente los ojos, tomándola de la cintura, y acercándola a él.

—Pequeña —susurró conmocionado al separarse.

—Gracias por volver —sonrió ella para salir corriendo perdiéndose en la inmensidad del laberinto.

Eliot tenía tantas ganas de saltar de alegría, pero se contuvo. Qué afortunado se sentía.

Ella, logró salir del laberinto con éxito. Cruzó el jardín hasta llegar a la mansión.

—Justin —lo llamó ella.

Corriendo, se encontraron en el salón.

—¿En dónde estabas? —gruñó Justin.

—Oh, ¿Chase no te lo ha dicho?

Justin miró fijamente a Chase.

—¿Qué tienes que decirme, Chase?

—Esta zorra intentaba escapar... La vi, con mis propios ojos.
—¿Desde dónde? ¿Desde uno de los lujosos coches de Justin?
—¿Qué estás hablando? —preguntó confundido Justin.
—Intenta incriminarme, Justin —dijo Chase—. No le hagas caso.
—No intentaba escapar ni nada por el estilo... Tu guardaespaldas me...

Pero fue interrumpida por Justin, el cual se alejaba para atender una llamada.

—Ups —susurró Chase—. Me las vas a pagar, mocosa.
—¡Por fin! —dijo Justin—. ¡Mi coche ya entró a la ciudad! —dijo tomando sus llaves y su abrigo.
—No te vayas —murmuró ella—. Llévame contigo.
—Es peligroso y lo sabes, muñeca. Ya nos veremos en la noche.

Al salir Justin y ella quedarse como un cachorrillo mirando la puerta, Chase colocó su mano en el hombro de ella, cuando intentó librarse de él, Chase la tomó del pelo y la arrastró hasta una de las habitaciones, mientras ella gritaba frenéticamente.

La tiró a la cama pero ella se levantó intentando correr. Fue inútil, ya que Chase la tomó de un brazo y le puso unas esposas apresándola contra la cama.

Ella pateó cuando él se acercó pero fue tan inútil como innecesario ya que Chase la tomó de ambas piernas y la abrió, dejándola inmóvil.

Con la otra mano, apenas podía empujarlo y rasguñar su rostro. Pero ambos se quedaron quietos al escuchar como rechinaba la madera del suelo ante unos pasos.

Chase se levantó y abrió la puerta temiendo que fuese Justin, pero no. Era un hombre. Más bajo que él, con el pelo largo y ojos azules, como el de un tiburón.

—Hey —dijo sonriendo—. ¿Sabes quién se cree muy hombre pero grita como una niña?

Eliot le tomó la mano y prácticamente le rompió un par de dedos. Chase gritó y Eliot sonrió.

—Buena respuesta.

Eliot le dio unos cuantos golpes en la cara, hasta llevarlo dentro de la habitación y dejarlo completamente inconsciente en el suelo.

Eliot, después de quitarle las llaves, le quitó las esposas. Ella solo pudo reaccionar lanzándose a sus brazos.

—Gracias —musitó ella—. ¿Te has hecho daño?
—Un poco —dijo levantándose la camiseta y dejando ver que las vendas ya tenían una mancha teñida de sangre—. No es nada...

Ella, sin pensarlo, se acercó a él y volvió a besarlo en los labios. Eliot suspiró en el beso abrazándola contra él. Definitivamente le encantaba.

Eliot, la besó en la frente y la miró a los ojos. Sus ojos, tan bonitos e inocentes. Le recordaba a una niña que todavía creía que el mundo era bueno y nunca nadie iba a lastimarla.

—Gracias a ti —susurró Eliot volviendo a besarla con mucha dulzura.

Ella miró de reojo a Chase y sonrió... Ahí se merecía estar el hijo de puta. Ya quería que viniese Justin para contarle absolutamente todo sobre Chase.

Regla 22.

Si te digo que me dejes en paz, lo harás

Ella estaba detrás de la puerta de Justin. Eliot se había ido y Chase estaba encerrado en uno de los baños todavía inconsciente y Justin estaba gritando por teléfono.

Ella suspiró abriendo la puerta y mirando a Justin en silencio. Él se giró levemente para mirarla.

—Te llamo mañana —dijo colgando para luego caminar hacia ella.

Si Justin supiera lo atractivo que se veía con pantalones de vestir y una camisa blanca, sin duda iría a la piscina vestido así.

—Muñeca —sonrió abrazándola—. ¿Cómo estas? Te echaba de menos.

—Hola, Justin —susurró ella—. Quiero contarte algo...

—Claro, siéntate —sonrió llevándola hasta el sofá.

—Es sobre Chase.

—Oh, ¿Dónde estará? Lo he estado buscando pero no aparece.

Ella lo miró y suspiró.

—¿Por qué no te das cuenta?

Justin frunció el ceño mirando a la pequeña, para luego empezar a acariciar su cabello y su mejilla con suavidad, sin quitarle la vista de encima.

—¿De qué me hablas? ¿Es algo grave? ¿Estás embarazada?

Ella negó con la cabeza sabiendo que eso era imposible. Aquí va la historia: según Eliot, todas las chicas que Justin sometía, las obligaba a someterse al tratamiento anticonceptivo más agresivo del mercado. Tanto así, que las que duraron unas tres semanas, quedaron completamente infértiles.

Estas pastillas estaban sólo en el mercado negro y Justin pagaba a un ginecólogo para un seguimiento de sus chicas ya que el tratamiento hacía a sus cuerpos volverse un poco locos: habían meses sin menstruación o al contrario, cada semana. Ansiedad, histeria, subida de peso, pérdida del cabello corporal y capilar, dolores de cabeza, dolor constante en el vientre o en los senos... En resumen: su salud corría riesgo pero Justin tenía que meterla sin condón.

—¿Estás embarazada de Chase? —ella bufó.

—Justin... Chase es un tirano. ¿No lo ves? Abusa de las empleadas, utiliza tus coches, te roba relojes y bolígrafos de oro, utiliza tus coches... Y hasta ha intentando abusar de mi.

Las facciones de Justin se endurecieron. Se levantó negando con la cabeza.

—No te creo —dijo dándose la vuelta—. Me hubiera dado cuenta. Yo lo controlo absolutamente todo.

—Tengo los vídeos de la cámara de seguridad.

Ella caminó hasta la puerta y Justin la empezó a seguir en silencio, pensativo. ¿Cómo se le pudo pasar por alto?

—Yo no cedo a acostarme con él, así que me encierra en el armario antiguo de la limpieza durante horas... Hasta pueden llegar a ser días, cuando llegas tu.

Al entrar en la habitación de seguridad, Justin se sentó junto a ella mientras buscaba las imágenes, una hora y un día.

—Esto fue hace tres días —dijo ella mirando la pantalla. Se podía ver como las empleadas cocinaban, casi sin hablar, era como una danza que solo ellas conocían, sincronizadas y perfectas a la hora de cocinar.

Luego, Chase irrumpe en esa armonía. Prueba un pedacito de zanahoria y sin aviso alguno, toma del brazo a una y la lleva a la despensa. Ahí empieza a abusar de ella, ante gritos frenéticos y forcejeos inútiles.

—Esto es de ayer —dijo ella mirando a Justin.

Era Chase, subiendo a uno de los coches de Justin y volviendo unas cuatro horas después. Ese mismo día, Chase estaba en la caja fuerte de Justin, ahí le roba un reloj y un maletín. Justin apretó los dientes.

—Ahora viene la peor, ¿Estás listo?

—Ponla —dijo un tanto enfadado.

Ella puso la de ese mismo día. Justin se estaba a punto de ir, ella se colgaba de su brazo y Justin se iba, Chase lo intentaba y después de que ella pataleara y hasta le hiciera daño... La arrastró fuera de la habitación. Cambiando de cámaras, se vio perfectamente cuando la empujó y cerró la puerta con llave.

Justin gruñó levantándose con el rostro entre las manos, negando con la cabeza, resistiéndose a la idea de que se le pudo escapar de las manos...

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Creíamos que lo ordenabas tu —susurró ella bajando la mirada.

—¿Dónde está ese cabrón? —gruñó Justin saliendo la puerta.

Ella miró a un lado, en la oscuridad de la habitación y sonrió. Sabía que su ángel de la guarda, véase Eliot, estaba ahí, de pie, cuidándola de todo peligro.

Ella corrió detrás de Justin y le dijo que estaba en la despensa, inconsciente. Pero al llegar, no había nadie.

—Pero... —susurró ella.

—Escapó —dijo Justin—. Tendré que buscar a otro.

Eliot que estaba detrás de la puerta, suspiró y se alejó con una idea en su cabeza.

Escondiéndose en una habitación, llamó a un gen amigo: Gabriel.

Se dedicaba a lo mismo que Eliot, pero añadiendo algo: era psicólogo. Así que, ¿Quién mejor que un psicólogo que pudiera cuidarla y encima darle información a él sobre ella? Nadie.

Justin, después de reforzar la seguridad, fue a caer a la cama muerto de sueño y de cansancio, con la cabeza a reventar con la idea de que Chase había hecho todo eso a su espalda y él no se había percatado.

—¿A dónde vas? —susurró Justin con los ojos cerrados y las manos en la cabeza.

—A mi habitación —susurró ella suavemente, paralizada en la puerta.

—No, no —dijo señalando la cama—. Ven aquí.

Ella, con mucho cuidado, se subió a la cama, y se quedó inmóvil esperando que él se moviera o algo.

—Hace tanto tiempo que no estamos juntos —susurró Justin—. Te tengo muy abandonada pero es que... Si estoy contigo, pierdo la cabeza.

Ella se quedó inmóvil mirando al techo, giró suavemente la cabeza solo para encontrarse con Justin, que la miraba fijamente. Ella repasó su rostro.

—Vaya... Te ves... Muy bien. ¿Hace cuanto no te veía así de cerca? —se acercó más—. ¿O así de cerca?

Ella retuvo el aire cuando Justin la tomaba de la cintura y la acercaba mucho a él. Pero Justin, antes de besarla, se detuvo.

—No, no —suspiró—. Será en mi coche.

Justin la miró a los ojos con suavidad, con esos ojos mieles tan bonitos.

—Muñeca —susurró.

Justin era tan libidinoso que el cuerpo le pedía arrancarle la ropa y hacerla suya pero se había prometido detenerse, había prometido que esta vez lo iba a hacer bien.

—Ven aquí —susurró Justin atrayéndola y acurrucándose a su lado, para que se durmiera.

Ella se acurrucó con la cara escondida en el cuello de él. Se abrazaron y ella empezó a quedarse dormida.

Fue muy raro, ya que soñó con arañas. Grandes arañas que la picaban.

—

Justin despertó y al verla, estaba dándole la espalda, justo al borde de la cama. Justin la tomó se la camiseta y tiró de ella para que no se cayese. Al verla, se fijó en su rostro. Suspiró ya que era muy tierna... Y era suya.

De pronto, se le ocurrió una idea muy loca. Se incorporó mirando a todos lados y se levantó quitando la ropa de la noche anterior y corrió hacia el piso de abajo.

Minutos después, subió otra vez corriendo y la miró, dormir tan plácidamente en su cama.

—¡Muñeca! ¡Despierta! —gritó Justin, ella se exaltó mirando a todos lados—. Hay alerta de bomba, tenemos que salir de aquí.

—¿Qué? —gritó ella levantándose mientras Justin la tomaba del brazo.

—Hay una bomba debajo del comedor principal.

Justin y ella bajaron las escaleras corriendo.

—¿Y los empleados? —preguntó ella.

—Ya están todos a salvo. Larguémonos de aquí.

Justin le abrió la puerta de su precioso coche y ella sin percatarse, entró. Y Justin junto a ella... Aceleró y se perdieron la inmensidad de la ciudad.

—¿Y tus cosas, Justin? —preguntó todavía asustada—. Tu amas tus cosas...

—Las puedo volver a comprar.

—Tus jardines, tus coches... Tus retratos...

—Ya —susurró—. No pasa nada... Tengo lo más importante a mi lado.

Justin colocó su mano en la pierna de ella. Ella lo miró roja como un tomate pero todavía aterrada.

—¿Quién crees que fue? —preguntó ella.

Justin negó con la cabeza. Y siguieron en silencio. Apenas estaba saliendo el sol, así que la ciudad tenía un encanto ideal.

—¿A dónde vamos? —preguntó al ver que Justin dejaba la carretera y se metía dentro de la maleza. Justin rió suavemente y ella lo entendió todo—. No había ninguna bomba, ¿verdad?

Justin rió negando con la cabeza. La besó en la mejilla y la miró. Ella suspiró respirando después de tanto tiempo en tensión.

—Y estamos en tu coche de príncipe, ¿no? —Justin volvió a reír asintiendo con la cabeza—. Cuando ya no podía ir mejor mi día...

—Es mi intento de ser romántico —dijo riéndose. Ella lo miró suspirando y sonrió—. Ahora ya sabes lo que tiene que hacer, muñeca. El asiento trasero nos espera.

Regla 23.

No te reirás de mi.

Justin estaba sentado en el asiento trasero con la cabeza entre las manos. Ella lo miraba mientras se mordía el labio un tanto incómoda.

—Te... Te juro que es la primera vez que me pasa —dijo Justin incapaz de levantar la mirada y mirarla.

Ella se puso mas roja de lo que estaba desviando la mirada a otro lado.

—¿Estás bien? —preguntó ella en voz muy baja intentando quitarle peso a la situación.

—Sí... Supongo —dijo Justin también en voz baja, muy avergonzado.

¿Qué había pasado? Dos palabras: eyaculación precoz.

Ella ya se había hecho la idea de que Justin iba a hacer de las suyas con ella. Así que se preparó

mentalmente. Justin lucía bastante emocionado con respecto a las otras veces. Se quitaron la ropa hasta estar en ropa interior y mientras él la besaba, le dijo que lo tocara ahí, en el pene.

Ella, lo hizo. Tampoco es que haya hecho la gran cosa... Con mucha timidez empezó a acariciar por encima del bóxer su miembro y ahí mismo, ante ese mínimo toque, se corrió. Y la erección bajó y no hubo manera de subirla.

Quién le diría a Justin que su fantasía se vería jodida por su pene.

—¿Quieres que nos quedemos aquí? —preguntó ella dulcemente, intentando que no se sintiera tan mal... Pero en cierta parte sabía que ese era un golpe bajo a su virilidad.

—No... Ya no tiene sentido. Volvamos a casa...

Justin, tomó su camisa y se la colocó. Ella hizo lo mismo con su ropa mientras lo miraba.

—Justin —lo llamó ella—. No pasa nada, ¿vale?

—Ya... Bueno... Para ti no pasa nada.

Y sin decir palabra, se pasó al asiento delantero y antes de que se hablara más del tema, se marcharon.

Ella iba en el asiento trasero mirando a la ventanilla y Justin no podía quitarse la vergüenza ni de la cara, ni de la mente. Decidió que pasaría otros meses encerrado en su trabajo y ya si eso... Lo intentaría otra vez... ¿Y si ese era el problema?

Justin no había tenido sexo durante ese mes. Se dedicó a su trabajo y a sus caprichos pero obviamente, mientras estaba en la cama, antes de dormir... Se imaginaba a su chica, vestida de muñeca, montándolo y eso sin duda lo emocionó a tal punto... Que ahora que iba a tener sexo... Todo salió mal.

Al llegar a casa, enfrente de la puerta había un chico que se puso de pie al verlos llegar. Justin detuvo el coche y frunció el ceño.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Justin muy amable.

—¿Es usted el señor Bieber? —Justin asintió—. Gabriel, Gabriel Devereaux —dijo estrechando su mano con la de él—. Me gustaría trabajar para usted, como su guardaespaldas.

Al entrar en casa, Justin se lo llevó al despacho a hacerle una entrevista propiamente formal.

—En los Ranger's fui, a la vez que soldado, psicólogo de la tropa. Hace años me dedico a la protección de individuos.

—Me interesas mucho, Gabriel —dijo Justin—. Pero sabes que tienes que ser de mi plena confianza, así que investigaremos sobre tu pasado.

—No hay problema, señor. ¿Conoce a Eliot Spencer? Fuimos grandes amigos antes de que pasara aquello...

—Sí, murió protegiendo a mi chica —dijo Justin mirándolo fijamente. ¿Cómo un hombre podía mentir mirándote a los ojos?

—¿Esa niña que venía con usted? —Justin asintió—. Se ve que le tiene miedo.

—¿Por qué lo dices?

—Psicología no verbal. Camina uno o dos tres pasos por detrás de usted, como señal de que usted es el dominante y cuando lo mira, se le dilatan las pupilas. ¿Ha visto usted un gato cuando se asusta? Pues es casi lo mismo.

Justin asintió cada vez más convencido de que Gabriel era el indicado.

—Ella es tu principal prioridad —dijo Justin—. Yo tengo una horda de guardaespaldas a mi alrededor y además, sé cuidarme yo solo, pero ella no. ¿Entendiste? —Gabriel asintió.
—¿Eso quiere decir que me contrata? —Justin asintió levantándose y estrechándole la mano—. No se arrepentirá, se lo prometo.
—Ahora tengo que ir a trabajar. Si quieres dar unas cuantas vueltas por la casa o conocer a mi chica, pues como quieras. Siéntete en tu casa.
—Gracias, señor.
—Ahora... Si me disculpas.

Justin salió de su despacho con cierta prisa hacia el otro, donde tenía todas las cuentas. Pero al subir las escaleras, se la encontró sentada en ellas... Como si la humillación no fuese suficiente...

Justin pasó por su lado, casi ignorándola. Ella suspiró levantándose.

—Justin —lo llamó.
—No quiero hablar —dijo caminando por el largo pasillo.
—Por favor... Podemos volver a intentarlo.

Pero él, sin decir nada, cerró la puerta con llave. Ella suspiró levemente.

—No es tu culpa, Justin —dijo ella desde afuera. Al darle la vuelta, estaba Gabriel observándola desde el final del pasillo. Ella avanzó hasta él.

No estaba mal. En cierta medida, le recordaba a un ángel. Tenía un rostro muy cálido, muy dulce, muy proporcionado, armonioso. Tenía el pelo dorado, no era rubio ni castaño, era... Acaramelado. Sus ojos eran azules oscuro y su sonrisa, era muy bonita. Ella era una persona que los rostros le transmitían mucho, así que fue inmediata la sensación de confianza que le transmitía.

—Tu debes de ser _____ —dijo tomando su mano y besándola—. Yo soy Gabriel, un placer.
—Igualmente —dijo ella intentando ser amable pero la idea de que Justin estaba enfadado con él mismo por una tontería tan grande, le daba pánico. Sabía que perfectamente podía cortarse el pene él mismo. Pero por otra parte, sabía que Justin amaba su pene más que su propia vida.
—¿Quieres que hablemos? Hablando se conoce a la gente —ella asintió.
—Te enseñaré la casa.

Eliot, anteriormente la había pasado una ficha a Gabriel con toda la información sobre ella. Su edad, sus padres, sus estudios, sus parejas, y todo lo demás.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Gabriel.
—Veinte —dijo ella, Gabriel frunció el ceño. Una vez dijo veintidós, otro día veinticuatro, cuando en realidad tenía diecinueve.
—¿Y qué haces aquí? Deberías estar estudiando.
—No podía pagarme los estudios. Mis padres murieron en un accidente aéreo.

Mentira, su madre era gobernadora de Nashville y su padre jefe de un bufete de abogados.

—Me metí voluntariamente a un psiquiátrico y Justin me llevó con él. Esta era la habitación de Eliot —dijo mirándola con cariño.
—¿Te gustaba Eliot?
—Lo quería mucho.

Gabriel sabía que le costaba mucho contestar así que mejor prefirió ganarse su confianza.

—¿Y tu, Gabriel?

—Un simple soldado. Intenté entrar a los marines pero era demasiado sencillo, así que me fui a los Ranger's. Ahí conocí a Eliot... Él, era brillante.

—Eliot lo es en todo —suspiró ella caminando a el montón de habitaciones—. Creo que la parte más bonita de la casa es el laberinto, los jardines en general.

—¿Qué le ocurre a Justin? —ella parpadeó ante el cambio de tema brutal.

—Na... Nada —tartamudeó—. Cosas que pasan, es algo privado.

—Oh, lo entendí. No debería meterme en asuntos íntimos que tengan que ver con Justin.

—A menos que quieras que te rompa la cara...

Ella suspiró mirando a Gabriel.

—Tengo cosas que hacer —dijo ella—. ¿Puedes continuar tu?

Gabriel apoyó todo el peso en una pierna y asintió. Ella lo miró a los ojos mientras se daba la vuelta y se alejaba despacio hacia una habitación.

Gabriel suspiró mientras negaba con la cabeza. En el poco tiempo que estuvieron, se dio cuenta que ella era demasiado frágil, en todos los aspectos... Y temió que esa fragilidad la llevara a inventarse su propia realidad, la necesidad de saber su pasado, hizo que su cerebro se lo inventara todo... En resumidas cuentas: no tenía una identidad propia.

—

Después de tantas horas sentada en el suelo, afuera del despacho de Justin, se aburrió, así que se levantó dispuesta a entrar.

Tomó el pomo de la puerta y lo giró con múltiple suavidad intentando hacer el menor ruido posible.

Al entrar, Justin estaba de pie, mirando por la ventana, al jardín.

—¿Te di permiso de entrar?

Ella se acercó en silencio después de cerrar la puerta. A Justin se le ocurrió la idea de que podría ser un asesino, así que se giró pero lo que encontró, no se lo hubiera esperado nunca en su vida.

La miró de pies a cabeza y no pudo evitar que el cuerpo se le quedara tieso como una roca, sin moverse, sin pensar, casi sin respirar.

—Vamos a la habitación —dijo ella tomando su mano.

Justin era como un títere en ese estado, así que fue arrastrado por ella, sin oposición alguna, a la habitación estrella de él. Al entrar, ella se colocó enfrente de él.

—No... No, para —dijo Justin—. No podré.

—Shhh —susurró ella poniéndose de puntillas, pero Justin era demasiado alto y ella no llegaba a sus labios—. ¿Me ayudas?

Justin la volvió a ver de pies a cabeza, y no pudo evitar besarla. Su chica, se había vestido de muñeca solo para él... Ahora mismo, las ganas tremendas de tirarla a la cama y romperla en dos eran tan grandes que se vieron opacadas con su inseguridad.

—No puedo —dijo Justin, pero ella no se rendía tan fácilmente. Con delicadeza, lo empujó

directo a la cama, Justin cayó ahí, incapaz de articular algún sonido, completamente hipnotizado por ella.

—Sí puedes —fue lo único que dijo ella antes de lanzarse a sus labios y besarlo con fuerza. Justin no la tocaba, estaba completamente inmóvil en su cama, sintiendo como ella se restregaba contra él... Esperen... ¿Llevaba ropa interior?

Maldita sea, lo iba a volver loco. Ella se apartó de encima para bajar el cierre del pantalón... Ni siquiera hizo falta quitarle absolutamente toda la ropa, es más, solo con sacar su miembro por el cierre del pantalón bastó y sobró.

Justin la miró al rostro mientras ella jugaba con su pene. Tenía las mejillas rosas y los ojos muy brillantes, le daban ese aspecto angelical que tanto le gustaba, que fue la esencia que vio en el psiquiátrico.

—Mi Justin —musitó ella tomando su pene, dispuesta a montarlo.

—Para —dijo Justin con el poquito de fuerza de voluntad que le quedaba para abstenerse.

—¿De verdad quieres que pare? Si me lo pides, lo haré.

Justin se quedó paralizado un momento. Por una parte, se sentía bien, su cuerpo se sentía muy bien, dispuesto a tener sexo pero por otra parte, su mente lo atormentaba... ¿Y si volvía a pasar lo mismo? No quería quedar en ridículo.

—¿Quieres que siga? —susurró ella. Justin asintió casi imperceptiblemente, ella se inclinó para besarlo con suavidad en los labios, un beso muy dulce que a Justin lo dejó completamente clavado a la cama.

Ella, volviendo a su posición, tomó el pene de Justin y lo introdujo dentro de ella. Jadeó mirando hacia arriba y empezó a dar pequeños saltitos pero muy irregulares... Sabía que le faltaba práctica.

Pero Justin no pensaba en ello, sino que solo era capaz de verla al rostro, embelesado. Ella gimió arqueando su cuerpo y apretando las piernas. De imprevisto, tomó la manos de Justin y las colocó en sus caderas.

—Quiero que me dirija, maestro.

No, esa fue la gota que colmó el vaso. Justin tomó sus caderas y ahí empezó a tomarla muy fuerte, tal y como quería hacerlo en el asiento del coche. Esto no era su coche de rey, pero sí su cama de rey, con una reina, y era mucho mejor que el maldito coche.

Era una de sus fantasías pero esta, extrañamente, le estaba gustando mucho más. Ella gimió enterrando las uñas en los brazos de Justin, donde se sostenía para no caerse.

Justin redujo la velocidad, solo para darse la vuelta y ponerse encima. Le encantaba estar encima de su chica, y más aún que ella gimiera ante su peso, justo como acaba de pasar.

—Abre más las piernas, muñequita.

Ella obedeció sin dejar de mirarlo a la cara. Ella cerró los ojos cuando él empezó a moverse. Ella gimió fuertemente, presa de la fuerza y la intensidad de Justin. Él, le cubrió la boca para que no hiciera tanto ruido, tal y como había fantaseado en su coche. Ella, miraba el rostro de Justin, con los ojos cerrados y el labio mordido. Con mucho cariño, ella le quitó el pelo de la cara y empezó a desabotonar esa camisa blanca que sin duda costaba una fortuna, quería sentir su piel, quería sentir cómo quemaba a causa de ella. Ella introdujo las manos en el torso de él, tan suave y tan caliente a la vez... Podía sentir su corazón a punto de estallar, y luego, hizo algo

que llevó a Justin al borde de la locura... Sus pequeñas manos se dirigieron a su trasero y lo apretaron, atrayéndolo a ella.

Justin gruñó a punto de correrse, ella volvió a gemir al sentir que Justin aumentaba la presión entre ellos. Oh dios mío, iba a reventar. Ambos se iba a romper.

Fue cuestión de minutos que Justin se viniera dentro de ella, con un gran gruñido lleno de placer. Ella, muerta de placer, lo besó en los labios. Justin hizo lo propio y después de dejarse caer en la cama, sonrió mirando al techo.

Era el mejor polvo de su vida. Increíblemente, por primera vez en su historia, estaba satisfecho, estaba muy satisfecho y no necesitaba a ninguna prostituta que acabara de vaciar su cuerpo.

Obviamente había follado con mujeres que hacían todo el repertorio del kamasutra, o aguantaban con él toda la noche, tríos, orgías donde él es el único hombre y tiene que satisfacer como a veinte mujeres, pero esta vez... Fue tan especial, sí, esa era la palabra indicada, especial.

Justin al voltear a verla, se topó con que ella estaba mirándolo con una media sonrisa.

—Nunca había visto esa cara en ti —susurró ella estirando una mano y quitando una gota de sudor de la frente de Justin.

—Ha sido maravilloso —dijo Justin sonriendo, empezando a quitarle el vestido de muñeca para que durmiera a gusto.

Ella, muy contenta al ver a Justin feliz, se acurrucó a su lado y dispuesta dormir, cerró los ojos. A Justin le tomó más tiempo dormir, no podía dejar de pensar en cómo ella lo había hecho sentir, en cómo había tomado las riendas del asunto y lo más importante: lo había hecho en un intento de hacerlo sentir mejor.

Wow. Esa rara sensación de empatía, tuvo un chispazo leve en su cerebro, lo hizo sentir muy extraño pero sonrió, esperando que no volviera a ocurrir... Y sin más preámbulo, se quedó dormido junto a ella.

Justin se despertó por la mañana un poco confundido, ya que escuchaba unos leves gemidos... Al darse la vuelta, un tanto adormilado, miró a su pequeña con las mejillas encendidas y la respiración agitada, gimiendo en sueños.

Justin, en un arranque de celos, la empujó mientras maldecía. Ella, se despertó confundida tallando sus ojos, acostumbrándose a la luz.

—¿Qué? —preguntó ella haciendo una rabieta.

—¿Qué diablos estabas soñando? —gruñó Justin.

—¿De qué me hablas? —de pronto, el sueño se hizo claro en su mente y la delataron sus mejillas poniéndose roja.

—¿Era conmigo? —ella asintió pero Justin sabía perfectamente cuando le mentían—. No me mientas. Dime con quién ha sido.

Ella suspiró volviendo a tallar sus ojos, intentando disimular la vergüenza que sentía en ese momento.

—¿Con quién ha sido? —volvió a preguntar, esta vez, se hizo un poco más agresivo tomándola del pelo.

—Hey, Justin —dijo ella intentando que aflojara la mano—. Era un sueño... No... No tiene importancia.

—¿Fue con Demien?

—No —dijo ella muy convencida.
—¿Entonces con quién?

Ella suspiró mirando a Justin. Él tiró más de su pelo haciendo que ella cerrara los ojos.

—Con Eliot.
—¿Con ese bastardo? —preguntó asqueado.
—Está muerto, es imposible...
—Pero yo soy el único hombre en tu vida, ¿verdad? —tiró más de su cabello y ahora la tomaba del cuello.
—Justin, es un sueño... Yo... No lo puedo controlar.

En cierta parte tenía razón. Pero la enorme envidia de que ella nunca soñara con él, lo tenía en vilo.

—Sé lo que pasó con Demien, muñeca y desde entonces, te he dejado ser un poquitín libre, pero no te confíes. Yo sigo siendo tu único dueño. El único en tu vida y el único que puede poseer tu cuerpo, ¿Me estás escuchando? —ella asintió—. Responde
—Sí.
—¿Sí, qué?
—Sí, maestro.

Justin ya la soltó satisfecho. Le encantaba marcar a la gente como de su territorio. Eso es lo que hace un macho alfa: besa, chupa, marca, dirige y da placer.

Justin se levantó quitándose la ropa de ayer, que todavía traía puesta. Ella lo observó. Justin era igual de hermoso que insensato. Suspirando, se giró para darle un poco de espacio, a nadie le gustaba que lo vieran completamente desnudo... Error. Es Justin Bieber, su cuerpo, es su mayor orgullo.

—¿Por qué no me miras?
—Lo siento —dijo ella dándose la vuelta—. Creí que te sentirías incómodo.

Justin hizo los ojos en blanco bajando totalmente sus pantalones. A ver si entendía algo... Ella tuvo sexo con él con dos propósitos: devolverle la seguridad y que estuviera de buen humor.

Todo lo contrario... Estaba más cascarrabias de lo habitual. Ella lo miró a los ojos cuando se acercaba a sus labios con mucha suavidad. Ella aguantó la respiración y cerró los ojos esperando los labios de Justin pero no llegaron, sin antes pronunciar:

—Sólo mía.

Y la besó. Ella gimió suavemente cuando él introdujo la lengua dentro de su boca, con mucha suavidad. Justin la levantó de la cama, ambos completamente desnudos y la pegó a la pared mientras la besaba con una intensidad, con una destreza digna de un rey en las artes amatorias. Justin la apoyó en una mesa y se separó para mirarla. Justin sonrió de lado mientras ella le quitaba el pelo de la cara.

Justin tenía el pelo un tanto largo, era un pelo precioso, y siempre lo mantenía muy perfecto, muy bien peinado pero cuando dormía o ella se lo desordenaba, era un caos, dándole un aspecto más juvenil.

—Espero que la próxima vez sueñes así conmigo.

Ella hizo los ojos en blanco y se bajó de la cama buscando un albornoz para cubrirse. Era un

maldito sueño, ella no lo puede controlar y él no puede hacer nada para evitarlo.

—¿Qué he dicho?

—Nada, Justin. Déjalo así. Voy a ducharme.

—Eh —la detuvo tomándola del brazo—. No me hables así. A mi me dices las cosas claras.

—No vuelvas a molestar con lo del sueño.

—A ver si entiendo bien, ¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer?

—Justin... Mira, deja de ser así.

—No, no. Responde. ¿Una mocosa me está diciendo lo que tengo que hacer?

—Por la noche no pensabas que fuese una mocosa —dijo ella muy resentida.

—Probablemente siempre lo piense —dijo Justin endureciendo las facciones.

—¿En serio? Vale, pues la próxima vez que se me ocurra follar contigo, me acordaré que piensas que soy una mocosa y ni me acercaré a ti.

—Que payasa inmadura eres —dijo con desprecio—. Aquí te estás equivocando. El que decide cómo y cuándo se folla, soy yo. Eso para empezar, ahora lo segundo, tu no tienes derecho a contestarme, estás en mi casa y vives a mi costa, así que no puedes reclamar ni pedir absolutamente nada.

—Eso es porque tu quieres, yo estaría con Demien ahora mismo.

Auch, donde más le dolía. Justin apretó las facciones mientras la miraba con una dureza impresionante, parecía que en cualquier momento se convertiría en Hulk. Se sentó en la cama en un intento inútil de calmarse.

—Lo estoy intentando hacer bien —dijo Justin—. Deja de provocarme.

—No es suficiente.

Estaba a punto de estallar. Se levantó lleno de rabia, y la miró.

—¿Me estás tú, exigiendo a mi? —suspiró incrédulo—, ¿te estás escuchando? Maldita sea, ¡estás loca!

—Pues Demien no pensaba lo mismo.

Justin se volvió a sentar y sin, ni siquiera, mirarla dijo:

—Al sótano, ya.

Lo que ambos no sabían, es que Eliot había escuchado todo detrás de la puerta.

Regla 24.

Si me desobedeces te castigaré.

Ella suspiró mirando a Justin y sin decir nada, salió corriendo de la habitación. Al estar afuera, reprimió un jadeo al ver a Eliot detrás de la puerta, parecía enfadado y cuando Justin intentaba salir, Eliot dio una patada a la puerta que la mantuvo cerrada.

—Vamos a esconderte —susurró muy bajo después de dar otra fuerte patada a la puerta dañando la cerradura. Sabía que Justin iba a abrir pero era cuestión de tiempo... Querían tener

un poquito de ventaja para poder esconderse.

Subieron a la tercera planta, a la habitación de Eliot. Escuchaban los gritos de Justin retumbar en toda la casa. Ella estaba demasiado asustada como para detenerse ahora. Eliot abrió el armario y apartando las chaquetas y camisas, había una pequeña puerta, minuta, que llevaba a unas pequeñas escaleras.

Ella lo hizo, con mucho miedo, detrás de Eliot. Tomó su camiseta para tener la seguridad de que estaba ahí. De pronto, las escaleras acabaron abruptamente. Eliot dio un pequeño salto y encendió la luz. Ella también saltó.

Era una habitación diminuta, que daba mucho miedo. Tenía un sofá-cama y según había visto... Era una especie de búnker.

—Aquí estarás bien —dijo Eliot mirándola—. Nena, ¿por qué lo has hecho? —preguntó tomándola del rostro.

—Me pone de los nervios que se ponga así de agresivo por... —se quedó callada ante la razón de la ira de Justin. Eliot la miró ponerse roja, y apartar la mirada.

—Oye...

Ella lo miró... Eliot estaba callado, con los ojos cerrados, como intentando concentrarse.

—¿Escuchas eso? —preguntó mirándola. Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No escucho nada.

—Exacto —dijo Eliot—. Los gritos de Justin se escuchan de aquí a China, y te prometo que yo he estado días metido aquí y se escucha perfectamente todo.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que le pasó algo a Justin?

—Tal vez. Si fuese su guardaespaldas, hubiera ido sin pensarlo. Pero estoy muerto —dijo mirando su teléfono.

Ella se levantó dispuesta a subir sola hasta las escaleras pero fue inútil. Solo consiguió a Eliot riendo detrás de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó un poco molesta.

—Eres adorable —y siguió riendo—. Pero la salida es por aquí.

Eliot caminó hasta el conducto de ventilación que estaba en el techo, sacó la rejilla que lo protegía y sonrió.

—Eliot... No me meteré ahí —dijo ella retrocediendo—. Mejor salgamos por aquí...

—Son puertas secretas. La del armario solo puede ser abierta desde afuera, y la de salida solo puede ser abierta desde adentro. Pero primero, tenemos que recorrer un par de metros en el conducto de ventilación.

Ella suspiró acercándose. Asintió mientras Eliot se agachaba un poco y la tomaba desde las piernas para subirla. Ella se sostuvo bien y pudo entrar perfectamente.

—¿Y tu? —preguntó ella mirando a Eliot apagar la luz de adentro.

—Hazte a un lado, pequeña.

Ella lo hizo, y él, con un salto y un poquito de esfuerzo levantando su peso, pudo entrar.

—¿Por dónde es? —preguntó ella mirando a todos lados, un poco perdida, intentando hacer un plano espacial de la casa pero no resultaba.

—Por aquí —apuntó delante de ella—. Las damas primero.

—Yo... Yo no conozco —dijo muy nerviosa.

No es que estuviera nerviosa por la claustrofobia o porque no conocía... Sino que lo estaba por la posición en la que iban a estar. Ella iba a estar gateando y Eliot detrás de ella. Además traía un short de dormir muy corto y obvio... Sin ropa interior como obligaba el daddy Justin.

Hizo los ojos en blanco ante el pensamiento. Eliot esperaba pacientemente que ella avanzara pero nada.

—Cielo —dijo sonriendo—. No tienes que temer nada, yo estaré aquí, guiándote.

—Venga —dijo ella cediendo mientras empezaba a gatear rogando que no se viese nada comprometido.

Eliot la guiaba, con bastante paciencia. Ella estaba tan nerviosa que confundía derecha con izquierda, y la verdad agradeció la paciencia de Eliot. Al llegar a una pequeña puerta, sonrió. Eliot intentó adelantarla ya que era con un poco de fuerza que tenía que abrir la puerta.

Al pasar a su lado, muy cerca por el espacio, la miró y sonrió.

—¿Fue tan malo como decías? —rió—. A mi me pareció maravilloso. Tuve unas vistas increíbles.

Ella se puso roja y lo miró con odio mientras él se reía y abría la puerta para dejar ver unas escaleras con muy poco espacio entre el techo y las escaleras.

—Aquí tenemos que pasar gateando, con mucho cuidado y estaremos en la azotea. Pasa tu primero, tengo que cerrar esto.

Ella suspiró y después de acomodar su short, continuó gateando. Al llegar, había otra puerta diminuta, con algo de fuerza la golpeó y por fin... Aire libre. La brisa invernal la golpeó en la cara pero sintió que era el momento era maravilloso.

—Ya estamos —sonrió Eliot—. Vamos a ver qué le ocurrió a Justin.

Eliot, como siempre, iba adelante por si al caso. La casa estaba en completo silencio. Solo podía escucharse los pasos de ella ya que Eliot no hacía ningún ruido al caminar. Caminaron con bastante parsimonia por el pasillo de la segunda planta... Había una lámpara ahí, Eliot la tomó del brazo y la pegó a su espalda para protegerla. Ella retuvo el aire caminando lentamente.

Lo primero que vieron fue la cabeza de Justin, en el suelo. Al parecer estaba inconsciente. Ella corrió hacia él como loca pero Eliot la detuvo temiendo que alguien más pudiese estar dentro de la casa. Al parecer no había nadie. Así que la dejó ir. Ella le tomó el rostro con suavidad y lo observó.

—Justin —lo llamó—. Despierta, ¿Cómo te has hecho esto? —gimió ella.

De pronto... Un grito invadió la casa, el de ella al quitar las manos del pelo de Justin. Estaban llenas de sangre, retrocedió porque lo que no sabían era que ella tenía mucha fobia a la sangre ajena.

Gabriel subió las escaleras como loco. Los miró a ambos con los ojos muy abiertos.

—¿Ella sabía que estás vivo? —preguntó Gabriel agachándose y tomando la cabeza de Justin.

—¿Y también sabías que estaba vivo? —preguntó ella.

—Sí y sí. Ahora concentrémonos. Creo que Justin estuvo yendo de habitación en habitación

buscándote —dijo Eliot tomándola del brazo y ayudándola a levantarse—. Y no tengo ni idea de cómo se golpeó la cabeza.

—Pudo resbalar —dijo ella mirando la repisa de donde se había caído la lámpara—. Mira, aquí hay cabellos rubios. Y sabemos que aquí hay solo un rubio.

Eliot y Gabriel se miraron, tenía sentido. Eliot más o menos calculó la altura de Justin y era perfectamente aceptable que pudo resbalar y quedar inconsciente.

—No es muy grande —dijo Gabriel—. Con unas vendas bastará. Al parecer sólo está inconsciente, no veo contusión o lesión alguna. Así que por ahora, tenemos que vendarlo y esperar que despierte. Ahora, me vas a explicar dónde estabas.

Ella miró a Eliot buscando respuesta pero él estaba muy concentrado en reconstruir los hechos.

—Discutí con Justin —dijo levantándose y yendo al baño de enfrente buscando un botiquín—. E iba a...

—A pegarle, Gabriel. Justin maltrata a _____. Y lo hace muy feo —dijo Eliot mirándola entrar—. ¿Has ido al sótano?

La cara tan serena de Gabriel se deformó del horror en poco segundos. Intentó concentrarse en vendarlo pero solo de pensar que ella había estado ahí... Lo ponía enfermo.

—¿Lo usaba contigo? —preguntó completamente incrédulo. Ella asintió abrazando sus piernas mirando a Justin.

—Por eso estoy aquí —dijo Eliot—. Porque no quiero que le haga daño... La última vez... Gabriel, si la hubieras visto, con los labios morados, el pelo congelado y sentada en el suelo abrazando un radiador... Se te hubiera partido el alma. Pero obviamente... A Justin eso no le afecta, él sólo destruye, y cuando vuelve, ya está armado...

Ella se abrazó las piernas y empezó a llorar cubriendo su rostro. Eliot fue hacia ella y también se sentó en el suelo, pasó su brazo por los hombros de ella.

—¿Qué ocurre?

—Es mi culpa —dijo ahogada en llanto, sin subir el rostro.

Eliot y Gabriel se miraron y por acuerdo mutuo de miradas, decidieron que Gabriel iba a seguir preguntando, ya que su alma estaba tan frágil ahora, que podían matar a dos pájaros de un tiro: ayudarla y sacar información.

—¿De qué te sientes culpable?

—De que me golpee. Es mi culpa —gimió sollozando y agitando los hombros incapaz de parar de llorar—. No soy lo suficientemente perfecta para complacerlo, no estoy a la altura.... No merezco a Justin.

Eliot hizo una mueca de dolor, suspiró y tuvo que alejarse, fue como una bofetada en el cara.

—¿Y crees que es tu culpa que abuse de esa manera de ti?

—Me lo merezco... No soy lo suficiente para Justin.

—¿Y qué sería lo suficiente para él?

—Justin es perfecto. Habla muy bien, sabe muchos idiomas, es muy inteligente, probablemente la persona más inteligente que conozco, es millonario, atractivo, exitoso... Y yo no soy nada. Y encima acabo con su paciencia —dijo sollozando.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Eliot apretando la mandíbula, de pronto... Queriendo llorar, algo que no había hecho hace años.

Ella subió la mirada, llena de lágrimas y dolor. Lo miró. Eliot miró a otro lado incapaz de sostenerle la mirada.

—¿De verdad crees que él te golpea por tu bien?

—Sólo quiere lo mejor para mi, Eliot. Quiere que sea perfecta y cuando lo sea... Ahí por fin, él podrá ser la buena persona que parece ser —dijo tomando la mano de Justin.

—Justin es un psicópata —dijo Eliot evitando llorar de la impotencia y la rabia—. Es malo por naturaleza... No hay tal buena persona. Te pega porque le encanta pegar a todo lo que se mueve, ¡Y obviamente te viola porque le recuerdas a Wendy Blake!

—Eliot —advirtió Gabriel sabiendo que no debería hablarle así.

—¡Cállate, maldita sea! —gritó Eliot perdiendo los papeles—. ¿No te das cuenta que estoy aquí por ti? ¿Para cuidarte y protegerte? ¿Crees que fue bonito luchar en el hospital para no morirme porque sabía que tenía que volver a verte? ¿Para qué? ¿Para escuchar esto? ¿De verdad crees que todo es color de rosa y cuando tu seas "perfecta" él te amará? Por favor, no seas ridícula. Justin no puede sentir, ¡Justin nunca ha sentido nada por nadie y nunca sentirá!

Ella se levantó rompiendo en llanto otra vez y corrió al baño de enfrente, donde se encerró y siguió llorando.

—¿Estás contento? —preguntó irónicamente Gabriel, muy enfadado—. ¿Es que tú no lo ves? ¡Es una de las personas más frágiles que he visto! Y en un momento de debilidad extrema, ¿Se te ocurre gritarle y hacerla sentir peor? Si ahora no solo se sentía culpable por el comportamiento de Justin, ahora se siente culpable de que tu estés vivo solo por ella, ya que parece que prefieres estar muerto. Bravo, Eliot Spencer, espero que te sientas mejor, acabas de hundir a alguien hundido.

Gabriel bufó muy enfadado y siguió vendando la cabeza de Justin. Eliot, consciente de su error, caminó hasta la puerta del baño.

—Pequeña, abre la puerta, por favor —al no recibir respuesta, estaba poniendo más nervioso—. ¿Estás bien? Oye, pequeña, si no abres por las buenas, será por las malas.

Después de no recibir respuesta, dio una patada a la puerta, que destrozó la cerradura pero pudo entrar. Estaba sentada en el borde de la bañera. Se estaba secando las lágrimas y ya no lloraba tanto, sino que estaba mirando al suelo, tan apagada y triste...

—Pequeña —susurró Eliot sentándose a su lado—. Quería decirte que lo siento... No tenía el derecho de hablarte así... No fue la forma correcta de decirte que —bajó el tono y unió su frente con la de ella y susurrando, continuó—. Ya eres perfecta. Eres más que perfecta. Has visto en criminales como Justin, como Demien y como yo, a buenas personas. Quería que supieras que no tienes que sentirte mal, nada es tu culpa, y que yo solo quiero lo mejor para ti. Si sigo vivo —dijo tomando la mano de ella y llevándola a la venda del abdomen—, es por ti, porque quiero verte feliz, porque no tienes ni idea de lo adorable que te ves cuando sonríes.

Eliot, dirigió esa mano a su corazón. Ella sintió que su corazón se aceleraba cuando él separó su frente para verla mejor.

—_____, te quiero.

Ella levantó la mirada y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Me perdonas? —ella asintió cayendo en sus brazos, en un abrazo que para Eliot fue el más doloroso pero a la vez... El más bello—. Vamos a cuidar a Justin. Nos necesita.

Ella asintió levantándose y tomando la mano que Eliot le ofrecía. Al llegar a la habitación,

Gabriel se quitaba la chaqueta con cuidado y se incorporaba poniendo la chaqueta en la cabeza de Justin.

—Ya está vendado —dijo colocando las manos en su cintura—. Ahora hay que llevarlo a la cama para que descanse y solo quedaría esperar que despertase.

Eliot y Gabriel se encargaron de llevarlo hasta una de las habitaciones. Ahí, ella lo cubrió con las mantas y lo acomodó para que pudiera descansar.

—Me quedaré yo con él —dijo dándole un último vistazo a Justin—. El tiempo que haga falta. —Está bien —dijo Gabriel colocando una de sus manos en el rostro de ella—. Pero cuando se despierte, me avisas —se acercó y la besó en la frente.

Ella sonrió y asintió. Eliot se acercó a ella y la miró fijamente. Tomando su mano, la besó.

—¿Podemos hablar más tranquilos? —preguntó, ella asintió.

—Pero otro día —dijo ella y ahora era Eliot el que asentía.

Ella se separó corriendo a la mesa de noche de la habitación suya... Ahí estaba la carta. Volvió al lado de Eliot y le dio la carta.

—Cuídate —dijo Eliot guardando la carta—. Adiós, princesa —la abrazó.

Ya, Eliot y Gabriel en el pasillo, Eliot le dio un golpecito en la cabeza a Gabriel.

—¿Por qué te tomas esas confianzas con ella? —rió Eliot.

—Ay, por favor. Esa chica necesita urgentemente sentirse querida. Hay que darle mucho cariño. ¿Viste cómo se le iluminó el rostro con algo tan simple? Ahora imagina hacerle el amor...

A Eliot le cambió el rostro y se estremeció por el escalofrío que le recorrió la espalda.

—Mas te vale no enamorarte —rió Eliot—. Ella ya está reservada.

—Espero que lo digas de broma. Yo soy gay —rió Gabriel.

—Era broma —rió Eliot—. Eres el mejor guardaespaldas que Justin puede tener, sé que la cuidarás mucho y harás bien tu trabajo.

—Lo haré, prometo no defraudarte.

—Nunca lo haces, hermano —sonrió Eliot.

—

Eliot dejó la carta en el escritorio de Demien. Ahora mismo, estaba dormido, su aspecto era de completo descuido: tenía el pelo largo, la barba también, no comía, tenía ojeras enormes y parecía que su vida se resumía en estar enfermo todo el tiempo.

Eliot suspiró volviendo a salir de la casa, con cierto pánico de lo que pudiese decir esa carta... Ya que ya no era solo Justin, sino que Demien podría entrar en el mercado dejándola inalcanzable para él.

—

Ella entró a la habitación donde estaba Justin con una bandeja con comida por si despertaba. Ella notó algo extraño en Justin.

Justin sudaba y respiraba de manera entrecortada, como si estuviera teniendo una pesadilla.

"Tus subordinados tienen que obedecerte" escuchaba.

"Eres muy superior a ellos" asentía.

"Si quieres triunfar, tienes que ser perfecto". Lo golpeaba.

"¿Ves a la puta de tu madre? Es exactamente lo contrario de lo que tu tienes que hacer si quieres ser alguien en la vida" gritaba mientras golpeaba a su madre.

"No estoy criando nenas" le gritaba su padre mientras lo golpeaba con el cinturón.

"Disciplina" le gritaba mientras dejaba caer una botella de vodka al suelo.

"Perfección ante todo, si no eres capaz de ser el mejor, no vales para nada" lo golpeaba mientras él intentaba justificar sus notas.

"Es mejor ser el dominante, que ser dominado" lo abofeteaba mientras él caía al suelo.

Después, sus recuerdos se trasladaron a Estados Unidos, en el instituto, cuando él pasó ser el maltratador.

"Tu no vales para nada, es por eso que si quieres ser alguien, harás todo lo que yo diga" decía mientras se aprovechaba de su novia en los baños.

"Escúchame imbécil, o lo haces, o ya sabes lo que te espera" gritaba a sus profesores en medio de la clase.

"Tu te lo buscaste" decía mientras apaleaba el cuerpo de un chico que no tenía la culpa de nada.

"Si quieres llegar al cielo, yo soy el puente entre el cielo y la tierra" seducía a las profesoras.

"Tienes que parar" dijo ella. "No tienes derecho a implantar tu reinado de terror, Justin" continuó Wendy Blake.

"¿Perdona?" había dicho él, "¿Me estás diciendo tú lo que yo tengo que hacer?"

Despierta, Justin. Tienes que despertar. No la quieres recordar, ¿Verdad? Despierta por favor.

"¡Maldita sea, Wendy! No me toques" había gritado mientras la empujaba a un aula.

"¿Crees que te tengo miedo, Justin?" me gritó mientras me pegaba en el rostro y me empujaba.

"Eres una porquería, haces daño a todos para sentirte superior, pero déjame decirte que eres una porquería, no eres nadie".

Y Justin la había abofeteado. Odiaba pegar a la mujeres porque le recordaba cuando su padre golpeaba a su madre... Pero algo se despertó en él. Sonrió, ya que entendió a su padre y porque le gustaba tanto hacerlo.

Wendy era una niña nada problemática y muy estudiosa. Era pequeña, muy adorable, tenía los ojos verdes... Y le recordaba a eso, a una muñeca.

Ese día, golpeó tanto a Wendy, que dejó de ver su rostro como algo bello. Ese día le quitó la virginidad encima de la mesa de los profesores y peor aún... Ese día la había asesinado tomándola del cuello y asfixiándola. En realidad no la había matado del todo... Entró en coma y después de años intentado que despertara, la desconectaron.

Y todo porque se había metido con él. Justin escapó del instituto y de la ley. Terminó la

secundaria y la universidad online con matriculas de honor. Obviamente con una identidad falsa pero el fantasma de Wendy lo seguía atormentando cada momento de su vida.

La imagen se Wendy otra vez siendo golpeada por él volvió a su cabeza. Quería despertarse, necesitaba despertarse pero no podía. Escuchaba a Wendy rogar para que no le hiciera nada, rogaba para que no la golpeará, rogaba para que no la asfixiara, llamando su nombre una y otra vez.

"Justin, Justin, por favor" decía desesperadamente.

De pronto, todo se volvió negro y por fin, pudo abrir los ojos. Ella estaba enfrente de él, mirándolo con tremenda dulzura. Él se quejó por el dolor de cabeza mientras se intentaba levantar.

—No, Justin. Ahora no —susurró ella—. Estás herido —dijo mientras lo cubría con las mantas—. Te resbalaste y te hiciste mucho daño —susurró ella besando su mejilla—. Gabriel ya te vendó y me dijo que lo llamara cuando despertaras.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —preguntó con la cabeza a punto de estallar.

—Unas cuatro horas —dijo ella mirando el reloj—. ¿Estás bien? Parecía que tenías una pesadilla —dijo ella colocando una mano en el pecho de él.

Justin solo pudo asentir y ver lo mucho que Wendy se parecía a _____ físicamente. Solo que Wendy contestaba y ella no, ella era completamente sumisa.

—¿Por qué me resbalé? —preguntó Justin.

—¿No te acuerdas? —obviamente sí, pero quería ver si ella era capaz de mentirle—. Fue mi culpa. Te contesté mal, y corríste detrás de mi... Lo siento Justin. ¿Puedes perdonarme? No sabía que pasaría esto... ¿Me perdonas?

Justin entrelazó sus dedos con los de ella y sonrió mientras la tomaba de la cabeza y la acercaba a su rostro.

—Que sea la última vez que pasa, ¿Me estás oyendo? —preguntó para luego besarla con suavidad. Cuando se separaron, se miraron a los ojos.

—No volverá a pasar, te lo prometo —repitió ella acariciando su cabello—. ¿Quieres algo en específico? Voy a llamar a Gabriel.

—Una aspirina —dijo mientras cerraba los ojos y suspiraba del dolor de cabeza.

—Ya voy, Justin.

Minutos después, entró Gabriel con ella detrás. Ella fue al vaso con agua y le dio la pastilla a Justin.

—Lo mejor que puedes hacer es descansar. Al ducharte necesitarás ayuda —Justin dirigió su mirada a ella—. Puedes hacer vida normal pero con mucho cuidado. No quiero que la herida se te vuelva a abrir. Y nada más.

—¿Puedo hacer todo lo que quiera? —preguntó sonriendo Justin—. Ya sabes, cosas de adultos.

Ella miró al suelo roja como un tomate.

—Puedes, pero yo te diría que no lo hicieras. Supone un esfuerzo y la sangre pasa en mas cantidad por el organismo. Oye, ¿puedes ir a traer el frasco de pastillas? Es que lo olvidé en la biblioteca.

Ella asintió y empezó a correr a la biblioteca.

—Justin... No tienes ni idea de cuanto te quiere. No le hagas más daño, está muy herida y siente que todo esto es su culpa. Por favor, no la hagas sentir más mal de lo que está.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que yo la hago sentir mal?

—No estoy diciendo eso... Estoy diciendo que no seas muy brusco, y que cuides mucho los comentarios que puedas llegar a decir... Puedes hacerla sufrir y mucho. Es muy sensible —dijo negando con la cabeza—. Si la hubieras visto, no se ha separado de ti en ningún momento.

_____ entró en ese momento con el frasco de pastillas y lo dejó en la mesita de noche.

—Está bien, Gabriel. Gracias —dijo Justin mirando a _____ para que ella fuese a su lado.

—Cualquier cosa, me encontraréis en la biblioteca.

Gabriel salió y ella se acurrucó al lado de Justin. Lo abrazó y suspiró cerrando los ojos.

—Mi Justin —murmuró. Justin sonrió besando su mejilla—. Te veía muy angustiada —dijo ella en voz muy baja—. Y no despertabas... Me dio mucho miedo.

—Pero era solo una pesadilla.

—Dijiste algo relacionado con tu padre y con una tal Wendy. ¿Quieres hablarlo? Gabriel dice que hablar sirve para que te sientas mejor.

—No tiene importancia —dijo Justin—. Mejor hablemos de lo que haremos en mi coche, pequeña. Ahora sí, cuando me recupere, no te podrás escapar de mí.

Regla 25.

No es chantaje

¿Cómo podía haber ser humano tan insaciable sexualmente como Justin?

Habían empezado en un círculo vicioso tremendamente enfermizo, que solo acababa con agotarla a ella y para él, un leve chispazo de satisfacción absoluta.

Y es que Justin no se quedaba satisfecho con una sola vez, sino que se quedaba un poquito mejor solo con tres veces, como mínimo. Así que literalmente, él se la pasaba trabajando durante el día, y follando toda la noche.

¿Cómo empezó todo? Gracias a la inocencia y necesidad de cariño por parte de ella. Fue el primer día que Justin se había hecho daño en la cabeza.

La había tomado. Fuerte pero sutil y a ella le había gustado. No del todo porque Justin era muy agresivo pero no era nada que no podía soportar y el huracán vino cuando terminaron.

Ella, con las mejillas rosas, y todavía con la respiración agitada, lo vio sentarse en el borde de la cama, dándole la espalda.

—¿Te gustó? —había preguntado casi risueña—. A mí sí —confesó mientras se cubría medio rostro con las sábanas y se reía.

—Sí —dijo suspirando y girando el rostro, solo de perfil—. Pero no es suficiente.

¿Quién iba a decir que esas palabras se clavarían como cuchillos en su alma? "Pero no es suficiente". Acto seguido, Justin se levantó y se empezó a vestir.

—¿A dónde vas? —preguntó ella muy triste.

—A un prostíbulo —dijo suspirando.

—No —dijo ella incorporándose y tomándolo de la mano—. No te vayas, por favor —dijo poniéndose de pie encima de la cama para quedar un poco más alta que él—. Por fa —susurró acariciando su cabello y colocando las manos en sus hombros—. Estás muy tenso... Acuéstate y te daré un masaje.

Ella se cercioró que de que la venda estaba bien puesta y sonrió mirándolo a los ojos. Ella veía un intento de que pasara la noche con ella, él veía una oportunidad.

—Pero... —se quejó.

—Por favor —rogó ella besando sus labios con suavidad—. Mi Justin.

Justin odiaba que le dijese "Mi Justin". No era suyo, pero no sabía cómo hacerla entender que él no era de nadie.

—Está bien —cedió y ella dio saltitos de alegría.

Justin se había acostado de espaldas y ella se había sentado sobre su trasero y media hora después de haber acariciado esa hermosa espalda, él se había dormido. Ella, se metió entre sus brazos, y también lo había hecho.

Muy entrada la madrugada, Justin la había despertado con un montón de besos en el cuello y algún que otro apretón de muslos o de senos. Ella se quejó y se dio la vuelta intentando que no hiciera nada pero Justin no se rendía tan fácil.

—Justin —suspiró—. Estoy agotada.

—¿Acaso no quieres? ¿Ya no te gusto?

Ella se giró y lo miró diciendo que sí le gustaba mucho y Justin sólo había sonreído y antes de besarla había dicho:

—Demuéstramelo.

Y desde entonces, habían tenido sexo todas las noches, como mínimo, tres veces. Hubo una vez que Justin la despertó hasta seis horas. Habían noches que iba suave porque él también estaba cansado pero también había noches que iba demasiado fuerte y muy agresivo.

Esta noche era una de esas, Justin había descargado toda la furia de un negocio fallido en ella. Por lo menos ya se había acabado... Ya no tendría que soportar hasta la noche siguiente.

Justin le dio la espalda después de terminar y ella, lo rodeó con sus delgados brazos y le besó la espalda con mucho cariño. Justin hizo los ojos en blanco y se durmió.

A la mañana siguiente, estaba en el salón con Hardison y unos cuantos colegas más. Hoy irían a ver a una nueva mercancía que había llegado ayer.

Justo antes de irse, ella bajó corriendo las escaleras y se lanzó a sus brazos como loca. Todo el squad de Justin se miraron extrañados entre ellos.

—Que tengas un buen día —había sonreído ella—. Que sepas que estás guapísimo hoy y que te esperaré aquí esta noche.

—Probablemente no vuelva esta noche —dijo un poco avergonzado al estarlos todos rodeando.

—Pues cuídate mucho, ¿sí? —lo besó levemente en los labios.

—Sí —dijo un tanto arrogante—. Ahora sube, preciosa.

Ella asintió mientras se marchaba otra vez por donde había venido. Justin miró a Gabriel.

—Me da diabetes de lo dulce que es —dijo Justin con cierta expresión de repulsión.

—Justin —rió Gabriel—. Creo que se está enamorando.

—¿Qué? —jadeó—. Pero si yo no he hecho nada... Es más, me la follo tantas veces que estoy esperando que me diga que me vaya con cualquier prostituta.

—Por eso mismo. Pasaste de ver a mas mujeres como medio de placer, a solo verla a ella. Haces sentir que ella es la única.

—Pero eso no es verdad.

—Eso ha interpretado ella.

Justin suspiró dándose un último vistazo en el espejo. Y haciendo un gesto a todos, se aproximaron a la salida rápidamente. Después de que salieran, quedaron Eliot y Gabriel en la puerta.

—Puede que tener a alguien enamorado de mi sea una ventaja. Dicen que la gente hace locuras por amor, ¿no? —rió—. Imagina cómo voy a aprovecharme.

—O puede ser una gran desventaja. Ella querrá toda tu atención y te pedirá también amor.

—Qué tontería —rió Justin—. ¿Y para desenamorarla?

—Pues tendrás que matarle la ilusión.

Justin sonrió acomodando su traje y luego miró a Gabriel.

—Pues se la mataré.

Ella entró sonriendo en la habitación. Tan feliz y todavía con el aroma de Justin en el cuerpo.

—Quiérete un poquito.

Eliot estaba apoyado en el armario mirándola fijamente. Ella suspiró lanzándose a la cama y abrazando una almohada.

—¿A qué te refieres ahora? —preguntó ella mirándolo.

—¿Es que no lo ves? Estás dejando de ser todo lo que eras sólo por él.

—Es mi decisión. Justin se lo merece. Tiene que ser feliz a toda costa.

—¿Y que abuse de ti cada noche?

Ella se sentó en la cama mirándolo con el ceño fruncido. Adoraba a Eliot pero no soportaba que se metiera entre Justin y ella.

—Justin ya no abusa de mi —dijo ella levantándose y buscando algo de ropa para irse a la ducha.

—Te chantajea. Justin es un magnifico actor —susurró Eliot—. Eso es chantaje.

—No es chantaje —dijo casi perdiendo los estribos—. Solo quiero que Justin sea feliz... Solo eso. Quiero que todos estemos bien... Pero...

—¿Pero qué?

—Es muy complicado satisfacer a Justin. Yo sé que él me quiere... —Eliot la interrumpió.

—¿Que te quiere? —estalló en una dolorosa carcajada que se clavo en lo más profundo de su corazón—. Nunca te va a querer. El único propósito de Justin es utilizar tu cuerpo como se le salga de la... —soltó aire tratando de controlarse—. Si fuese por mi, ya estaríamos lejos de aquí, pequeña. Pero mírame... No desvíes la mirada, mírame a mi. Eso es. Yo soy el que está aquí por ti... ¿Me escuchas? Estoy aguantando todo lo que puedo pero Justin te va a romper el corazón. No te enamores de él.

A Eliot se le destrozó el alma cuando a ella se le quebró el alma y sus lagrimas se agolparon en sus ojos. Miró a Eliot muy dolida y se alejó.

—Siento que ya no me necesitas... Siento que no quieres que cuide de ti.

—Justin ya cuida de mi. ¿Y tú qué haces aquí? Te la pasas juzgándome pero tu eres perfecto, ¿no?

—No me eches la pelota a mi —advirtió Eliot.

—Es que mírate. Escondido en los armarios, cuando pudieras invertir tu tiempo en tu padre.

—No metas a mi padre en esto —dijo apretando los dientes.

—Eres un fracasado. Un amargado, que ve a las otras personas enamorarse y lo que quieres es separarlas para que sufran tus mismas desgracias. Déjame decirte que no, ¿Por qué no te buscas una novia y me dejas en paz?

Eliot, con los puños apretados y la mandíbula también, se acercó a ella, tanto, que casi pudo oler su miedo. Ella lo enfrentó intentando parecer firme.

—Cuando sea tu protector Justincito el que te rompa en pedazos... No estaré aquí para ti —dijo de manera amenazadora.

—¿Por fin me voy a librar de ti? Que tengas un buen viaje, cowboy.

Eliot negó con la cabeza mirando al suelo. Luego la miró a ella y empezó a alejarse despacio.

—Qué estúpido fui. No vales la pena —dijo muy dolido.

—¡Y tu no vales nada! Ya te gustaría ser como Justin.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Me encantaría ser como Justin ahora mismo para reventarte la cara de una bofetada. Pero esperaré a que sea él quien te la rompa y vengas corriendo a buscar consuelo en mi o en Gabriel. A mi no me gustan las crías cómo tu.

Y se marchó. Ella gruñó mientras rompía la carta que iba a entregarle a Demien. Pero Eliot, antes de abandonar el pasillo, dijo:

—Tienes el camino libre. Ahora me voy yo y Demien intentó suicidarse, ¿Ves el caos que has creado?

Y se marchó. Ella suspiró sentándose en la cama. ¿Y si Eliot no le había dado las cartas a Demien? Puede ser una posibilidad. Así que corriendo, se metió a la ducha y esperó tener suerte esta vez.

—

Caminaba por los inmensos pasillos del hospital. Gabriel la seguía a unos cuantos pasos por detrás. Ella iba demasiado apresurada mientras sorteaba enfermeras y visitantes... Aquí era, la 52. Ella suspiró tomando el pomo de la puerta y mirando que Gabriel se sentaba afuera a esperar pacientemente. Ella le agradeció con un leve gesto con la cabeza.

Gabriel era un ángel, su ángel de la guarda. Ella tomó aire y abrió la puerta, primero con fuerza pero después con mucho cuidado. Retuvo el aire al verlo.

—Demien —susurró ella cerrando la puerta y trotando a su lado. Le tomó la mano y empezó a besarle los nudillos con mucho amor.

Demien la miraba sorprendido. Ya la había dado por muerta a manos de Justin. Hizo hasta lo imposible para recuperarla pero Justin no era tonto y había mandando a matar a Greg, el cachorrillo, como advertencia de que no se volviera a acercarse a sus dominios. Ese fue el

principio del declive.

—¿Cómo te sientes? —susurró ella acariciando su cabello y colocando su mano en su frente.
—Bi... Bien —titubeó por el esfuerzo que le suponía hablar para acabar tosiendo.
—No te fuerces —susurró ella sonriendo con ternura—. Solo quería que supieras que estoy viva... No podré volver contigo porque ahora mismo estoy muy bien con Justin y... —Demien tenía el ceño fruncido—. No me mires así, me haces sentir culpable. Justin ahora me trata muy bien y no quiero despertar su furia. Si he venido es porque Justin hoy tenía noche de juerga y además viene mi guardaespaldas detrás de mi.

Ella corrió a la puerta y le hizo señas a Gabriel. Él trotó hasta la habitación y cuando vio a Demien, se quedó embobado. Completamente iluso de sus reflejos.

—Gabriel, él es Demien y Demien, él es Gabriel.

Demien solo pudo hacer una reverencia con la cabeza pero Gabriel se había puesto muy nervioso. Miró a _____, pensando en la envidia que le tenía ahora mismo.

No había nada más difícil que tener a un millonario sino tener a dos millonarios detrás. Guapísimos y muy exitosos.

—Un placer —balbuceó por lo bajo mientras se secaba la palmas de las manos con el pantalón.
—¿Estás bien? —preguntó ella ya que no era normal ver a alguien tan sereno como Gabriel ponerse así de nervioso.
—Sí —risa nerviosa—. ¿Por qué no iba a estarlo? —rió alejándose—. Bueno, chicos... Hmm... Os dejo solos —dijo antes de chocar con carrito de las medicinas—. Oh, lo siento... A-adiós chicos, que os lo paséis bien... Estaré afuera.

Gabriel se marchó y ellos dos se miraron un poco extrañados. Demien frunció el ceño y encogió los hombros como preguntando qué pasaba.

—Un detalle nada importante —rió ella tomando la mano de Demien y besándola—. Gabriel es gay. Sin duda lo impresionaste.

Demien abrió mucho los ojos perplejo.

—Ya, parece muy masculino como para ser gay. Pero bueno... Solo deseo que esté bien. Es un gran hombre y me cuida muy bien. Eliot también lo hacía pero nos hemos peleado. Huy, por cierto —dijo cambiando de tema drásticamente para no tener que hablar sobre la pelea—. ¿Quién te afeitó? Eliot decía que te habías descuidado —sonrió acariciando su barbilla—. Estás mucho mejor así.

Demien se hizo a un lado como queriendo darle lugar, es decir, que ella se acostara ahí. Sonriente, ella cedió, abrazándolo con mucho cuidado.

—Demien —empezó ella—. Quería pedirte que por favor no vuelvas a hacerlo... Demien, tu vales muchísimo, tienes una vida por delante —Demien la besó en la frente—. No eres un fracasado, eres el mejor en lo que haces. Yo ya no estaré a tu lado porque no quiero despertar a la bestia, pero ten claro que te aprecio muchísimo. Me hiciste muy feliz en su momento —susurró ella besando su mejilla—. Quiérete un poquito —susurró diciendo las mismas palabras que Eliot había dicho.

Pocos segundos después, Gabriel entró con el teléfono en la mano y los miró.

—Justin dijo que vendría temprano, tenemos que irnos —susurró Gabriel.

Ella se incorporó mirando a Demien. Le acarició el rostro y lo miró a esos ojos tan bonitos.

—¿Quién te llevará a casa? ¿Eliot? —Demien asintió—. Está bien. Cuídate mucho —sonrió y Gabriel contuvo el aire cuando ella se acercó a sus labios. No iba a besarlo, ¿verdad? Craso error. Lo besó muy suave, tanto, que no pareció un beso de verdad. Ella sonrió separándose y sin decir nada más, se fue de la mano de Gabriel.

Y era mentira. Justin no había llegado temprano ni nada. Sino que a las tres de la madrugada mientras ella dormía profundamente.

Justin estaba completamente borracho. A penas podía mantenerse en pie mientras caminaba lentamente hasta su habitación. En su mente escuchaba constantemente la voz de Gabriel, diciendo "Pues rómpete la ilusión". Así que antes de subir, le había prohibido a todo el mundo en su casa que escuchara lo que escuchara, no subiera ni nada.

A Justin le costó encontrar el pomo de la puerta. Lo giró suavemente, y entró casi cayéndose, pero mantuvo la compostura y ante el ruido, ella se despertó por desgracia.

Justin sonrió cuando ella se levantó corriendo intentando guiarlo hasta la cama.

—Justin —susurró ella—. Estás borracho. Ven, te ayudo a ir a la cama.

Pero Justin, cuando ella se acercó, la tomó muy fuerte del cuello. Ella gimió echándose hacia atrás mirándolo con pánico. Todavía con muchísimo tacto acarició sus dedos intentado librar su pobre cuello.

—Suéltame, por favor —susurró ella cada vez más asustada.

—¿Por qué debería? Eres mi muñeca, y puedo hacer contigo lo que quiera, ¿no? Vete a la cama y quédate quieta ahí.

—Pero Justin... Tu...

—¡Obedece! —bramó Justin mientras la abofeteaba. Librando su cuello, ella se acarició la mejilla mientras rompía a llorar.

Justin fue directo al armario, y de ahí, sacó las famosas cuerdas negras. Esas cuerdas eran de escaladas y podían soportar el peso de un elefante, ahora imagina cómo son rodeándote las muñecas.

—Acuéstate —ordenó Justin.

Ella gimió sabiendo que iba a atarla a la cama. Y sí. Cuando terminó de atar sus extremidades contra los bordes de la cama. La observó respirar agitadamente, muy aterrada.

—¿Por qué estás vistiendo ropa interior? —dijo mirando la cinta del sujetador que se podía ver en su hombro.

Ella tembló cuando Justin colocó una mano en su rostro. Sonriendo, la abofeteó. Ella gimió de pánico y dolor cuando Justin susurró:

—¿Por qué? —volvió a abofetearla y a subir el tono—. ¡Responde!

—Me siento más cómoda con ropa interior —gimió con mucha cautela.

—Oh, entonces has estado incumpliendo mis normas, ¿no?

Justin dirigió suavemente su rostro hacia la vacía pared. Se fue incorporando levemente sin apartar la vista de la pared.

—Muñeca —soltó una risita—. ¿Y la lista de las reglas?

Oh, no.

—La... La tiré —Justin cerró los ojos buscando controlarse pero fue inevitable que los músculos se le tensaran en ira—. Creía que ya no eran necesarias...

—¿Y por qué creíste eso? —ella abrió mucho los ojos al ver que empezaba a sonar cada uno de sus dedos.

—Por... Porque tu me quieres y... Ya estoy a punto de ser perfecta para ti.

La cara de perplejidad de Justin fue deformándose a una de total burla, pero detrás de esa burla había un atisbo de ira.

—Yo no te quiero de esa manera —rió Justin rodeando la cama, mientras ella lo seguía con la mirada, iba a una mesita de noche—. Yo solo quiero tu cuerpo, chiquita.

Fue como romperle el corazón a base de presionarlo tan fuerte, que los pedazos salieron despedidos por todos lados.

—Y si ya estuvieras a punto de ser perfecta, sabrías muy bien que yo me enfadaría mucho si tiras a la basura mis normas. ¿Sabes? Yo soy muy poético —dijo riendo—. Yo lo puedo interpretar como que te importa un comino mi palabra, ¿no?

—No, Justin... No es eso... Lo hice porque yo ya las cumplo todas y...

—Creo que no. Ahora creo que la primera regla es: no tomes decisiones por ti misma.

Sacó algo de la mesita de noche. Ella jadeó cuando lo vio reflejado por la luz. Gimió, se intentó librar, se retorció mientras rompía en llanto.

Justin sacaba suavemente el filo de un cúter, sonrió mientras la veía luchar.

—Me... ¡Me dijiste que yo era parte de ti!

—Y lo eres. Y hay veces que me odio a mi mismo y me dan ganas de golpearme... Pero como sé que mañana voy a amarme otra vez, pues mejor te hago daño a ti.

Ella gimió mientras en su cabeza retumbaban las palabras de Eliot, tenía razón, maldita sea.

—No... Por favor —gimió—. Te lo ruego.

—Eso no funciona conmigo porque, numero uno, estoy borracho; y numero dos... No me das nada de lástima.

Ella contuvo la respiración cuando acercó el cúter a su pecho. Con los ojos desorbitados miraba como la punta se acercaba a su pecho, apretó los dientes cuando el frío la traspasó y se extendió por todo el pecho.

Justin empezó a cortar la ropa, pero no tenía ningún cuidado en no cortarla. Es más, cuando ella gemía de dolor, Justin solo reía y decía: "Ups, lo siento".

Cuando Justin pudo por fin tenerla completamente desnuda, llena de finísimos cortes provocados por el cúter, sonrió. Tiró el cúter por ahí y empezó a quitarse la ropa con rapidez pero con cierra torpeza debido al alcohol.

Ella casi podía escuchar su corazón latir a compás del reloj, esta sería la peor noche de su vida. De pronto, fue como que todo pasara a cámara lenta frente a sus ojos, su audición se agudizó a tal punto, que podía oír la pequeña cadena de oro de Justin dar contra los botones de la camisa...

Y todo esto fue por el pensamiento que pasó por su mente.

Todos tenían razón, Justin no iba a cambiar ni por ella ni por nadie. Dirigió su mirada hacia Justin. Fue como en cámara lenta cuando Justin, completamente desnudo, se inclinó para besarla con bastante agresividad en los labios. Todo volvió a su rumbo normal cuando él le dio una bofetada.

—Sígueme —ordenó.

Empezó a besarla muy fuerte, con mucha agresividad, y rapidez, digna de un hombre insaciable. Ella gimió cuando sintió la mano de Justin en su vagina y peor aún, cuando introducía sus dedos dentro de ella. Ella lo observó mientras se separaba y sonreía buscando el lubricante en la otra mesita de noche.

—Por favor —rogó ella—. Justin... Mi Justin, no lo hagas.

—¡No soy tuyo! —gritó tomándola del pelo, ella jadeó mientras él la observaba fijamente—. No soy de nadie, ¿entendiste? Así que no me vengas con esas mariconerías. Niñata.

Y la soltó solo para ponerse encima y empezar a hundirse en ella. Justin no era consciente de la fuerza que podía ejercer sobre ella, y mucho menos era consciente de todo el daño que podía causar.

—Yo te cuidé —gimoteó ella mientras Justin la embestía—. Te di todo mi amor, te bajaría el cielo si hiciera falta... Y tú...

—Yo no te lo pedí —susurró—. Además, me debías todo esto. A mi no se me olvidan las cosas tan fácil, y no se me olvida que besaste a Demien. Tómalo como que estoy cobrando una vieja deuda.

—Eres un monstruo —susurró ella antes de seguir llorando.

—¿Ah, sí? Oh... Vale, muñeca. Veamos lo que un monstruo es capaz de hacer.

Ella se arqueó cuando él la tomó de las caderas y empezó a penetrarla tan fuerte, que ella fue sintiendo como se desgarraba su interior. Pataleó, lloró, rogó pero nada fue eficaz en el intento de que Justin parara.

Cuando terminó, ella miró a ese hombre... Él era el protagonista de sus sueños, esos llenos de purpurina, amor y bastante felicidad... Pero se había olvidado totalmente de cómo era en realidad. Este era el cuento de la bella y la bestia al revés: Tenía el encanto por fuera y la bestia por dentro.

Justin empezó a vestirse, y tambaleándose, fue directo a la salida.

—Vas a ver lo que tengo preparado para ti mañana, pequeña zorra.

Justo cuando Justin cruzó la puerta, ella jadeó del susto cuando Eliot entraba a la habitación por la ventana lleno de rabia, e iba directo detrás de Justin.

—¡Eliot! —lo llamó muy bajito para que Justin no la escuchara—. No vale la pena.

Eliot tomó el cúter del suelo y empezó a desatarla. Intentaba no mirarla ya que estaba completamente desnuda, en un momento de completa vulnerabilidad.

Cuando la terminó de soltar, la cubrió con su chaqueta cuando ella se sentó. Sin previo aviso, empezó a llorar en silencio. Eliot solo la observó mientras suspiraba.

—Ya está —le acarició la cabeza pero su tacto duró pocos segundos—. Intenta descansar.

—Eliot, lo siento mucho por hablarte así, tenías razón...

—No te preocupes —dijo intentando no mirarla porque le dolía muchísimo, sus palabras retumbaban en su cabeza no podía olvidarlas por arte de magia.

Ella sabía que estuvo mal y que Eliot seguía enfadado... Y lo peor es que si ahora quería huir de Justin.... Probablemente no contaba con Eliot.

Él se dirigió a la puerta mientras le dejaba llena de lágrimas. Ella miró sus manos y suspiró.

—Quédate —balbuceó—. Por favor.

Pero cuando ella subió la mirada, Eliot ya se había ido, y probablemente para siempre.

Regla 26.

Soy el único hombre en tu vida.

Cuando ella despertó, tenía el brazo de Justin rodeándola por la cintura. Se preguntó a qué hora volvió. Y de pronto, todo le vino de golpe. Un sollozo ahogado se perdió en su garganta mientras cerraba con fuerza los ojos intentando no sentirse tan miserable, tan engañada y tan estúpida.

Miró que todavía tenía la chaqueta negra de Eliot. Se encogió sobre si misma, abrazándola y aspirando su olor.

—Estoy despierto —dijo Justin haciendo que ella de un saltito—. Así que cállate. ¿Y esta chaqueta, de quién es?

—De Eliot —murmuró ella abrazándose a si misma.

—¿Y tu qué haces con las cosas de Eliot?

—Es lo único que me queda de él —cerró los ojos sabiendo que probablemente era cierto.

Justin la abrazó más fuerte. Ella intentó resistirse porque en cierta parte le dolía mucho el cuerpo... Pero también el alma.

—¿Y por qué no te pones mis chaquetas? —preguntó mientras aspiraba el aroma de su cabello.

—Porque las tuyas son carísimas. Sólo son dignas de ti, para eso te consideras un rey, ¿no? — un tonillo de ironía pudo diferenciarse en eso que Justin consideraba cierto.

—Tienes razón —rió Justin—. Date la vuelta.

Ella se quejó mientras lo hacía. Justin observó como cerca del ojo, en el pómulo derecho, estaba una pequeña herida y estaba hinchada la zona y amoratada. Después su vista fue a los labios, en la comisura izquierda había una herida también, en la mandíbula había un cardenal bastante grande y el cuello estaba bastante lastimado.

Sonrió, era como su obra de arte al azar. La atrajo hacia él mientras la besaba en el cuello. Tomando su trasero, la atrajo a su torso.

—No tienes ni idea de lo que tengo preparado para ti. Así que a las cuatro en punto, ni un

minuto más, ni un minuto menos, te quiero en mi despacho, D'accord?

—

Todo el día había estado en la cama, pensando y analizando la situación. Probablemente Justin la castigue, ¿Pero en el despacho?

Miró el reloj, y después de darse un ducha y vestirse, corrió como loca hacia el despacho porque llegaba un minuto tarde.

Al entrar estrepitosamente, miró a Justin. Estaba con los codos en la mesa, esperando pacientemente que ella entrara. Justin se levantó y sonrió.

—Vaya, vaya... Un minuto tarde —sonrió acercándose a ella—. ¿Me echaste de menos? —la tomó del rostro. Ella asintió levemente solo para mantenerlo contento. Justin rió soltándola y cerrando la puerta con llave.

Ella se retorció en su sitio cuando Justin pasó por su lado. Su aroma, su elegancia, todo de él estaba en esta habitación. Era como su esencia.

—Mira lo que preparé para ti.

Justin le enseñó un marco con un papel en blanco por dentro. Ella frunció el ceño y negó con la cabeza sin llegar a entender muy bien qué pasaba.

Justin se quitó la chaqueta del traje, tan bonita y fina... Y cara sin duda. Para quedar con la corbata y la camisa blanca. Ella jadeó cuando lo vio quitarse el cinturón y en cierta parte supo lo que pasaría.

—Acércate —dijo. Ella obedeció instantáneamente—. Hoy, serás castigada por tirar mi palabra a la basura.

—Pero Justin, sabes que no era mi intención...

—¡Silencio! —bramó empujándola contra el escritorio—. No hables si yo no te lo pido, ¿Ya se te olvidaron mis reglas?

Ella gimió muy fuerte cuando él la apoyó en el escritorio, boca abajo.

—Vas a escribir todas y cada una de las reglas que ya teníamos, pero con una pequeña variable. El número de la regla, es el número de azotes que te daré. ¿Ves ese bolígrafo? Tómallo. Escribirás, y con buena letra, lo que yo te vaya dictando. Por cada fallo, será un azote más.

Ella cerró los ojos cuando él le bajó el pantalón de pijama y empezaba a acariciar su trasero, escuchó el ruido de la hebilla contra su mano y cerró los ojos tomando el bolígrafo con fuerza.

—Título: desde hoy en adelante pasas a ser mía, completamente mía.

Vale, bien, no la había golpeado ni nada pero estaba tan tensa que apenas podía concentrarse.

—Regla número uno: no hablarás.

Y zas. Ella cayó del golpe en la mesa ante tremendo golpe con el cinturón. Gimió y cuando las lágrimas empezaban a caer a borbotones por sus mejillas, supo que tuvo que empezar a escribir ante la insistencia de Justin.

Ella empezó a escribir con mucha paciencia. Temblando por las lágrimas y el dolor. Justin miró

el papel y sonrió.

—Muy bien. Ahora, regla numero dos: obedecerás en todo lo que yo ordene.

Y dos azotes muy fuertes con el cinturón. Ella gritó retorciéndose de dolor mientras que con la mano temblorosa empezaba a escribir.

Unas horas después, tanto Justin como ella, estaba agotados. Ella recibió los últimos dos azotes y por fin pudo respirar en paz. Justin se dejó caer en una silla respirando agitadamente. Había dado aproximadamente unos 350 azotes.

Ella seguía apoyada en la mesa, llorando a más no poder por no poder incorporarse. Justin observó su trasero... Tenía la piel completamente roja, con un montón de marcas del cinturón hasta heridas. Había una en específico que se había abierto tanto que la sangre estaba resbalando por su pierna.

Justin, con la poca energía que tenía, se levantó a mirar las reglas. Estaban escritas regular, con la letra un poco torcida de vez en cuando, pero las dejó pasar ya que había aguantado muy bien estas dos horas de golpes.

—Muy bien —sonrió Justin tomando el cuadro y dejándolo a un lado—. Ahora —Justin la tomó del pelo levantándola del escritorio y pegándola a él, ella gritó de dolor pero se quedó quieta—, cada vez que camines o te muevas, te acordarás de mi y de que mi palabra para ti, es como la palabra de Dios, ¿me estás escuchando? —ella asintió múltiples veces intentando que Justin la soltara y dejara de tocar su adolorido trasero—. Vas a tomar esto —le dio el marco—. Y lo vas a colgar en donde estaba, ¿entendido, muñeca?

Ella asintió y suspiró de alivio cuando Justin la soltó. La empujó al centro del despacho. Ella lo miró buscando un poquito de humanidad, del Justin que le había dicho que era parte de él, pero no... Desde ahí podía ver las manos de Justin, con algunas manchas de sangre y el maldito cinturón había hasta adoptado la forma de la mano de Justin.

Ella volvió a subirse con muchísimo cuidado el pantalón de pijama y con suaves pasos, caminó hasta afuera. Con el trasero y el corazón lastimados.

Horas después, ya entrada la noche, ella estaba acostada en la cama, casi boca abajo intentando que su piel no rozara con nada, con la chaqueta de Eliot puesta, con su aroma impregnado en su cerebro. Lloraba desconsoladamente, abrazando una almohada, con tanto dolor interno como externo.

De pronto, escuchó que la puerta se abría. Se tensó ya que podía ser Justin. Vale, cálmate. No te hará nada, ¿verdad?

—¿Estás despierta?

—Gabriel —dijo ella como un suspiro de alivio—. ¿Dónde estabas?

Gabriel se arrodilló en el suelo y la miró desde el borde de la cama. La besó en la frente y le tomó la mano en signo de apoyo.

—Justin me encerró en la biblioteca —susurró resentido—. Llevo desde ayer por la noche ahí, Eliot me acaba de sacar, ¿Qué te hizo? —le apartó el pelo de la cara mirando sus heridas.

—¿Eliot está aquí? —se alteró ella—. ¿Sí? Por favor, dile que venga... Necesito verlo.

—No creo que sea buena idea —dijo Gabriel—. Está muy dolido.

Eso fue suficiente como para que ella se echara a llorar cubriéndose los oídos, escuchando esas

voces otra vez.

—¿Eres consciente de lo que le dijiste?

—Sí —gimió—. Estoy muy arrepentida. ¿Me llevas con él? Por favor.

—Está en su habitación.

—¿Y Justin? —se incorporó con todo el cuidado del mundo mientras se limpiaba las lágrimas.

—Se fue con su equipo a un prostíbulo...

Ella sabía que cuando salía con el squad, vendría borracho o con alguna mujer. Ella asintió y empezó a caminar con toda la paciencia y cuidado que podía existir en el universo. Gabriel la miraba intentando identificar qué le había hecho Justin, se le ocurrieron unas cuantas teorías pero supo que era muy doloroso cuando ella se detuvo casi llegando a la puerta y se quedó quieta, descansando.

—Ven, ¿quieres que te cargue? —preguntó Gabriel. Ella negó muchas veces con la cabeza sabiendo que eso dolería el doble—. Pues te ayudaré. Te traeré analgésicos para que te deje de doler tanto.

Ella agradeció con la mirada mientras Gabriel la tomaba de la cadera y la ayudaba a andar. Ella gimió y le tomó la mano a Gabriel subiéndosela un poco. Gabriel frunció el ceño mientras la miraba.

—¿Qué te hizo? —volvió a preguntar pero tenía tanto miedo de la respuesta.

—Me golpeó unas trescientas veces con el cinturón... —dijo a punto de ponerse a llorar.

Gabriel suspiró ayudándola a subir escalera por escalera, muy suave. Hasta llegar al pasillo.

—Puedo sola —susurró ella.

—¿Segura? —ella asintió—. Te traeré un par de pastillas que te ayudarán a dormir y te harán sentir mejor, ¿vale?

Ella asintió. Empezó a caminar apoyada a la pared, con mucha parsimonia. Llegó a la habitación de Eliot, y con mucha cautela, tocó la puerta.

Una vez... Dos veces... Pero nada. Así que abrió la puerta. Avanzó unos cuantos pasos en la oscuridad buscando la luz cuando Eliot salió entre la oscuridad.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó casi agresivamente.

—Eliot —dijo ella pegándose a la pared, sin pegar el trasero.

—Puedes irte, aquí no se te ha perdido nada.

—Sí —suspiró—. Tú.

Ella solo podía ver la silueta de Eliot porque estaba a contraluz pero en vez de darle esa sensación de frialdad, le daba una sensación de tanta protección y calidez. Era como si desde el fondo de su corazón, sabía que Eliot estaría siempre para ella.

—Perdóname —susurró ella.

—No tengo nada que perdonarte. Lo dicho, dicho está. Y ni tu ni nadie puede cambiarlo.

—No pensaba eso de verdad. Estoy muy agradecida contigo por todo lo que has hecho por mi, pero ahora mismo, te necesito.

—Me dijiste que tu protector ahora es Justin. ¿Por qué no vas y se lo pides a él?

Gabriel irrumpió en la escena solo para dejarle las pastillas en la mano a ella, junto con una pequeña botella de agua. Después de que ella se las tomara ante la vista atenta de Eliot, Gabriel se marchó.

—Justin es un monstruo... Me había olvidado de quién era... Lo siento. ¿Es muy tarde ya?
—Por favor, vuelve a tu habitación. Yo me iré dentro de nada, venía a recoger mis cosas.

Eliot encendió la luz dejando ver una maleta llena de cosas en el suelo. Ella gimoteó pero fue opacado por un jadeo... Eliot tenía un rasguño en la cara y los nudillos ensangrentados.

—¿Cómo te hiciste eso? —ella intentó acercarse y tocarlo.
—No me toques —dijo Eliot dando un paso hacia atrás. Eso fue definitivo para que ella empezara a llorar sin consuelo.

Eliot miró que ella llevaba todavía su chaqueta, como si nunca se la quisiera quitar. E hizo algo que no se esperaba... Se arrodilló ante él.

—Perdóname —musitó llena de lágrimas.
—No, eso si que no. Levántate. Yo no soy Justin como para que te tengas que arrodillar.

Eliot la tomó de los codos y la subió a su altura.

—Puedes quedarte un rato aquí —dijo Eliot señalando la cama.
—No, Eliot. Yo no es que solo quiera quedarme, quiero que me perdones y que volvamos a estar como antes.
—¿Cómo? —subió el tono de voz—. ¿Justin golpeándote y yo escondido en los armario? Tenías mucha razón, soy un amargado. Buscaré una novia y me iré para siempre.

Ella se cubrió el rostro mientras se echaba a llorar. Sollozó cuando Eliot la ignoraba e iba al armario y seguía guardando lo que quedaban de sus cosas.

—Por favor... No pensaba eso, es que... Lo siento —lo tomó del brazo—. Mi Eliot.

Eliot suspiró. Se lo estaba poniendo muy difícil. Tomándola de la mano, la miró levemente, incapaz de mirarla a los ojos.

—Ya, no te preocupes —dijo tomando la maleta y cerrándola.

Ella volvió a arrodillarse a la altura de Eliot, sabía que seguía muy enfadado y que iba a irse.

—¿Por qué me haces esto? —susurró ella mirándolo, muy cerca.
—Porque te quiero —suspiró Eliot—. Y me has hecho muchísimo daño. Y además tienes mucha razón... Me buscaré una novia, y te dejaré en paz.

Ella le quitó el pelo de la cara, para poder verlo mejor, Eliot dirigió su rostro otra vez hacia ella y sin previo aviso, lo besó.

Eliot, a pesar de querer seguir, la detuvo. Esto le estaba doliendo más que nada, cerró la maleta y se incorporó evitando mirarla.

—¿Me vas a abandonar?

Eliot suspiró mirando sus ojos, y a él se le llenaron de lagrimas. Suspiró, apretó la mandíbula y colocó su mano en el hombro de ella.

—Tu me lo pediste —susurró y se alejó perdiendo todo tacto con ella—. Que tengas mucha suerte. Adiós, pequeña.
—No —gimió—. Esto no está pasando.

Eliot odiaba verla así y peor que él fuese el causante de tanto dolor, pero entendió que tal vez él tenía que estar por encima de ella, y sus sentimientos estaban en juego, así que mejor tomar distancia para siempre.

—Quiero que sepas —susurró Eliot mirándola a los ojos—. Que me salvaste la vida y te estoy eternamente agradecido.

Ella, lo abrazó muy fuerte y aunque Eliot no le devolvió el abrazo, ella siguió colgada de sus brazos.

—Te quiero, Eliot —susurró.

Pero Eliot se separó de ella y tomando la maleta, se marchó en silencio dejándola en la habitación vacía, sola, llena de dolor y de lágrimas amargas. Eliot se estaba yendo y ella no iba a poder hacer nada.

Antes de que él empezara a bajar las escaleras, se detuvo suspirando escuchándola llorar desde ahí. Le había roto el corazón verla tan lastimada y que apenas pudiese caminar, le había roto el corazón verla llorar por su culpa... Y peor aún, le dolía aún más las consecuencias que tendría su partida.

Mirando su maleta y antes de que pudiera evitarlo, estaba girando sobre sus pasos mientras se repetía a sí mismo: "Eliot te odia" "Te vas a arrepentir" "vas a sufrir" "es que imbécil se nace".

Y sin esperar más, entró en la habitación tomándola en sus brazos y abrazándola tan fuerte como podía. Al entrar, ella estaba arrodillada en el suelo abrazando su pañuelo rojo. Ella siguió sollozando en su pecho incapaz de creerse que había vuelto para abrazarla.

—Ya no llores —susurró Eliot—. Ya estoy aquí.

—Eres la mejor persona que he conocido en mi vida, Eliot —gimoteó ella separándose para mirarlo—. Las buenas personas como tu nunca deberían tener malos días.

Y sin previo aviso, lo besó en los labios. Eliot presionó los ojos muy fuerte luchando entre ceder o apartarse. Gabriel ya se lo había dicho, ella era especial y consideraba los besos como abrazos y el sexo como besos... Era como que era tal la necesidad de cariño, que con los abrazos no bastaban... Necesitaba besos, muchos besos. Y en momentos de tanto sube y baja emocional, era común que ella quisiera besar a todo el que se le cruzara.

—Mi Eliot —susurró ella pegando su frente con la de él.

—Ven, quedémonos un rato aquí —susurró Eliot un poco incomodo señalando la cama.

Ella asintió y dejó que él se acostara para ella luego ponerse boca abajo descansando sobre su pecho.

—Gracias por quedarte —susurró ella cerrando los ojos.

Eliot no contestó, y cerró los ojos intentando descansar. Ya mañana decidiría si se iba o se quedaba... Pero mañana, hoy no.

—

Por la mañana, ella despertó en su cama. Sonrió al recordar a Eliot pero todos esos recuerdos fueron opacados al escuchar a Justin gritar en el piso de abajo y ella no tener puesta la chaqueta de Eliot.

Se incorporó confundida y pudo divisar a Gabriel sentado en el escritorio, mirando a la ventana fijamente, pensativo.

—¿Gabriel?

—Oh, ya despertaste —susurró acercándose.

—¿Y Eliot? ¿Dónde está Eliot?

Gabriel suspiró mirando al suelo, la volvió a mirar aunque con atisbo de pánico en la mirada.

—Eliot se ha ido.

—¿Qué? —preguntó casi sin aire.

—Se ha marchado. Ha tomado sus cosas y se ha ido.

—Me... Me estás mintiendo —dijo ella corriendo hacia la puerta pero Gabriel fue más rápido y le prohibió el paso.

—No te estoy mintiendo, pero Justin me ha prohibido que salgas.

—¿Por qué?

—No quieres saberlo... —se aclaró la garganta.

—¡Déjame pasar!

Y después de empujar muchísimo a Gabriel, consiguió correr y escabullirse hasta el despacho de Justin.

Abrió la puerta estrepitosamente y cayó al suelo haciéndose daño en las rodillas. Miró a Justin, que se levantó de su silla un tanto enfadado, ella jadeó levantándose y tomando la chaqueta de Eliot que estaba reposada sobre una silla. La abrazó y miró al hombre que estaba sentado en la silla enfrente de Justin.

—¿¡Qué haces aquí!?! —gritó Justin intentando arrebatarle la chaqueta.

Pero ella veía solamente al sujeto. Miró a Justin rápidamente y su respiración se agitó, Gabriel estaba afuera mirando y le pedía disculpas a Justin con la mirada.

—Justin... ¿Qué ocurre? Justin... ¿Por qué él está aquí?

—Sal, por favor, ya hablaremos... —dijo intentando quitarle la chaqueta.

Ella huyó de Justin y corrió a tocarle el hombro al hombre que no se daba la vuelta.

—Demien —gimió ella—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás hablando con Justin?

—Muñeca, no te lo diré dos veces, sal de aquí y dame esa maldita chaqueta.

—No... —susurró retrocediendo sin soltar la chaqueta—. Demien, ¿Por qué me miras así?

Demien la miraba con asco, con desprecio. Ella empezaba a llorar, era demasiado entre la ida de Eliot y el desprecio de Demien.

—Vamos —dijo Gabriel tomándola de los brazos.

—¿Qué cojones os pasa? —musitó ella a punto de llorar—. Estáis todos... Estáis todos organizados para dejarme como loca... Tu, Demien, Eliot y Gabriel... ¡No me toques! —gritó separándose de Gabriel.

—Eliot está muerto —dijeron los tres al unísono.

—No... No lo está... Ayer... Él y yo... Y tu... Demien... Con Gabriel... Y...

Ella se echó a llorar y Gabriel la tomó del brazo y la llevó fuera de ahí.

—¿Eres tonta? Eliot está muerto para Justin, no digas que está vivo —susurró Gabriel

regañándola.

—Pero... ¿Y Demien?

—Justin y él están firmando un trato... No sé de qué pero es un trato...

Ella gimió sin poder creerse que eso era verdad. Se sentó en el sofá y abrazó sus piernas. Sin soltar la chaqueta.

—¿Y por qué Justin me la quitó? —gimió señalando la chaqueta.

—No quiere que la tengas.

—¿Por qué?

—Dice que solo él es tu hombre. No quiere que tengas nada del hombre que lo traicionó.

—Pero... Está firmando un trato con Demien —dijo cargada de rabia, y justo cuando iba a levantarse y a enfrentar a Justin, no hizo falta porque él salió de su despacho.

Ella retrocedió al verlos juntos. Demien la miraba fijamente con bastante desprecio. ¿Por qué? ¿Qué había hecho?

—Dame eso —ordenó Justin, ella gimió retrocediendo y negando con la cabeza—. Dame eso.

Justin se la quitó de las manos y ella intentó quitarle otra vez la chaqueta pero fue imposible. Demien y Gabriel se miraron y Demien suspiró.

—Justin, por favor... Justin —se colgó de su brazo y lo miró fijamente—. Por favor, no me la quites, es lo único que me queda de Eliot, por favor.

Justin la empujó con mucha fuerza tirándola al suelo. Ella sollozó y aunque no pudo verlo... Demien se tensó y apretó los dientes pero suspiró y se calmó.

Justin se acercó a la chimenea con la chaqueta en la mano. Gimió e intentó levantarse pero Justin sacó un arma y la apuntó.

—Ni se te ocurra —advirtió.

—Justin... Es lo único que me queda de Eliot. Por favor... No lo hagas.

—¿Cuándo entenderás que yo soy el único hombre en tu vida, muñeca?

Y Justin tiró la chaqueta a la chimenea, empezó a arder en cuestión de segundos. Ella se cubrió los labios con las manos y se levantó con el corazón roto. Miró a Justin fijamente para decir:

—Me las pagarás.

Y se fue hacia la habitación mientras Justin se reía.

—Mujeres, ¿Quién las entiende?

Demien y Gabriel se rieron pero de manera muy superficial... Solo para seguirle el juego a Justin, ya que sabían que no les convenía llevarle la contraria.

Ella llegó corriendo a la habitación directo al cajón donde Justin escondía el arma. La tomó y se aseguró que tuviera carga, tal y como Eliot le había enseñado.

—Voy a matarte desgraciado —susurró mirando el arma—. Quemaste mi corazón y yo te voy a traer el infierno. Se acabó, Justin, se acabó para siempre.

Regla 27.

Si intentas asesinarme vendré hasta en espíritu para matarte.

Y pasaron los días...

Ella no se decidió a matarlo en el momento ya que era consciente de que estaba herida y probablemente necesitaría escapar lo más rápido que podía.

En esos días, se dedicó a hacerle la vida imposible a Justin. Con pequeñas trampas para que las cosas le salieran mal. Por ejemplo, Justin utiliza muchísimo los colirios para los ojos ya que lee muchísimo y sus ojos se secan rápido, así que ella le puso picante en todos los colirios.

Justin casi pierde el ojo pero valió la pena verlo sufrir. También le rompía los trajes, las ventanillas de sus adorados coches, cuando traía a alguna mujer la ahuyentaba poniendo serpientes en su almohada. También con el squad hizo algunas travesuras.

El squad de Justin era muy variado. Eran doce hombres, incluyendo a Demien, que salían para ver lo que llamaban "The business" o para simplemente ir a algún prostíbulo o algo. Comprendido por: un político corrupto, un militar corrupto, un estafador (Demien), un hacker (Hardison), un ladrón, un escapista, un matemático, un falsificador, un arquitecto, un medico, un asesino a sueldo, como Eliot, y obviamente el jefe, Justin.

Con el squad fue fácil, les robó las tarjetas de crédito a todos y cada uno y como venganza a Demien, se las puso en el bolsillo a él.

Pero Demien era un excelente actor y salió airoso diciendo que todos ellos se las habían dado la noche anterior porque él era el único que no bebía.

Por la noche, alistaba una maleta pequeña, que es con la que huiría. Metió medio millón en efectivo, lo que Justin tenía en la caja fuerte y un poco de ropa y comida para sobrevivir.

Ahora se tenía que mentalizar en que iba a asesinar a Justin.

Por su parte, Justin ya no le pegaba ni mucho menos le prestaba atención. Prefería salir con su squad, tomar vino carísimo y fumar puros para después traer a alguna modelo o prostituta a casa. Así que ella se dedicaba a obedecer a las reglas y no llamar mucho la atención.

Como siempre, Justin llegaba a su cama y dormía a su lado completamente desnudo, como si fuese su perro guardián.

En cambio Gabriel, también la cuidaba y se dedicaba a arreglar los coches de Justin. Si no fuese por las travesuras que ella hacía en casa, sería la época de más paz que han vivido.

Volviendo a las travesuras: cambió la crema corporal de Justin por pasta de dientes, al shampoo le puso alcohol para que le irritara los ojos, en la comida le ponía laxantes, en el café sacarina, y Justin odiaba profundamente la sacarina. Le había puesto miel dentro de los calcetines, también había pegado las llaves del coche al tapiz del asiento trasero de su coche de princeso... Eso fue lo que le dolió más ya que tuvieron que quitar parte de ese carísimo tapiz.

Y así, seguía haciendo travesuras. Ella se encerraba en su habitación y dormía para estar activa toda la noche o se dedicaba a leer...

Normalmente cuando Demien llegaba y se la encontraba, solo se miraban, Demien bajaba la mirada e intentaba evitarla. Se sentía muy decepcionada, de él y de Eliot.

Su Eliot.

Se había ido y como había prometido, no había vuelto. Ahí ella le dio cuenta que cuando perdemos a alguien... Este se va... Para siempre. Y no hay nada que podamos hacer que lo va a traer de vuelta.

Cada vez intentaba desvanecer el recuerdo de Eliot, para poder concentrarse en su venganza. Sabía que Eliot lo evitaría y eso la desconcertaba porque ella quería hacerlo, quería arruinarle la vida a Justin tanto como él se la arruinó a ella.

Había pensado tantas veces en no matarlo, sino apuñalarlo en ambos ojos o simplemente cortarle un brazo con una sierra pero ese sería demasiado trabajo, por lo que decidió mejor una bala en el cuello y se acabó todo.

Nunca se había parado a pensar en las consecuencias, prefiere no hacerlo porque son muy graves. El squad se encargaría de encontrarla y matarla...

Mientras diseñaba una pequeña bomba de gas pimienta para cuando Justin estuviera duchándose, tocaron su puerta. Ella se quejó cubriendo todo con una manta y abrió la puerta, muy cortante y seca:

—¿Qué?

Era Demien el que estaba de pie mirándola. Ella bufó e iba a cerrar la puerta pero Demien colocó su pie impidiéndolo.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar?

Pero ya estaba adentro. Ella hizo los ojos en blanco agarrando el pomo de la puerta sin poder evitar que las piernas le temblaran.

—No se te ha perdido nada aquí —repitió lo que le había dicho Eliot.

Demien sonrió tomándola del rostro. Ella arisca, retrocedió mirándolo con mucho desprecio.

—He hecho las pases con Justin porque quiero ganarme su confianza, ¿sabes por qué y para qué? Porque Eliot me contó lo que te hizo después de que fueses a verme al hospital, y prefiero tener al enemigo cerca y persuadirlo para que se vaya con un prostituta antes de que te haga daño a ti.

Ella parpadeó para luego mirar al suelo.

—Te lo agradezco pero yo puedo sola —dijo abriendo la puerta—. Adiós, Demien.

Demien suspiró y le acarició la mejilla con mucha delicadeza, esta vez ella no se separó.

—¿En qué te has convertido, mi dulce niña?

Ella por fin apartó el rostro y Demien sin decir nada más, se marchó.

Ella volvió a sentarse preparando la pequeña sorpresa para Justin y probablemente la última, porque al menos de que los muertos se sorprendan... Duda que vuelva a ver alguna de sus travesuras.

—

Justin estaba tumbado con los ojos cubiertos por un antifaz ya que le dolía nada más abrirlos. El picante le había irritado muchísimo los ojos y algunas partes de su piel. Pero dentro de lo que cabía, estaba bien. Ahora tendría que descansar un poco la vista y mañana estaría como nuevo.

Eso le hizo pensar en su muñeca. Ahora si la tenía como una muñeca, completamente abandonada pero ella tampoco se preocupaba así que pensaba que estaría bien.

Un día pensó en dejarla libre, porque para tenerla de adorno por ahí... Pues no valía la pena, pero se arrepintió profundamente de tal pensamiento. Solo con imaginarse que ella se iría con algún otro hombre pues lo volvía desquiciado en un segundo.

Además era solo suya, ¿no? Y a su lado es donde siempre debería estar, donde su dueño.

Después de comprobar que sus colirios no tuvieran picante, se puso dos gotitas y por fin, pudo levantarse e intentar hacer vida normal.

Los ojos ardían, tal y como le había dolido a ella cuando él la había azotado. Pero aquí había un factor extra...

Justin subestimaba tanto a su muñeca, que creía plenamente que no era lo suficientemente lista como para hacer tremendas cosas.

Ella estaba abajo bebiendo chocolate caliente, mientras miraba a Gabriel quitarse las negras manchas de los brazos y las manos, es decir, toda la porquería del motor de su viejo chevy del 89.

—¿Salen con alcohol? —preguntó ella, Gabriel sonrió rascándose la mejilla sin querer manchándose un poco el rostro.

—Sí, pero me he hecho unas cuantas quemaduras con el motor encendido y puede que me duela.

—Nenaza —rió ella calentándose las manos con la taza.

—Oye —rió—. No se vale. Tu eres una niña, no puedo pegarte.

Ella rió pero fueron interrumpidos por Justin entrando en la cocina. Parecía recuperado, tanto, que ya estaba vestido con traje. Gabriel y ella se miraron solo para pensar una palabra al unísono: "squad".

—Hola, pequeña —sonrió acariciándole la cabeza como si fuese un perro.

—¿Qué tal estás, Justin? ¿Te sientes mejor?

—Sí, mucho mejor —dijo sonriendo sacando su billetera y empezando a contar un fajo de billetes enfrente de ambos—. Saldré y volveré esta madrugada.

—Cuídate —dijo ella intentando parecer preocupada—. No sé qué haría si te pasara algo, Justin.

—No te preocupes por mí, cosita dulce —dijo tomándole el rostro y apretando sus mejillas como si él fuese su abuela o algo así—. Voy a estar bien. Me encanta que yo sea el centro de tu mundo.

Justin se giró para seguir contando los billetes y ella se iba a lanzar a su cuello, pero Gabriel la

detuvo. Ella suspiró sabiendo que esa misma noche Justin no iba a seguir vivo.

De pronto, le dio lástima. Hoy estaba aquí y mañana ya no.

Pero quitó esas palabras estúpidas de su mente ya que sabía perfectamente que él la mataría.

—Sube —ordenó Justin—. Ya vienen mis amigos y no quiero que te vean así.

Ella obedeció y después de dejar la taza en la encimera, se acercó y lo besó en la mejilla. Y se fue.

—¿Tu también la notas rara? —susurró Gabriel.

—¿De qué me hablas? —rió Justin.

—De su forma de actuar... Justin, ten cuidado. Eliot ya te lo dijo en su momento, ella puede tener un brote psicótico y puede hacerte y hacerse mucho daño.

—¿Y cómo puedo evitarlo?

—Tan simple como tratarla bien.

—Ya, pero si la trato bien... Pensará que estoy enamorado o algo así.

Gabriel suspiró sentándose en la mesa.

—He intentado hablar múltiples veces con ella. Justin... Estos días la he visto hablar sola —dijo Gabriel tallando sus ojos con mucho cuidado—. Es una gran chica, es muy buena persona...

Pero necesita ayuda Justin. ¿Y si...?

—No —sentenció—. Es mi última palabra. Además ella es tan estúpida que cree que yo no me doy cuenta —rió—. Y no es así. ¡Vaya que no es así! Pero, ¿Sabes qué? Soy Justin Bieber y yo lo controlo absolutamente todo.

Y salió de la cocina. Gabriel refunfuñó quitándose la camiseta caminando directo a su habitación, para darse una larga ducha.

No podía parar de pensar en Demien... Hoy se habían cruzado en el pasillo y él le había dado un apretón de manos... Ay, Demien. Pones de cabeza a cualquiera.

—

Por fin. Era el momento. Ahora o nunca. Se giró suavemente en la cama para asegurarse de que Justin estaba profundamente dormido. Al parecer sí... Eran ya las tres de la madrugada y por fin iba a asesinar a Justin.

Se levantó con mucha cautela y fue directo al armario. Tomó su maleta y con cuidado la llevó hasta la puerta, de ahí saldría corriendo, y huiría para siempre siendo feliz sola.

O eso creía ella.

Caminó sin apartar sus ojos dementes de Justin, con tanto cuidado, calculando dónde iba cada paso. Y se acercó a la mesita de noche.

Aquí estaba el arma cargada.

Tomó aire y asintió. Por su mente pasaron las posibles reacciones.

Eliot diría algo como: "no lo hagas, tu no eres una asesina como yo, no puedes manchar tu nombre y tus manos de sangre.

Gabriel diría: "no lo hagas, nadie merece morir.

Demien: "Hazlo, estaremos juntos para siempre.
Todos los empleados: "Hazlo".
El squad: "no lo hagas, él no paga el alcohol y las prostitutas".

¿Pero y ella?

Hazlo.

Rodeó la cama sin apartar los ojos de Justin, sentándose a su lado. Quitó el seguro haciendo mucho ruido... Pero Justin no se inmutó.

Ella lo admiró. Estaba completamente desnudo. Así había vuelto de unas cuantas habitaciones siguientes, donde estaba una prostituta. No olía a alcohol pero sí a colonia. La luz de Selene, la poca que entraba en la habitación, dejaban ver a un Justin completamente bello, lleno de luz y con las mejillas rosas. Parecía una estatua preciosa de lo quieto y perfecto que estaba.

Qué desperdicio.

Ella suspiró mirándolo una vez más para luego dirigir su mirada al arma. Su mano estaba ahí, en el gatillo, ¿Y si se suicidaba ella? No... No estaba lista para morir. Y probablemente Justin tampoco. Pero a diferencia de ella, Justin se lo merecía.

Ella volvió a suspirar evitando las ganas repentinas de llorar. La ansiedad iba a acabar con ella... Así que ya, se decidió.

Colocó suavemente el cañón de la pistola en su cuello, a su derecha. Cerró los ojos intentando reunir fuerzas, cada vez presionaba más el arma y le temblaban muchísimo la manos... Pero ahora sí. La casa estaba en completo silencio, se oiría por toda la maldita casa y vendrían todos corriendo como locos para ver qué ocurrió...

¿Por qué cada vez se le hacía más difícil? ¿Por qué no podía ser como Justin? Él ni siquiera veía a sus víctimas. Solo apretaba el gatillo y se iba.

Vale, tienes que calmarte urgentemente, ahora sí, aprieta el gatillo y acaba con la pesadilla de miles de personas. Ya nunca podrás dominar a nadie, ya nunca podrás golpear o asesinar, Justin. Se acabó tu reinado del terror.

—Hazlo.

Ella dio un saltito pero no quitó el arma del cuello de Justin. Él abrió los ojos y no movió la cabeza, solo volvió a repetir:

—Hazlo.

Ella apretó los dientes y él giró la cabeza para mirarla fijamente.

—¿No tienes miedo? —porque ella sí.

—Todos morimos —susurró con la voz ronca—. Algún día me tendría que llegar a mi. ¿Por qué no continuas?

—¿Sabes todo lo que pasará si te mato?

Justin apretó la mandíbula, muy fuerte. Ella también apretó más el arma contra su piel.

—Hazlo —parecía que se lo estaba ordenando. La tomó de los brazos—. ¡Hazlo! —subió el tono de voz sin perder la voz ronca.

Justin, sin perder más tiempo, la tomó más fuerte de los hombros y la giró en la cama haciendo que ella quedara debajo. En ningún momento soltó el arma pero al parecer, en vez de asustar esto a Justin, lo excitó profundamente.

—¿Pensabas que no me daría cuenta que intentabas asesinar-me? Qué ingenua, eres cosita pequeña.

—Seré todo lo ingenua que quieras pero soy yo la que tiene un arma cargada en tu cuello, mi Justin.

Justin rió con mucha suavidad. Una risa muy sexy que a ella la estremeció. Justin le abrió las piernas para poder ponerse entre ellas y hacer más presión con su cuerpo. Ella no entendía cómo es que Justin no tenía miedo...

—Si de verdad quisieras matarme, ya lo hubieses hecho hace tiempo. Pero en realidad quieres que ahora mismo te bese y te haga mía, tal y como suelo hacer siempre, ¿verdad? —preguntó con la voz ronca dejando un suave beso en la punta de su nariz.

Justin empezó a desabotonar el pantalón de ella, con mucha cautela porque también era consiente de que ella seguía teniendo el arma en el cuello de él.

—Mi muñeca —susurró—. Solo mía, ¿entendiste?

Ella gimió cuando él introdujo una mano cálida dentro de su pantalón.

—¿Ves? Estás húmeda, esperando que yo te posea. ¿Sabes por qué? Porque tu cuerpo sabe a quién le pertenece... A mi, a tu dominante.

Justin acercó sus labios a ella y la besó con mucha fuerza. Ella también respondió soltando el arma haciendo que cayera al suelo para tener las manos libres con el objetivo de tomar su rostro y besarlo también con la misma intensidad.

Ella gimió al sentir el frío metal en su cuello.

—¿Lo ves? —rió Justin presionando el arma contra el cuello de ella—. Ya sabíamos lo ingenua que eras.

Regla 28.

No me abandonarás.

Ella no había querido matarlo.

Pero Justin no se levantó del suelo.

Ella corrió como loca tomando la maleta, saliendo de la habitación. ¿Por qué haría eso? Porque ella había asesinado a Justin por accidente.

Todo empezó cuando Justin había colocado el arma en el cuello de ella. Ella cerró los ojos muy fuerte mientras sentía como Justin bajaba el arma hasta su pecho, besando justo donde había pasado el cañón. Ella musitó un "por favor" que se perdió en el aire.

—Ay muñeca. ¿Hasta cuando entenderás que no podrás conmigo? —rió besando su mejilla—. ¿Sabes lo que hice con las otras muñecas? Las asesiné yo mismo. Las llevaba detrás de casa, y ahí... Hacía que corrieran y corrieran por sus vidas y yo... Las cazaba. Les disparé a todas y cada una de ellas, como si fueran animales porque para eso son para mi, animales insignificantes.

Ella retuvo el aire cuando él volvió a subir el arma, justo en su mandíbula.

—Podría hacerlo contigo —susurró con la voz ronca contemplando la posibilidad—. Pero me ha parecido la cosa más sexy que has hecho hasta ahora.

Justin tiró el arma al suelo y ella pudo suspirar de alivio cuando Justin empezó a besarla con fuerza. Ella siguió el beso... Hasta parecía que ella iba más agresivamente que él.

Justin bajó para besarla en el cuello y marcarla. Pero ella no se dejó. Lo empujó por los hombros y la milésima de segundo que Justin frunció el ceño, fue borrado por la bofetada que ella le dio.

—Ay gatita —rió Justin—. Vale, vale. No lo haré.

Ella asintió y Justin volvió a besarla en los labios. Ella gimió arqueándose hacia él mientras él aprovechaba para bajarle el pantalón. No se lo bajó del todo cuando Justin empezaba a introducir sus dedos en ella de forma muy agresiva.

—Me estás haciendo daño —se quejó ella pero él parece interpretarlo con que eso estaba bien, así que lo hizo más fuerte—. ¡Para!

Ella lo empujó y aprovechó para levantarse y abrocharse el pantalón. Oh, Justin. Él se puso de rodillas... Con esa cosa muy despierta, y la invitó a volver.

—Ven, pequeña. No te haré daño, te lo prometo.

Ella titubeó al retroceder pero a Justin se le borró la sonrisa al instante. Se levantó y ella siguió retrocediendo.

—Ven, pequeña —repitió, cada vez con el tono más agresivo—. No te lo diré dos veces.

Ella quedó completamente arrinconada en la pared. Miró a Justin acercarse, y cada vez mas cerca... Y cada vez más.

Y tuvo la peor idea del mundo.

Ella miró a la puerta principal como si alguien estuviera entrando, Justin frunció el ceño y volteó un poco la cabeza, pero eso fue suficiente para que ella pillara su preciada copia del David de Miguel Angel y lo estampara contra la cabeza de Justin.

Y se hizo el silencio. Ella jadeaba con la estatuilla en la mano, mientras miraba a Justin en el suelo... Casi grita de pánico al ver que la alfombra blanca se empezaba a manchar de sangre.

—Lo maté —susurró incrédula con los ojos desorbitados.

Dios mío. Dejó la estatuilla a un lado y fue hacia Justin.

—Justin, despierta, por favor —sollozó con los ojos húmedos por las nascituras lágrimas—. Me asusté, creía que ibas a golpearme... Justin...

Ella buscó su pulso... Pero no había pulso. Ni latidos... Ni siquiera respiraba.

Ella empezó a llorar frenéticamente mientras le acariciaba el rostro. Un rostro tan bello... Pero tan malvado también. Nunca hay que dejarse llevar por la belleza de alguien, recordemos que el demonio era el ángel más bello.

—Justin —se inclinó y lo besó en los labios con mucha levedad—. Despierta por favor —gimió sacudiéndolo un poco—. Justin... Por favor. Eres... Eres mi hogar. Estoy enamorada de ti, fui tan estúpida al intentar hacerte daño... Si despiertas ahora te dejaré hacerme lo que quieras pero despierta ahora... Por favor. Abre los ojos... Te lo suplico —sollozó mientras manchaba su rostro de lágrimas—. No debí hacerlo.

Y ahí se dio cuenta que no podía quedarse ahí. El Apocalipsis se aproximaría cuando alguien lo buscara a la mañana siguiente y viesen que estaba muerto.

—Lo siento —volvió a susurrar ella llamando a las ambulancias por si al caso, mientras lo vestía con mucho cuidado, intentando no moverlo mucho.

Después de eso, dejó el cadáver de Justin en el suelo, metió la estatuilla de David en la maleta y después de darle un último vistazo a Justin cargada de lágrimas, salió de esa casa... Esperaba que para siempre.

Al bajar al salón, encontró a Demien dormido en el sofá. Él era el único que no bebía ni mucho menos traía prostitutas. Ella se detuvo en la entrada y suspiró intentando calmar sus lágrimas para correr hacia él.

—Demien —lo llamó y a la primera despertó—. Tienes que ayudarme, por favor.
—¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz ronca—. ¿Estás bien? ¿Te hizo algo? —ella negó con la cabeza temblando frenéticamente.
—He... He matado a Justin.

Demien parpadeó y se talló los ojos como en un momento de incredibilidad total.

—¿Qué? —casi sonó agresivo.
—Le... Le pegué con la estatuilla del David... Y no se levantó. Tengo mucho miedo... Sácame de aquí, por favor.

Demien asintió levantándose y tomando su chaqueta intentando analizar la situación. Vale, la sacaría de ahí pero es evidente que sabrían que ella fue la que lo asesinó.

—Toma —susurró dándole las llaves de su coche—. El mío es el único blanco.

Ella asintió apenas pudo pillar las llaves sin que se le cayeran por el pánico que la estaba asesinando por dentro.

—Demien, llamé a unas ambulancias... Entré en pánico.
—Joder —masculló—. Vale, vale, no te preocupes. Llamaré a Hardison para que manipule las cámaras y ponga mi hora de salida desde que Justin llegó. Joder, solo a ti se te ocurre asesinar a Justin en estas circunstancias.
—Demien... —musitó ella con un nudo terrible en la garganta.
—Así que mas vale que esté vivo porque si Justin muere... Todos estamos jodidos.

—Iba a pegarme —susurró ella cubriendo sus oídos con sus manos como no queriendo escucharlo más.
—Podrías correr o gritar... ¡No asesinarlo! —Demien suspiró recuperando la compostura—. Venga, ve hasta mi coche.

Ella asintió mirando a Demien.

—Lo siento —musitó temblando agresivamente.
—Supongo que tu intención no era asesinarlo... Solo querías defenderte, ¿Verdad? —Demien la tomó del rostro con firmeza—. Mírame, eso es, mírame a los ojos. Y ahora escucha con mucha atención: Vas a estar bien, ¿entendiste? No te va a pasar absolutamente nada si estamos aquí contigo. No tienes que temer por tu vida porque te prometo que la cuidaré como si fuese la mía, ¿te quedó claro?

Ella asintió agradeciendo infinitamente sus palabras, así que lo abrazó muy fuerte. Demien la besó en la mejilla con mucha delicadeza, temiendo soltarla por si se desmayaba o se caía. Con mucho cuidado la soltó. Parecía un pequeño ciervo recién nacido, apenas podía mantenerse en pie. Después de asegurarse que no iba a caer, él corrió al piso de arriba a buscar a Hardison y de paso ver a Justin.

Ella también corrió con la maleta hasta encontrar el coche de Demien fue fácil, destacaba entre los demás. Al entrar, empezó a llorar sin consuelo, casi instantáneamente. Quería que Demien volviese pronto, no quería estar sola, ahora no. Todavía tenía sangre de Justin en las uñas, todavía podía oír cómo sonó su cráneo cuando el podio de la estatuilla impactó contra su cabeza.

Demien llegó trotando al poco tiempo. Ella le dio las llaves todavía temblando pero él no la miraba, sino que tenía la mirada perdida.

—Creo que está muerto —dijo Demien suspirando mientras empezaban a avanzar—. Me acerqué y no tenía pulso ni nada...

Ella sollozó en voz alta cubriendo su rostro con las manos. Demien puso una mano en su pierna intentando calmarla pero sabía que era imposible.

—Hardison va a destruir todas las cintas, nadie va a saber dónde estás.
—¿Por qué Hardison nos ayuda?
—Porque odia a Justin al disparar a Eliot, su mejor amigo.

Ella asintió varias veces mientras dejaba que Demien la tomara de la mano. Ella seguía temblando muy agresivamente, así que se asustó un poco con la idea de que le podía dar algo, pero prefirió mantener las formas para no alterarla aún más.

—Vas a estar bien —repitió Demien entrando en la ciudad sin apartar los ojos de la carretera—. Te lo prometo.

Ella asintió intentando convencerse, apoyando la cabeza en el hombro de él, cerrando los ojos, buscando un poco de paz interior.

Al llegar a un edificio, se detuvieron, Demien hablaba por teléfono con Hardison diciendo que hackeara las cámaras de seguridad y de tráfico para que no supieran dónde están.

Ella se bajó mientras Demien llevaba la maleta. Al empezar a subir las escaleras, él colgó y la miró. Le pasó la mano libre por lo hombro y la abrazó contra su cuerpo.

—¿En dónde estamos?
—Ya verás.

Ella titubeó queriendo seguir preguntando pero se quedó callada. Demien volvió a ver su teléfono y asintió.

—Acaba de llegar la ambulancia —dijo mientras suspiraba.

Ella asintió tomando un respiro. Ya estaba más tranquila pero seguía todavía bastante triste y callada.

Llegaron al séptimo piso, el último. Demien se dirigió al apartamento que estaba al fondo y tocó la puerta.

Una... Dos... Tres...

Se escucharon pasos, ella miró a Demien bastante asustada pero él la tranquilizó con la mirada.

—¿Qué cojones quieres? ¡Son las cuatro de la madrugada!
—Las cinco —corrigió Demien.

Ella jadeó mirando a Eliot de pie en la puerta. Eliot al verla negó con la cabeza varias veces.

—No, gracias —dijo a punto de cerrar la puerta pero Demien lo impidió.
—Es grave —dijo Demien mirándolo fijamente—. Es algo bastante grave.
—¿Qué ha pasado? —preguntó mirándolos a ambos, para luego reírse—. Madre mía, qué caras. Parece que habéis matado a alguien.

Su sonrisa burlesca se borró al ver que ella se echó a llorar y empezaba a temblar otra vez agresivamente. Demien la abrazó y miró a Eliot.

—Creo que Justin está muerto —susurró Demien—. Ella le pegó con una estatuilla y Justin no reaccionó más.

Ella siguió sollozando aferrándose a Demien para no caerse.

—Necesito que la tengas aquí al menos hasta que se calmen las cosas, ¿podrías?

Eliot asintió sin pensarlo, mientras la tomaba del brazo y la atraía a él, abrazándola muy fuerte. Ella tenía razón, Eliot no quería que sus manos se mancharan de sangre... Y ahora estaban manchadas de la peor sangre, la de su amado.

—Me tengo que ir. Voy a casa de Justin otra vez a ver qué ocurre —susurró mirando a Eliot—. Cuídala mucho, por favor.
—Hasta el día que me muera.
—Pequeña, pórtate bien y por favor... No hagas una locura.
—Gracias Demien... Eres el mejor. Te estoy eternamente agradecida.
—Todo sea por ti. ¿Recuerdas cuando dije que yo soy tu sirviente? Todavía no ha cambiado.

Demien se fue y Eliot dio una suave patada a la puerta, sin soltarla.

—Cuéntamelo todo —susurró Eliot separándose y dirigiéndola a la cama. Ella se sentó mientras Eliot se arrodillaba frente de ella, y con la luz de la lámpara de noche lo miró fijamente.
—Yo... Llevaba días planeando matar a Justin —confesó sin parar de temblar.
—¿Por qué?

—Cruzó el límite —un atisbo de ira cruzó por su mirada—. Me quitó la chaqueta que me diste y la quemó. Era lo único preciado que tenía... E... —le temblaba la voz—. Iba a hacerlo esta noche. Cargué el arma tal y como me enseñaste, se la puse en el cuello pero se despertó.

Ella cerró los ojos y con sus temblorosas manos secaron sus lágrimas.

—No iba a hacerme nada o es lo que yo creía... pero... Pero... Eliot, ese no es el Justin que yo conozco. Algo le pasó. Normalmente si yo hago algo lo resuelve con golpes pero no sé si estaba reuniendo fuerzas para asesinarme o... O estaba teniendo paciencia conmigo.

—Ya... No te alteres —susurró Eliot.

—Y... Se acercaba, yo sabía que iba a golpearme. Me asusté y... Le pegué en la cabeza con la estatuilla del David de Miguel Angel —gimió echándose a llorar—. Está en la maleta...

Eliot se levantó abriendo la maleta y sacando la estatuilla y viendo un borde roto.

—¿Puedes decirme el sonido que hizo?

—¿Eh? —sacudió la cabeza—. Fue... Fue como romper una piedra con otra piedra —susurró ella—. Y empezó a sangrar...

—Vale... Hmm... Creo que tengo una ligera idea de lo que pasó pero esperaré a que Demien nos llame. Ahora mírame, lo hecho, hecho está. Ya no podemos hacer nada. Ahora lo que tienes que hacer tu es intentar descansar.

Eliot se arrodilló enfrente de ella tomando sus manos, reteniéndolas entre las de él, en un inocente intento para que dejase de temblar.

—Conmigo aquí, no te va a pasar nada —susurró mirándola a los ojos.

Ella asintió mientras lo miraba. Liberando sus manos de las de él, lo abrazó muy fuerte. Había echado tanto de menos a Eliot, que con solo tocarlo, se sentía mejor, reconfortada.

—¿Cómo podré pagarte todo lo que has hecho por mí? —susurró ella.

—Créeme, soy yo el que está en deuda.

Ella le acarició el rostro con mucha suavidad, y lo besó suavemente en los labios. Fue como clavarle mil cuchillos a Eliot en el pecho, pero se aguantó porque fue después del dolor, llegó la dulzura, el placer y la felicidad. Eliot la tomó del rostro, ahuecando las manos en su mejillas.

—Mi pequeña —musitó empujándola en la cama quedando encima de ella—. Te quiero —susurró besando su cuello—. Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero con todo mi corazón.

Ella lo abrazó contra su cuerpo. Eliot la hacía sentir bien, tan protegida. En cambio Eliot se sentía tan confuso. La quería mucho pero había algo que evitaba que pudiese seguir.

Ella abrió la piernas pero él se las cerró porque no quería su cuerpo... Quería su corazón.

Eliot dejó de besarla para mirarla. Ella le acariciaba el rostro con tanta dulzura... Que su corazón se estaba derritiendo en este momento. La quería con todas sus fuerzas y su corazón, verla tan vulnerable y tan triste... Y manchada de sangre... Lo rompía en miles de pedazos.

Recuerda esa mirada... Él mismo la veía en el espejo la primera vez que asesinó a alguien. Suciedad, miedo, incredulidad...

—Tienes que perdonarme —susurró Eliot—. Si me hubiera quedado contigo, no estarías pasando con esto. Quiero que sepas que sé por lo que estás pasando y a diferencia de mi caso... Es que tu nunca estarás sola.

Ella asintió besándolo en los labios con mucho cariño. Pero fueron interrumpidos por el teléfono de Eliot.

Él se levantó al ver que era Gabriel, la miró y suspiró para contestar.

—Gabriel —susurró—. ¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? —masculló lleno de rabia—. ¿Está contigo?

—Sí... Gabriel, sé que es muy grave pero lo hizo para defenderse. ¿Está muerto?

—No —suspiró—. Pero lo estará. Tiene el cráneo completamente destrozado y el médico del squad ha dicho que es muy poco probable que sobreviva. Está en una clínica privada en coma y esperamos que muera pronto para que no sufra.

Eliot cerró los ojos mientras colocaba una mano en su frente, casi sin poder creerlo.

—Vale... Se lo diré. ¿Y Demien?

—Lo estoy mirando ahora mismo. Está sentado en el sofá muy pensativo.

—Vale... Gabriel, gracias por llamarme, adiós.

Eliot se giró mirándola mientras se mordía el labio.

—¿Cómo está Justin? —preguntó pero ella no quería saberlo.

—Está vivo... Pero morirá —suspiró Eliot mientras se acercaba para empezar a quitarle la ropa a ella para ponerle algo más cómodo y que descansara.

—Tienes que dormir un poco —susurró besando su frente—. Ya mañana veremos qué ocurre.

Ella asintió pero por dentro estaba llorando a lágrimas, se contuvo porque ya no quería llorar, no más, hoy no.

Solo pensaba en Justin y en lo bien que se vería vivo y coleando.

—

En la clínica privada Northstrom estaba Justin en una camilla inconsciente. Vicky tomaba su mano con bastante fuerza mientras lloraba apoyando la cabeza en el abdomen de él.

Gabriel entró para verlo. Respiraba y hasta parecía dormido. Le habían puesto un montón de cosas en la cabeza con el propósito de que no se siguieran moviendo los huesos rotos del cráneo.

Vicky suspiró mirando a Gabriel. Le dolía tanto el pecho ahora mismo.

—Gabriel —susurró Vicky—. Se va a morir... Y yo no pude decirle que lo siento.

—¿Por qué?

—Porque... Porque fue por mi culpa que él la encontrara. Fue mi culpa de que él encontrara a su muñeca, la asesina.

Regla 29.

Soy casi inmortal.

Eliot, Gabriel y Demien se miraban fijamente a la hora de llegar los tres en el departamento de Eliot, con la muñeca a pocos metros durmiendo.

—¿Cómo sigue Justin? —preguntó Eliot a Gabriel.

—Justin ha mejorado considerablemente —respondió Gabriel—. Hoy acaban de hacerle otras radiografías... La fractura no es tan grave como se creía en un principio y la hemorragia se ha detenido. Si Justin sigue mejorando periódicamente probablemente puedan operarlo. Es decir, los pronósticos del principio han sido muy erróneos, la fractura es grave obviamente pero se cree que no ha provocado daños en el cerebro...

Demien chasqueó los dientes dando un ligero vistazo a _____ por si se despertaba.

—Mierda —masculló Eliot—. ¿Despertará?

—Está en coma —se encogió de hombros Gabriel—. Puede ser cuando sea. Justin está luchando por su vida.

Eliot cruzó los brazos y los miró a todos fijamente.

—Hay que ponernos en la peor situación —dijo Eliot—. Si lo operan y despierta, ¿Cuánto tiempo crees que necesitaría para reponerse del todo?

—Justin es un toro —suspiró Demien—. El médico nos dijo que medio año o un año entero para estar bien del todo.

—Vale... Vale... —dijo Eliot pensando—. Tenemos que mantenerla a salvo... ¿Recuerdas lo que pasó con Theo en el ejercito? —preguntó mirando a Gabriel, Gabriel asintió—. A Justin le puede pasar lo mismo.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Demien.

Eliot y Gabriel se miraron para luego mirar a Demien.

—Cayó desde un edificio golpeándose la cabeza contra un tanque. Se fracturó el cráneo y sobrevivió pero después de eso... No vuelves a ser el mismo. Es más, hasta de una fractura de dedo no vuelves a ser el mismo. Theo se convirtió en una bestia... Decía que siempre sentiría un malestar en la cabeza. Acabó suicidándose.

Demien miró a Eliot cambiando el peso de una pierna en la otra.

—Dado el caso de que Justin despierte... La buscará —suspiró Demien—. Tenemos que alejarla todo lo posible.

—¿Alejarla? —balbuceó Eliot.

—Sí... Llevarla lejos de Oregon —dijo Demien.

—Pero... Demien, tu vida está en Oregon...

—Ya nada me ata aquí. Mi esposa y yo nos divorciamos, Justin asesino a mi cachorro, mi novia

—apuntó a _____—, tampoco pertenece aquí.

—No es tu novia —masculló Eliot evitando su mirada.

—Lo que sea —dijo Gabriel evitando que siguieran peleando—. Eliot tiene razón. Tiene que romper con todo lo anterior o de lo contrario... El trauma de asesinar a alguien se convertirá en una fuerte depresión.

—Entonces —dedujo Demien—. Tenemos que decirle que Justin está muerto.

—Efectivamente —respondió Gabriel—. Si le decimos que está vivo, que se puede llegar a recuperar... Nunca romperá esos lazos y siempre estará con el pensamiento de que vendrá a buscarla.

Eliot se removió nervioso en su sitio y dio un vistazo a la cama, seguía dormida, abrazando su chaqueta. Eliot suspiró porque al parecer ella adoraba sus chaquetas.

—¿Qué ocurre Eliot? —preguntó Demien.

—No estoy seguro de si mentirle... Sé que es muy peligroso decirle el estado actual de Justin pero es que... No sé, si en un futuro se entera de que está vivo...

—Cruzaremos los dedos para que Justin pierda la memoria —dijo Gabriel—. O que no despierte nunca del coma.

Eso era muy cruel, pensó Demien. En cierta parte, sentía lástima profunda por Justin. Una fractura de cráneo no es nada con lo que se pueda jugar y debatirse entre la vida y la muerte es también un tema bastante delicado. Aceptó que Justin podía ser el peor monstruo posible, una bestia, un demonio, lo que queráis... Pero nadie merece estar de esa forma, nadie merece morir. Por muy malo que sea. Si deseas la muerte a otra persona, dejas de ser un buen ser humano.

Eliot volvió a mirarla. Parecía tan pequeña, estaba llena de ojeras, tenía las mejillas rosas... Cerró los ojos y volvió a verlos a todos.

—Vale —cedió—. Le diremos que Justin está muerto.

—Y la llevaremos lejos —recapituló Demien.

—Y será feliz —suspiró Gabriel—. Primero tendrá que pasar por muchas fases de luto. Tendrá que negarse, llorar, aceptarlo, echarlo de menos pero tiene que romper todo contacto con Demien. Yo diría que le compremos una casa donde ella la decore a su gusto, es decir... Que se sienta cómoda ahí. También diría que empiece una relación sana.

Eso fue clavarle un puñal a Eliot en todo el pecho. Demien, sin saber nada sobre los sentimientos de Eliot, habló:

—Creo que lo más lógico es conmigo —dijo mirando a Gabriel.

—Tienes razón —asintió Gabriel—. Le recordarás a su pasado.

—Además yo le daré todo el amor que pueda —dijo mirándola en la cama.

—Que decida ella, ¿no? —apretó los dientes Eliot—. Tal vez conoce a alguien más y...

—Y nada —dijo Demien—. Yo soy el más indicado.

Mierda. Eliot apretó los puños y se removió en su sitio muy nervioso. Podría decir ahora que la quería con todas sus fuerzas pero probablemente se reirían porque pensarían que no tiene oportunidad alguna. Entre Demien y Eliot había un paso enorme. Demien era elegante, refinado, bastante masculino y muy atractivo, jodidamente atractivo. Eliot era más tosco, bruto, descuidado... Pero... Pero nadie mejor que él para protegerla, ¿no? Ese era consuelo de tontos, no tiene nada que hacer para entrar al corazón de ella. Se estaba dando por vencido... Estaba perdiendo la esperanza...

—Eliot tiene razón —dijo Gabriel—. Que ella decida pero si tu la cortejas de la manera correcta, tienes el camino totalmente libre.

A Gabriel también le dolió haber dicho eso. Demien era demasiado heterosexual, y no mostraba ningún interés hacia él. Estos días que Demien había estado muy presente en el palacio de Justin, se había sentido jodidamente atraído por él. No podía evitarlo. Solo con mirarlo se le detenía el corazón porque era todo lo que él quería para una pareja... Solo que estaba tan inalcanzable y peor... Estaba muy enamorado de ella.

No la culpaba, no es su culpa. Pero si reprueba el hecho de que tiene a una sarta de hombres dispuestos a besarle los pies y ella está tan asustada y lastimada que solo vuelve a donde el cariño se concibe con golpes y maltratos.

—Perfecto —dijo Demien sonriendo—. ¿Luego qué?
—Si te elige a ti como compañero, pues podéis vivir juntos, hacerla feliz y sobre todo, hacerla olvidar a Justin, para siempre.
—Creo que puedo hacerlo.

Eliot suspiró bastante triste. Volvió a mirarla. Una parte de él se negaba rotundamente a que Demien se la llevara pero otra... No iba a negarle la felicidad.

—Se va a despertar —advirtió Eliot al verla removerse intranquila. Eliot caminó hacia ella para removerla un poco haciendo que se despertara.

Ella miró a todos lados. A los tres. Estaban vivos.

—Estáis vivos —suspiró abrazándolos a los tres con bastante fuerza y cariño.
—Chicos —dijo Gabriel—. Quiero hablar con ella a solas, ¿me dejáis?

Demien y Eliot asintieron alejándose. Fueron a la cocina a tomar café. Eliot miraba a la ventana, a la ciudad en silencio.

—¿Quién va a decirle que Justin está muerto?
—Esperemos que Gabriel, no me veo con las fuerzas de decírselo.
—Yo tampoco —confesó Eliot—. Oye, Demien. Una recomendación. Si vas a empezar un relación con ella, más te vale que no le hagas daño porque yo te lo haré a ti.
—Créeme, de la única forma que pienso hacerla gritar será en mi cama —rió para quitar seriedad al asunto.
—No seas cerdo —lo regañó Eliot.
—Vale, vale, lo siento, mea culpa, mea máxima culpa.

Al rato, llegó ella con Gabriel. Él asintió dando a entender que estaba mejor.

—Buenos días —susurró ella abrazando a Eliot para luego abrazar a Demien.
—Mírate —sonrió Demien acariciando su mejilla—. Qué guapa estás —instantáneamente ella se ruborizó—. ¿Quieres darte una ducha?
—¿O prefieres comer algo? —intervino Eliot.

Demien la conocía perfectamente como para saber que efectivamente le encantaban las duchas después de despertarse.

—Después, prefiero la ducha.

Demien y ella salieron de la cocina. Al rato, Demien los llamó a ambos al ver lo que se escondía en la maleta debajo de la ropa.

Eliot y Gabriel abrieron mucho los ojos al ver el montón de fajos de billetes.

—¿De dónde sacaste todo esto? —preguntó Eliot.
—De la caja fuerte de Justin. Creo que es medio millón.

Los tres se miraron alerta y dijeron la unísono:

—Las cuentas de Justin.
—Mierda —masculló Gabriel marcando a Hardison—. Pasarían todas a pertenecer a Vicky... Le diré a Hardison que las bloquee.

Demien la tomó de la mano y se la llevó al baño para que ella no escuchara nada más. Eliot intentó ir pero Gabriel lo detuvo. Eliot gruñó pero se mantuvo ahí.

Al rato, Demien salió. Eliot pudo suspirar de alivio.

—¿Qué? —preguntó Demien—. ¿Creíais que me metería con ella? —bufó—. ¡Por favor! Soy un caballero.

—No parecía eso el día que la tiraste por la ventana.

Eliot se giró y Demien apretando los dientes quiso ir hacia él pero el mediador de la paz, Gabriel, lo evitó.

—Me encantaría pasar el día con ella —dijo Demien suspirando—. Pero tengo que estar con el squad para que nadie sospeche nada.

Eliot sonrió mientras tomaba la estatuilla entre sus manos. Observó el podio y la parte rota, casi pudo imaginar el sonido que hizo. Eliot suspiró girándose y enseñándosela a Gabriel y a Demien.

—Le pegó con esto —explicó Eliot—. ¿Qué hacemos con ella?

—Yo diría que... —pensó Gabriel—, que la tire ella, ya sabes... Como algo simbólico para dejar ir a Justin para siempre.

—Pero para eso... —dedujo Demien clavando sus ojos grises en Gabriel—, ella tiene que saber que Justin está muerto.

Esa mirada había desarmado inexorablemente a Gabriel. Si Demien hubiera estado mas atento, hasta podría ver cómo se paralizaba.

—Yo no se lo diré —dijo Eliot retrocediendo.

—Ni yo —dijo también Demien.

—¡Por favor! ¿Y qué haremos? ¿Se lo escribiremos en un papelito y esperar a ver qué pasa? No seáis ridículos. Tenéis que entender que Justin es muy importante en la vida de ella... Es un pilar en su vida, si la escucharais decir que Justin es su familiar, su amigo... Es su mundo. ¿Y pensáis escaparos de decirle que su mundo ha muerto?

—Gabriel... Yo no tengo las fuerzas para decírselo. Odio verla destrozada —dijo Eliot muy tenso.

—Da igual si se lo digo yo ahora mismo porque por la noche serás tu quien la tendrá que consolar. ¿Me entiendes? —gruñó Gabriel.

—Tienes razón —dijo Demien—. Pero de los tres, eres tu quien tendrá más delicadeza para decírselo. Y tu sabrás tratar ese sentimiento de culpabilidad. Si le decimos que Justin ha muerto... Se sentirá tan culpable que puede llegar a hacer una locura.

Eliot suspiró mirando al suelo, luego los miró a todos y asintió.

—Vale, seré yo —dijo Eliot—. Pero al menos ayúdame, no tengo ni idea de cómo decir estas cosas... Normalmente no tengo que hacer esto con los familiares de mis víctimas.

—Vale, bien. Eliot representa para ella también un pilar importante, el de la seguridad. Contigo puede venir un huracán pero ella se sentirá bien, así que lo tienes más fácil —dijo Gabriel.

—¿Y yo? —preguntó celoso.

—Tu eres el único puente que tiene con su pasado. Ella no lo sabe, pero en el inconsciente tiene lagunas vagas. Recuerda tu olor, tus besos, algunos momentos...

Demien sonrió orgulloso. Tenia unas ganas inmensas de poder formar una familia con ella... Lejos de Oregon, lejos de Justin y de su irresponsabilidad.

—Vale, Eliot. Tienes que prestar mucha atención. Es necesario que seas muy cariñoso y tengas toda la delicadeza que puedas. Sé que eres muy bruto, pero imagina que entre el caos de una guerra tienes que llevar una pequeña mariposa a las manos de un niño. Con esa misma delicadeza, tienes que tratar con ella. ¿Qué sentiste la primera vez que asesinaste a alguien?

Un escalofrío recorrió por su espalda.

—Mucha culpa —suspiró.

—¿Por qué?

—Porque no se lo merecía.

—¡Exacto! Nadie merece morir, pero la harás creer que sí.

Eliot asintió. Miró a Demien, que miraba fijamente a Gabriel, escuchando atentamente todo lo que decía. Probablemente en un futuro ambos se van a tener que enfrentar al fantasma de Justin y la culpabilidad que sentirá ella.

—Dile que la comprendes. No tiene que tener miedo... Que la queremos muchísimo y estamos dispuestos a todo por ella, ¿vale?

—Vale, se lo diré cuando estemos solos.

Demien asintió apoyándose en la mesa bastante pensativo. Eliot miró la puerta del baño esperando que saliera. Y como si la hubiera invocado, salió. Estaba con el cabello mojado y vestía un pijama enorme.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella mirándolos a los tres.

Eliot iba a hablar pero fue Demien el que avanzó hasta ella.

—Nada, preciosa —la besó en la mejilla mientras Eliot y Gabriel cerraban los ojos—. Gabriel y yo nos tenemos que ir.

—¿Tan pronto? —susurró ella abrazando a Demien.

—Sí —suspiró Gabriel—. Pero volveremos mañana.

—¿Mañana? Os voy a echar de menos.

Demien sonrió manteniéndola en sus brazos. Tan fuerte, pero con miedo de que se rompiera.

—Nos veremos —susurró besando su frente.

Y se separó. Demien y Gabriel caminaron hasta la puerta. Ella los miró y se despidió con la mano.

—Gracias —susurró avergonzada—. De verdad, muchas gracias.

Demien sonrió y salió. Ella se sentó en la cama y miró a Eliot. Parecía nervioso y normalmente nunca estaba nervioso, ni podía asustarlo, ni sorprenderlo. Ella frunció el ceño y lo tomó de la mano para que se sentara a su lado.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella mientras le acariciaba el rostro—. Estás pálido.

Eliot suspiró y la tomó de las manos, con mucha delicadeza. Imaginando que estaban en medio del caos de una guerra y ella era una pequeña hada que tenía que llevar con mucha delicadeza.

—Tengo que decirte algo —dijo apretando sus manos.

—¿Sobre qué?

—Sobre Justin —y su rostro se iluminó. Le dolió tanto en el alma la idea de mentir...

—¿Justin? ¿Está bien? —dijo sonriente.

Podría decirle la verdad y que Justin estaba bien, pero, ¿Qué consecuencias traería eso?

Sin duda ella en la clínica día y noche hasta que Justin abriera los ojos y la apuñalara.

—No —dijo Eliot por fin haciendo un gran esfuerzo por no ver cómo se le borraba la sonrisa—. Justin ha muerto.

Ella gimió negando con la cabeza, a Eliot se le partió el corazón al sentir que su agarre se suavizaba.

—Lo maté —susurró ella soltando las manos de Eliot para ver las suyas—. Lo maté...

—No, no. Mírame. No es tu culpa, ¿me oyes? No es para nada tu culpa. Justin no merecía vivir después de todo el daño que nos ha hecho, pequeña. No estás sola, no es tu culpa.

Pero ella ya estaba llorando sin consuelo. La idea de no volver a ver a Justin la estaba ahogando. De pronto se levantó y corrió hacia la puerta.

—¡Tengo que verlo! ¡Déjame ir, Eliot!

—¡Te vas a hacer daño! —bramó Eliot mientras la tomaba de la cintura y la atraía otra vez a la cama, ella pataleaba y lloraba golpeándolo en los brazos para que la soltara.

—¡Suéltame! —gritó mientras caía de rodillas pero Eliot no la soltó, sino que la abrazó contra su cuerpo y la mantuvo mientras lloraba.

—Lo siento tanto —suspiró—. No me imagino por lo que estás pasando... Pero no estás sola —susurró besando su cabeza mientras él se abrazaba a su brazo, como si el brazo de Eliot era lo único que la mantendría a flote para no ahogarse—. Levántate... Por favor.

—No, no —dijo entre lágrimas como si estuviera loca—. No me sueltes, por favor, por favor, no... No me dejes.

—No lo haré —susurró Eliot—. No lo haré. Te lo juro.

Y ahí pasaron todo el día. Eliot se había acostado en el suelo junto a ella, mientras lloraba y manchaba la camisa de Eliot de lágrimas.

Y tal y como había prometido... No se había movido. Pero... ¿Estaba seguro de que ella estaba mucho más destrozada que él?

Por la noche, cuando se quedó dormida, Eliot la llevó a la cama con mucha delicadeza y después de vestirla con una pijama muy calentita, la cubrió con unas mantas hasta dejarla completamente cálida.

Él fue a cocinar porque estaba muy estresado y cocinar era como una liberación, una terapia maravillosa. Así que ahí se mantuvo en la madrugada. Con la mente en una cosa y las manos en otra.

¿Y si ahora ella lo elegía a él y no a Demien? Todavía tenía ilusión... Tenía mucha ilusión. Pero el fantasma de Justin y Demien acechando... Pues sería muy complicado... Confiaba en que cupido haría bien su papel.

Regla 30.

Nunca vas a poder huir de mi.

Justin Bieber ejercitaba sus brazos con las pesas mientras apretaba los dientes e intentaba olvidar el tremendo dolor que estaba sintiendo en sus extremidades superiores ahora mismo.

Justin jadeó cuando dejó caer la pesa al suelo incapaz de sostenerla. Apoyó las manos en sus rodillas mientras jadeaba intentando recuperar la respiración.

Habían pasado ya dos años desde la operación para reconstruirle el cráneo y solo cinco meses desde que despertó del coma.

Todavía seguía jodido ya que necesitaba recuperar la fuerza en sus músculos si necesitaba volver a hacer vida normal. Por lo que, para conseguirlo, se encerró en su mansión él solo y dos empleadas más para recuperarse del todo y volver más fuerte que nunca.

A buscar a la zorra esa.

Estaba muy enfadado. Oh, si. No tenía ni idea de las ganas que tenía de tenerla enfrente para hacerla pagar.

Recuerda haber ido hacia ella, después... Un fuerte golpe en su cabeza que sonó como un 'crack' en su interior que después hizo que sus oídos pitasen para luego darse contra el suelo. Lo último que vio fueron los zapatos de ella, justamente enfrente de él.

Y después, despertó. Y le dijeron que habían pasado casi tres años del accidente y la única persona que no se había ido había sido Gabriel.

Él iba todos los días a cuidar de él. Gracias a su certificado en medicina, pues pudo hacer de voluntario para cuidar a Justin ya que estaba completamente solo. Vicky estuvo los primeros meses pero como siempre, se aburrió y se fue. El squad fue desapareciendo... El último en irse fue Demien. Y ya está... Justin no tenía a nadie más.

¿Sabéis lo que es estar solo? ¿Sabéis lo que es ser consciente de que no tienes a absolutamente nadie en el mundo? Es bastante triste. Así de Gabriel fue el que, para despejar su mente de Demien, tomó distancia cuidando a Justin.

Justin hasta lo había puesto en su testamento. Pero por ahora no podía estar para agradecimientos.

Primero, quería vengarse.

Y esta vez no iba a ser nada bueno, ¿Sabéis por qué?

—Porque yo le ofrecí un lugar en mi casa y mi vida como mi muñeca —dijo mientras se miraba

al espejo fijamente—. Pero lo despreciaste, pequeña, jugaste conmigo y con mi vida, así que ya no tendré más paciencia... Ahora no serás nada en mi vida, solo mi maldita esclava.

—

Era por la tarde en Boston cuando Demien y ella se encontraban en el puente observando el atardecer. Ambos abrazados en silencio.

Eliot estaba al otro lado del puente, también perdido en el atardecer. Hacía un poco de frío pero nada que no se pueda aguantar.

—¿Estás lista? —preguntó Demien mirándola a los ojos.

Ella suspiró y asintió dando un leve vistazo a Eliot, él asintió suavemente dándole la seguridad que necesitaba.

—Creo que sí —suspiró ella.

Demien y ella habían empezado una relación hace tiempo. Una relación muy tranquila y bastante sana. Demien estaba muy enamorado y ella al parecer también y hoy era el día en el que dejaría ir a Justin para siempre.

Demien sacó del bolso de deporte la estatuilla del David de Miguel Angel. La observó. El podio roto, la impasibilidad del rostro de David, la tensión en sus músculos... La acarició suavemente y sonrió.

—Es la hora —asintió ella.

Se acercó al borde del puente y tomando aire... La lanzó al río. Cayó sin hacer ruido prácticamente y ella sonrió, abrazando a Demien por la cintura.

Eliot suspiró marchándose hacia el coche para no verlos. Todavía le dolía profundamente verlos darse un beso o ir tomados de la mano pero es que fue muy idiota.

El tiempo solo contribuyó a que se enamorara cada día mas, cada día con más ganas, cada día con más dolor. Y fue un idiota porque no fue capaz de confesarle lo que en su pecho crecía, así que no tuvo oportunidad cuando Demien empezó a conquistarla.

Aceptó que su conquista fue bastante graciosa. Después de meses en los que ella estuvo llorando, casi muerta en vida por la supuesta partida de Justin, Demien empezó a tratarla bien, a pasar noches enteras con ella hablando y la etapa de los regalos. Era divertido ver cómo él le regalaba joyas o alguna cosa carísima y a ella solo le interesaba la carta que Demien siempre ponía dentro de la cajita.

Eliot se reía al ver cómo rechazaba los detalles lujosos de Demien pero sin embargo, aceptaba muy agradecida alguna cosa que Eliot hubiera hecho con todo el amor del mundo. Ya sea una carta, un colgante con una piedra que había hecho él mismo... Y cositas con más significado... Pero obviamente Demien fue el que ganó ya que siempre fue muy claro con lo que quería.

Demien siempre decía que la amaba profundamente y que quería empezar con ella una nueva vida, pero en cambio Eliot nunca fue claro, confundiéndola con el sentimiento fraternal.

—Por fin —dijo ella sonriendo secando algunas pequeñas lágrimas rebeldes. Demien sonrió y la besó en los labios. Eliot apretó los dientes y el volante.

Ellos caminaron hasta el coche y Demien, como todo un caballero, le abrió la puerta. Ella entró y lo primero que hizo fue darle un beso en la mejilla a Eliot. Eliot solo pudo asentir y decir:

—Has sido muy valiente.

Ella sonrió mientras Demien rodeaba el coche y se subía. Ambos se besaron suavemente en los labios y emprendieron camino.

—Te llevaré a cenar —susurró Demien—. Celebraremos que ha terminado una etapa y empezará otra.

Demien la miró intensamente, ella bajó la mirada con las mejillas rosas y Eliot desde el retrovisor pudo ver que estaba un poco insegura. Se preguntó porqué pero al final supo por dónde iban los tiros.

Al llegar al restaurante, Demien se marchó un momento al baño, ahí miró a Eliot un poco nerviosa.

—¿Qué te pasa? —susurró Eliot tomándola de la mano—. Te noto muy tensa.

—Tengo miedo —dijo poniéndose más roja.

—¿De qué? ¿Te ha hecho algo?

—No... No... Es que... Demien quiere... Quiere hacer el amor conmigo y yo no estoy muy segura.

Eliot apretó los puños debajo de la mesa y suspiró.

—Sólo puedo decirte una cosa: tu cuerpo es tuyo, pequeña. Y puedes hacer con él lo que quieras. Nadie va a obligarte a hacer nada que no quieras.

—Pero Justin...

—Demien no es Justin. Él no va a obligarte y no te lo pedirá como prueba de amor, ¿entiendes?

Ella asintió un poco avergonzada. Eliot la tomó de la mano y se la besó.

—No tienes que hacerlo por agradecimiento —susurró besándola en los nudillos—. Ahora tú decides a quién se lo entregas.

Ella asintió y le agradeció con la mirada sus palabras. Demien llegó al poco tiempo después.

Demien era muy cariñoso y respetuoso con ella porque la amaba con locura. La adoraba a tal punto que era capaz de dejar su vida por ella, también estaba siendo muy paciente y tratándola como reina, ¡Para no hacerlo! Ella se merecía el cielo, la luna y las estrellas todas juntas. Pero era sincero, llevaba años queriendo hacer el amor con ella, desde que la conoció en la universidad. Y ahora ardía profundamente en deseos de tenerla entre sus brazos y amarla como nadie lo había hecho.

Tal vez no sea el primero, pero se asegurará de ser el último.

Entre Demien muy pastoso abrazándola, besándola, tocándola, etc., Eliot quejándose de la comida, diciendo que él la haría mejor. Y por último ella, muy tensa, hicieron la velada muy extraña.

Así que cuando volvían a casa, las cosas se fueron relajando conforme la noche caía y ya el sueño los envolvía a todos.

Eliot se quedó en el jardín por una simple razón: no quería saber nada de lo que pasaría esa

noche en esa casa.

Así que empezó a caminar y a caminar perdiéndose en el jardín de Demien. Era tan bonito, pero no como el de Justin. Ese era inimitable.

Dirigió su mirada a la enorme casa, al piso de arriba. Ahí pudo ver la luz encendida de la habitación de ambos, minutos después... Se apagó.

Eliot dio un golpe al aire intentando calmarse. Como odiaba que le estuviera pasando esto.

Él fue el idiota que se quedó día tras día con ella después de la muerte de Justin.

Él era el que le daba de comer y la duchaba porque ella no tenía las suficientes fuerzas para hacerlo.

Él fue el que pasó noches y días enteros junto a ella, abrazándola toda la noche, calmándola y oyéndola llorar.

Él fue el que estuvo ahí en su etapa más vulnerable cuando nadie más lo estuvo.

Él fue el que la sacaba a la calle brevemente para que le diera un poco el sol y se diera cuenta que hay vida más allá de la habitación.

Él hasta le había donado sangre cuando ella intentó suicidarse mientras él estaba cocinando y ella "durmiendo".

Él fue el que estuvo aquí y no Demien. ¿Por qué se llevó todo el mérito él?

Ah, claro. Él fue más inteligente y llegó en el momento indicado. Justamente cuando ella estaba triste pero ya no del todo. Vulnerable pero con capacidad de decidir.

—Debería ser yo —suspiró perdiéndose en la noche y en la espesura.

En la habitación, las cosas iban sobre ruedas para Demien. Ya prácticamente la tenía, aunque ella estaba muy tímida y bastante insegura, seguía adelante. Como si en el fondo de verdad quisiera seguir pero había algo que se lo impedía.

Demien la besaba, la acariciaba, aunque estaba siendo muy paciente con ella y de cierta manera, le parecía bien. La noche era muy larga, así que no había razón para apresurarse.

Vamos Demien, aguantaste años. Puede aguantar uno minutos más.

Es que él estaba loco por tenerla ya. Tanto, que su ropa había desaparecido por arte de magia mientras que ella seguía completamente vestida.

Cómo le encantaba su chica. Ahora había ganado peso y estaba buenísima, estaba feliz, estaba... No sabría explicarlo, solo podía decir una palabra: preciosa.

—Demien —susurró ella parándolo por los hombros.

Y terca también.

—No estoy lista —susurró.

Demien cerró los ojos y suspiró alejándose.

—Vale, no te voy a obligar. No te voy a obligar.

—¿A dónde vas? —susurró ella mientras Demien tomaba un libro y se marchaba.

—¿Tú qué crees?

Y se fue. Ella suspiró levantándose. Miró por la ventana a Eliot volver de la oscuridad. Ella

corrió hasta la puerta del pórtico lateral solo para verlo.

Se lo encontró sentado en las gradas del pórtico. Estaba serio y tiraba ramitas al suelo. Ella se sentó a su lado en silencio y lo abrazó pasando su mano por el brazo de Eliot, apoyando la cabeza en su hombro.

—Se enfadó —susurró ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Le dije que no estaba preparada...

Eliot suspiró mirando al horizonte, a la espesura de la noche. Oyendo los pequeños insectos nocturnos hacer presencia entre ambos con su orquesta.

—Ponte en su lugar —susurró Eliot—. Sin duda estaba emocionado y... Le arruinas el juego.

—Pero es que... Con Demien es tan diferente. Justin me obligaba así que fueron pocas las cosas que me preocuparon en ese momento. Ahora...

Se quedó callada, Eliot volteó la cabeza con suavidad.

—Tengo tanto miedo a que me vea desnuda —suspiró cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Por qué? Qué tontería.

—Temo no llegar a ser lo que él espera ver.

—Quítate ese pensamiento. Es absurdo, pequeña —la besó en la frente—. Eres preciosa tal y como eres.

Ella suspiró mirando a Eliot. Hace un año que se había cortado el cabello. Adiós cabello largo y salvaje, ahora estaba bien. Ella decía que le recordaba a un integrante de los Back Street Boys, Eliot solo se reía.

—Eres todo lo que un hombre querría, pequeña. Y Demien está loco por ti —sonrió aunque ella notó un atisbo de tristeza.

—¿Y tú, Eliot? ¿Por qué no consigues a una chica?

—Digamos que... —suspiró—. La chica a la que amo con todo mi corazón no me corresponde.

Ella, inocente, volvió a apoyar la cabeza en el hombro de él mientras cerraba los ojos.

—Cuéntame más.

—No hay mucho que contar...

—¿Y te has enamorado así tiempo atrás?

La expresión le cambió totalmente y hasta se entristeció de tal manera que hasta el dudó de llorar.

—Sí. Íbamos a casarnos. Le prometí que volvería y que la amaría por encima de todo.

—¿Y qué pasó?

—Que esa promesa sólo la puedo cumplir una vez.

Ella levantó la cabeza para mirarlo con ternura desgarradora.

—¿A quién se lo prometiste?

—A los Estados Unidos de América. A ella la asesinaron por mi culpa.

—Lo siento mucho, Eliot.

—Ya es agua pasada —suspiró mirándola y apartándole el pelo de la cara.

A ella le gustaba hablar con Eliot. Con la partida de Gabriel, se había sentido inmensamente

sola al no poder contar sus sentimientos a nadie pero gracias al cielo, un día habló con Eliot y él no la juzgó y encima la aconsejó, tal y como Gabriel lo haría. Desde entonces, solo pudo entregarle su corazón y su vida completa a Eliot.

—¿Y por qué no luchas por la chica nueva? Es decir... Te lo mereces.

—Es muy difícil. Ella tiene pareja y yo no puedo competir contra él.

—¿Por qué no? A mi me parece que vales mucho. Eres guapo, considerado, detallista, protector, eres muy dulce aunque a veces un poco bruto, pero... Creo que puedes tener a la chica que quieras.

—¿Tú crees?

Ella asintió. Ese era un intento de subirle el ánimo. Lo que no sabía es que Eliot lo tomaría como un impulso tan grande para confesarle lo que sentía...

—Tal vez lo haga —susurró Eliot besándola en la mejilla—. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes con Demien?

—Pues... Normal —suspiró—. A veces siento que Demien me sobrepasa.

Eliot frunció el ceño mirándola.

—No te entiendo...

—Sí. Es demasiado... Perfecto. Y siento que no estoy para nada a la altura. A veces me siento tan impotente por no poder llegar a lo que se merece.

—No seas boba —susurró riendo—. Eres más de lo que Demien merece.

Ella sonrió volviendo a apoyar la cabeza en el hombro de Eliot. Ambos mirando a la nada, escuchando los insectos interrumpir en su magistral orquesta.

—A veces me gustaría escapar —susurró—. Lejos de aquí y de todos...

—Yo también —susurró—, pero en el mundo real no podemos permitirnos eso.

—Lo sé. A veces me pregunto porqué me pasa esto a mi pero luego llego a la conclusión de que yo me lo busqué.

Eliot frunció el ceño mientras la besaba en la frente y mantenía sus labios contra su frente.

—¿Por qué dices eso?

—Si no hubiera salido, probablemente estaría todavía en el manicomio.

—Eso no se sabe. Es una posibilidad, pero no existe.

Ella miró a Eliot y volvió a descansar en su hombro mientras cerraba los ojos.

—Una idea lleva rondándome en la cabeza desde hace días —susurró Eliot.

—¿Qué idea?

—Pues... Dejarte ir —susurró mirándola fijamente—. Ya creo que tienes a Demien y no me necesitas...

—Estás loco —rió ella dulcemente—. Eres como de mi familia, sin ti me muero.

—Ya, familia...

Abrieron las puertas de cristal del pórtico en el que ambos estaban. Era Demien, sonriendo.

—Nena —susurró—. Ven, vamos a cenar.

Ella miró a Eliot levemente nerviosa mientras se levantaba y caminaba hacia Demien. Él le pasó el brazo por los hombros y la besó en la cabeza.

Y Eliot quedó solo... Y pensó que sería para siempre.

—

Justin empujó a Gabriel contra la pared mientras lo besaba. Gabriel parecía un gatito asustado mientras miraba a Justin besarlo.

Justin se separó sonriendo de lado mientras le despeinaba el pelo. Gabriel estaba en shock admirando a Justin. No se podía creer que esto estuviera pasando.

—Quita esa cara —rió Justin—. ¿Sabes? Nunca había experimentado con chicos, puede que me acostumbre.

—Pe... Per... Pero tu... —balbuceó Gabriel porque no tenía ni idea de lo mucho que le había gustado eso.

—Shhh, ay, Gabriel. Cómo se nota que no me conoces.

Y volvió a besarlo mientras enredaba los dedos en el cabello de Gabriel. Éste no podía estar más asustado. Miraba a Justin incrédulo, mientras él lo besaba con bastante agresividad.

Gabriel en vez de sentir algo... Solo sentía pánico.

—Sonríe, Gabriel. Por algo te puse en mi testamento.

—

A la mañana siguiente, Demien abrazaba a su princesa por la cintura mientras ella dormía profundamente. Eliot abrió la puerta con bastante sigilo. Sin querer queriendo, se aseguró de que ambos tuvieran la ropa puesta, por si al caso. Sacudió suavemente el hombro de Demien.

Confundido, se separó con suavidad de ella, pero ella empezó a quejarse porque adoraba abrazar algo mientras dormía. Eliot, que fue más rápido, le puso una almohada y se quedó tranquila.

—¿Qué pasa? —susurró Demien tallando sus ojos.

—Gabriel me acaba de llamar. Está muy asustado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Justin lo besó ayer. Dice Gabriel que le tiene pánico porque ahora está completamente desquiciado. Antes era impensable que Justin besara a un chico. Gabriel dice que ahora distorsiona la realidad a su manera.

Demien jadeó mientras dirigía una suave mirada a su novia.

—Dice que ahora no le importa su imagen y el "qué dirán". Gabriel tiene mucho miedo porque su comportamiento es digno de un asesino psicópata.

—Pero Justin siempre ha sido un asesino psicópata.

—Antes estaba condicionado por su imagen y su trabajo, ahora le da completamente igual y Gabriel dice que hace cosas muy extrañas.

Demien suspiró volviendo a mirar a su novia dormir profundamente.

—Demien... Hemos creado a una bestia —suspiró Eliot—. Y tengo el presentimiento de que no podremos librarnos de ella por mucho tiempo.

Demien suspiró saliendo de la habitación para no despertarla.

—¿Qué quieres decir? —jadeó Demien—. ¿Llevarla lejos otra vez?

—Tengo una idea muy loca.

Demien se cruzó de brazos y esperó mirando a Eliot.

—Pero habla, joder —dijo desesperado.

Eliot suspiró mirando al suelo y tensándose.

—Creo que la solución sería llevarla al único sitio que Justin odia.

—¿A dónde?

Eliot sonrió por la idea tan estúpida pero a la vez tan loca en su cabeza.

—A su hogar, Italia.

Regla 31.

Si me traicionas, lo pagarás.

Cuando ella despertó, lo primero que vio fue a Demien metiendo ropa en una maleta con Eliot apoyado en el marco de la puerta.

Ella se incorporó y los miró un poco confundida, un poco adormilada.

—¿Te vas? —preguntó ella.

—Sí, bebé —contestó Demien sonriendo tiernamente—. Voy a las Vegas, a ver a Gabriel. Tuvo un problema en el trabajo y...

—¿Está bien?

—Sí, sí. Está perfectamente.

—Demien... ¿Puedo ir?

—¡No! —dijeron ambos al unísono mientras ella fruncía el ceño.

—Quiero decir —empezó Demien—, no puedes nena, es cosa de negocios. Te aburrirías.

Ella suspiró y abrazó su almohada. Miró que Demien miraba su caro reloj. Ay Demien, ¿Quién diría que te quedarías con una mocosa como yo?

Solo había que ver ese rostro, ese cuerpo, su elegancia, y lo jodidamente atractivo que era. Demien era como un imán para cualquiera que tuviera dos ojos.

—Se me hizo tarde —suspiró—. El avión sale dentro de tres horas.

Demien se acercó a ella y la empezó a besar en los labios enfrente de Eliot. Éste se apartó y volvió al salón.

—Te quiero, preciosa —susurró para luego reír—. ¿Qué tonterías digo? Te amo, mi princesa.

Ella sonrió lanzándose a sus brazos mientras él reía.

—Te echaré de menos —murmuró ella.
—Pero volveré pronto. ¿Cómo me recibirás?

Ella sabía que esa pregunta era un poco... Inapropiada. Sabía el doble sentido, así que lo miró con suavidad y suspiró mirándolo a los ojos.

—Como tu quieras —respondió mirándolo fijamente.
—Te prometo que no voy a hacer nada que tu no quieras. Yo no voy a obligarte a nada, preciosa.

Ella sonrió levemente para volverlo a abrazar. Demien por fin se separó y tomando su maleta, la miró fijamente. Esos ojos grises son los ojos más bonitos y a su vez los más intensos que había visto en su vida. Si Demien quería conseguir algo, bastaba con una mirada.

—Ya volveremos a vernos —sonrió Demien.
—Te echaré de menos.
—Yo a ti —sonrió—. Cuidate mucho, por favor.

Ella asintió y por fin, Demien se fue. Corriendo, ella fue a la ventana. A los pocos segundos, salió Demien. Al lado de Eliot, se veía tan alto y refinado... Ella sonrió apoyada en la repisa de la ventana.

Eliot le ayudó a meter la maleta en el coche. Ambos se abrazaron y por fin, Demien se marchó. Eliot, subió la mirada, y ahí estaba ella.

Sonriendo, recordó a Romeo y Julieta. Podría hacer una locura por ella. Miró a todos lados pero cuando volvió a subir la mirada... Ella ya no estaba. Suspiró mirando el suelo y entrando otra vez en la casa para encontrarla corriendo bajando las escaleras.

—No me gusta que corras por las escaleras —la regañó Eliot.
—No me va a pasar nada —hizo los ojos en blanco.
—Ya veremos. Y cuando pase... Te acordarás de mi y de que te lo advertí.
—Amargado —se burló ella corriendo para besarle la mejilla.

Para ir directo a la cocina. Eliot sonrió levemente. Estaba jodido, cogido por el cuello porque no podía estar cerca de ella sin evitar tocarla o decirle cosas bonitas. Ay, dios, ayúdame.

—

Gabriel dormía después de una larga noche vigilando la casa. Se había quitado la camiseta y se había quedado solo con los jeans. Las camas de la casa de Justin eran tan suaves y tan cómodas, que en pocos segundos se había quedado entre el sueño y la realidad.

Escuchó que su puerta se abría, no otra vez, por favor. Escuchó los pasos que venían con suavidad hacia él. Cerró los ojos muy fuerte esperando que el demente éste se largara a su propio infierno.

Sintió como lo tocaba en la espalda. Gabriel se incorporó de un salto mientras miraba a Justin fijamente.

—¿Qué? —preguntó Gabriel un poco fastidiado.
—Quita esa cara —rió Justin.
—¿Qué quieres?
—Un poco de diversión.

Gabriel hizo los ojos en blanco y se apartó cuando Justin se acercaba cada vez más.

—Justin. Te lo he dicho millones de veces: yo solo trabajo para ti, ¿Entiendes? Sólo es un maldito trabajo.

—Ya, pero podemos divertirnos un poco, Gabriel. Yo sé que quieres, es decir, es obvio que te gusto.

—Estás loco, Justin —dijo con desprecio Gabriel mientras se levantaba.

Justin lo tomó de los brazos estampándolo contra la pared para después, besarlo a la fuerza. Gabriel lo empujó y lo miró con mucho odio.

—Yo no soy ningún esclavo o juguete tuyo, Justin. Así que mejor te vas relajando conmigo porque yo si soy capaz de reventarte la cara.

—¿Por qué mejor no me revientas otra cosa? —se rió Justin.

—Eres asqueroso —gruñó Gabriel.

—Me apuesto a que si tenemos sexo del bueno, no me volverás a decir nada de esto.

—Justin, no me gustas, ¿entiendes? Y lo más gracioso es que yo tampoco te gusto a ti.

Justin rió mientras se volvía a acercarse a Gabriel.

—¿Estás seguro de que no te atraigo?

Gabriel retuvo el aire mientras intentaba mantenerse firme.

—Serías un excelente muñeco —susurró Justin mientras acariciaba su rostro—. Eres muy guapo, Gabriel. Sería muy excitante tenerte en mi cama.

Gabriel, sin decir más, se apartó corriendo y salió de la habitación dando un portazo. Por fin, Justin pudo suspirar mientras miraba hacia la camiseta de Gabriel en el suelo.

Odiaba tener que hacer esto, pero era obligatorio si quería encontrarla.

—

Después de haber comido, la casa estaba en completo silencio y ella se movía de habitación en habitación buscando a Eliot. No lo llamaba, solo lo buscaba con la mirada para saber si estaba bien.

Al llegar al ático, donde guardaban un montón de cosas antiguas, ahí lo encontró. Estaba frente al enorme espejo lleno de polvo. Por las pequeñas ventanas que rodeaban la pequeña torre, pasaban algunos rayos naranjas, dejando la luz suficiente para que se pudieran ver.

—¿Qué haces? —preguntó ella porque le daba la sensación de que llevaba mucho tiempo.

—Estoy viendo lo bien que me veo —ella hizo los ojos en blanco sonriendo, pero Eliot la abrazó manteniéndola a ras de él, ambos mirando al espejo—. Lo bien que me veo contigo estando a mi lado.

Ella le dedicó una dulce sonrisa y lo abrazó tan fuerte que él cerró los ojos y se dejó llevar.

—Eres muy dulce cuando quieres, Eliot —sonrió ella.

Eliot también sonrió tomando su mano y besándola con suavidad.

—¿Quieres ir a algún sitio? —sonrió Eliot.

—Me gustaría ir al cine —susurró ella—. Hace mucho que no voy con Demien.

—Tengo un plan —dijo Eliot mirándola—. Iremos al cine y después vendré a hacerte la cena.

Ella sonrió asintiendo varias veces. Una cita al cine sonaba tan cliché pero recordemos que ella necesita una vida cliché para olvidar el terremoto que era Justin en su vida.

—Pues ve a alistarte, yo te esperaré.

—Gracias por todo, Eliot.

Eliot sonrió mientras ella se iba. Se detuvo en la puerta y volvió a su lado, ambos mirándose a través del espejo.

—Tienes razón... Nos vemos bien juntos.

Y volvió a salir corriendo mientras a Eliot le daba un infarto. Se sentía tan jodidamente afortunado.

Por la tarde, iban de camino al cine. Ella estaba mirando a la ventana, a la gente que pasaba de salida, o apenas salían del trabajo. Eliot de vez en cuando la miraba y no podía evitar sonreír.

Al llegar al cine y después de pedir las palomitas, Eliot se detuvo en seco mirando a la chica que estaba de pie cerca de la taquilla.

—Mierda —gruñó—. Es Vicky.

Eliot tomó del brazo a su chica y la arrastró dentro de una sala pero no fue por mucho porque ella empezó a gritar.

—¿Vicky? —jadeó—. ¡Tengo que hablar con ella! ¡Vicky! ¡Soy yo! ¡Soy _____!

Eliot le cubrió la boca con las manos haciendo que las palomitas y la coca cola se cayeran al suelo haciendo un desastre en los zapatos de ambos.

—Cállate —advirtió Eliot tomándola del brazo y llevándola hasta la última fila de la sala para ocultarla ahí.

—Eliot, no entiendo... ¿Por qué no me dejas hablar con ella?

—Eres idiota —gruñó Eliot—. Ella te culpa de la muerte de Justin.

Ella jadeó mirando a Eliot con el corazón acelerado mientras escuchaban los tacones por el pasillo.

—¿_____? —la llamó mientras miraba a todos lados, justamente al suelo lleno se palomitas.

Miró a todos los asientos vacíos y se encogió de hombros para marcharse. Eliot por fin pudo respirar.

—No había querido asustarte, pero que sepas que ahora estás en peligro. Todo el squad te ha estado buscando para hacerte pagar por la muerte de Justin. Y Vicky era la primera en fila para la guerra. Ahora tendremos que irnos lejos de aquí, muy lejos.

—Lo siento tanto —susurró—. Quería hablar con ella para saber sobre Justin... Y cómo murió.

Eliot la miró levemente mientras la besaba suavemente en la frente. Ella suspiró negando con la cabeza.

—Qué tonta —susurró ella cerrando los ojos—. Lo siento tanto Eliot, lo siento tanto.

—Salgamos por la puerta de emergencias —dijo muy tenso arrastrándola por el brazo.

Bajaron las escaleras y Eliot abrió de una patada la puerta de emergencia. Estaba tan tenso en este momento que si se topaba con alguien, lo mataba con sus propias manos.

Al salir y empezar a bajar las escaleras, estaban los típicos grupos de chicos que fumaban y bebían. Eliot se adelantó unos pasos pero se giró al escucharlas jadear.

Ella tenía una mano en el vestido y también tenía los labios muy abiertos. Ella dirigió su mirada con suavidad al chico que la había tocado.

—¿Me has tocado? —preguntó ella retóricamente bastante asustada.

Eliot se tensó y sonriendo se acercó a los chicos y los miró.

—¿Te crees muy macho por tocar a mi chica? —sonrió Eliot apartándola con suavidad—. Veamos lo macho que eres ahora.

Eliot le dio un solo puñetazo que lo dejó en el suelo. Los demás se apartaron. Ella gritó jadeando mientras intentaba detenerlo.

—¡Eliot! ¡Para! ¡Lo vas a matar! —gritó ella—. ¡Para, Eliot, por mi!

Eliot la empujó para levantar de la camiseta al chico y lo colocó al borde de la escalera.

—¡Para! —gritó—. ¡Eliot, no vuelvas a hacerlo!

Pero Eliot estaba cegado por su rabia.

—Llevaba años sin asesinar a nadie —sonrió Eliot con mucha ironía para empujarlo por el borde haciéndolo caer al vacío, al parking.

Ella jadeó al escuchar el ruido que hizo el pobre chico al caer. Sin duda no tendría más de 17 años. Ella miró a Eliot con los ojos inundados en lágrimas y corrió bajando las escaleras.

—Pequeña —la llamó cuando se dio cuenta del error que había cometido—. Ven, hablemos.

Ella corrió hacia la calle, hasta ya podían escuchar las sirenas de la policía.

—Lo... Lo siento —dijo Eliot.

Esa voz rota la destruyó. Se dio la vuelta solo para verlo con el rostro entre las manos. La pequeña convulsión en los hombros de Eliot lo delató... Estaba llorando.

Ella corrió a su lado y le apartó las manos para verlo mientras lo tomaba de los brazos.

—Huyamos —susurró ella tomando su mano y corriendo hacia el parking para tomar el coche de Eliot y huir de ese lugar.

Después de varios minutos en silencio, Eliot la miró levemente.

—Lo... Lo siento —susurró—. No sé qué me pasó... Yo... Nunca quería que supieras esto... Pero este era mi trabajo. Soy un asesino, y lo siento... Tu no tendrías que haber visto nada.

Ella tomó su mano con mucha fuerza y lo miró intensamente.

—Yo... Yo estoy aquí —susurró un poco temblorosa.
—Huiremos —susurró—. ¿Puedes llamar a Demien? Por favor.
—Sí, sí, pero baja la velocidad, nos mataremos si sigues así.

Ella llamó a Demien, el cual estaba llegando a Oregon. Ella jadeó mientras Eliot adelantaba un coche a una velocidad tremendamente exagerada.

—¿Demien? —suspiró ella—. Ha pasado algo muy grave.
—¿Qué pasa, princesa?
—Eliot... Ha asesinado a alguien. Hay un montón de testigo y lo peor es que lo empezarán a buscar dentro de nada. Tenemos que huir... Demien, ayúdanos.
—Vale, vale —susurró—. Maldita sea. Del medio millón, tomad dinero y largaos de ahí, haced las maletas y yo os alcanzaré en el viaje. ¿Estás bien?
—Sí... Supongo. Demien —gimió—. Vuelve pronto por favor.

Eliot dirigió una leve mirada a ella. Fue como un golpe muy fuerte porque parecía que no quería estar con él.

—Princesa —suspiró—. Estaré ahí lo antes posible y no te dejaré sola, te lo prometo. Ahora, mantente tranquila, por mi, ¿sí?
—Sí... Te amo, Demien.

Y se hizo un silencio tremendo.

—¿Demien? —preguntó—. ¿Estás ahí?
—Corazón... Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. Te amo muchísimo más, te amo tanto, princesa. Con mucha más razón volveré pronto.
—Adiós, Demien —susurró ella.
—Adiós, princesa.

Eliot la miró un poco triste. Ella un poco avergonzada. Pero ambos con ganas pero sin fuerza de decir "lo siento".

—

Demien, después de colgar, caminó hacia Gabriel. Ambos se abrazaron de manera respetuosa.

—¿Qué tal estás? —preguntó Demien.
—Mal —dijo Gabriel—. Me fui de casa de Justin.
—Gabriel... —dijo con tono vehemente.
—¿Y qué querías que hiciera? No iba a quedarme en la casa de un loco que intenta entrar en mi habitación cada noche.

Demien suspiró mientras le pasaba el brazo por los hombros.

—¿No te atrae Justin?
—Eh... Bueno, es guapo. Pero... No, es demasiado inestable.
—Pues acabaremos con esto. Dejaremos a Justin solo, para siempre.

—

Eliot estaba en el suelo, mirando a la nada mientras ella hacía las maletas. Después de suspirar, ella se sentó a su lado.

—¿Estás bien?

Qué pregunta esa. ¿Estaba bien? Estaba cansado de decir que sí estaba bien y que no pasaba nada.

—No —susurró—. La chica a la que amo está con otro imbécil, acabo de asesinar a un niño, me siento tan miserable, siento que estoy desperdiciando mi vida, y lo peor... Lo peor de todo, es que... Es que estoy perdiendo la ilusión de vivir.

Ella lo miró suavemente mientras apoyaba la cabeza en el hombro de él.

—Yo me sentí así cuando Justin murió —susurró ella—. Y tu estuviste ahí para animarme, ¿Te acuerdas? Me dijiste que las estrellas solo brillan cuando el cielo está oscuro. Yo no te diré lo mismo... Te confesaré algo... Eliot —lo besó en la mejilla—. Tengo que confesarte que ojalá tu hubieras mostrado interés por mi... Probablemente seríamos muy felices.

Eliot abrió mucho los ojos. ¿De verdad estaba pasando esto?

—Llegué a sentir cosas por ti, Eliot... Pero tu no estabas interesado en mi así que yo pues... Me centré en Demien.

—¿Es en serio? —preguntó incrédulo.

—Si te incomodé... Lo siento —susurró ella.

Vamos Eliot, díselo. Es ahora o nunca... Confiésale que la amas.

—No... No me incomodas.

Imbécil.

—La otra chica debe de ser muy afortunada. Espero que cuide de ti —lo besó en la mejilla para levantarse e ir a hacer las maletas.

Sí, afortunadísima. Tanto... Que no lo sabe y nunca lo sabrá.

—Pequeña —susurró él—. Ven aquí. Quiero... Quiero decirte algo.

Ella volvió a sentarse, esta vez enfrente de él.

—Pu... Puede que las cosas cambien después de que te diga esto...

—Me estás asustando —susurró.

—No, no... No te asustes —tomó sus manos y las besó.

—¿Entonces?

Eliot cerró los ojos y tomó aire.

—Yo... No lo malinterpretes, no me odies por favor... Y por fa, que todo se quede como antes.

—Eliot...

—Shhh —susurró—. Déjame hablar.

Eliot tomó aire y la miró. Ese rostro tan bonito y esos ojos tan grandes y preciosos... Lo volvían loco y lo dejaban totalmente desarmado.

—La chica a la que amo con todo mi corazón y mi alma... Eres tú —ella jadeó—. Siempre has sido tú, pequeña. Estoy profundamente enamorado de ti y no tienes ni idea de todo el tiempo que te llevo queriendo. Pero... Quisiste a Demien y me quedé sin oportunidad. Sé que Demien

es un diamante y yo soy una piedra asquerosa pero tenía ganas de decirte lo mucho que te amo. Y no me mires así porque yo...

—No hables más —susurró ella alejándose de él.

—No te alejes por favor... No me dejes.

—Eliot, entiende que...

—Lo entiendo, lo entiendo. Pero también entiende que me rompes el corazón cada vez que besas a Demien enfrente de mi, cada vez que hablas sobre Justin...

—Eliot... Yo...

—No tienes porqué corresponderme. Sigamos empacando.

Eliot abrió mucho los ojos cuando ella se acercó y lo besó en los labios con mucho cariño. Se abrazaron en la habitación, en la noche de Boston, esperando algún milagro que los salvara del infierno.

—

—Demien —saludó Justin—. Qué gusto verte, ¿Qué tal por Rusia?

—Muy bien, con mucho frío —sonrió Demien abrazándose ambos—. ¿Y tú?

—Me alegro de que estés bien, Demien. Yo me encuentro bien, un poco fastidiado. Mis músculos están todavía como bebés. ¿Cómo están tus padres?

—Genial, están muy bien. Espero que te recuperes pronto, Justin.

Gabriel, que estaba detrás, miró lo falso que podía llegar a ser Justin.

—Demien, ¿Puedes venir? —preguntó Gabriel.

—Claro —sonrió Demien—. Un placer, Justin —dijo mirándolo.

Demien y Gabriel dejaron la sala. Justin aprovechó para ver el pasaporte que Demien había dejado olvidado en la mesa.

¿Rusia? Já. Maldito mentiroso.

Boston, sonrió.

—Estaré pronto muy cerca —susurró—. Y me las vas a pagar, hija de puta.

Regla 32.

El infierno te llegará

Vicky gimió mientras Justin la tomaba todo lo fuerte que podía. Vicky se arqueó hacia él haciendo que Justin cerrara los ojos muy fuerte.

—Justin —jadeó Vicky apretando su espalda con las uñas. Justin odiaba que lo marcaran así que tiró de su cabello. Vicky apretó las piernas alrededor de Justin y sonrió.

Justin se acomodó a su lado mientras ella le acariciaba la cabeza con suavidad.

—No has perdido facultades —susurró sonriendo Vicky.

—Lo sé —la besó en la clavícula—. ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

Justin subió la mirada, fijando esos bonitos ojos miel en Vicky esperando alguna respuesta.

—En Boston —sonrió encantadora mientras se estiraba.

—¿En Boston? —parecía que Justin se ponía pálido.

—Sí —rió—. En Boston estaba la casa de verano de mi papi y me encanta ir en invierno.

—Oh —suspiró Justin.

—¿Sabes? Hace unos días pasó algo muy extraño.

Justin centró otra vez su atención de Vicky y la invitó a proseguir.

—Estaba en el cine y cuando estaba entrando a una de las salas... Empezaron a gritar mi nombre y decir que eran _____, la que casi te mata.

Justin la miró en tensión fijamente mientras se acercaba a ella, presionándola a seguir.

—Pero se me había olvidado —suspiró—, porque ese mismo día asesinaron a un pobre chico. ¡Me asusté muchísimo! Lo tiraron desde las escaleras del parking, se rompió por dentro el pobre... Y se fugaron.

—¿Cuántos eran?

—Dos. Decían que una chica y otro chico. La víctima tocó o algo así a la chica y el chico lo asesinó por eso. Es más, hasta en el avión daban retratos computarizados del chico.

No podía ser casualidad, pensó Justin.

—¿Tienes el retrato?

Vicky asintió levantándose de la cama desnuda y fue hacia su maleta. De ahí, sacó un papel doblado por la mitad mientras a Justin le latía el corazón a mil.

Se imaginó a Demien, se imaginó hasta a Gabriel... Pero su rostro se desfiguró de total conjetura al ver el retrato.

Retuvo el aire mirando el papel entre sus manos. Miró otra vez a Vicky y luego otra vez al papel.

Eliot Spencer.

Con el pelo más corto... Y vivito y asesinando.

—¿No lo reconoces? —preguntó Justin mirando el papel.

—No... ¿Por qué?

—Es Eliot Spencer —dijo levantando una ceja—. ¿Te acuerdas de él?

—¡Es verdad! —dijo Vicky tomando el papel y mirándolo fijamente.

Justin volvió a tomar el papel y lo miró.

—Vaya... Vaya... Esto no me lo esperaba. Y yo creía que sería Gabriel o Demien.

—No lo creo —dijo Vicky—. Los escuché hablando de un viaje.

—¿Sí? —preguntó Justin—. ¿A dónde?

—A Italia... Creo que a Rávena.

Vicky sostuvo a Justin mientras parecía que se caía.

—¿Justin? ¿Estás bien, precioso? ¿Te duele la cabeza? —susurró—. ¿Qué puedo hacer por ti?
—E... Estoy bien —murmuró—. ¿C-cómo sabes que... Que se van a Rávena?
—Entré a la habitación de Demien y tenía cuatro boletos para Rávena en la cama.
—¿Y para qué entraste a su habitación?

Vicky solo sonrió mientras miraba traviesa a Justin.

—Demien es sumamente atractivo y obviamente quería divertirme. Yo creo que es gay... Es decir, nadie se resiste a mis encantos.

Justin hizo los ojos en blanco. Eso quiere decir que todo este tiempo, Eliot ha estado vivo, siendo cómplice de Demien mientras él de idiota le ofreció un sitio en su squad y en su casa. Vale, vale. Se vengaría de ambos pero la principal era la niñaata.

¿Y Gabriel? ¿Se iría a Rávena con ellos? Justin sólo pudo coger una de las sábanas y cubrirse mirando al techo.

—No te pongas triste, Justin —dijo Vicky colocándose encima de él y besándolo en el cuello.
—¿Qué haces, Vicky?
—Hermanito —sonrió mientras lo besaba bajando por su cuerpo—. ¿Acaso no me conoces?

Justin rió y gimió cuando ella empezó a tocarlo.

—Eso es nena, es toda tuya.

—

Eliot estaba sin camiseta en la habitación debido al calor infernal que hacía adentro. No era porque el verano estaba llegando, era porque estaban toda las ventanas cerradas y las calderas a tope.

Su princesa tenía una fiebre terrible desde hace dos días. Eliot estaba convencido de que era por alguna gripe pero en cierta medida tenía pánico.

No podía llevarla a ningún lado porque hora mismo eran los más buscados de todo Boston así que asomar la cabeza por la ciudad era impensable.

Ademas ella tenía mucho frío y estaba pasándolo muy, pero que muy mal con dolores interminables de cabeza.

Eliot se sentó en la cama y quitando un poco las mantas para poder verla mejor, le colocó la mano en la frente. Seguía ardiendo en temperatura. Ella lo miró y sonrió con mucha ternura.

—¿Cuándo volverá Demien? —preguntó con la sonrisa tierna.
—Mañana por la noche estará aquí con el jet privado. Y nos iremos lejos de aquí.
—¿Los tres?
—Los cuatro... Gabriel se suma.

Ella sonrió ampliamente. Era como si los tres fuesen los hombres de su vida. Normalmente la chicas comunes tienen a un padre, a un novio y a un mejor amigo. Pues ellos tres eran eso para ella. Se estaban convirtiendo en pilares importantes en su vida.

—¿Y cómo es Rávena?
—Italia en general es precioso. Te encantará —sonrió Eliot besando su cabeza y acurrucándose a su lado.

—¿Ahí te buscarán por...? Ya sabes...

—Sí —rió—. Pero no me importa. También me buscan en Damasco, y media Europa... Rusia también, pero gracias a que el padre de Demien es un político importante, ha evitado que me encuentren. Y mira, sigo vivo. Ya te he dicho que lo único que podría matarme serías tu y tus palabras.

Ella sonrió cerrando los ojos. Eliot la miró más tiempo. Ese rostro tan bonito y tan sereno... Ay, qué más quisiera para poder pasar la vida con ella.

Después de que él le confesara su amor, vinieron noches extrañas. Ella se alejó de él diciendo que eso estaba mal... Es decir, Demien era su pareja, no podía lastimar su corazón... Eliot lo entendió. Así que dejó de presionarla y luchó por mantener la hermosa relación que tenían y siguen teniendo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo Eliot.

—Claro —abrió los ojos.

—¿Qué pasaría si yo... Si yo desaparezo?

—¿Por qué me preguntas eso, Eliot?

—Respóndeme, por favor.

—No sé lo que haría. Te aprecio demasiado como para que desaparezcas así de la nada.

Eliot la besó en la mejilla. Por lastima, no estaba satisfecho con su respuesta pero él no podía hacer nada para cambiarla. La miró a los ojos con tremendas ganas de besarla muy fuerte.

—Te amo, pequeña —susurró.

Ella abrió mucho los ojos pero después de sonreír con dulzura, lo abrazó muy fuerte.

—Tengo hambre —susurró ella riendo.

—¿Tienes hambre? ¡Mi princesa no puede tener hambre! Ahora mismo me pongo en marcha.

Eliot se levantó y trotó hacia la cocina. Ella aprovechó para levantarse y estirarse. A pesar del maldito calor, estaba temblando de frío.

Tomó el mando y fue a ver la televisión mientras Eliot estaba concentrado en la televisión. Recibió una llamada de Demien mientras cambiaba de canales.

—Hola amor —susurró Demien—. ¿Qué tal te sientes?

—Mejor, me sigue doliendo el cuerpo y la cabeza...

—Mi nena —dijo muy bajito—. Lo siento mucho. Estaré ahí lo antes posible y te haré sentir mejor, lo prometo.

—Gracias, Demien —susurró ella muy agradecida.

Quién sabe si fue haz del destino o simple casualidad... Pero su rostro se deformó por la completa sorpresa.

"... Los bienes de Justin Bieber serán subastados por hacienda. La policía determina que Justin Bieber probablemente salió del país..."

¿Qué?

El teléfono se le cayó de las manos mientras Demien llamaba su nombre. Retrocedió intentando controlarse pero el corazón ignoraba su parte racional haciéndola querer gritar y llorar.

¿Justin estaba vivo? ¿Acaso le habían mentido? ¿Serían capaces de hacerlo? ¿Ella no lo mató?

La rabia la invadió de pronto... Justin podría estar vivo... Y, ¿a los que consideraba su familia la habían engañado?

Con la mente fría, tomó el teléfono y efectivamente... Demien seguía ahí muy preocupado.

—Te vas a morir —dijo ella lentamente para después colgar.

Apagó la tele y sin decir nada, salió corriendo hacia la calle tan rápido y como el cuerpo se lo permitía. Eliot, al darse cuenta de esto, corrió detrás de ella pero... Al salir a la calle, no la vio por ningún lado.

Gritó y gritó su nombre sin entender muy bien porqué había salido corriendo de casa. Eliot corrió dando la vuelta a la manzana, preguntando a la gente que pasaba cerca arriesgándose a que alguien lo reconociera, gritó y gritó pero ella se había ido.

Lo mejor sería volver a casa, llamar a Demien y empezar a buscarla.

Al llegar a casa, tomó su teléfono, tenía un montón de llamadas perdidas de Gabriel y de Demien. Llamó a Demien de vuelta y él respondió agitado.

—¿¡Dónde estabas, maldita sea!?

—¡Estaba buscando a tu novia, imbécil! ¡Salió corriendo de la casa y no pude encontrarla!

—Mierda —masculló—. No sé qué pasó... El teléfono se cayó y cuando lo volvió a coger... Me dijo que me iba a morir y colgó.

Eliot suspiró muy preocupado sabiendo que estaría afuera, con frío y con fiebre. Corriendo, tomó su abrigo, unas mantas y corrió tan rápido como pudo hacia su coche sin dejar que Demien gritara y dijese teorías locas.

—¿Y Justin?

—Ha estado todo el día follando con Vicky, creo que no nos molestará.

Lo que no sabían era que Justin estaba justo detrás de la puerta escuchando absolutamente todo.

—Tengo que encontrarla —musitó Eliot—. O si no... Te juro que voy yo mismo y mato a Justin.

—¿Qué impotencia! Nosotros no estaremos ahí hasta la noche del día siguiente.

—¡Maldita sea! —gritó Eliot—. Encima el maldito semáforo se pone en rojo.

—¡Nos estamos descontrolando! —gritó Gabriel—. Mantengamos la calma y pensemos en positivo... Ella va a aparecer y punto.

—Me estoy alejando mucho de casa —dijo Eliot muy nervioso—. Le puede pasar cualquier y si le llega a pasar algo... No me lo voy a perdonar.

Demien notó en su voz un profundo dolor que le puso los pelos de punta. Gabriel colocó sus manos en los hombros de Demien intentando relajarlo un poco. Demien lo miró agradecido y suspiró.

—¿Por qué habrá escapado? —preguntó Demien.

—¡No lo sé! Estaba mirando la televisión y de pronto se fue y... —Eliot fue interrumpido por Gabriel.

—¿Y si vio algo que la afectó?

Los tres hombres guardaron silencio para decir al unísono:

—Algo sobre Bieber —parecía un coro ensayado.
—Oh, mierda —masculló Demien—. ¿Sabrá que está vivo?
—Mi querido Demien —dijo Eliot—. Si algo va a salir mal, saldrá fatal. Da por hecho que lo sabe. Y sabe que le mentimos y que... ¡La veo! ¡La veo! ¡La veo!

Y no se escuchó nada más, solo la puerta del coche abriéndose y Eliot corriendo. Se escucharon unos cuantos coches y de pronto... Algo que dejó petrificados a Demien y a Gabriel...

Fue claramente un accidente.

La llamada siguió en momentos de incertidumbre para todos. Demien y Gabriel se miraron y como había dicho Eliot hace poco segundos:

Si algo va a salir mal, saldrá fatal.

—

Justin se paseaba por su habitación mientras se miraba al salgo y reflexionaba sobre todo lo que había oído. Suspiró colocándose enfrente del espejo y mirándose fijamente.

Sonrió.

Se amaba a sí mismo más de lo que podría amar a nadie más. Volvió a sonreír.

—Sería una pena que alguien se te presentara enfrente. Sería una pena que ese alguien fingiera que te ama... Y sería una pena, que tú como siempre... Creyeras mis mentiras.

Regla 33.

Somos como caperucita y el lobo

Ella despertó con un dolor de cabeza horrible... Tanto, que ella juró que la habían operado o algo.

Ante ella, estaba Demien, con su mano agarrando la suya dormido, con la cabeza apoyada en el costado de ella.

No entendió muy bien qué pasaba. Estaba todo muy oscuro y además había un ruido terriblemente molesto. Ella se movió un poco con lentitud y Demien se despertó de un salto.

—Princesa —susurró Demien—. ¡Gabriel!

Ella miró a su alrededor. No estaban en un hospital... Tampoco era una habitación común. Ella miró a todos lados intentando ubicarse pero eso solo provocó un gran dolor de cabeza.

Ella sintió que Demien la besó en la mano. Intentó hablar pero la garganta la tenía

completamente cerrada.

—Mi princesa —susurró Demien besando su mejilla—. Lo siento tanto...

Gabriel entró corriendo y la miró un poco asustado. Se acercó y la examinó de cerca. Tomando una linterna pequeña se la puso en el ojo obligándola a no cerrarlos.

—Está bien —suspiró Gabriel de alivio—. ¿Cómo te sientes?
—¿Dónde estoy? —jadeó ella mirando a Demien, con la voz muy débil.

Gabriel y Demien se miraron levemente para volverla ver a ella.

—Estamos en un avión —dijo Demien—. Quisimos esperar hasta que despertaras pero... Pero no pudimos quedarnos más en Boston.

De pronto, su cabeza empezó a doler, así que se acostó suavemente y Demien le acarició la mejilla con suavidad.

Y empezó a recordar... Tenía lagunas mentales, pero aún así podía recordar que salió corriendo de casa, ¿por qué? Recuerda sentir las lágrimas en su rostro y una rabia interna que la tenía completamente cegada a medida que corría empujando a la gente en la calle, perdiéndose en la ciudad.

¿Y luego qué?

Gabriel suspiró mirándola a los ojos, e intentó sonreír con dulzura. Ella cerró los ojos para descansar un poco y la imagen le vino como en el núcleo de una bomba.

Recuerda ir corriendo entre los callejones de Boston hasta que miró a Eliot. Ella intentó huir. Él saltó por encima de un coche que casi lo atropella con el único propósito de alcanzarla.

La tomó del brazo... Ella lo había empujado, pero entonces él la levantó con fuerza para llevársela... Ella lo mordió y pudo escaparse...

¿Y luego qué?

—¿Eliot...? ¿Y Eliot? ¿Dónde está Eliot?
—No te alteres —dijo Demien evitando que se levantara—. Tranquila...
—Quiero ver a Eliot.

¿Cómo una a estar tranquila al ver que a Demien se le llenaban de lágrimas los ojos?

—Gabriel —rogó—. ¿En dónde está Eliot?
—Aquí —dijo una voz desde el pasillo.

Ella suspiró de alivio pero fue tan eterna la espera a que entrara que fue casi simultáneo cuando empezó a recordar que cuando ella se soltó... Corrió hacia la carretera, a su muerte.

Pero Eliot lo había prometido, que la cuidaría siempre.

Así que recuerda que él fue detrás de ella y la empujó fuertemente contra la acera haciendo que se golpeará la cabeza contra el coche aparcado... Para por ultimo escuchar cómo dos coches chocaban.

Ella se incorporó un poco para verlo entrar pero su corazón se detuvo durante un momento.

Eliot estaba en una silla de ruedas.

Ella jadeó levantándose evitando todos los impedimentos de Demien. Tambaleándose, fue hacia él... Casi se cae un par de veces pero Gabriel estuvo ahí para sostenerla.

Cayó de rodillas frente de Eliot, colocando las manos en sus piernas, pensando y deseando con todas sus fuerzas: "Por favor, dime que sientes mis manos".

Desde un principio... Desde un maldito principio supo que era grave. A Eliot le disparaban y él mismo se vendaba, a Eliot lo apaleaban y él mismo se curaba... ¿Por qué estaba usando una silla de ruedas?

—Eliot —murmuró con la voz completamente rota para ponerse a llorar en su regazo—. Mi Eliot.

Eliot evitó su mirada levantándola al techo del avión, sabiendo que ahora era tan inútil como inservible.

—¿Fue mi culpa? —susurró ella levantando la mirada, haciendo que Demien mirara a otro lado y Gabriel apretara los puños. Eliot bajó la mirada con suavidad y le acarició el rostro.

—Te prometí que te cuidaría hasta el día de mi muerte —dijo Eliot muy decidido aunque Gabriel sabía que había un trasfondo bastante triste y doloroso.

Ella se volvió a apoyar en su regazo, deseando que sintiera que ella estaba ahí... Pero al parecer no, Eliot ya no sentía nada en las piernas.

—Te... Te vas a curar —dijo ella levantándose y secándose las lágrimas—. Te vas a curar —repitió intentando convencerse a si misma—. Te vas a curar, ¿verdad? ¿Verdad, Eliot? Dime que sí, por favor.

Hubo un silencio sepulcral mientras ella mantenía la mirada en Eliot, tan llena de lágrimas y tan dolida como mareada que juraba que se desmayaría.

—No... Ya... Ya no volveré a caminar —dijo por fin acabando con el silencio de la manera más atroz posible.

Ella miró a Gabriel y a Demien buscando que lo contradijeran pero nadie dijo nada, hicieron la vista gorda y se quedaron callados.

Ella corrió a volver a abrazar a Eliot, tan fuerte como pudo, intentando dejar claro que no fue su intención y que no quería que le pasara nada.

—¿Qué pasó? —preguntó ella acariciando su rostro.

—¿no te acuerdas?

Eliot, Demien y Gabriel se miraron para sonreír con disimulo. Ella negó con la cabeza.

—Fue una pelea de nada —dijo Eliot—. Saliste corriendo y te perdí de vista.

Ella se quedó callada. Miró al suelo y luego a sus manos.

—¿Por una pelea te has quedado en una silla de ruedas para el resto de tus días?

Auch.

El tono en el que lo había dicho había sido tan seco y brusco que se le heló la sangre a Demien.

—Contéstame —susurró ella llena de rabia—. ¿Por una pelea de porquería casi mueres?

—Ya jo tiene importancia —dijo Gabriel—. Lo importante es que estamos todos vivos y de camino a Rávena.

—No es justo —musitó ella para ponerse a llorar otra vez—. Fue mi culpa.

Eliot apretó la mandíbula mirando a Gabriel y a Demien.

—No lo es —susurró Eliot.

—¿Sí lo es! ¿Por qué tengo que herir o matar a todo lo que quiero? Primero Justin y ahora tu, ¿quién seguirá? ¿Demien, Gabriel?

—No pienses eso —susurró Demien—. Nos estás lastimando...

—¿Ves? Te lo dije. Será mejor que me vaya lejos de vosotros y... Y...

—Ni se te ocurra —dijo Eliot—. Olvida la idea de que fue tu culpa, pequeña. Olvídalo por favor.

—Pero... Ahora estás postrado a una silla... Y es mi culpa. Si tan solo no hubiera discutido contigo.

—Ya no podemos hacer nada por revertir el pasado —dijo Gabriel—. Solo nos queda seguir adelante.

—¿Puedo quedarme a solas con Eliot, por favor?

Los otros dos asintieron y salieron. Ella miró a Eliot y se arrodilló otra vez enfrente se él.

—No mereces esto —dijo ella—. Nadie se lo merece.

—Me estás haciendo mucho daño —dijo Eliot—. Te voy a pedir algo, no se lo digas a Gabriel y a Demien —ella asintió mirándolo a los ojos, dispuesta a hacer lo que sea—. Déjame ir.

Ella frunció el ceño y lo miró esperando que dijese algo.

—Déjame ir, por favor —rogó—. Tu eres lo único que me está atando... Y sé que no me necesitas.

—Te necesito —susurró ella tomando su mano con fuerza.

—¿Es que no lo ves? Yo no soy bueno para ti, pequeña. Y a la larga romperé tu corazón. Además tienes a unos hombres maravillosos. Demien se encargará de darte todo el amor posible y Gabriel te cuidará contra viento y marea.

—Creo que sólo estás asustado de amarme.

Y se hizo un silencio eterno. Ella lo observaba y Eliot a ella, haciendo reciprocidad en la mirada pero no en la intención.

—No puedes ocultar lo que verdad sientes —dijo ella—. No creo que quieras irte de mi lado...

—Pequeña —suspiró—. Esto no va a ningún lado. Sólo soy un estorbo para ti. Además de un asesino, no soy absolutamente nada... Puedes tener Demien, él es mucho mejor. Y para rematar, Demien quiere que sigas estudiando... ¡Tienes toda una vida por delante! Yo solo tengo noventa y ocho dólares en el bolsillo y esta silla de ruedas.

Ella tomó su mano y después de asegurarse de que nadie estaba mirando afuera, se acercó a su oído y susurró:

—Llévame contigo —suspiró—. Pertenezco dónde tú estés. Eliot, ambos sabemos que no eres tan fuerte como crees que eres.

Eso lo había derrumbado totalmente. Obviamente se la quería llevar con él, obviamente quería

pasar el resto de sus días junto a ella... Pero estaban Gabriel, Demien y el fantasma de Justin.

—Demien puede decirme que me quiere y todo la parafernalia, pero en realidad... Yo lo he visto muy cercano a Gabriel.

—Se han convertido en mejores amigos...

—Yo diría que más que eso.

Eliot la miró y suspiró. Ella se acercó para besarlo en la mejilla y descansar su cabeza en el hombro de él, en silencio.

—Princesa —la llamó Demien—. Tienes que comer algo.

Ella asintió y después de besarle la mejilla a Eliot, se marchó de la habitación. Pero antes de irse, sonrió dulcemente.

—Que sepas que me has salvado la vida, y te estoy eternamente agradecida —repitió esa frase que él había dicho tantas veces.

Lo que no sabía es que a Eliot se le hizo el corazón trizas. Ella volvió a besarlo en la frente y se marchó a ras del brazo de Demien para no caerse.

—Tío... —empezó Eliot hecho polvo—. Odio mentirle.

Y se levantó de la silla para ir a la pequeña nevera y tomar una cerveza fría.

—¡Te va a ver! ¡Vuelve a tu maldita silla!

—¿Mi maldita silla? —bufó malhumorado—. Vete a la mierda, Gabriel. Ahora que no recuerda la noticia de Justin... Pues le diremos que si volveré a caminar, ¿no?

—Se lo diremos, pero pasado un tiempo. Recuerda que la idea del paraplégico era para que ella no nos odiara por mentirle.

Eliot hizo los ojos en blanco. En realidad, él si la había empujado, recordó que pensó: "La vida antes de las lesiones", pero a él, casi lo atropellan dos coches. Pudo librarse del primero, pero el segundo, fue casi mortal. Menos mal que no fue nada grave y pudo levantarse, tomarla a ella y llevársela de ahí.

Recuerda que ese día estaba jodidísimo. Mientras conducía le costaba respirar y le dolía el pecho... Cuando llegó a casa, apenas pudo subirla, dejarla en la cama y llamar a Demien y Gabriel.

Después de eso, se quedó en la cama casi llorando. Los días siguientes, la sedaron y se la llevaron a Rávena.

—Odio esa idea —suspiró Eliot—. Demien es muy retorcido si se le ocurrió todo esto.

—No hables mal de Demien —dijo Gabriel.

—No hables mal de Demien —repitió Eliot burlándose de él.

Eliot se sentó en la silla mirando a Gabriel y bebiendo de la botella.

Demien entró para tomar su móvil. Parecía completamente jodido.

—Está llorando —dijo susurrando Demien—. Se siente muy culpable.

Eliot cerró los ojos colocando las manos en su frente. Negó con la cabeza y se levantó de la silla.

—Yo no puedo mentirle más —dijo Eliot a punto de salir.
—¡Ni se re ocurra! —dijo Demien tomando a Eliot del brazo.
—Suéltame, Demien. No quieres problemas conmigo —advirtió Eliot—. Deberías preocuparte por tu novia y serle lo más sincero posible. ¿Ésta es la supuesta relación sana que querías con ella? ¿A base de mentiras?
—Eliot, cállate... —advirtió Demien.
—A mi no me hables con ese tono, Demien —dijo Eliot apretando los dientes—. Si no te la he quitado es porque te respetaba. Ahora me doy cuenta de que eres un cobarde mentiroso.
—¿Quitármela? —rió—. Ella me previere a mí, y obviamente ni siquiera se fijaría en ti. Solo hay que verte.

Gabriel tomó a Demien del brazo intentando alejarlo de Eliot. Demien no tendría oportunidad con Eliot en cuanto a pelea.

—Eliot —dijo Gabriel—. Aléjate.
—Eres una basura, Demien —dijo jadeando—. ¿Sabes qué? Ahora mismo te voy a arruinar la fiesta.

Eliot caminó dispuesto a ir a encontrársela de frente. Los reflejos de Eliot lo llevaron a golpear a Demien que venía corriendo detrás de él.

Demien se echó hacia atrás ante el empujón y Eliot lo miró amenazante.

—Ni se te ocurra tocarme. La única que puede tocarme, es ella.
—¿Quién?

Todos dirigieron su mirada a la puerta. Ahí estaba ella de pie mientras tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Me habéis mentido —dijo resentida.
—Pequeña... —empezó Eliot—. Lo sentimos. Lo hicimos por tu bien.
—¿Y por eso te hiciste pasar por un maldito parapléjico en esa maldita silla? —gritó alterándose.
—Fue mi idea —dijo Gabriel excusando a Demien.
—Gabriel, no te eches la pelota de un cobarde —dijo apretando los dientes Eliot.
—Fue mi idea —dijo Demien.
—¿Por qué? —preguntó con la voz rota.
—Porque queríamos librarte de él.

Ella se secó las lágrimas con rabia. Y se alejó de ellos.

—De Justin —dijo Eliot.

Ella palideció a punto de casi caerse.

—¿E-Está vivo? —dijo con los ojos casi desorbitados.
—Sí. Y te está buscando.

Ella jadeó mirando al suelo y frotando sus ojos. Negó con la cabeza incapaz de creerlo.

—Lo mejor que puedes hacer es mantenerte alejada de él.
—¿Por qué?

Eliot la miró fijamente.

—Porque has creado una bestia. Y si quieres sobrevivir... No te acerques.

Pero ella en su mente tenía el cuento de la bella y la bestia, donde la bestia se convertía en un príncipe.

Qué irónico. Parecía ser la única que no se daba cuenta de que esto no era la bella y la bestia... Sino caperucita roja y el lobo.

—

Al llegar a Rávena, todos habían caído presos del sueño aunque a ella le costó más. La casa en dónde vivían, era muy bonita. Esta vez era más pequeña y estaba en el centro de Rávena.

Cuando se despertó, estaba en la cama, con Demien al lado pero ninguno se tocaba, ella seguía muy enfadada por las mentiras de Demien.

Al raro, Demien se levantó y después de vestirse, se marchó en silencio. Ella abrazó la almohada mientras se ponía a llorar.

Odiaba esto. Odiaba que le hubiera mentido y peor aún... Que Justin estuviera vivo y la estuviera buscando... Estaba tan impotente y tan triste porque... Porque había gastado dos años de su vida llorando y lamentándose por alguien que no se había muerto.

Golpeó la almohada con fuerza y miró a la puerta cerrada. Se levantó para salir y hablar con Demien sobre que quería romper con él pero cuando intentó abrir... No pudo... Estaba cerrada.

—¿Demien? —golpeó la puerta—. ¡Abre la maldita puerta! ¡Esto es el colmo! ¡Me mientes y encima me encierras! ¡No soy tu esclava! ¡Demien! ¡Maldita sea!

Y de pronto, escuchó la puerta principal abrirse... Demien se iba y la iba a dejar encerrada.

—¡Demien! ¡Eliot! ¡Gabriel! —gritó—. ¡No me dejéis sola! ¡Joder! —golpeó la puerta—. ¡Por favor!

Ella suspiró dándose la vuelta yendo directa al baño, buscando alguna horquilla para intentar abrir la puerta, tal y como Eliot le había enseñado.

Recordó que tenía unas tijeras en la mesita de noche, así que se levantó y se colocó delante de la mesita de noche, dándole la espalda a la puerta.

Escuchó la puerta abrirse y volver a cerrarse. Ella apretó los dientes dispuesta a reventarle los dientes a Demien. Pero todos esos pensamientos fueron opacados por un jadeo.

—Hola, muñeca.

Regla 34.

Soy famoso por tener miles de muñecas.

Fue el momento de shock más largo de su vida.

Tenía al mismísimo Justin Bieber de frente, después de tanto tiempo. Ella parpadeó varias veces comprobando que no estaba loca y que era él realmente. Después de bastante tiempo en silencio, sólo mirándose, Justin habló:

—¿Me echaste de menos?

Ella asintió secando sus lágrimas y caminó como un animalito asustado de las intenciones de un hombre malo que le ofrecía comida.

—Justin —musitó con la garganta cerrada, y por fin tocándolo, asegurándose de que estaba ahí y era él—. Estás aquí.

—Sí, nena. Y sólo para ti.

Ella lo volvió a ver de pies a cabeza con las manos apoyadas en sus musculosos brazos para no caerse.

Justin estaba tan guapo ahora mismo, que ella creía que en cualquier momento iba a despertar. Estaba completamente vestido de negro, y con ese estilo tan elegante... Y su pelo... Oh dios mío, su cabello se veían tan bien...

—Lo... Lo siento tanto —susurró ella echándose a llorar en sus brazos—. Lo siento mucho, lo siento, lo siento, lo siento —lo abrazó muy fuerte—. No... No quería hacerlo. No me imagino cómo fue para ti, tu recuperación debió de ser horrible... Pero yo no sabía que estabas vivo, Justin.

—¿No lo sabías?

—Días después del incidente... Me dijeron que habías fallecido. Y había sido mi culpa... Y... Oh, Justin, te amo tanto.

Justin sonrió pensando que no fue nada difícil. Él la abrazó de vuelta y se separó para mirarla.

—¿Es un sueño? —susurró ella mirando sus preciosos ojos mieles.

—Pues si lo es, no te despiertes ahora que voy a hacer esto.

Justin, tomó la barbilla de ella con delicadeza para que lo mirara fijamente. Acercó su rostro inclinándolo suavemente y por fin, encajó sus labios con mucha delicadeza con los de ella.

La besó con tanta dulzura y suavidad, que ella juraba que se desmayaría en cualquier momento, en sus brazos.

¿Una bestia? A menos de que esa bestia sea Winnie the pooh, no sabía porqué Eliot y Demien lo condenaban como bestia. ¡Justin había cambiado!

—Mi muñeca —susurró Justin alejándose de ella—. Te he estado buscando todo este tiempo para decirte algo muy importante y no puedo esperar más.

Ella retuvo el aire cuando él tomó sus manos y se arrodilló ante ella. Jadeando, se alejó un poco, pero él, no la dejó.

—Me di cuenta que lo hiciste por miedo... Porque sé que tu eres incapaz de tocarme para hacerme daño. Y todo el daño que yo te hice... Es ridículamente inhumano. Te pido perdón. También quería decirte que también me di cuenta lo mucho que te echaba de menos y lo mucho, lo mucho que te amo. Así que, mi muñeca de porcelana, ¿Quieres casarte conmigo?

Justin sacó una pequeña caja roja de su bolsillo y la abrió enfrente de ella. Era un anillo que parecía costar más que la casa de Justin y Demien juntas. Ella casi se desmaya por el pánico y la impresión que le entró en ese momento.

—¿Es en serio? —fue lo único que dijo.
—¿Crees que estoy de broma?

Ella jadeó mirando el rostro de Justin.

—Acepto —dijo emocionada lanzándose a sus brazos haciendo que Justin perdiera el equilibrio y ambos cayeran al suelo.

Justin tuvo ganas de ahorcarla pero se contuvo y se rió falsamente. Mocososa inmadura, ya verás lo mucho que te gustará estar en el suelo mientras pateo tu cuerpo.

—Soy el hombre más feliz del mundo —susurró—. Pero antes... Necesito saber algo.
—Lo que sea.
—¿Te has entregado a otro?

Ella sonrió besando su mejilla y negando con la cabeza.

—No, sólo a ti. Yo soy solo tuya, Justin. Llegué a sentir cosas por Eliot y por Demien... Pero nada se compara contigo. E... Estoy profundamente enamorada de ti. Y no es un amor racional, Justin.

El síndrome del Estocolmo... Te enamoras de tu propio asesino.

Justin sonrió para sus adentros. Creía que sería mucho más difícil tenerla a sus pies... Ay, pequeña, de esta no sales viva.

—Pues si es verdad que eres sólo mía... Demuéstralo.

Ella lo miró con delicadeza mientras Justin se levantaba y la ayudaba a levantarse, cuando estuvo de pie... La empujó directo a la cama, y él, se colocó encima de ella.

—¿Eres completamente mía?
—Completamente tuya, Justin.

Y la besó muy fuerte en los labios. No solía besar así de débil, Justin era muy agresivo. Pero estaba siendo amable, no quería asustarla la primera vez. En cambio ella estaba flotando sobre nubes.

Fue como recuperar un recuerdo que estaba tan enterrado en su mente, pero que la hacía tan feliz... Justin la hacía feliz. El Justin dulce la hacía sentir tan confiada y tan enamorada...

Ni Eliot ni Demien supieron hacerla sentir así. Probablemente sea masoquista, probablemente cometió el error de darle algunas falsas ilusiones a Eliot o a Demien, pero ella no sabía lo que quería hacer, pero sí sabía lo que no quería, y una cosa que no quería para nada era separarse de Justin.

Su Justin.

Quién tuviese aspecto de príncipe. Probablemente sea su perra faldera... Pero era lo mínimo que podía hacer por él después de casi haberle arruinado la vida.

Ella acarició su cabello, entrelazando sus dedos con este, y ahí... Encontró la cicatriz. Justin se separó para mirarla justamente cuando se le llenaban de lágrimas los ojos.

—Lo siento —susurró ella—. Me he pasado estos dos años lamentándome.

—Te perdono —susurró Justin acariciando una de las mejillas de ella.

—¿Cómo te sientes ahora? ¿Te duele algo?

La verdad es que sí. Pero Justin negó con la cabeza mientras la veía con ternura fingida.

—Eres tan bonita —susurró Justin—. Me encanta que seas mi muñeca, y sólo mía.

En realidad, Justin se había conseguido otra muñeca. Se llamaba Charlotte y la estaba haciendo sufrir el mismo infierno que ella había sufrido en un principio, solo que mucho peor ya que Justin era una bestia.

La había dejado encerrada con su guardaespaldas, Chase, para que se adaptara que ahora era suya.

—Nena —susurró Justin—. ¿Estás segura que no te has entregado a otro?

—Sí, sí, estoy segura.

—No me mientas —dijo en tono burlesco.

—¡No lo haría! —sonrió ella—. Demien quería pero siempre estaba tu recuerdo impidiéndolo. Yo no quería aceptar que soy solo tuya, que te pertenezco... Para toda la vida.

Justin, encima de ella, la besó muy fuerte. Ella gimió en sus labios envolviendo sus piernas en el cuerpo de él.

—Oh, Justin —gimió en sus labios.

—Tu Justin.

Ella sonrió envuelta en una enorme alegría. Llena de tanta ternura y tanto deseo por Justin que sentía que si no estaba con él, su corazón se iba a detener.

—Justin —susurró ella mirándolo—. No tienes ni idea de la alegría que me da que me hayas encontrado. Me quiero ir de aquí.

—¿Por qué, pequeña?

—Por Demien...

—¿Te ha hecho sufrir ese mal nacido? No te preocupes, bebé. Tu papi se encargará de él.

Ella sonrió besando sus labios para susurrar encima de ellos:

—Mi papi no, mi maestro.

Justin la besó fuertemente en los labios acomodaban bien su cuerpo encima de ella, llenándola con su cuerpo. En cambio ella se dedicó a acariciar su cabello con suma delicadeza y con sumo cariño.

—Demuéstrame que eres mía —susurró Justin quitándole la camiseta.

Ella gimió mientras se inclinaba para besarlo en los labios. Él, empezó a bajar a su cuello con sumo cuidado y paciencia. Ella jadeó mordiendo el labio ante los suaves labios de Justin en su cuerpo.

—Gime mi nombre —susurró Justin mientras empezaba a quitarle los pantalones junto con las bragas, dejándola plenamente desnuda.

—Justin —gimió ella muy bajito.
—¡Más fuerte! —ordenó Justin.
—¡Justin! —gimió más fuerte cuando él la levantó a pulso para pegarla a la pared.

Ella jadeó intentando respirar, buscando aire, pero la realidad es que parecía que Justin, por el simple hecho de ser Justin, se lo estaba quitando todo.

Ella le quitó la chaqueta apoyando las manos en sus brazos. Estos no eran los músculos de gimnasio de hace dos años, eran músculos grandes y duros pero a la vez su piel era tan suave, que ella no quiso quitar las manos de ahí.

Ella le empezó a desabotonar su pantalón, mientras lo miraba al rostro. Cuando por fin pudo soltar su cinturón, lo miró a los ojos con dulzura, y sonrió tan ampliamente lanzándose a sus brazos y a sus labios.

Justin hizo los ojos en blanco pero siguió besándola. Pobre ingenua. Si supiera que está bailando con el diablo...

Justin la besó en el cuello mientras ella, con las piernas, trataba bajarle el pantalón por completo. Justin lo terminó de hacer para mirarla.

Estaba muy agitada, jadeando y con las mejillas rosas. Con sus pequeñas manos le acariciaba el cabello con mucho cariño. Justin se mordió el labio acomodándose entre sus piernas.

—Estoy un poco asustada —susurró ella.
—¿Por qué? —Justin la miró fijamente.
—No... No quiero que seas agresivo conmigo —susurró.
—No, muñeca. No me estás entendiendo... Esto y es diferente, yo te quiero y no voy a hacerte daño.

Já. Pensó con una risa macabra en su interior.

Ella asintió besándolo en los labios por lo que Justin aprovechó a tomar su miembro e introducirlo dentro de ella.

Jadeando, ella se arqueó hacia él. Justin empezó a tomar su cuerpo lentamente.

Se mordió el labio. Tenía razón, estaba tan apretada que era imposible que hubiese pasado por la cama de otro. La besó en el cuello mientras ella enterraba las uñas en la espalda de él.

—Ya te enterraré otra cosa, pedazo de puta —dijo en italiano, su lengua mater, ella sólo gimió y lo demás fue historia.

Mas tarde, Justin empezaba a vestirse haciendo que ella se incorporase.

—¿Justin? ¿Te vas?
—Sí, lo siento. Tengo cosas que hacer —suspiró.
—Llévame contigo —susurró tomando su mano. Justin miró la unión de las manos en silencio durante un momento, para después subir la mirada al rostro de ella.
—No es el momento —la besó en la cabeza—. Tenemos que esperar...
—Está bien —suspiró entendiéndolo—. ¿Me puedes hacer un favor?
—Sí, claro, dime —sonrió Justin prestando su atención en ella.

Ella sólo sonrió pensando en esa idea tan brutal.

—

Horas después, Demien entró en casa apoyado en Gabriel. Estaba muy lastimado. Tenía el ojo morado, el labio roto, el cuerpo con algunas heridas. Ella corrió al salón para ver a Gabriel dejarlo en el sofá y correr hacia el baño para tomar el botiquín.

—Oh, Demien —sonrió—. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Demien la miró con desconfianza pero no pudo evitar cuando ella tomó su pene por encima del pantalón con muchísima fuerza.

—Si no quieres que te vuelva a pasar, ni se te ocurra volver a encerrarme. Porque si lo vuelves a hacer... Te corto el pene yo misma.

Lo soltó mientras Demien se quejaba del dolor y ella sonrió dulcemente y se marchó a la habitación.

—¿Cómo coño llegó a salir? —se quejó Demien.

—Su mejor amigo es Eliot Spencer —contestó Gabriel—. No te sorprendas si sabe manejar un tanque.

Gabriel empezó a curarle las heridas a Demien con mucho cuidado. Dejaba tiritas ahí donde las necesitaba y ponía alcohol con mucho cuidado.

Gabriel estuvo a punto de perder la cabeza cuando Demien se colocó de lado, y se levantó la camiseta. Gabriel jadeó mirando su espalda. Parpadeó varias veces para llevar con cuidado el algodón con el alcohol a una herida que tenía en su costado.

Demien jadeó tensándose haciendo que sus músculos se tensaras. Gabriel abrió mucho los ojos, cerrando los ojos, se relajó quitando ese pensamiento de su mente. Gabriel acarició levemente alrededor de la herida, con mucha delicadeza.

Demien dirigió una leve mirada a Gabriel.

—Gabriel, ¿Qué haces?

—

Charlotte gritaba mientras Justin intentaba mantenerla callada. La penetraba tan fuerte que Charlotte no podía hacer nada más que llorar.

—¡Suéltame! —chillaba Charlotte solo para que Justin colocara sus manos en la boca de ella, callándola completamente.

Charlotte respiraba entrecortadamente mientras jadeaba y lloraba muchísimo, llenando de lágrimas sus manos.

Justin lo hacía por una simple razón: la puta lo había dejado tan insatisfecho, que cuando llegó a casa, sólo podía pensar en meter la polla en algún agujero.

Cuando por fin se corrió dentro de ella, Charlotte se quedó callada mirando a Justin en el rostro con muchísimo asco y odio.

Justin la miró a los ojos y sonrió de lado. Esos ojos eran los mismos de Wendy Blake, de _____, de sus muñecas.

Se levantó para vestirse otra vez. Wendy se retorció en la cama intentando liberarse de las ataduras de Justin.

Salió de la habitación cerrando la puerta con llave, donde Chase estaba sentado en las escaleras, esperando que saliese.

—¿Quieres venir? —preguntó Justin—. Voy a un prostíbulo.

—¿Más todavía? Joder, Justin...

—He vuelto a nacer, tengo que disfrutar de la vida, ¿no? —rió suavemente.

Chase rió junto a él.

—Prefiero... Hm... Ya sabes, Charlotte es bastante guapa y...

Justin rió suavemente, dándole la llave. Chase sonrió abriendo la puerta para que se escuchara a Charlotte llorar descontroladamente.

—¡Justin! ¡Justin! —gritó—. ¡No lo dejes! ¡Justin! ¡Justin!

Pero Justin ya había tomado la llaves de su coche y se adentró en los sitios más oscuros de la antigua capital del mundo: Rávena

Regla 35.

Justin Bieber no perdona tan fácilmente

Justin caminaba con mucha lentitud a través del pasillo, subiéndose el cierre del pantalón.

Detrás, dejaba a Katy Spencer, hermana de Eliot Spencer, a la cual había golpeado, violado y dejado inconsciente en la sala de la casa del padre de Eliot.

—¡Katy! ¡Katy! —escuchaba los gritos desmesurados del padre de Eliot desde la habitación.

Pero había que ser claros: a Justin Bieber no le importaba por su psicopatía.

Caminó a paso lento, tomando el arma y colocándole un silenciador en el cañón. Sonrió mirando el arma y por fin entrando a la habitación dónde estaba el padre de Eliot postrado en una cama.

—¿Qué... Qué le has hecho a mi hija?

—Su hija —suspiró—. Digamos que su hija sirvió de juguete.

—¡Eres un desgraciado! —gritó con los ojos llenos de lágrimas—. ¿¡Qué quieres de nosotros!?

—Venganza.

Justin se colocó a tres metros del padre de Eliot. Lo miró fijamente y sonrió.

—Vaya, es la viva imagen de su hijo —se rió.

—¿Mi hijo? ¿Qué le has hecho?

—¡Qué me ha hecho él a mí! —exclamó Justin—. Así que vengo a cobrar facturas.

—¿Co... Conmigo y mi hija? ¿Un viejo que está paralítico y una chica indefensa?

—Muy guapa, por cierto —se burló Justin—. No me dais lástima. Es más, estoy disfrutando este momento.

Justin, por norma general tendía al sadismo más enfermizo del mundo, pero esto era pasarse del límite. Este momento estaba entre su increíble inteligencia y su horripilante locura.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —suspiró—. Pero deja a mi hijos. Son mis pequeños y...

—¡Silencio! —bramó Justin—. No quiero oír más payasadas. Su hijo, sin duda se matará después de esto.

—¡No le hagas nada a mi Eliot, por favor! —rogó mirándolo encarecidamente—. Por favor.

—Ups —sonrió Justin—. Ya es muy tarde. Adiós, Bryce. Que tengas el mejor viaje de tu vida.

Justin levantó el cañón, apuntándole en la cabeza y con un solo click, acabó para siempre con la vida de Bryce Spencer.

—

En Rávena, era de madrugada para cuando ella se despertó muy confundida, sintiéndose muy extraña.

—¿Demien? —preguntó al verlo vestirse.

—Cállate —bramó.

Ella se miró a sí misma sólo para darse cuenta de que estaba completamente desnuda. Confundida, se incorporó un poco mirando la habitación. Se arrepintió del leve intento de movimiento porque le dolía absolutamente cada parte de su cuerpo. Miró al suelo, el cual tenía ropa de Demien y suya en el suelo.

Demien, después de ponerse un polo blanco, encendió un cigarrillo y se puso a fumar mirando la ventana.

—¿Qué me has hecho? —jadeó ella.

—Algo que debí de hacer hace mucho tiempo.

Demien, después de tomar sus llaves, salió de la habitación cerrando la puerta con llave. Ella jadeó tomando el teléfono y marcando a Justin, urgentemente.

Justin, al otro lado del océano, hizo los ojos en blanco al ver la llamada. Mientras salía de la casa, miró a Katy en el suelo, pálida, probablemente ya está muerta, así que antes de salir por la puerta hacia el jardín de enfrente, contestó.

—Justin —susurró ella muy asustada.

—¿Qué pasa ahora? Estaba durmiendo...

—Lo... Lo siento. Es... Es Demien.

—Si es una de tus tonterías, mejor ni molestes porque yo...

—Creo que me violó, Justin.

Hubo un silencio casi eterno.

—Repite —ella casi pudo sentir cómo apretaba los dientes.

—Creo que se aprovechó de mi. Me desperté, y estoy desnuda... Su ropa está en el suelo, la mía también y me duele... Justin, ven pronto, por favor. Tienes que sacarme de aquí.

—Sabes que volveré a Italia dentro de un par de días... Pero escúchame, muñeca: Vas a encerrarte, y si entra e intenta aprovecharse de ti... Le dices que se las verá conmigo.

—¿Y por ahora qué harás?

Ella tembló al escuchar esa risa tan siniestra.

—Lo que es mío, nadie lo puede tocar. Así que le daré donde más le duela.

Y colgó. Ella se quedó con el teléfono mirando a la nada, abrazándose a si misma. ¿Qué había pasado ayer? Recuerda irse a dormir, completamente vestida obviamente... ¿Demien de verdad había hecho esto?

Ella abrazó la almohada, esperando algún milagro para que Justin volviese. Así que cuando Eliot cruzó la ventana para verla, ella ya no estaba despierta.

—

—Eso es Charlotte —susurró Justin tomando el rostro de Charlotte mirándola desde abajo, de rodillas ante él—. Abre bien la boca.

—¡Justin! —escuchó a Chase tocando la puerta frenéticamente.

—¿Qué quieres, maldita sea? ¡Estoy ocupado!

—Justin, sólo quería decirte que la bomba ya está puesta.

Justin apartó el rostro de Charlotte de su pene. Ella se secó las lágrimas con las manos atadas todavía y se quedó quieta mirando al suelo.

Justin se subió el pantalón y fue hasta la puerta para abrirle a Chase.

—¿Tan rápido?

—Sí —respondió Chase intentando ver a Charlotte—. Hemos trabajado con un grupo terrorista que se va a atribuir todo el mérito, ¿pensabas que serían lentos?

—Tienes razón —rió Justin—. Demien me las va pagar. Después asesinaré a Gabriel enfrente de Demien y pagaré a alguien para que lo viole —rió—. Así va a entender que nadie puede tocar lo que lo que es mío.

—Hablando de lo que es tuyo... ¿Me prestas a Charlotte?

Justin rió negando con la cabeza dándole unas leves palmadas en la espalda.

—Deja que yo termine y ya te la presto un rato —dijo cerrando la puerta.

Chase levantó el puño en señal de victoria y fue al enorme salón, poniendo el canal informativo... Donde tarde o temprano darían una última hora que siría:

"Senadores Rusos, Jasmine y Marcos Moreau asesinados en atentado terrorista".

—

Eliot entraba dando una patada en la puerta destrozando la cerradura. Ella, al verlo, corrió a sus brazos y se lanzó a ellos como si de un gato con ganas de cariño se tratase.

—¿Estás bien? Parecías muy asustada cuando me llamaste.

—Me... —suspiró—. Me duele... Ahí.

A Eliot se le endurecieron las facciones sin dejar de verla.

—Huy, a como lo vea le reviento la cabeza por hijo de puta y ahí no habrá Gabriel que valga para defenderlo.

—Hace rato estaba muy mareada —susurró ella—. Creo que en el agua o en la comida me puso algo...

Eliot repasó la habitación con la vista para encontrarse una cámara de seguridad que daba perfectamente a la cama.

—Vamos a ver las cámaras.

Ambos fueron hasta el aparato que almacenaba las cintas, y Eliot, conectando el ordenador, pudo encenderlo y buscando unas horas antes lo encontró.

Primero no había nadie en la habitación. A los pocos segundos apareció Demien llevándola en brazos, dejándola en la cama con cierta agresividad. Ella estaba como dormida pero consciente ya que de vez en cuando intentaba empujarlo.

—¿Te acuerdas de algo de esto? —preguntó Eliot despegando los ojos de la pantalla para mirarla.

—No... —dijo ella.

Después, se veía perfectamente como Demien intentaba quitarle la ropa pero no duraba mucho tiempo forcejeando porque ella parecían tan débil.

—Por respeto, dejaré que lo veas tu —dijo Eliot levantándose y besándola en la cabeza.

Ella se quedó a ver todo el vídeo y efectivamente... Demien había abusado de ella.

Eliot, minutos después de que ella veía su propia imagen en la cama, ya sin Demien, tan dolida... Eliot entró mirándola con los ojos desorbitados.

—Han asesinado a los padres de Demien —dijo Eliot con el teléfono en la mano.

—¿Qué? —jadeó ella.

—Hubo una cadena de atentados... El peor se produjo en la embajada rusa en estados unidos... Murieron ambos.

Ella salió de la habitación para ver la televisión y sí... Estaban muertos. Ella de pronto, se acordó de Justin, ¿Y si fue él?

—Eliot... ¿Me ayudas a buscar un pendrive?

—¿Para qué?

—Para guardar el vídeo... Si las cosas se ponen feas quiero tener una prueba.

Eliot asintió mirándola fijamente. La tomó del rostro para mirarla mejor, casi queriendo besarla.

—¿Por qué crees que lo hizo? —susurró Eliot—. ¿Discutiste con él?

Ella suspiró negando con la cabeza. Tomó la mano de Eliot y lo abrazó.

—Romperé para siempre con él.

A Eliot se le aceleró el corazón insanamente. La miró muy contento ya que Demien estaba muy raro y agresivo, y tal como y como sospechaba... Ya había abusado de ella de la manera más ruin que puede existir, así que se alegraba muchísimo.

—

Demien estaba en uno de los apartamentos alquilados en Rávena. Fumaba mirando a la ventana perdido en la inmensidad de la vista que tenía de la ciudad.

La había violado.

Demien apretó los dientes al recordarlo. Intentaba explicarlo con su motivo pero mientras más lo pensaba, más estúpido lo creía.

Demien la había violado porque no había tenido sexo desde que se divorcio con su esposa, hace casi tres años... Y se había sentido deseoso de tener sexo con Gabriel.

Pero eso era inconcebible. Él no era gay, así que para probar su heterosexualidad, abusó de la única que tenía en casa.

Negó con la cabeza para después girarse y ver que Gabriel entraba con una cara de pánico al apartamento.

Demien se incorporó mirándolo un tanto asustado.

—De... Demien —tartamudeó Gabriel, hasta parecía que temblaba agresivamente.

—¿Estás bien, Gabriel? Estás pálido.

—Demien —suspiró—. Oh, mi Demien —lo abrazó—. Lo siento tanto.

—¿Qué ocurre? No llores, Gabriel. Me estás asustando.

—Ti... Tienes que ver las noticias... Yo me quedaré contigo.

Demien asintió yendo al salón con Gabriel mordiéndose las uñas por detrás.

—Demien —lo detuvo Gabriel antes de que encendiese el televisor y sin previo aviso... Lo besó.

Demien intentó apartarse pero no pudo porque Gabriel lo sostenía de los codos. Desde el primer día que había visto a Demien, había querido hacer esto. Gabriel soltó suavemente sus codos para tomar su cabeza y mantenerla firme. Demien respondió, dejándose llevar.

—Gabriel —se separó—. Yo...

—Lo sé, lo sé, eres heterosexual y sé que no tengo oportunidad contigo pero tenía que hacerlo...

—Iba a decirte... Que me encantó.

Y volvió a besarlo. La televisión puede esperar... Este momento, no lo arruinaría nadie.

—

Chase salió de la habitación subiéndose la bragueta del pantalón mientras Charlotte se quedaba en la cama abrazándose a si misma.

Chase cerró con llave, para después encontrar a Justin mirando la televisión donde daban más información de los atentados.

—Charlotte es maravillosa —suspiró Chase.

—Huy —rió Justin—. Espera a que te traiga a _____.

Los ojos de Chase brillaron instantáneamente.

—¡Sí, por favor! —rogó.

—Hasta podemos hacer un trío —rió Justin.

—No es mala idea —dijo Chase—. Pero primero tienes que traerla.

—Será muy pronto. Volveré a Rávena, tú te quedarás con Charlotte —Chase sonrió triunfante—. Ahí la haré caer a mis pies, la traeré, obviamente me acostaré con ella... Y adivina, por la mañana estará en mi sótano, ahí la voy a asesinar enfrente de nada más y nada menos que de Charlotte y de Eliot Spencer.

—¿Cómo traerás a Eliot?

Justin se rió mirando a la nada.

—Acabo de asesinar a la única familia que le quedaba, ¿Crees que no volverá a cerciorarse de que todo está bien? —Justin miró a Chase—. Se creen que podrán seguir con sus vidas después de casi matarme... Pobre ingenuos. Se les olvidó que soy Justin Bieber, y Justin Bieber no perdona tan fácilmente.

—

Demien y Gabriel yacían en la cama completamente desnudos. Gabriel descansaba en el hombro de Demien, mientras éste, le acariciaba el cabello con mucha delicadeza.

Por fin lo habían hecho. Gabriel se había entregado en cuerpo y corazón, y se sentía tan bien, tan contento. Demien era un sueño hecho realidad, y por fin había sido suyo.

Gabriel subió la mirada muy contento hacia Demien. Sonrió ampliamente para acurrucarse a su lado y por fin dormir a su vera.

—Demien, te amo —confesó Gabriel—. Desde que te vi en el hospital...

Demien se quedó callado porque estaba muy asustado ya que para él... Gabriel se estaba convirtiendo en más que en un amigo.

—

Eliot la observaba dormir mientras llamaba a su hermana y a su casa por enésima vez. Maldita sea, ¿por qué no contestaban?

Gruñó. Dejó el teléfono en la mesita noche y se acomodó a su lado aunque algo llamó su atención: el anillo.

Lo tocó levemente extrañado de que ella tuviese algo tan valioso y lo llevara hasta para dormir. Se encogió de hombros y se dispuso a dormir.

Soñó con ella, con su princesa.

Soñaba que la tomaba en sus brazos, y era tan realista que sentía cómo ella se colocaba encima de él y empezaba a saltar. Según Freud, los sueños eran reflejos de nuestros deseos, así que nunca mejor dicho... Estaba deseoso de tomarla y de hacerla suya para siempre.

La podía ver saltar, casi podía sentir su piel y su mirada, cómo lo acariciaba, la manera en la que su interior lo apretaba, y sus pequeñas manos apretaban su pecho, casi gritando de placer.

—Eliot —la escuchó como un susurro paulatino—. Eliot... Eliot...

De un susto, se despertó. Era ella quién lo estaba llamando.

—Eliot —susurró—. ¿Estás bien? Parecía que tenías una pesadilla.

—Sí... Sí, estoy bien —dijo mirando disimuladamente a su pantalón, mierda.

Menos mal que le daba la espalda porque si no... Ahora mismo estaría muerto de vergüenza.

—¿Estás seguro? Estás muy nervioso.

Eliot se levantó dándole la espalda y marchándose al baño cojeando.

—¿Te duele algo?

—No, no... Es que tengo la pierna dormida.

Lo que ella no sabía es que una de sus piernas estaba demasiado despierta.

—

Justin abrió la maleta llena de armas para asesinar a Gabriel. Algo llamó su atención... El precioso cuchillo. Ay, suspiró mirando su reflejo en la plata.

No tenía ni idea de cómo iba a asesinarla. Sería muy lento y tan doloroso... Que iba a sufrir todo lo que él sufrió.

—Ay, muñeca. Quién te diría que ves a los ojos de tu asesino.

Regla 36.

Actuaremos juntos.

Ella se quedó mirando por el pequeño hueco que dejaba la puerta entreabierta, ver a la cama de Demien.

Estaba destrozado.

La noticia de que sus padres murieron fue devastadora para él. Pero al menos tenía el apoyo de Gabriel... O más que su apoyo.

Ahora mismo, ambos estaban dormidos en la enorme cama. Ella hizo los ojos en blanco y echando un último vistazo al reloj sonrió al escuchar el claxon desde abajo.

2:59 pm.

A tiempo.

Había pasado tanto tiempo sin ver a Justin, que estaba ansiosa por lanzarse a sus brazos. Ella, con mucho cuidado y en silencio, salió de ahí.

Bajó las escaleras como loca hasta por fin, salir del portal y encontrarse con Justin, apoyado en la puerta lateral izquierda del coche, él sonrió al verla y ella corrió y se lanzó encima de sus

brazos.

Justin hizo los ojos en blanco pero cuando ella lo miró, sonrió ampliamente.

—¿Cómo estás, muñeca? —susurró Justin mientras ella lo besaba en la mejilla.

—Bien... Supongo. ¿Y tú? —sonrió.

—Muy bien ahora que te veo.

Eso provocó una sonrisa enorme en ella que provocó que lo abrazara con mucha fuerza, llenándolo de besos y abrazos.

—¿Vamos a dar una vuelta? —sonrió abriendo la puerta para que ella entrara... Y es que no se había percatado.

El coche de princeso...

A ella se le detuvo el corazón y lo miró un tanto nerviosa tomando con fuerza la mano de él.

—¿Qué ocurre?

—Na... Nada —susurró mirando a todos lados menos a él—. ¿Vamos?

Justin asintió dejando que pasara ella para cerrar la puerta. Iba negando con la cabeza mientras rodaba el coche por detrás, fuera de la vista de ella.

Al entrar, la vio completamente inmóvil en el sitio, como si temiese manchar algo o poner los pies o las manos donde no debía. Justin se rió, pero en silencio volvió a emprender el viaje hacia el centro de la ciudad.

—Parece casi fantasmal —susurró ella mirando la ciudad a oscuras a través de la ventanilla—. Da hasta miedo.

—Ya, pequeña. Rávena es un sitio lleno de misterio.

—¿Cómo lo sabes?

Justin se tensó mirando la calle, con los ojos clavados al frente. Suspirando, negó con la cabeza.

—He estado aquí antes, es la impresión que me da —dijo evitando su mirada.

—Oh —susurró—. ¡Mira que estatua más bonita!

—Sí... Claro —dijo Justin—. Voy a aparcar aquí —dijo metiéndose en un sitio apartado.

—¿Por... Por qué? —suspiró.

Justin sonrió mirándola casi burlescamente. Ella se sintió muy incómoda y bastante tímida. Se encogió en sitio al ver que hasta sacaba las llaves.

—¿Quieres ir al asiento de atrás? —susurró mirándola fijamente.

Si le decía que no, pues se podía enfadar y ella no quería que Justin volviese a enfadarse, por una simple razón: Justin no se merece estar enfadado.

Ella, como tonta, asintió. Justin pasó primero, y luego ella. Estaba sentada al borde del asiento al ver que Justin se recostaba con mucho cuidado mientras suspiraba.

—¿No piensas venir?

Ella miró a Justin, ese rostro tan bonito tan atractivo... Suspiró y asintió mientras se dejaba caer a su lado.

Justin la acogió en sus brazos con mucha cautela, mirándola al rostro fijamente.

—Ay muñeca —suspiró besándola en la nariz y dijo algo que no quería decir—. Si no quieres que lo hagamos... No lo haremos.

Mierda, Justin.

Ella lo miró acomodándose en su pecho con suavidad, cerrando los ojos. Justin miró al techo pensando lo imbécil que fue para después cerrarlos con fuerza.

—¿Tu quieres hacerlo? —susurró ella—. Yo solo quiero que tu estés satisfecho.

—Vaya —susurró Justin. Parecía que la vida le sonreía—, a mi me haría muy feliz, y tu quieres la felicidad de tu papi, ¿verdad?

Ella asintió hipnotizada por su mirada.

—Pues si quieres hacerme feliz, entrégame tu cuerpo. Te prometo cuidarlo y complacerlo como mejor sé.

Ella sonrió tomando el cabello de Justin y enredando sus dedos en éste.

—Te amo, Justin —susurró ella ignorando que estaba metiéndose en la cueva de la bestia.

—Oh —sonrió—. Pues demuéstremelo.

Ella fue la que se abalanzó contra sus labios haciendo que a Justin le diesen ganas de darle una bofetada para que se controlara y dejara las tonterías.

Ay, la muñeca ya parecía un títere controlada por Justin.

—

—¿Crees que están orgullosos de mi? —susurró Demien en la oscuridad, con lágrimas en los ojos que solo reflejaban su gran dolor.

—Claro que lo están —sonrió Gabriel pasando el brazo por el pecho de él y mirándolo—. Tus padres te adoraban Demien, a ellos no les gustaría que estés así de triste.

Demien giró suavemente el rostro para ver a Gabriel. Él le secó las lágrimas y sonrió ampliamente, intentando animarlo.

—Siempre vas a tenerme a mi —susurró Gabriel—. Sé que no soy la gran cosa, pero ten por seguro que si necesitas ayuda, puedes contar conmigo.

—Eres mucho más de lo que te imaginas, Gabriel.

El corazón de Gabriel estaba apunto de desbordarse gracias a la emoción y las palabras de Demien.. Es que nunca se imaginó esto, nunca se imaginó que alguien tan masculino y de apariencia tan heterosexual podría siquiera fijarse en él y ahora... Ahora estaba él en su cama y se abrazaban... Y lo mejor es que sentía que lo quería.

—

—¡Los dientes! —se quejó Justin haciendo que ella levantara la cabeza de su miembro.

—Lo... Lo siento —susurró.

—No pasa nada, pero ten cuidado con los dientes.

Ella volvió a metérselo en la boca mientras Justin jadeaba mirando al cielo oscuro. Cerró los ojos y esbozó un leve sonrisa cargada de cinismo al pensar que tal vez esta sería la penúltima vez que tendrían sexo ya que ella debía morir.

Justin tenía claro que era un monstruo pero siempre trataba de ocultarlo para preservar su imagen íntegra y perfecta... Después del golpe, era como que todo le daba igual, era como que todo... Todo se reducía en una orden interna: matarla.

De una manera lenta, dolorosa, que rogara por su vida, que sufriese y que muriese mirando sus ojos, lo último que vería.

Justin gimió abriendo los ojos al sentir los dientes otra vez. Maldita mocosa, ni para chupar una polla sirve.

—Ya, déjalo.

—¿Te hice daño? Perdón, Justin. Quiero hacerte sentir bien pero todavía soy muy inexperta... Quiero que me enseñes para poder hacerte sentir bien correctamente.

Qué lastima que te vas a morir.

—Ahora no importa —susurró Justin—. Ponte encima. Me gusta cuando estás encima

En realidad lo odiaba. Él prefería ser el dominante. Pero como había que engatusarla, había un par de cosas que debía de sacrificar, ¿no?

Ella se quitó la ropa ante Justin mientras él la miraba fijamente pensando que esa piel tan bonita ya no recubriría su cuerpo cuando la lleve al sótano. Ante el pensamiento, sonrió. Y ella le devolvió la mirada sin saber muy bien a qué venía.

—

Eliot llamaba miles de veces a casa pero nadie respondía... Era como si se los hubiese tragado la tierra. Llamaba y llamaba múltiples veces pero nada... Ahora que si se estaba preocupando.

Para él, su hermana, su padre y _____ eran lo único que consideraba un tesoro. Sin ellos, ya estaría muerto.

Así que tomando el pasaporte falso, fue decidido a comprar un billete de avión... Tenía que tener noticias de su familia.

—

—Para —susurró Justin queriendo asesinarla.

Ella se detuvo de dar saltitos suaves y miró a Justin. Para él, esto estaba siendo la peor idea del mundo. Estaba volviéndose loco por matarla y es que no estaba nada satisfecho.

—¿Estás bien? ¿Hice algo mal? —susurró ella.

—No eres tu —mintió—. No había querido decirte que me duele mucho el pene, ¿sabes? No sé porqué.

—Lo... Lo siento —susurró ella bajando la mirada.

—No es tu culpa. Llevo días así. Vístete, te llevaré a casa.

Ella asintió tomando su ropa sintiéndose repentinamente oprimida por Justin. Ambos se vistieron y por fin emprendieron marcha por las solitarias calles.

Ella no apartaba la vista de la ventanilla para no tener que enfrentarse a Justin. Dio un saltito al sentir la mano de Justin en su pierna, como marcando su territorio. Se quedó quieta hasta que llegaron a casa.

—¿Cuándo te volveré a ver? —susurró ella mirándolo a los ojos.
—Cuando quieras. Tienes que llamarme y aquí estaré.

Ella sonrió levemente acercándose a sus labios y besarlo suavemente. Con mucho amor, Justin hacía los ojos en blanco y suspiraba esperando que acabase ya. Ella sonrió besando la mejilla de él.

—Justin —susurró—. Te amo.

Y se hizo el silencio. Justin sonrió ampliamente y antes de hablar, la besó en la frente.

—Yo a ti, mi pequeña. Ahora ve a descansar.

Ella sonrió y salió del coche con mucho cuidado. Antes de salir, volvió a besarlo suavemente y salir corriendo como una adolescente ante su primer amor.

Justin golpeó el volante y tomando mucha velocidad, se dirigió a su casa.

Ella, al entrar en la casa con mucho cuidado y muy callada. Se quedó de piedra al escuchar leves gemidos que venían de la habitación.

"Demien tiene una amante", pensó abriendo mucho los ojos. Con tremendo cuidado fue lo más callada posible hasta llegar a la puerta de la habitación de Demien.

Jadeó empujando suavemente la puerta entreabierta solo para encontrarse con algo que nunca se esperaría: Demien y Gabriel teniendo sexo.

—_____ —jadeó Demien cubriéndose el rostro con las manos—. Maldita sea.

Ella tomó aire y dándose la vuelta, se marchó. Gabriel intentó ir hacia ella pero Demien lo evitó poniéndose ropa interior y corriendo detrás de ella.

—_____ —dijo Demien tomándola del brazo.

—¡No me toques! —jadeó ella.

—Lo... Lo siento. Tienes que escucharme...

—¿Qué quieres que escuche? ¿Tus gemidos mientras te follas a Gabriel?

—Maldita sea —suspiró Demien—. No tengo justificación —dijo Demien—. Creo que me estoy enamorando de Gabriel. Lo siento tanto.

—Oh, ¿lo sientes? ¿Es por eso que abusaste de mi? ¿Crees que no lo sé?

Demien se acercó a ella pero instantáneamente fue empujado por ella.

—¡Pudiste irte con él! ¡Pero no violarme! ¿Qué querías, probar tu maldita masculinidad!

¡Demien, no te acerques!

—Cálmate por favor, sé que estuvo mal... Estuvo muy mal pero... Pero es que yo...

—Me arruinaste la vida Demien.

Demien frunció el ceño al ver que se le rompía la mirada.

—Me dejaste tirada en ese maldito coche... Me hiciste pasar por loca después de que me

indujiste a que dejase de estudiar, me separaste de mis padres... Te lo di todo.

Demien retrocedió con una autentica expresión de pánico en la cara.

—Me abandonaste a la suerte de Justin. Y ahora, que te lo vuelvo a dar yodo... Tu... Tu... ¡Follas en mi cama con Gabriel! Te puedes ir con él, me da igual... Pero perdí otros dos años que pude dárselos a Eliot.

Gabriel salió de la habitación también muy aterrado ante lo que estaba escuchando.

—¿Creías que me había olvidado de todo? —se rió—. ¿Creíste que me olvidaría del rostro del hombre que me arruinó la vida?

—Pe... Pero tu... Tu habías perdido la memoria —dijo Demien jadeando.

—Eso es lo que quería hacerte creer. Sé perfectamente que mi madre es gobernadora y mi padre abogado, y tu... Maldito estafador, te hiciste pasar por mi profesor de derecho, ¿cómo te quedas? Hijo de puta.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó Gabriel.

—¿Por qué? ¿Me lo estás preguntando en serio? Quería darle una segunda oportunidad a Demien.

—Pero... —dijo alucinando Gabriel—. Esto es imposible...

—Como ves, es muy posible. Ya me cansé de ser tu maldita perra, Demien. Se acabó. Esto ya es intolerable.

Demien tomó aire apretando los dientes y sonrió cínicamente.

—¿Y qué hará una niñita como tu?

Gabriel se percató que el teléfono se ella brillaba en su bolsillo.

—¿Qué haré? —rió ella—. Vas a morir —dijo mirándolo fijamente—. Y tu también. Y yo... Me voy a casar —dijo enseñándoles el anillo.

—¿Con Eliot?

—No, no, no... Con el único que me hace sentir bien...

Demien se tensó mirándola fijamente.

—¿Quién? —exigió.

—La bestia.

Y fue lo último que escucharon porque fue Justin el que los golpeó en la cabeza con un bate de béisbol.

—Has estado maravillosa, princesa —sonrió Justin.

Ella corrió a su lado pasando por encima de Demien y Gabriel.

—Vas a ver lo que les tengo preparados. Nadie le hace daño a mi muñequita —dijo besándola en la frente.

—Te amo, Justin.

Justin tomó del cabello a Demien arrancando un colgante que ella le había regalado por su cumpleaños.

—Esto ya no le pertenece —sonrió Justin tirándolo por ahí.

—¿Y a Gabriel? ¿Le harás mucho daño?

—Lo mataré rápidamente para que no sufra.
—Eres el mejor —sonrió ella besándolo en la mejilla.
—¿Era verdad todo eso de la memoria?

Ella rió suavemente mirando la espalda de Demien.

—¿Tú qué crees, Justin?

—

Por la mañana, Eliot entró en la casa buscando a su pequeña para avisarle sobre el viaje y a ver si quería ir con él...

Pero no.

No había nadie en casa. Ni siquiera ella.

Al entrar a la habitación de ella, miró a todos lados buscando evidencia de algo:

No estaba su ropa y peor aún... Juraba que alguien había tenido sexo en esa cama.

Tomó la almohada y la imagen mental del dueño del perfume lo escandalizó muchísimo.

Trotó hasta las cámaras solo para comprobar lo que se temía:

La bella estaba bailando con la bestia, solo que esta bestia no iba a convertirse en un príncipe... Sino que pensaba en devorar quien cayese en sus redes, y esa, era su muñeca.

Date por muerta, estás jodida.

Regla 37.

Si yo digo que todos mueren, todos mueren.

Y un orgasmo tras otro resumieron la noche de Justin y su muñeca en Oregon.

¿Cuántas veces lo habían hecho esa noche? Qué más da. Una, ocho, once...

Ella estaba completamente agotada y a Justin solo le importaba que estaba vaciando su cuerpo en ella.

Mientras Demien y Gabriel estaban inconscientes en un habitación aledaña, la de ellos era un constructo de fluidos corporales, semen, sudor, calor, vapor y olor a sexo.

La verdad es que era muy asqueroso pero al parecer lo único que les importaba a ellos era dejarse todo lo que traían dentro en la cama.

Cuando se ella se arqueó hacia él, Justin salió de ella y se arrodilló en la cama tomando sus pies y estirando con cuidado sus dedos para evitar los dichosos calambres.

Como en el noveno orgasmo sus piernas empezaron a dormirse y sus dedos a sufrir calambres.

—¿Estás bien? —preguntó Justin.

—Sí —jadeó ella cuando por accidente Justin hizo sonar uno de sus dedos.

—¿Uno más?

—¿Qué? Justin, estoy muy cansada... ¿Y si lo dejamos para mañana?

Justin la miró y sonrió. Teniendo en cuenta que ella antes solo aguantaba tres... Esta noche estaba siendo una campeona. Ahora sí sabía lo que pasaba cuando se iba con alguna prostituta.

—Vamos nena, el último.

—Dijiste eso hace tres polvos atrás.

—Lo sé —se rió volviendo a caer encima de ella, con sus dedos adonde ella lo deseaba más—. Pero es que me vuelves loco, cada vez que te veo, me provoca volver a follarte.

Ella gimió hacia sus labios, queriendo besarlos.

—Haré yo todo el trabajo, y ya te dejaré descansar.

Ella, sin haber dicho que sí, ni nada, fue puesta a cuatro patas por Justin. Ella gimió cuando él apretó su trasero.

Por la ventana podían verse pequeños y tímidos rayos de sol al horizonte... ¿Desde qué hora llevaban en esta cama follando como conejos? Ni la más mínima idea. Pero al parecer no les importaba ya que estaban muy concentrados en lo que estaban haciendo.

Si tan solo supiese que Justin la estaba agotando para que no molestara cuando asesinara a Gabriel y a Demien.

Pobre ingenua.

Justin volvió a colocar su pene en la entrada de ella. Su muñeca parece haber muerto ya que estaba completamente quieta, sin embargo estaba muy relajada, era como si Justin le transmitiera cierta calma y confianza.

—Mi Justin —gimió cerrando los ojos cuando él la tomó.

—Solo tuyo —dijo con ganas infernales de asesinarla.

—

Por la mañana, Justin estaba enfundado en su nuevo traje, un Loewe carísimo, pero que le sentaba de maravilla. Se miró al espejo una vez más y se dio la vuelta para ver a Chase.

—¿Y Charlotte? —preguntó Justin.

—Pues dormida... Digamos que yo también me divertí toda la noche.

—Buen trabajo —rió Justin—. ¿Demien y Gabriel?

—En el sótano ya.

—Pues iré a despertarlos, así que sube y no entres a la habitación. Ella está dormida y aún no te ha visto, no quiero que se altere.

—Entendido —asintió Chase.

Justin, con paso firme, caminó hasta el sótano, no sin antes sacar un arma que tenía por ahí escondida. La miró, la tocó y la cargó sabiendo que el cañón de ésta, sería lo último que Demien y Gabriel verían.

Charlotte abrió los ojos. Estaba en el suelo, tirada lejos del asqueroso colchón que estaba en el suelo. Ella se miró y recordó lo que pasó anoche por lo que cerró los ojos y empezó a llorar.

—Tengo que salir de aquí —dijo suavemente corriendo hacia la puerta, intentando abrirla y para su sorpresa... Se abrió.

Fue un segundo en shock lo que la dejó plantada en el suelo. Jadeó empujando la puerta con suavidad e intentando moderar sus pasos... Empezó a recorrer el pasillo.

No escuchaba ruidos por la casa, ni pasos ni nada... Pero sabía que Chase estaría cerca. Así que tomó una decisión drástica: esconderse hasta que nadie la busque y poder salir.

Así que sin más preámbulos, lo primero que encontró fue el armario de la despensa, el cual solía ser un poco más grande que los de la limpieza, así que entró y sentándose en un montón de latas... Se quedó quieta a esperar que llegara la noche.

En el piso de arriba, Chase caminaba frotando sus manos entre sí mientras miraba la puerta donde sabía que detrás de ella estaba la tan preciada muñeca de Justin.

Abrió la puerta silenciosamente solo para encontrar una habitación con un fuerte olor a sexo. Chase aspiró el aroma como si de perfume se tratase, e inspeccionó con la mirada la habitación.

Ahí estaba la pequeña. Cubierta por las sábanas. Se mordió el labio sabiendo que de mañana... No iba a sobrevivir.

Qué desperdicio.

Y todo por una tontería. Chase se alejó de la puerta y decidió bajar para ver si Justin necesitaba ayuda con Demien y Gabriel.

Cuando llegó al sótano, lo primero que escuchó fue a Justin gritando a los dos cuerpos que se levantarán y cuando abrió la puerta, vio que Justin les gritaba mientras les daba patadas.

Ellos se retorcían en el suelo como una camada de cachorros que acababa de nacer, queriendo despertarse pero el cuerpo no se los permitía.

—¡Que os despertéis! —gritó Justin dando patadas en los cuerpos de ambos.

Gabriel fue el primero en abrir los ojos y parpadear mirando a todos lados, a Justin, a las paredes un poco perdido... Y a Demien. Jadeó arrastrándose hacia él.

—Eso es, maldito gusano —dijo Justin con desprecio.

Gabriel miró a todos lados y pudo reconocer el sótano y al fondo... En un rincón... Un cadáver.

—Oh —rió Justin—. ¿Te acuerdas que te conté sobre el tipo que abusó de mi muñeca durante una de mis fiestas? —volvió a reírse—. Acabé con él.

Gabriel jadeó tomando el rostro de Demien como si la vida le fuese en ello, asegurándose de que estaba bien. Al parecer estaba despertando también.

—Bienvenidos a la cueva de la bestia —sonrió Justin mientras los miraba abriendo los brazos.

—

Eliot Spencer entró con suavidad a su casa mientras tomaba aire al ver que la puerta estaba sin seguro como solía ponerlo su hermana.

Abrió la puerta solo para encontrar a su hermana en el suelo, y en ese instante supo que estaba muerta.

Jadeó con los ojos de pronto inundándose de lágrimas y corriendo hacia la habitación de su padre.

Tuvo que cerrar los ojos al ver la pared llena de los sesos secos de su padre.

—¡Yo tendría que estar aquí para protegeros! —gritó mientras volvía al cadáver de su hermana sin saber muy bien qué hacer—. Mi chiquita —susurró tomando la cabeza de su hermana. Parecía un muñeco de trapo—. Te juro que voy a atrapar a ese hijo de puta que os hizo esto —susurró—. Lo juro, lo juro, lo juro por todo el amor que os tengo.

Y de pronto se empezó a sentir muy mareado... Tanto, que los ojos se le empezaron a cerrar por si solos.

—¿Qué...? —pudo llegar a pronunciar sintiendo que se caía.

Intentó forcejear con esa fuerza casi invisible que lo llevaba al suelo pero solo pudo caer al lado de su hermana... Miró la puerta principal abrirse.

—Eliot Spencer —sonrió Chase—. ¿Te acuerdas lo que hiciste cuando nos vimos? Ahora respóndeme tú: ¿Quién se queda dormido como un niño pequeño?

Chase lo empujó solo un poquitín para que cayese completamente inconsciente.

—Buena respuesta.

Chase tomó a Eliot del cabello y lo arrastró hasta la puerta, hasta su coche.

—

Gabriel y Demien estaban atados uno enfrente de otro, Justin se había ido un rato al enterarse que Eliot estaba en casa de su padre, así que estaba arriba con su muñeca, viéndola ducharse.!

Demien y Gabriel se miraron un poco aterrado mientras Gabriel intentaba liberar sus muñecas de las esposas.

—Vamos a salir de esta, Demien —dijo intentando darle ánimos pero Demien estaba destrozado.

—Gabriel... Quiero que sepas que eres una de las mejores cosas que me han pasado...

—Maldita sea, Demien. No te despidas. Esto no es el maldito final. Escúchame bien, ¡Escúchame, maldita sea! Vamos a salir vivos, ¿lo entiendes?

—¿Por qué sigues teniendo esperanza de que saldremos de esta?? Justin va a asesinarlos... Y es todo nuestra culpa... Si tan solo no la hubiéramos alejado y la hubiésemos mantenido con él...

—¡Eso ya no importa! Deja de pensar en el maldito pasado. Esto me está alterando mucho, esto me está volviendo loco... Así que pensemos una manera de escapar.

—No hay.

Ambos enmudecieron al oír a Chase entrar en el sótano arrastrando a Eliot inconsciente.

—No gay —repitió riéndose esta vez.

Gabriel abrió mucho los ojos observando a Eliot ser esposado a la fuerza.

—Ay señores —suspiró Chase sacando un cigarrillo de su bolsillo y encendiéndolo—. Sólo somos la mierda de este mundo, entre miles y miles de gotas en un océano... Nadie os va a echar de menos si os vais, así que... Si podéis salir, ¿por qué preocuparse? Y si vais a morir de todas maneras... ¿Por qué preocuparse?

Y después de expulsar el humo por la nariz, se marchó.

—Demien... No... No llores, no ahora... Escúchame —dijo Gabriel—. Eliot es un especialista en abrir esposas, el mejor y más rápido que he visto... Si lo despertamos... Tal vez podamos salir de aquí.

A Demien se le iluminaron los ojos azules y asintió mirándolo mientras empezaban a llamar a Eliot... Deseando que se despertara, por lo que más quisiera... Que se despertara.

Justin estaba secando la piel de la maldita puta mientras ella le contaba alguna tontería inventada y se reía como tonta.

—Nena, tengo que irme...

—¿Qué? ¿A dónde? No te vayas, mi Justin...

—Tengo muchas cosas que hacer... Tu puedes seguir durmiendo... Porque en la noche no te dejaré dormir.

Ella se puso roja como tomate mientras asentía y dejaba que Justin se levantaba y caminaba hacia la puerta.

—Cualquier cosa que escuches, quédate aquí. Volveré por la noche.

Antes de que ella dijese algo, él cerró la puerta dejándola completamente fría en su asiento.

—¿Justin?

Pero nadie respondió.

Justin fue por el pasillo silbando bajando hacia el sótano, para acabar ya con Demien y Gabriel.

Al llegar al sótano, solo pudo encontrar a Eliot en el suelo, a Demien llorando y a Gabriel intentando liberarse.

—Vamos a acabar con esto rápido.

—No —jadeó Demien—. Justin, por favor... Nosotros queremos vivir juntos, queremos irnos lejos... Por favor, ten un poco de compasión.

—¿Compasión? —preguntó Justin—. ¿Compasión? —bramó subiendo el tono—. ¿Como la que vosotros habéis tenido cuando la puta me reventó la cabeza?

—Estuvo mal —jadeó Gabriel—. Estuvo muy mal... Pero ya estás sano, Justin. Estás genial... No puedes acabar con nuestra vida... Por favor, Justin. Por favor.

—No gastéis saliva en pedirme disculpas. ¿Sabes Gabriel? Tú eres el peor, estuviste conmigo todo este tiempo para decirles a estas dos escorias lo que pasaba.

—No, Justin, no es así —susurra Gabriel casi sin voz—. Yo me quedé porque no quería dejarte solo. Lo hice por un mero acto de humanidad.

—No te creo.

Demien gritó cuando Justin se colocó enfrente de Gabriel apuntándolo con el arma.

—Dile adiós a Demien, Gabriel —sonrió Justin.

—¡Justin! ¡No! ¡Dispárame a mi! —gritó Demien retorciéndose en su sitio—. ¡Justin! ¡No lo hagas!

—Demien... No te preocupes —susurró Gabriel—. Te amo.

—No, Gabriel. No... No te despidas —dijo derrumbándose Demien.

Gabriel solo pudo cerrar los ojos mirando por última vez a Demien esperando que la bala le reventara la cabeza.

Escuchó un grito de Demien cuando Justin quitó el seguro.

—¡No! —jadeó—. ¡No Justin! Tu no eres así.

Justin se dio la vuelta riéndose y mirando a Demien.

—Me encanta cuando te equivocas.

Y disparó solo dejando un grito ahogado de Demien perdiéndose en el eco de la habitación.

Gabriel abrió los ojos parpadeando y mirando la bala en la pared y después mirando a Justin.

—Me has dado una idea —dijo Justin alejándose—. Tú —apuntó a Demien—. Lo asesinarás.

—¿Qué? —jadeó Demien a punto de desmayarse.

—Lo harás. Levántate.

Demien jadeó cuando Justin lo soltó y le dio el arma, sabiendo que Justin se quedaba completamente desarmado.

—Y ni lo intentes —dijo riendo Justin—. Ni se te ocurra. Chase está detrás de ti.

Efectivamente. Ahí estaba Chase fumando y con arma en la mano apuntando a Demien.

—Dispárale —le sonrió Justin a Demien.

—Eres un sádico —dijo con desprecio Eliot despertándose y como que le costaba respirar.

—Buenos días, princesa —sonrió Justin.

—Lo siento.

Demien, perdiendo los nervios y sin ninguna opción que veía que lo podía salvar, se colocó el arma en la cabeza y ante la mirada atónita de Gabriel y acabó con su vida.

Demien cayó al suelo ante los ojos desorbitados de Gabriel mientras jadeaba y no podía gritar. Eliot también se horrorizó y miró a Chase.

Justin se arrodilló con cuidado ante Gabriel y le mordió el labio recordando cuando intentó seducirlo para sacarle información.

—Qué tragedia —dijo irónicamente Justin—. Bye, bye, Gabriel.

Y acabó también con la vida de Gabriel con una bala en la cabeza.

—¡Joder! —bramó Justin—. ¡Me mancharon de sangre el maldito traje! Entierra los cadáveres y por nada del mundo dejes salir a la puta. Mañana le toca a ella.

—Entendido.

Justin salió seguido de Chase y Eliot suspiró mirando los cadáveres en el suelo. Y de pronto... Quiso llorar, de pronto quiso tomar una pistola y acabar con todos en esta casa. Hasta con ella,

porque ella cayó en su juego.

Maldita sea, maldita sea, maldita sea. ¿Hasta cuando seguirá esta maldita historia de no acabar?

Ya habían matado a su padre, ya habían matado a su hermana... ¿Qué más querían de él?

Eliot miró al techo... Deseó cerrar los ojos y por fin morir. Ya no le importaba nada... Es que su cabeza tenía razón...

Nunca debió enamorarse de una loca.

—

Por la noche, Justin volvió a la habitación solo para encontrarla durmiendo en el suelo, al pie de la puerta, como si fuese su perro.

—Que pena que te vayas a morir —dijo en italiano mientras la empujaba con el pie y empezaba a quitarse la ropa.

Y sí... Este era el principio del final. Ninguno de los dos iba a librarse del infierno que venía como un huracán de llamar ardientes a quemarlos a los dos.

Porque inconscientemente ellos ya no estaban solos... Ellos eran uno solo.

Regla 38.

No volverás a hacerlo.

Justin tiró de su cabello haciéndola gemir muy fuerte mientras la hacía arquearse.

El último polvo para él estaba siendo como la última cena para Jesucristo.

Ella apretó la espalda de él para abrir los ojos mirarlo fijamente mientras ambos jadeaban.

—¡Oh, Justin!

Su nombre sonaba como el paraíso. Ella lo miró a los ojos, que hoy especialmente estaban verdes... Justin era tan perfecto... Y era suyo, completamente suyo.

—Más —jadeó ella pidiendo más, y cuando Justin obedeció ciegamente a su cuerpo, hizo que ella hiciese los ojos en blanco del placer.

Y hasta que por fin, Justin se vino dentro de ella. Ambos jadearon mientras él caía completamente fuera de combate a su lado.

—Más —susurró ella como una gata en celo colocándose encima de él para besarle en los labios levemente.

—¿Más? —se rió Justin—. Confórmate con esto. Yo ya estoy agotado.

—Por fa —rogó.

—Nena —susurró—. Durmamos. Ya mañana lo haremos.

Justin suspiró sabiendo que había un enorme paso entre estar muy casado y entre estar satisfecho.

Ella frunciendo el ceño se acostó en la cama abrazando a Justin y cerrando los ojos.

Ew, pensó Justin.

Ella suspiró cerrando los ojos en completo silencio... Y Justin se quedó despierto, esperando el momento adecuado del principio del final.

Por la madrugada, Justin salió del baño tomando la inyección y comprobando que no estaba defectuosa, caminó hasta la habitación.

Fue difícil encontrarle las venas. Antes, cuando estaba delgada, era mucho más sencillo, ahora en la noche no podía ver nada.

Justin, encontró una vena hinchada. Lo hizo sonreír ya que por fin iba a poder vengarse. Ella se despertó jadeando por el pinchazo y miró a Justin guardar la inyección y sonreír falsamente.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Yo? —se hizo el ofendido—. Yo nada.

—¿Nada? Te... Te acabo de ver guardar una... —sus palabras eran más largas y bastante confusas. Sus párpados empezaron a cerrarse y aunque ella intentase mantenerlos abiertos, se le hacía imposible.

—Es todo tu imaginación —se rió Justin—. Es un sueño, y ahora vuelves a dormirte.

—Jus... tin —murmuró cada vez sin más fuerza—. No me hagas daño, por favor.

Era como si una parte muy pequeña pero muy fuerte de ella gritaba en sus adentros que Justin no era bueno, y esa parte empezaba a salir a flote al verse en peligro.

—No solo voy a hacerte daño —sonrió Justin—. Te voy a matar.

Pero ella no pudo contestar porque su cuerpo cayó inconsciente sobre la cama. Justin sonrió tomando el cabello de ella con una coleta, y atando su cabello y la observó durante horas pensando en todas las maneras posibles que podía darle una muerte lenta y dolorosa, que sufra tanto como lo hizo él. Ella no tenía ni puta idea de lo que fue para él estar en una cama sin poder moverte por las malditas lesiones, ella no sabe el dolor de cabeza que sigue teniendo hasta estos días... Ella no tiene ni idea de lo que fue estar muerto en vida y ahora, y ahora por fin iba a saberlo.

Ay muñequita, date por muerta.

—

Por la mañana, ella abrió levemente los ojos muy confundida.

No había luz natural, sino una molesta luz anaranjada que la estaba empezando a cegar, escuchaba su nombre a lo lejos y le costó reaccionar, le costó descifrar donde estaba...

Sus ojos fueron adaptándose cada vez más, pero no se pudo mover, eso la alteró haciendo que abriese mucho los ojos y descifrar el sitio donde estaban.

Estaba en sótano. Su corazón se empezó a acelerar al igual que su respiración. Ella gimió apretando fuertemente su puño, intentando salir de las ataduras y cadenas, pero era imposible...

Además seguía escuchando su nombre a lo lejos.

Ella observó a sus lados para ver a Eliot Spencer en el suelo, con la cara llena de sangre, con un ojos morado y bastantes heridas en lo ella podía ver en sus brazos.

Gimió fuertemente. Intentando hablar pero las palabras se agolpaban en su garganta y no salían.

—Eliot —susurró muy alterada—. ¿Qué está pasando?

—¡Escúchame! —gritó Eliot aparentemente muy enfadado.

—Llevo días desatado —dijo sacando sus manos libres desde la espalda—. Ellos no lo saben y si sigo aquí es porque te voy a sacar viva de aquí. Ahora vas a escucharme, y deja de llorar, tu solita te lo buscaste, durante la noche, Justin normalmente va a los prostíbulos y al haber perdido a Charlotte, pues irá de seguro. Quedará Chase, pero una empleada de Justin dijo que nos iba a ayudar, pondría algo en su comida y dormiría hasta mañana, ahí escaparemos de toda esta mierda, ¿me escuchaste?

Ella asintió un poco asustada.

—Y por lo que más quieras, no mires al otro lado.

Ella jadeó poniéndose a llorar, parpadeó varias veces y miró a Eliot.

—¿Por qué? —preguntó entre lágrimas y con la garganta completamente cerrada.

—Ahí están los cadáveres de Demien, Gabriel y Liam.

—Oh dios mío —susurró cerrando los ojos y llorando.

—También asesinó a mi hermana y a mi padre —dijo, eso parecía lo único que lo rompía—. Gabriel era un gran amigo pero al ser parte de este negocio, tenemos asumido que vamos a morir, pero mi padre y mi hermana, ¿qué culpa tenían más la de tener a un hijo y hermano que los llevó a la desgracia?

—Eliot... Lo siento tanto... Tienes que perdonarme.

—No —dijo durante Eliot mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Te voy a sacar de aquí pero a partir de ahora, cada quién por su camino. No pienso perdonarte por hacer algo que yo mismo te advertí. Por tu maldita insolencia mi hermana, mi padre, Demien y Gabriel están muertos y solo porque quieres cumplir tu capricho de ser la zorra de Justin, felicidades... ¿Estás satisfecha? Porque parece que solo ver por ti y no estás viendo la catástrofe que se creó a tu alrededor.

¿De qué servía que Justin viniese cuando Eliot ya la había matado?

Le costó tiempo asimilar esas palabras pero Eliot todavía no había acabado:

—Sigo jodidamente enamorado de ti, es por eso que no he escapado todavía, y es por eso que me preocupo por ti, pero yo ya no te voy a perdonar. En mi vida he arriesgado tanto mi supervivencia, y ahora ya no pienso seguir haciéndolo por una mujer. Que te quede claro, te sacaré de aquí con vida pero en cuanto salgamos de esa puerta, de mi ya no vuelves a saber nada, ¿te quedó claro?

Ella, mirando al techo, asintió todo lo cohibida que pudo. Eso la había matado, eso la había dejado completamente fuera de juego.

Segundos después, escucharon la puerta. Ella se tensó y empezó a llorar aún más.

—Hola, mi reina —sonrió Justin colocándose enfrente de ella, tomando su rostro muy fuerte—.

¿Has dormido bien? Bueno, eso no importa... Cuando estés muerta dormirás eternamente.

—Justin —susurró ella—. Tienes que escucharme, no puedes hacernos esto... Mi Justin, por

favor...

—¿Tu Justin? —se rió—. Qué ridícula eres.

—No puedes, tu no eres así, tu no eres así —repitió ella intentando convencerse.

—Si lo soy y adivina qué... Te voy a hacer sufrir todo lo que me has hecho sufrir a mi, pedazo de puta. Nunca había tenido tanta paciencia con alguien, y encima en vez de darme las gracias... Me golpeas y casi me matas, ¿pero sabes qué? Por fin te la voy a devolver. ¿Has visto lo que he hecho con tus amantes y amiguitos?

—No veas —advirtió Eliot.

Justin la tomó del rostro con agresividad girándolo hacia donde estaban los cadáveres de los tres pero ella cerró los ojos con mucha fuerza. Pero fue inútil ya que Justin le dio un fuerte golpe en la cara, ella gimió pero tenía posibilidades nulas de librarse.

—Abre los ojos —ordenó Justin.

—No lo hagas, aguanta —dijo Eliot.

Ella volvió a quejarse cuando Justin le dio otra bofetada. Respiraba profundamente pero no pensaba abrir lo ojos.

—Abre los ojos —ordenó Justin—. O si no...

Esperen... ¿Qué fue eso?

Ella gritó cuando Justin enterró el mismo destornillador que le había enterrado en la mano, ahora en el hombro... En el mismo sitio de la bala.

Gritó intentando quitarlo de encima pero cuando abrió los ojos, Justin la tomó del rostro para que viese los cadáveres descuartizados de Demien y Gabriel. Liam estaba al fondo pudriéndose.

—Esto te lo has ganado tú con tu maldito comportamiento —dijo Justin mientras ella apartaba la vista de los cuerpos.

—No, Justin... No puedes hacer esto. Tu no eres así. Justin, tienes que escucharme, no puedes hacerme esto...

—Tu me rompiste la cabeza y te fuiste creyendo que te habías librado de mi. Ahora es mi turno, ¿Qué te parece si te quito trocito a trocito la piel y no hago nada para ayudarte?

Ella gimió cerrando los ojos intentando ignorar su hombro.

—Justin, tu me amas —susurró intentando convencerse de que esto era un sueño.

—Qué entupida eres. Te lo advertieron: no te acerques a la bestia. Y ahora, te acercaste y vas a sufrir las consecuencias.

Ella se removió cuando vio que Justin tomaba un cuchillo y se acercaba a ella.

—¡No! —gritó histérica—. ¡No! ¡Para! ¡Para!

—Nada de lo que digas me da lástima. ¿Te acuerdas de lo que hiciste?

—Por favor, por favor, por favor...

—Me golpeaste en la cabeza... Me caí, ¿Y qué hiciste? Te fuiste con Demien.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Pero fue porque estaba aterrada... No lo hagas... Por favor.

—¿Asustada de qué? ¿Del sonido que hizo mi cabeza al reventarse?

—Empezaste a sangrar y... Y... —gimió cuando el filo la tocó en el cuello.

—¿Y qué?

—No... No respirabas, me asusté mucho Justin.

—Se me olvidaba.

Justin retrocedió solo para tomar un cubo de agua con hielo. Ella cerró los ojos cuando Justin se la lanzó encima salpicando hasta a Eliot.

—¿Y qué más hiciste?

—Fui hacia Demien —explicó temblando—. Nos fuimos a casa de Eliot... Y días después me dijeron que te habías muerto... Justin, por favor, fueron dos años horribles...

—Me da igual —sonrió Justin—. No te quedaste, te fuiste y me dejaste muerto.

—Yo no quería y si fuese por mi... Me quedaría toda la vida contigo, Justin.

—Qué ridícula eres —susurró Justin sonriendo—. ¿Sabes? Durante la noche me pediste más, ¿no te apetece... Ahora? —sonrió mientras se desabotonaba el pantalón.

—Justin... —advirtió Eliot.

—¿Qué? —se rió soltando las piernas de la camilla—. Ella lo pidió y yo se lo daré.

—No, Justin... Por favor. No me hagas daño.

Justin se rió mientras con sus manos tomaba el cuello de ella con fuerza, ahorcándola. Gimió cerrando los ojos aguantando la respiración lo que podía.

—¿Te vas a quedar a ver? —se rió Justin mirando a Eliot—. Abre las piernas, muñeca.

—Por favor —rogó ella pero fue inútil cuando él se arrodilló en la camilla.

—Abre, o si no ya verás.

Ella dio un vistazo a Eliot, que estaba con los ojos cerrados mirando a otro lado.

—Abre —volvió a decir Justin—. Estás acabando con la poca paciencia que tengo.

Ella cerró los ojos y lo hizo. ¿Qué otra opción tenía? Estaba atada del tronco hacia arriba y Justin estaba amenazante encima de ella.

Y pasó. Justin abusó de ella mientras Eliot miraba hacia otro lado y ella intentaba no gritar ni hacer ningún ruido.

—Ahí tienes tu más —dijo Justin volviendo a atar sus piernas contra la camilla—. Y ahora nena, y ahora prepárate porque viene lo bueno.

Fueron interrumpidos porque alguien entró por la puerta trotando.

Ella jadeó de horror al ver a Chase entrar. Se removió en su sitio e intentó alejarse todo lo posible.

—Es la ex mujer de Demien, dice que el GPS de Demien lo ubica aquí.

—¿Está aquí su mujer? —sonrió Justin—. Me la follaré. Está jodidamente buena, y así no preguntará por Demien. ¿Quién quiere a ese maricon cuando puede tener a un rey como yo?

Justin trotó hasta la salida pero Chase se quedó mirándola.

—Hola, preciosa.

—¡No me toques! —chilló desesperada.

—¡No me toques! —la imitó para reírse e intentar quitarle la ropa.

—¡No! —gritó—. ¡No! —se removió como pez fuera de agua pero Chase parecía muy convencido.

—Charlotte escapó, así que necesito un poco de amor, ¿no crees?

Ella jadeó intentando quitar sus manos de encima pero fue imposible. Mientras Chase intentaba tocarla lo más que podía, por detrás, un Eliot furioso se levantó pasando su brazo por el cuello de él.

Chase pareció muy confundido... Pero de igual forma, forcejeó como podía, pero en cuestión de segundos, ya había caído al suelo inconsciente.

—Sácame de aquí —susurró ella.

—No es el momento. Justin tiene que estar aquí —dijo suspirando—. Hagamos como que se desmayó.

Ella asintió todavía un tanto aterrada pero se quedó quieta mirando al techo mientras Eliot volvía a su posición, con las manos como si las tuviera atadas.

—Gracias —susurró ella.

—Bah —dijo Eliot suspirando—. Puedes agradecerme cuando salgamos de aquí.

—¿Y si no lo conseguimos?

—Lo haremos —dijo esbozando una mueca amarga—. Y si no, no nos espera otra cosa que la muerte. Lo dijo Chase: si podemos salir, ¿para qué preocuparnos? Y si es imposible salir...

¿Para qué preocuparnos?

Ella tragó saliva ante las palabras de Eliot. Cerró los ojos sintiendo que su brazo derecho, donde tenía la herida, empezaba a despertarse y por lo tanto, a doler.

Cerró los ojos con fuerza esperando que esta pesadilla se terminase. Ya ni el agua fría la afectaba... Tenía tanto miedo, que eso era lo de menos. Ahora solo importaba su vida y la de Eliot.

—Eras preciosa —susurró Eliot—. Cuando eras pequeña, te veías tan bonita. Me acuerdo de que cuando te vi entrar, estabas asustada... Pero tuviste ese algo que le gustó a Justin y me gustó a mí. Quería ayudarte, pero no sabía cómo: si te ayudaba, sería la muerte para mí, y si no te ayudaba, sería la muerte para ti. Y después... Apareció Demien, Gabriel...

Eliot aspiró cerrando los ojos.

—Si tan solo te hubiese conocido cuando me salvaste la vida.

—Me acuerdo —susurró ella—. Ibas con Hardison... Y... Y no sé porqué lo hice, la verdad.

Eliot esbozó una tierna sonrisa que desapareció cuando escuchó voces allá arriba.

Conocía perfectamente la voz de la esposa de Demien y la de Justin... Hizo los ojos en blanco sabiendo que no le costaría mucho llevársela a la cama.

Efectivamente, pasó.

Por la tarde, casi de noche. Justin bajó vestido en traje y luciendo muy contento.

—Me encanta follar con modelos —rió entrando y tomando el cuchillo—. Está bien, no hagamos esto más extenso, pequeña.

—Justin, Justin, Justin —lo llamó ella—. Por favor.

—¿Chase? —preguntó mirando al suelo, a Chase inconsciente.

—Te estuvimos llamando, se desmayó —mintió Eliot.

—Bueno... Pues tendremos otro espectador.

Y sonriendo se acercó a ella.

—No, no, no, esto no me está pasando. Oh dios, por favor —susurró ella para sí misma.

—Tienes que aprender a distinguir entre ficción y realidad, cosita —sonrió Justin—. Ahora

dime, ¿cortes en vertical o en horizontal?

Acercó el cuchillo a su brazo. Ella gimió cerrando los ojos muy fuerte esperando que le hiciese daño.

Pero gracias al cielo, Eliot se levantó golpeando a Justin haciendo que el cuchillo cayera al suelo, pero Justin sacó el arma, aunque fue inútil ya que Eliot lo empujó con fuerza a los cuerpos de Demien y Gabriel.

Eliot aprovechó para soltarla de todas las cadenas. Ella, tan rápido como pudo, se levantó mirando a Justin, levantarse y apuntar con el arma a Eliot.

Eliot la colocó detrás de él para protegerla.

—Das un paso más —advirtió Justin—. Y Eliot se muere.

—Camina hacia afuera —dijo Eliot y ella obedeció caminado hasta el pasillo que llevaba a la puerta.

—_____ —advirtió muy alterado—. Vuelve a la maldita camilla o Eliot se muere.

Ella, ignorando sus amenazas, se dio la vuelta y corrió hacia la puerta pero se detuvo ante un grito.

—¡Te vas y me mato yo! —dijo Justin.

Ella jadeó dándose la vuelta, mirando que Justin se colocó el arma en la sien. Eliot no se podía creer que se había detenido por la vida de Justin.

—Te vas y me mato, tú decide.

Y aquí estaba, entre dos destinos y dos malditas opciones...

¿Y si se mataba ella primero?

Regla 39.

Despertarás.

Ella gimió al ver que Justin apretaba más fuerte el arma contra su cabeza.

—Es un farol —dijo Eliot—. No lo hará. Vete.

—No me pongas a prueba, no me pongas a prueba, maldita sea —dijo Justin muy alterado.

—No lo hagas —susurró ella alejándose unos pasos yendo hacia la puerta—. Por favor.

—¡Ven aquí o me mato!

—Ya voy, ya voy —susurró ella—. No lo hagas, por favor. No lo hagas. No sé qué haría si mueres por segunda vez, Justin.

—Pues acércate más...

—¡Estáis jodidamente locos! —gritó Eliot perdiendo la paciencia y caminando hacia la puerta—. Si vienes, te estaré esperando solo cinco minutos afuera, si no... Tu solita estás encontrando tu destino. Despierta, estúpida.

Y Eliot salió por la puerta, pero ella no podía quitar los ojos de encima de Justin. Parecía bastante alterado, como si... Como si de verdad iba a hacerlo si ella se movía.

—No me voy a ir —dijo ella avanzando leves pasos hacia él—. Quítate el arma de la cabeza, por favor.

Con una sonrisa, Justin obedeció pero directamente la apuntó a ella. Jadeando, se echó hacia atrás con las manos en alto revelando que no tenía nada para defenderse.

—Gran fallo —rió Justin—. Te pudiste haber ido con Eliot y yo te hubiera dejado para seguir con el juego del gato y del ratón.

Justin se acercó a ella con suavidad y le colocó el arma en el centro de la frente.

—Mejor no —sonrió Justin—. Mejor aquí.

Y la colocó justo en el sitio donde ella había golpeado a Justin con la estatuilla de Miguel Ángel.

—Por favor —rogó.

—De rodillas.

Ella cayó de rodillas y le importó poco que se hiciese daño.

—Por favor —volvió a rogar.

—Despídete de este mundo.

—Tu eres mi mundo —dijo un poco alterada mientras las lágrimas caían a borbotones de sus ojos—. Te quiero, Justin.

—Ingenua. Despierta, tienes que despertar.

Ella cerró los ojos para escuchar su nombre un golpe al fondo de su cabeza.

—Acaba esta historia —dijo Justin—. Y ve a buscarme. Es hora de dejar la ficción e ir a la realidad, ¿no?

—Tengo miedo, Justin —musitó ella.

—No lo tengas, muñeca. Yo voy a estar al otro lado.

—Te amo, te amo, te amo —susurró ella abrazando las piernas de Justin—. Prométeme que nos veremos.

—Te lo prometo, pero tu tienes que ir a buscarme. Como dijo Eliot, tienes que buscar tu destino.

Ella suspiró un poco alterada mientras escuchaba que Justin apretaba más el arma contra su mano.

—Esto te va a liberar —susurró Justin.

Ella tomó su mano y la besó como si mano de santo se tratase.

—Adiós, muñeca.

—Adiós, maestro.

Y Justin disparó haciendo que su cuerpo cayese instantáneamente al suelo. Pero de una u otra manera, sabía que no era el fin. Es más, era el principio de su historia, de su verdadera historia.

Jadeó despertándose mirando a todos lados. En la puerta, estaba su enfermera Vicky, golpeando la enorme puerta de hierro que cubría su celda.

Ella se levantó corriendo como loca hasta la caja que yacía en un rincón con un montón de fotos pegadas en la pared. De ahí sacó un cuaderno enorme, que parecía ser muy usado y empezó a escribir.

—Loca —dijo despectivamente la enfermera—. Aquí tiene tu desayuno, y hoy por fin me libro de ti. Éste es tu nuevo enfermero.

Ella, desde el suelo y con el bolígrafo temblando en su mano, miró a la puerta.

—¿Eliot Spencer? —susurró ella dejando el cuaderno en el suelo y corriendo como loca hacia él. Y después de verlo, corrió otra vez hacia su cuaderno a seguir escribiendo.

Eliot se quedó en su sitio petrificado sin entender muy bien qué había pasado.

—¿Me conoce? —preguntó Eliot a Vicky.

—A todos nos conoce. Más bien... Nos vigila. Esta pobre criatura fue internada hace cuatro años por sus padres por sus brotes psicóticos. Estando aquí, hubo un acto donde el empresario Justin Bieber donaba dinero a este hospital... Ahí empezó a escribir esa historia demencial...

—¿Sobre qué?

Eliot miró a la chica en el suelo escribiendo lo más rápido que podía, ya que parecía que se le iban las ideas muy rápido.

—Está obsesionada con Justin Bieber. El psiquiatra le detectó trastorno dependiente. Y sobre él va su historia. Nos ha metido a todos como personajes. ¡Imagínate! —rió Vicky—. A mi me ha puesto como la hermanastra puta de Justin.

—¿Y por qué la dejan hacer eso?

—Es la nena mimada del director porque es su tío. Así que él dejó que tuviese las fotos y el maldito cuaderno ese.

En un rincón de la pared, por encima de la caja, había un montón de fotos pegadas de Justin Bieber, su mujer y sus dos pequeños hijos. La que más resaltaba era una portada de la revista Times.

—¿Ese es Justin Bieber? —preguntó Eliot y Vicky asintió—. ¿Cómo consiguió las fotos?

—Se escapó un montón de veces solo para conseguir las dichas fotos —dijo Vicky—. El jefe de policía Demien Moreau estaba arto de tener que ser como su niñera. Cuando consiguió ese artículo de la revista Times, no se ha vuelto a escapar.

Eliot suspiró. Él era el enfermero encargado de los enfermos que le quedaban pocos días en el psiquiátrico, ya sea por salida o por muerte, pero no se esperaba nada de esto de parte de una paciente.

—¿Y ese cuaderno? —preguntó Eliot—. ¿Cómo sabéis lo que contiene?

Vicky suspiró mirando a la chica escribir como posesa.

—Pues, se puede leer. Cuando va a ducharse, cuando va a comer, a dar una vuelta... Tu lo puedes hacer, está muy orgullosa de su historia enfermiza, sin duda se la cuenta hasta a las arañas.

—¿El Sr Bieber lo sabe?

—Está advertido —sonrió Vicky—. Hizo una orden de alejamiento por miedo a sus pequeños hijos. Pero en sí, la pequeña es inofensiva. Solo que un poco grosera a veces.

—Vale, Vicky. Hablaré un rato con ella. Muchas gracias.

—Está bien. Al menos tengo un loco menos. Mucha suerte.

Vicky se fue cerrando la enorme puerta de metal y Eliot, tomando aire, se sentó en el suelo. A su lado.

—Hola —empezó intentando ver lo que escribía.

—Hola, Eliot —sonrió ella cuando escribió el famoso "Fin"—. Tu nombre suena tan raro en alto. Eliot. Eliot. Eliot.

—¿Cómo se llama tu libro?

—Dominant —sonrió ella mirando fijamente la foto de Justin Bieber en la pared—. Parecía que en cualquier momento iba a levantarse y besar la foto.

—Oh... ¿Y de qué trata?

—De un hombre perfecto que intenta hacer que su chica, su muñeca, sea igual de perfecta que él. Pero ella ha sido una niña mala, muy estúpida... Y él la asesina porque no es lo suficientemente buena.

La cara de horror de Eliot no pasó desapercibida.

—¿Y ahora qué?

—Justin me lo ha dicho en sueños. Tenía que acabar la historia y buscarlo a él. Así podré revivir todo lo de la historia. Vivir nuestra historia.

—¿Me dejas ver? —preguntó Eliot apuntando el cuaderno.

—Sí, ya no sirve para nada.

Eliot pasó página por página, sin leer, solo hojeando y al menos tratándose de enterar. ¿Él?

¿Guardaespaldas? Se rió, no pudo evitarlo. De agresivo solo podía tener el gesto.

—¿Y qué te hace pensar que Justin Bieber es un psicópata agresivo?

—Lo leí —dijo apuntando un artículo.

—Ya, pero... Entre tener psicopatía y tener mucho carácter, hay un paso enorme. Justin Bieber no es un psicópata.

—Me da igual —dijo retorciéndose por un escalofrío—. Todo hombre tiene su parte dominante. Todo hombre quiere tener algo para poseer.

Eliot siguió hojeando el cuaderno intentando descifrar la historia... Sólo pudo concluir que esa chica estaba completamente mal... No tenía que salir ya.

—¿Demien Moreau?

Fue como si a un gato le echaras agua encima. Ella se puso muy agresiva y se alejó escondiéndose entre las fotos. Eliot la siguió con la mirada.

—¿El jefe de policía? —siguió preguntando.

—¡Cállate! —gritó ella cubriéndose los oídos.

Lo que nadie sabía era que el jefe de policía, cada vez que ella se escapaba y la encontraba él, la metía a una celda en la cual abusaba de ella. Había concluido que antes de buscar a Justin iba a hundir a Demien.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Pero nadie estaba hablando.

—Ven aquí —dijo Eliot extendiendo su mano—. Hablaremos sobre Justin y no volveré a mencionar al otro, ¿te parece?

Fue como que la cara le cambió instantáneamente. Salió de debajo de la cama acomodándose muy cerca de Eliot, sin llegar a tocarlo pero extremadamente cerca.

—Eres tal y cómo me imaginé de cerca. ¿Puedo lamerte la cara? Quiero saber a qué sabes — dijo ella sonriendo retorciendo sus propios dedos.

—Si quieres algo con Justin, no le digas eso —sonrió Eliot—. Ahora en serio... Sabes que no puedes ir a buscar a Justin, ¿Verdad?

—Qué ingenuo eres, Eliot. A través de las fotos hay una relación. A través de los sueños también la hay. Justin quiere que vaya a buscarlo y yo lo haré. Me queda poco en este lugar y por fin, por fin dejaré el estúpido cuaderno y me reuniré con él.

—¿Puedo llevármelo? —preguntó Eliot señalando el cuaderno.

—Claro —se rió ella.

—¿Y qué harás cuando lo encuentres?

Ella corrió como loca hasta la puerta, golpeándola. Eliot frunció el ceño.

—¡Charlotte! ¡Charlotte! —gritó.

—¿¡Qué!?! ¡Estoy durmiendo, maldita sea! —gritó una chica al otro lado del pasillo.

—¡Maldita perezosa! ¡Dime cómo se llama la esposa de Justin! ¡Siempre lo olvido!

—¡Tara!

—¡Gracias!

Entonces ella se giró y esta vez se sentó en el regazo de Eliot. Eliot jadeó intentando alejarse pero ella no iba a hacerle daño, sino que lo miraba fijamente a los ojos.

—Primero alejaré a Tara y a los dos mocosos esos. Así Justin y yo podremos estar juntos. Yo seré su muñeca... Y él mi dominante. Mi maestro.

—¿Tara aparece aquí? —apuntó al cuaderno y pudo respirar de alivio cuando ella se levantó.

—Sí, como la esposa de Demien. No la quería cerca de mi Justin. Demien es un cerdo... Sin duda se folla a su compañero ese maricon, ¿Cómo se llamaba? Gabriel... Creo que Gabriel. Gabriel es un gran lameculos o mejor dicho... Lamepollas porque si no fuese por el desgraciado de Demien, no estaría adónde está.

—Pero aquí aparece que tenías una relación con Demien —dijo leyendo el cuaderno—. ¿Por qué lo odias tanto?

Eliot observó cómo su mirada se rompió.

—La primera vez que me escapé me lo prometió... La segunda vez también... A la tercera me entregó al estado... Y a la cuarta me arruinó la vida por completo. Por eso solo puedo confiar en mi Justin —sonrió ella de pronto—. Demien me las va a pagar.

Eliot siguió pasando página por página.

—La historia tiene muchas incongruencias, muchos saltos en el tiempo y cosas que no son importantes ni tienen sentido. Yo apuntaba lo que soñaba y lo que me imaginaba, por eso hay cosas ilógicas.

—Supongo que eso no será mayor problema —sonrió Eliot intentando parecer amable.

—Mira que guapo está mi Justin hoy.

Eliot la miró ir a la enorme foto de la revista Times. Ella se sentó en el suelo apoyando la cabeza en la foto y acariciándola.

—Mi Justin —susurró—. Mi Justin, ya no queda nada... Un par de meses y estaré contigo. Eliot... Justin dice que se siente incómodo con tu presencia.

—Oh, está bien. Me marcharé.

—Cuida mucho a mi historia. Yo la hice con mucho esfuerzo y tiempo...
—No te preocupes por eso.

Ella sonrió cerrando los ojos como si Justin estuviese ahí abrazándola.

—Todo hombre busca algo que dominar. Y sabiendo la personalidad de Justin... Buscará a una sumisa, a una muñeca, a una pequeña. Y esa seré yo... Por fin voy a estar en brazos de mi dominante.

Eliot miró el libro y siguió escuchando.

—Camina con elegancia extremadamente escalofriante, es perfecto... El mundo tienen tanta suerte de que él haya nacido. Es mil veces mejor que toda esa plebe. Le gusta golpear, gritar, las modelos y las prostitutas... Pero algo que lo vuelven loco, son las muñecas. Tanto que le provoca meterles la polla en la garganta, pero no lo hace... Se mancharía el traje. Le gustan los castigos, las reglas y las historias. Le encanta la puntualidad y las fiestas. Tienen que ser 300 invitados, ni uno más... Ni uno menos. Le encantan los lujos, las torturas y los coches... Justin, ay mi Justin, Justin es el único, el más perfecto, el mejor, mi dominante, mi hombre... —se rió asustando a Eliot—. Me encanta. Es perfecto para mi.

—Tienes que entender que tal vez Justin no sea todo eso —dijo muy dulce Eliot.

—Si el psiquiatra no pudo convencerme... Tu muchísimo menos, Eliot. Tu también me encantas.

Ella se levantó corriendo para besarlo en los labios. Eliot retrocedió con cierta delicadeza para no ofenderla ni alterarla.

—No... No puedes hacer eso sabiendo que Justin te está esperando, ¿no?

Ella se rió y asintió abrazándolo por el cuello con la cabeza en el pecho de él.

—Mi Eliot querido, gracias por todo lo que ha hecho por mi —dijo ella sonriente—. Gracias por absolutamente todo. Aguantarme, esperarme y sobre todo amarme.

—De... De nada, supongo —dijo un poco nervioso.

—Eres el mejor.

Ella lo abrazó muy fuerte. Eliot le pegó unas leves palmaditas en la espalda y se alejó. Ella no se lo tomó a mal y fue directo a las fotos.

—Justin dice que gracias también —dijo ella pegada a la fotografía—. Su voz es tan suave... Es como un leve susurro aterciopelado.

Eliot suspiró poniendo una mano en la puerta y buscando la llave en su bolsillo... Antes de que lo hiciera, apareció Vicky y abrió la puerta por él.

—Cuídate —se rió ella.

—Tu igual —respondió Eliot.

Ella se rió cuando cerraron la puerta ya que le había robado la llave a Eliot de manera muy descarada. Suspiró mirando la llave y guardábamos muy bien en la caja.

—Por fin nos veremos Justin —suspiró—. Mi tío me ha dicho que tienes una de tus extravagantes fiesta y yo voy a estar ahí... Y te voy a hacer mío.

Ella cayó al suelo mirando al techo. Imaginándose que Justin estaba a su lado. Un hombre tan perfecto y solo para ella. Se mordió el labio y miró a su lado derecho como si Justin estuviese

ahí de verdad.

—¿Vendrás a verme? —preguntó con voz ronca.

—Sí —gimió ella—. Me escaparé después de robar algo de dinero para poder comprar un vestido que esté a tu altura. Prometo ser parte de la elite para que no te avergüences de mí.

—Así me gusta —contestó Justin—. Muñeca, repite eso, me gusta oírlo de tus labios.

Ella, sonriendo, volvió a mirar al techo, perdida en las pequeñas telarañas y en los pliegues de yeso. Casi pudo decir al mismo tiempo que Justin:

—Los hombres de verdad sí juegan con muñecas.

FIN.

Epílogo.

Ella caminaba entre las estrechas calles de Oregon, con su elegantísimo vestido largo, intentando no mancharlo de la porquería que había en el suelo. Ya estaba casi cerca del hotel.

Al llegar al hotel dónde estaba siendo la fiesta, sonrió. Tomando su bolso de mano, sacó su entrada robada y la dejaron pasar con facilidad. Suspiró cerrando los ojos ante tanto lujo, sin duda a Justin le encantaría todo esto. Amaría cada detalle de esto

Empezó a caminar intentando pasar desapercibida, ya que solo quería llamar la atención de una persona, y ese era Justin. Oh, Justin. Hasta su nombre suena orgásmico. Se dio la vuelta sacando un pequeño espejo para verse el rostro y sonrió... La verdad es que había hecho un gran trabajo con el maquillaje, la nikkitutorials en Youtube sí que hacía milagros.

Y de pronto, su mundo se detuvo. Escuchó su nombre, escuchó su maldito nombre. Se giró como loca mirando a la entrada.

Oh, cielos. Es Justin. ¡Es Justin! Parecía un príncipe. Estaba tan jodidamente guapo... Oh dios. Iba a acercarse embobada por Justin, como si tuviera algún tipo de aureola mística y la atrajese a él como si fuese un imán... Pero se detuvo y la cara le cambió por completo al ver que esperó un rato solo para tomar de la mano a su insoportable esposa.

¿¡Qué se creía esa vieja!?

—Madre mía —dijo una chica que estaba cerca de ella—. ¡Qué guapa está Tara!

Ella solo pudo reaccionar con una risa escondida y contestar por lo bajo con un:

—Qué lastima que se va a morir.

Caminó lejos de la pareja para que no se fijaran en ella y Tara no recordada su rostro, iba a hacer esto rápido y sin tapujos. Primero se acercaría a Justin y ya después haría de las suyas con su mujer.

—Perdona —dijo alguien que ella perfectamente conocía: Chase, el odioso secretario de Justin—. ¿Puedes moverte de aquí? Justin y Tara quieren estar por aquí Y Tara me ha pedido que te aparte.

Ella, sin contestar, se alejó haciendo los ojos en blanco, así que sentó en la primera silla que encontró. Maldita Tara, se cree mucho porque un papel dice que está con un hombre... Y encima ese hombre es de otra.

—Perdone, señorita.

Basta, su corazón se detuvo y fue incapaz de moverse. Sintió su mano en el hombro y ella tuvo ganas de gemir de placer.

—¿Sí? —se giró levantándose mirando a Justin Bieber de pie enfrente de ella. Él parpadeó un poco sorprendido.

—Oh, no se levante, siéntese. Solo quería decirle que mi chaqueta se había quedado aquí. Discúlpeme. No la molestaré más.

—Oh, no se preocupe... Sr...

—Bieber —contestó.

—Bieber —repetió ella estirando su mano—. Un placer.

Justin tomó su mano con suma delicadeza y la besó levemente.

—¿Nos conocíamos de antes? Su cara se me hace muy familiar —dijo Justin.

—Oh, ¿Y eso es malo?

—No, no, no. Para nada. Es sólo que me parece que ya nos habíamos visto antes.

—No lo creo, yo lo recordaría —dijo mirando a Justin descaradamente de pies a cabeza. Justin se sintió un poco incómodo porque ella lo hizo lentamente.

—Pues espero que disfrute de la fiesta, que tenga una...

—¿Ya se va? —preguntó ella frunciendo el ceño y haciendo un puchero—. Quédese un rato para conversar.

Pero ella apretó los dientes al ver a Demien Moreau entrando en la fiesta... Buscándola.

—Me... Me tengo que ir —dijo ella levemente apartándose un poco.

—¿Ocurre algo?

—Nada en particular. Creo que me dejé la estufa encendida.

—Oh, eso puede llegar a ser grave, ¿Tiene familiares en casa?

—Por suerte no. Que tenga una noche agradable. Usted y yo no hemos terminado —parecía una amenaza.

Justin retrocedió observando su rostro. Le pareció una chica preciosa, aunque muy rara, pero lo raro no quitaba lo hermosa que era.

—Ni siquiera sé su nombre —dijo Justin viéndola caminar a su lado. Ella se detuvo suavemente y lo miró a los ojos.

Oh, señor, esos benditos ojos.

—Llámame muñeca —sonrió y ante la mirada confundida de Justin... Se marchó.

Corriendo, pudo salir de la fiesta. Ya acabaría con Tara en otro momento... Ahora tenía que esconderse. Primero iría a su casa, se pondría la ropa del manicomio y volvería como si nada a esperar el par de meses que tenía para salir del infierno.

Y sin duda se vería en el cielo con Justin.

Oh, cielos. Todavía no paraba de temblar, había deseado por tanto tiempo estar cerca de él y ahora, hasta había besado su mano... ¡No se la pensaba lavar en la vida! Y era tan alto, y tan

guapo... Y... Tan perfecto. Su cabello, sus ojos, esa mandíbula, los malditos labios, su cuello, sus manos, ¡Todo la volvía loca! Hasta podría ponerse a llorar ahora mismo.

Ella, con suerte, llegó a el piso que tenía antes de que sus padres la metieran al internado. Al entrar, suspiró de alivio pero no fue por mucho al ver escuchar su voz.

—Vaya, creía que nunca volvería a ver a mi princesa.

Oh, no.

Ella se quedó fría al ver a Demien caminar desde la habitación hasta ella suavemente.

—¿Creías que podrías escapar? —se rió mientras quitaba su chaqueta y ella empezaba a temblar agresivamente.

—No, Demien, por favor. Llévame al manicomio, ¿Sí?

—Primero quiero divertirme un poco, me lo merezco, ¿no crees? He suspendido una noche de partido solo para ir a buscarte. Estoy harto de ser tu niñera. Así que me merezco una recompensa, ¿no crees?

—Te... Te daré dinero... Pero... —ella gritó cuando él la tomó de los brazos acercándola a él. Ella solo pudo intentar apartar el rostro.

—Dinero es lo que menos quiero —dijo besándola en la mejilla mientras ella intentaba apartarse.

—¡Para, Demien!

—Si opones resistencia, ¿sabes lo que haré? Me inventaré un montón de atrocidades solo para que no salgas dentro de dos meses, mi reina.

—Por favor, te lo estoy rogando... No me hagas esto.

Demien suspiró tomando su brazo y empujándola al suelo con agresividad.

—Hemos tenido tantas veces esta conversación...

La empezó a besar a la fuerza mientras ella se retorció intentando librarse de él pero parecía imposible. Pataleó, gimió, jadeó, lloró pero fue imposible quitarlo de encima.

Y es que Dominant era eso... Un reflejo de la realidad. Cuando estaba bien con Demien lo pintaba como un amante estupendo, un caballero que la quería y la respetaba pero por lástima... Se mentía a ella misma. Demien era esto. Un jefe de policía que se aprovechaba de los más vulnerables. No negaba que era guapo... Era excesivamente guapo pero es que la belleza era lo de menos cuando era una mierda de persona.

—Por favor —gimió ella.

—Que sea la última vez que abres lo boca o si no... Ya verás, mi amor, ya verás lo que te haré.

Y se quedó callada, mirando al techo. Muerta en vida tal vez. Cerró los ojos cuando él subió su vestido. Intentó removerse, hacer algo pero solo consiguió que Demien tomara sus muñecas y la dejara completamente inmóvil.

Quiso gritar pero de nada sirvió ya que Demien la calló con sus labios. Es que era tan inútil luchar contra Demien... Pero tan jodidamente inútil.

—Más te vale dejar de resistirte. Ya sabes lo que puedo hacer y así no verás al maricón ese con el que estás obsesionado, maldita loca.

Después de que Demien hubiese terminado se levantó dejándola en el suelo. La miró y sonrió de esa forma tan macabra que le heló la sangre a ella.

—Demien... ¿Y si me quedo embarazada?

—Tu problema —se rió.

—en el manicomio está prohibido tener sexo... Así que, ¿Cómo conseguiré pastillas anticonceptivas? No me hagas esto, por lo menos cómprame pastillas.

Demien se apoyó en el marco de la puerta y la miró fijamente.

—Tienes razón, pasaremos por la farmacia. Ve a vestirme, nos vamos al manicomio. Y más te vale hacerlo de prisa, te estoy vigilando.

Ella asintió tomando la ropa amontonada en el suelo y se fue a su habitación. Al estar vestida, salió y miró a Demien. Estaba tal y como lo había dejado, apoyado en el marco de la puerta, expectante.

—Ven aquí. Tengo que esposarte.

Ella jadeó cuando él la giró y apresó sus muñecas en la espalda de ella.

—Podría hacer esto en la cama —susurró en el oído de ella haciendo que se apartara bruscamente.

—Eres un cerdo.

—Un cerdo que folla como Dios.

Al llegar al manicomio y después de que Demien comprara las pastillas, Justin la estaba esperando en la cama.

Ella corrió y se lanzó a la cama, olvidando a Demien y la bronca que le había echado su tío por escaparse.

—Mi Justin, ¿Por qué hiciste como si yo me conocieras?

—Ya sabes, seguridad. Estaba la estúpida de mi esposa y no quería levantar sospechas. Lo tuyo y lo mío es un secreto, mi amor.

—Estabas increíblemente guapo hoy —dijo sonriendo.

Eliot desde la puerta solo la veía besar la pared.

—Y eso que no te habías visto. Eras la reina de ahí. Ahora mi amor, no puedes desistir, tienes que seguir buscándome.

—Lo haré, mi Justin. Te amo, te amo, te amo, te amo.

—Nena, no soy tu Justin.

Ella frunció el ceño.

—Ahora soy tu dominante, mi amor.

—No, Justin. Y no soy tu amor.

Ahora el que fruncía el ceño era él.

—Ahora eres mi maestro y yo tu muñeca. Como debe ser.

—Como debe de ser.

Eliot se había leído el cuaderno en un día, y la verdad es que lo había asustado bastante... Si ella quería recrear eso... Es que no era tan inofensiva después de todo.

Suspiró abriendo el cuaderno en una página aleatoria y suspirando al leer con claridad esa frase. Y aunque Justin Bieber tal vez no tuviese ni idea de la existencia de ella... Es que la poseía, la tenía a su merced y podría hacer lo que quisiera con ella, casi podía oírlo de sus labios. Y Eliot pronunció casi a la vez que Demien en su comisaría y Justin en la cabeza de ella decir:

—Pequeña, tu eres mía.

FIN.